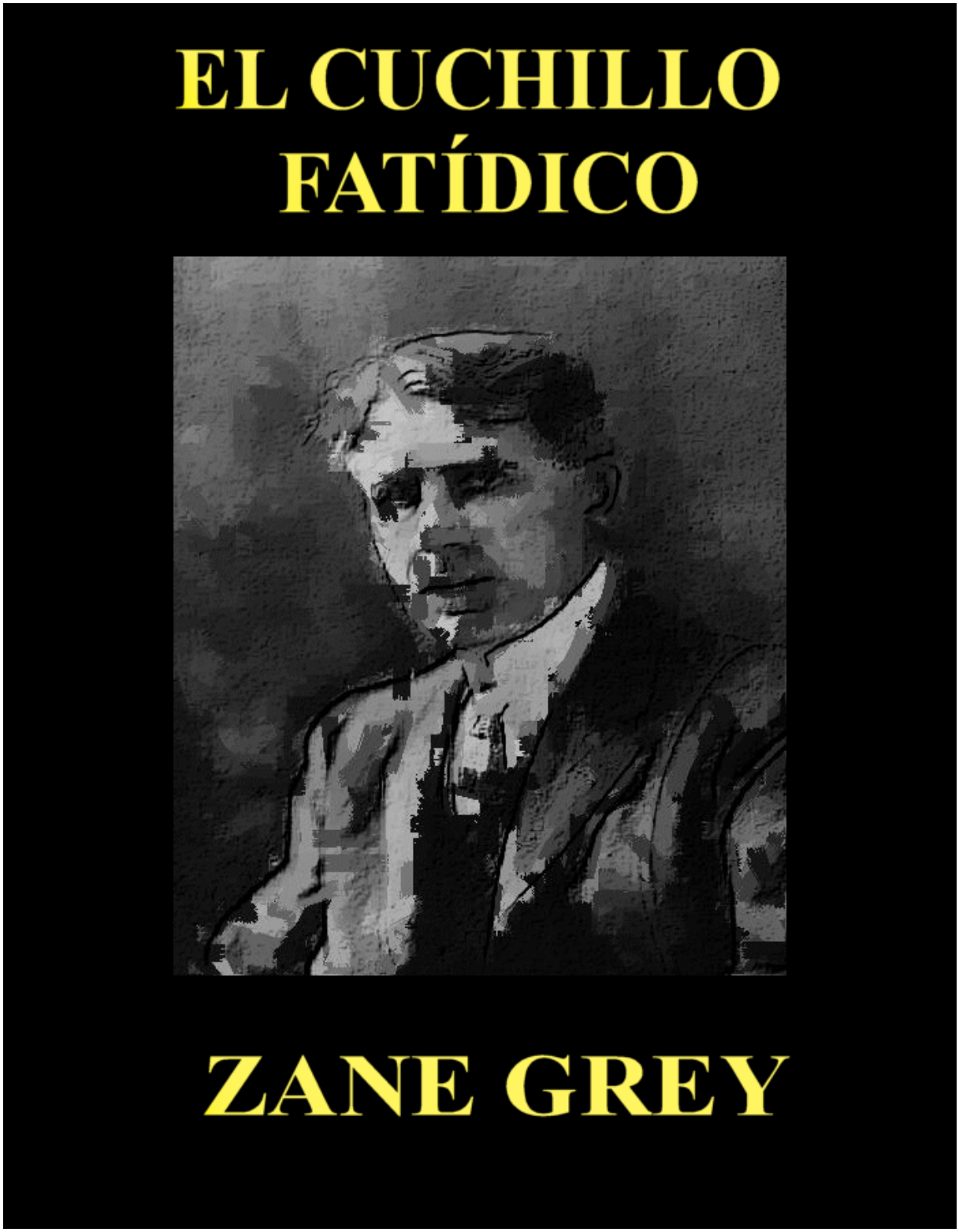
EL CUCHILLO FATÍDICO
ZANE GREY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Era una noche lluviosa de noviembre en pleno bosque. El viento gemía en los pinos y susurraba entre el follaje. Una lluvia menuda se cernía por entre las juntaras del techo de troncos de la cabaña. Pero el alegre niego de leños que ardía en la chimenea daba al interior de la choza un aspecto casi confortable, y las llamas se reflejaban en los rostros de los hombres sentados alrededor de la lumbre. Una olla con café humeaba sobre las ascuas, y en un horno cuya puerta estaba abierta, se veían galletas muy tostadas ya. En el aire flotaba, con el humo, el olor suculento de la carne asada. Los hombres, sin embargo, estaban ahora fumando cigarros o en sus pipas; evidentemente acababan de cenar.

-Yo creo que esta tormenta es señal de que se adelanta el invierno - dijo, de pronto, Jed Stone, el jefe del equipo.

Estaba sentado al lado del fuego, y su aspecto era el de un *cowboy* joven, a pesar de sus cuarenta años y de la ruda vida que llevaba en Arizona. Su perfil, que se destacaba vivamente contra el fuego, era fuerte y neto, no denotando ni remotamente la mala reputación que tenía este hombre desde antiguo como vagabundo del desierto. Y cuando se inclinó a coger una brasa para encender su pipa, el resplandor brilló en sus escasos y ralos cabellos, en sus ojos vivos y en su cara aguda y extraña, desprovista por completo de barba.

-Bueno, temprano o tardío, lo cierto es que yo no he visto nunca un tiempo tan malo por aquí - replicó un hombre oculto en la sombra.

- ¡Oh, se ve que no conocéis mucho el Mogollans! - añadió otro en voz bronca y ruda -. Yo he conocido aquí inviernos infernales... Y contad con que dentro de dos días he de estar cazando otra vez...

El que así había hablado era Anderson, el cazador, conocido por sus compañeros por *Tracks*, que había vivido más tiempo que los otros en esta parte salvaje del desierto. Y sus palabras, como hombre conocedor que era del país, parecieron reforzar las de Stone. Anderson era un hombre serio y grave, ya maduro, como indicaba la blancura de su barba. Sus ojos, grandes y profundos, reflejaban vivamente la claridad del fuego.

-Apostaría cualquier cosa a que también logramos salir de este atolladero - dijo Carr, que era el gracioso del equipo, un hombre de rostro y cabellos grises, que frisaba en los cincuenta años, y al que llamaban *Cara de Piedra.*

-¿Qué dices tú, Pecos? - preguntó el jefe a un mejicano de largas piernas y bigote rubio, que estaba apoyado contra el muro, frente por frente de la lumbre.

-¿Yo?... ¡Oh, yo no digo nada! - repuso el otro, encogiéndose de hombros.

-De todos modos, yo creo que debiéramos ir a pasar el invierno a Sierra Ancas - añadió entonces Stone, pensativamente.

-¡Ya ha llovido, jefe, desde que tuvimos aquella serie de peleas por lo de la cerca de Traft, esa que llaman *la cerca trágica!, ¿eh?...* - dijo Croak Malloy desde su asiento de sacos. La voz de este hombre tenía una extraña nota de aspereza que recordaba el croar de las ranas, pero no era a esto a lo que debía su apodo, sino a su terrible fama de matón, ya que se le consideraba como el más peligroso de todos los que componían este notable equipo, antigua espina clavada en las carnes de todos los ganaderos del Mogollans.

-¡Ya lo creo! - replicó Stone.

-De todos modos - insistió Croak Malloy -, nosotros nos marchamos con un par de arañazos, mientras que los del Diamante tuvieron dos heridos graves, que han quedado lisiados. Además, les echamos abajo nueve millas de valla. ¿No fue eso una victoria?

-Todo lo que quieras, Croak - replicó Stone, muy serio -; pero yo conozco al viejo Jim Traft porque estuve en su equipo hace veinte años.

-La verdad es, Jed, que esa valla de Traft ha dividido el país; y eso es una cosa que se ha de pagar cara.

-¿Cómo? ¿Quieres decir que va a haber a causa de la valla esa, otra guerra como la de Pleasant Valley?...

Esto fue hace unos siete años, y todavía hierve la sangre de algunos recordando ciertas cosas.

La respuesta de Croak Malloy no pudo oírse a causa de las palabras acaloradas de Carr y Anderson, que hablaban a la vez. De todos modos, aquél pareció convencido. Era un hombrecillo contrahecho, de edad indefinible, en cuyo rostro pálido y de expresión aviesa y repugnante relucían dos ojillos de fuego, uno de ellos bizco. Y estaba considerado como el más peligro del equipo.

Precisamente en este instante se oyeron los cascos de unos caballos que se acercaban.

-¡Ah, ésos deben ser Madden y Sonora! - exclamó Stone con satisfacción, corriendo hacia la puerta y abriendo. Luego llamó a voces, y como la respuesta confirmó su hipótesis, volvió a entrar, acercándose al fuego y extendiendo ambas manos hacia la lumbre. Luego cruzó las manos a su espalda, y esperó.

Mientras tanto, los caballos habíanse detenido detrás de la cabaña, donde se oyeron voces de hombres y el ruido de fardos y paquetes descargados, junto con el de cueros que chirriaban bajo la lluvia. Stone se acercó de nuevo a la puerta, aunque seguramente no podía ver nada a causa de la tormenta. Sus hombres seguían fumando en silencio. La lluvia tamborileaba en el techo, filtrándose por algunas goteras, aquí y allá. El viento gemía cavernosamente entrando por la chimenea de piedra.

Luego un hombre penetró en la cabaña, trayendo a la espalda un pesado fardo, que dejó junto al muro, acercándose seguidamente al fuego, donde se quitó el sombrero y la chaqueta, que chorreaban. Entonces pudieron verse el rostro moreno y los ojos grandes y negros como el azabache del mejicano al que Stone había llamado poco antes Sonora.

-¡Me alegro que estéis de vuelta, Sonora! - dijo el jefe alegremente -. ¿Qué hay?

-Nada bueno - repuso el mejicano, moviendo fuertemente la cabeza y haciendo que cayeran sobre el fuego grandes gotas de lluvia.

El jefe lanzó un juramento, recostándose contra el muro en la sombra.

El otro jinete penetró en la cabaña a su vez, jadeando intensamente bajo el peso de otro fardo, que dejó en el suelo con un gran golpe, acercándose entonces al fuego conocido por sus compañeros por *Tracks*, que había vivido más tiempo que los otros en esta parte salvaje del desierto. Y sus palabras, como hombre conocedor que era del país, parecieron reforzar las de Stone. Anderson era un hombre serio y grave, ya maduro, como indicaba la blancura de su barba. Sus ojos, grandes y profundos, reflejaban vivamente la claridad del fuego.

-Apostaría cualquier cosa a que también logramos salir de este atolladero - dijo Carr, que era el gracioso del equipo, un hombre de rostro y cabellos grises, que frisaba en los cincuenta años, y al que llamaban *Cara de Piedra.*

-¿Qué dices tú, Pecos? - preguntó el jefe a un mejicano de largas piernas y bigote rubio, que estaba apoyado contra el muro, frente por frente de la lumbre.

-¿Yo?... ¡Oh, yo no digo nada! - repuso el otro, encogiéndose de hombros.

-De todos modos, yo creo que debiéramos ir a pasar el invierno a Sierra Ancas - añadió entonces Stone, pensativamente.

-¡Ya ha llovido, jefe, desde que tuvimos aquella serie de peleas por lo de la cerca de Traft, esa que llaman *la cerca trágica!, ¿eh?...* - dijo Croak Malloy desde su asiento de sacos. La voz de este hombre tenía una extraña nota de aspereza que recordaba el croar de las ranas, pero no era a esto a lo que debía su apodo, sino a su terrible fama de matón, ya que se le consideraba como el más peligroso de todos los que componían este notable equipo, antigua espina clavada en las carnes de todos los ganaderos del Mogollans.

-¡ Ya lo creo! - replicó Stone.

-De todos modos - insistió Croak Malloy -, nosotros nos marchamos con un par de arañazos, mientras que los del Diamante tuvieron dos heridos graves, que han quedado

lisiados. Además, les echamos abajo nueve millas de valla. ¿No fue eso una victoria?

-Todo lo que quieras, Croak - replicó Stone, muy serio -; pero yo conozco al viejo Jim Traft porque estuve en su equipo hace veinte años.

-La verdad es, Jed, que esa valla de Traft ha dividido el país; y eso es una cosa que se ha de pagar cara.

-¿Cómo?... ¿Quieres decir que va a haber a causa de la valla esa, otra guerra como la de Pleasant Valley?...

Esto fue hace unos siete años, y todavía hierve la sangre de algunos recordando ciertas cosas.

La respuesta de Croak Malloy no pudo oírse a causa de las palabras acaloradas de Carr y Anderson, que hablaban a la vez. De todos modos, aquél pareció convencido. Era un hombrecillo contrahecho, de edad indefinible, en cuyo rostro pálido y de expresión aviesa y repugnante relucían dos ojillos de fuego, uno de ellos bizco. Y estaba considerado como el más peligro del equipo.

Precisamente en este instante se oyeron los cascos de unos caballos que se acercaban.

-¡ Ah, ésos deben ser Madden y Sonora! - exclamó Stone con satisfacción, corriendo hacia la puerta [y] abriendo. Luego llamó a voces, y como la respuesta confirmó su hipótesis, volvió a entrar, acercándose al fuego y extendiendo ambas manos hacia la lumbre. Luego cruzó las manos a su espalda, y esperó.

Mientras tanto, los caballos habíanse detenido detrás de la cabaña, donde se oyeron voces de hombres y el ruido de fardos y paquetes descargados, junto con el de cueros que chirriaban bajo la lluvia. Stone se acercó de nuevo a la puerta, aunque seguramente no podía ver nada a causa de la tormenta. Sus hombres seguían fumando en silencio. La lluvia tamborileaba en el techo, filtrándose por algunas goteras, aquí y allá. El viento gemía cavernosamente entrando por la chimenea de piedra.

Luego un hombre penetró en la cabaña, trayendo a la espalda un pesado fardo, que dejó junto al muro, acercándose seguidamente al fuego, donde se quitó el sombrero y la chaqueta, que chorreaban. Entonces pudieron verse el rostro moreno y los ojos grandes y negros como el azabache del mejicano al que Stone había llamado poco antes Sonora.

-¡Me alegro que estéis de vuelta, Sonora! - dijo el jefe alegremente -. ¿Qué hay?

-Nada bueno - repuso el mejicano, moviendo fuertemente la cabeza y haciendo que cayeran sobre el fuego grandes gotas de lluvia.

El jefe lanzó un juramento, recostándose contra el muro en la sombra.

El otro jinete penetró en la cabaña a su vez, jadeando intensamente bajo el peso de otro fardo, que dejó en el suelo con un gran golpe, acercándose entonces al fuego

y esparciendo por la estancia un perfume compuesto de mil perfumes, de lluvia," de caballos y de los varios olores de la floresta brava. Era un hombre de aspecto indefinible. El agua chorreaba de su persona por todas partes. Colgó la chaqueta en un clavo de la chimenea, pero conservó puesto su viejo sombrero negro, que chorreaba agua.

-¡Bueno, jefe, aquí estamos ya Sonora y yo! - dijo alegremente.

-Ya lo veo, ya - repuso Stone en tono sereno.

-Por allá está muy malo - siguió diciendo el otro -. Nieva intensamente, aunque no creo que dure la nieve, porque con esta lluvia...

-¿Qué te apuestas a que no? - medió Carr.

Madden sonrió, arrodillándose ante el fuego, con lo que sus grandes espuelas quedaron rozando sus caderas.

-Dadme algo que comer - dijo -. Será lo primero que probamos desde ayer por la mañana.

En seguida, apartó la olla de café del fuego, mientras Sonora cogía las galletas y la carne. Stone, aunque ardiendo de impaciencia por preguntarles, respetó el hambre de los recién llegados, que parecía ser terrible, y se puso a pasear al fondo de la pieza, como sumido

Librodot

en penosos pensamientos. El resplandor del fuego se quebraba en el mango de hueso de su pistola, que asomaba por la abertura de la funda, algo más abajo de su cadera. Los otros hombres del *gang* seguían fumando en silencio.

El más joven del grupo, un *cowboy* a juzgar por su aspecto, se levantó para echar más leña al fuego. Su rostro, expresivo y delgado, tenía una gran belleza varonil, con una expresión de candor y como de inocencia, que contrastaba grandemente con la expresión dura y adusta de los otros.

Los dos *gangsters* que acababan de regresar a la cabaña siguieron comiendo y bebiendo hasta que todo el líquido, el pan y la carne desaparecieron.

-¡Ya está limpio el plato! -exclamó luego Madden. - La verdad es que no hay como un buen filete asado cuando uno está muerto de hambre, ¿eh, jefe?... ¡Bueno, y ahora ahí van cigarros para todos! ¡Bonitos y secos, vaya!...

Repartió tabaco, en efecto, y luego encendió un cigarro con un ascua, acercándose mucho al fuego. Luego se olvió a sentar, echó al aire una larga voluta de humo, y murmuró:

-Bueno, ahora, jefe..., ¡ ¡duro! ! ...

Stone acercó de un puntapié un cajón al fuego y se sentó. Entonces, de un rincón de la estancia, surgió un hombretón de rudo aspecto, que llevaba en el chaleco una insignia de *sheriff,* semejante a una estrella. Y todos se acercaron, excepto Croak Malloy, al que nada parecía importar en este mundo.

--¿Hay novedades en Flag? - siguió preguntando al fin Stone.

-Nada - repuso Madden vivamente -. Todos nuestros esfuerzos no han servido para nada.

-¿Cómo es eso...? ¿Quieres decir que ninguno de aquellos *cowboys* de la valla de Traft contra los que nosotros disparamos ha muerto?...

-Ninguno. Frost anda por allí con una muleta; y en cuanto a Hump Stevens me han dicho que vivirá también.

-¿Cómo tomó Jim Traft lo de la destrucción de nueve millas de su valla?

¿A qué Jim Traft te refieres ahora?

-¡Al viejo, estúpido 1... ¿Quién cuenta con el necio del sobrino?...

-¡Oh, jefe, pues me parece que vas a tener que contar con él! Porque en Flag ya cuenta... Claro está que yo sólo sé lo que me han dicho en los bares y tiendas de por allá; pero ya es bastante. Al viejo Traft me han dicho que lo de la valla no le hizo pestañear siquiera; en cambio, al sobrino parece que le ha sacado de sí... Y ten en cuenta, Jed, que el viejo rey del ganado llevará adelante la valla, a pesar de todo, por lo que luego os diré... Por lo que yo he podido averiguar, parece ser que los ganaderos miran cada vez con mejores ojos lo de la valla... Bambridge es el único ganadero importante que está contra ella, y tú sabes por qué... De todos modos, hemos hablado de otras cosas además de la cerca... ¿No sabes, Stone?... El equipo del Cibeque se ha disuelto.

-¿Qué dices?... ¡No puede ser! - opuso Stone, muy serio.

-¡Ya lo creo! Y todo por culpa de aquel idiota de Hack Jocelyn, que dejó el equipo del Diamante para entrar en el del Cibeque. Esto dividió el del Cibeque.

Parece ser que Jocelyn se volvió loco por esa muchacha, Molly Dunn, la hermana de Slinger Dunn. ¿Tú la has visto, Stone, en West Fork?...

-Sí, sí. La chica más guapa de la comarca.

-Bueno, pues Jocelyn andaba loco por ella, y engañó a los Haverly y a Slinger, tramando una pasada como no ha habido otra en el mundo. Pero le costó cara. Se llevó a Molly con él, y esto le perdió, porque Slinger, abandonando el Cibeque, buscó el rastro de la pareja, hasta una cabaña de Tobe Well, ¡en el fin del mundo! ... Debe haber sido la cabaña que hizo Andersen allá, hace ya años. Bueno; el caso es que Jocelyn y el resto del equipo del Cibeque habían secuestrado al joven Jim Traft para exigir un rescate, pero Jocelyn proyectaba coger el precio del rescate y luego matar a Traft. Los Haverly no querían matarlo, según

Librodot

dicen, y las cosas llegaron a un grado terrible en la cabaña. Jocelyn parece que estaba muy bebido, e intentó llevarse a Molly al bosque; pero la chica, como buena hermana de Slinger, parece ser que tocó el cielo con las manos, y cuando Jocelyn intentó matar al joven Jim Traft, Molly luchó con Jocelyn y le mordió en una mano, como una tigresa. Pero ya conocéis a Slinger Dunn, y entonces él mató a Jocelyn. Luego se volvió contra los Haverly, *y* los mató a los dos también, aunque él quedó muy malherido a su vez. Le han llevado a Flag. Pero dicen que se salvará.

-Pues me alegro, aunque Slinger y yo no seamos los mejores amigos - dijo Stone vivamente.

-Pero, bueno, aún hay más novedades - prosiguió entonces Madden, con aire importante -. Algunas os interesarán, de seguro. Bambridge perdió su pleito contra Traft; según el Tribunal, no había siquiera pleito. Parece que el viejo Traft compró el rancho de ese Yellow Jacket a Blodgett, hace años, pero Bambridge no sabía nada, a lo que se ve, y después del fallo del Tribunal, dicen que él y Traft iban a llegar a las manos. Bambridge sacó una pistola, loco de rabia, pero alguien le dio un golpe en la mano, haciéndole caer el arma al suelo. Esto enfureció también al rey del ganado, y... ¿qué dirás que dijo, Stone?... ¡ Me lo ha dicho un amigo que estuvo en la sala durante la vista!...

-¡Oh, sabe Dios! ¡Dios!...

-Pues dijo que juraba echar a Bambridge de Arizona. Y luego añadió que el rancho ese de Yellow Jacket, que Bambridge y éste decían que era suyo, se lo regalaba a su sobrino Jim y... ¿a quién diréis?...

-¡Yo no sé ni puedo adivinarlo! -repuso Stone -. ¡Dilo ya, hombre.

-¡Pues nada menos que a Slinger Dunn! - cerró Madden en el tono altisonante de uno que sabe que sus palabras han de causar enorme sensación en el auditorio.

-Qué dices? - murmuró Stone, el primero, atónito.

-Lo que oyes, hombre. El viejo Traft ha regalado el rancho ese y sus campos a su sobrino y a Slinger Dunn, mitad por mitad a cada uno. A condición de que Slinger entre en el equipo del Diamante y les ayude a desbrozar los campos del rancho.

-¡Huy, huy! - murmuró Croak Malloy, en tono de inmenso sarcasmo.

-¡Slinger Dunn en el Diamante! - añadió a su vez Stone, en tono incrédulo. Evidentemente la noticia era increíble y encerraba las más absurdas e inesperadas probabilidades de sucesos extraños.

-Pues así es, jefe terminó Madden dando una larga chupada a su cigarro -. Y dicen que piensan venir aquí después de la Pascua.

Hubo una pausa, durante la cual los hombres siguieron fumando en silencio, mientras el humo ascendía, buscando los agujeros del techo. Anderson preguntó entonces:

-¿Qué te parece eso, Stone?

El jefe no se dignó contestar, y Anderson añadió:

-¡Bien, Frank! , tú que eres el novato del equipo, ¿qué te parecen las noticias que nos da Madden?

El interpelado se encogió de hombros, contestando:

-¡Oh, yo creo que no se puede desbrozar el rancho ese de Yellow Jacket!

-¿Cómo que no?... ¿De dónde eres tú?

-Nacido en Arizona.

-¿De veras?... ¿Y dices tú eso, entonces?... Pues no me extrañaría nada verte salir pronto de este equipo...

Andersen se volvió entonces hacia el mejicano, que estaba más cerca de él, y añadió vivamente:

-Oye, Sonora, tú has guardado ovejas por estas tierras durante varios años, ¿no es así?

-Sí, *señor.*

-Así, has visto matar a algunos hombres a tiros, ¿no?

-¡Oh, sí señor, a muchos hombres!

-¿Has hablado con los pastores en Flag?

-Sí, señor, *sí.* Todos dicen que *mucho malo.* Dicen que tratándose del viejo Traft, hay que desconfiar, porque no deja jamás un trabajo a medias.

Anderson dijo luego que, de todos modos, aquella cerca de Traft iba a traer las peores consecuencias para los campos de Arizona y las gentes que vivían por allí. Pero Croak Malloy le interrumpió, entre chupadas al cigarro:

-¡No digas tonterías, Anderson! ... El rancho ese de Yellow Jacket sigue hoy tan salvaje y rústico como hace diez años. Y todo sigue igual que antes, el ganado pastando libremente en los campos, y en los bosques más ladrones de ganado que nunca. Ese Bambridge es la excepción en el país... En cuanto a eso que dicen del equipo del Diamante, ¿qué pueden importarnos a nosotros unos jinetes más o menos, si se ponen frente a nuestro equipo?... ¡Bah! Yo me comprometo a matar a ese joven Jim Traft, y Sonora matará a Slinger Dunn. Y se habrá acabado el equipo del Diamante para siempre.

-Muy bonito, hombre, muy bonito o muy fácil. ¡Ya lo creo! Yo no quiero comparar siquiera el equipo del Diamante con el nuestro. No sería una lucha noble, porque lucharían *boys* contra hombres. Allí no hay más que Slinger Dunn y ese Prentiss, que valgan la pena de tomarse en cuenta.

-Oye, Tracks - dijo Pecos-, tú te olvidas de que en el Diamante hay un tejano: Lonestar Holiday, que puede ponerse donde el primero.

Luego de haber discutido un momento los hombres, Anderson miró con ojos interrogantes al jefe del e[q]uipo, que fumaba en silencio. La lluvia seguía tamborileando en el techo, y el viento gemía en los árboles desnudos. El fuego chisporroteaba alegremente. Al fin, Jed Stone rompió el silencio para decir:

-Amigos míos, yo pertenecí al primer equipo del *Cuchillo Fatídico,* hace veinte años. Y en Arizona no había visto jamás un grupo de jinetes mejores, de hombres más decididos. Algunos de los que lo componían eran a la vez hombres honrados y bandidos. El equipo aquel de Teas fue el que le puso el nombre. Allí estaban Daggs, Colter y otros que ya murieron, pero cuya fama aún se recuerda. Y, sin embargo, no eran mejores ni peores que los pastores y ganaderos que lucharon en la guerra que todos recordáis... Yo, desde entonces, no he hecho ningún trabajo honrado.

Stone hizo una leve pausa, durante la cual echó unas ramas al fuego, y luego prosiguió:

-Esto me recuerda lo que nos pasa ahora... La verdad es que hay una gran diferencia, amigos míos, entre los hechos y los rumores de éstos. Ahora mismo, por ejemplo, el viejo Jim Traft sabe muy bien que nosotros le robamos ganado, pero no puede probárnoslo. Bambridge, igual; él también sabe que nosotros robamos ganado, pero no puede delatarnos, porque él tampoco juega limpio. Otro tanto nos pasa con los pequeños ganaderos. Hemos robado a miles las cabezas de ganado, pero nadie nos lo puede probar. Desgraciadamente, no podremos continuar así si Traft envía aquí el equipo del Diamante. El rancho de Yellow Jacket le pertenece. Y si es verdad que Slinger Dunn está en ese equipo... Yo conozco a Slinger bien. Tiene más de indio que de *cowboy;* yo he cazado mucho con él y sé que ha vivido mucho tiempo entre los indios *Apaches.* Y ningún equipo podrá considerarse seguro mientras Slinger merodee cerca con un rifle. De modo que si el equipo del Diamante viene contra nosotros... habremos de estar muy alerta. Slinger Dunn es el hombre más peligroso de Arizona.

-Sí, sí - medió Anderson -. Pues dalo por seguro, porque el viejo Traft se ve que hace tiempo nos preparaba ya esta emboscada... Por lo pronto, ese rancho suyo de Yellow Jacket es admirable. Ahí podrán vivir muy bien diez mil cabezas de ganado. Conque...

-Bien; en ese caso... dejadme deciros algunas cosas más, y pondré el asunto a votación. La cosa lo merece... Veréis. Vosotros sabéis muy bien que en los últimos cinco años, sobre todo, hemos vendido a Bambridge muchos miles de terneras y novillos sin marcar... ¡Muchos miles! No sé cuántos, pero muchos, desde luego. Y yo tengo ahora idea de que el hombre va a

Librodot

marcharse de Arizona. Y antes de marcharse, aún querrá hacer algún buen negocio... y seguramente pensará en nosotros... El viejo Traft quiere hacerse dueño del país... y yo, aparte el viejo, no conozco a nadie peligroso para nosotros más que su capataz, ese Ring Locke. Ellos enviarán el equipo del Diamante aquí, no sólo para vigilarnos a nosotros, sino a Bambridge también. Dicen que ese Jim Traft, el sobrino, es de la misma madera que el tío. ¡ Bien! Croak se encargará de quitarlo de en medio. El viejo Traft ya os digo que quiere dominar en toda Arizona, desde el *Pequeño Colorado* a las *Supersticiones.* Pero su sobrino no lo conseguirá. Slinger Dunn, sí... Si se lo propone... De modo que a mí me parece prudente que vayamos a ver otra vez a Bambridge, que le vendamos lo que podamos y que nos larguemos de aquí lo antes posible.

-¿Qué dices? - preguntó Malloy, mirando al jefe con inmenso asombro.

Y Stoneface Carr, el gracioso *Cara de Piedra,* preguntó a su vez, con sarcasmo infinito:

-¿Quieres decir que estás dispuesto a que nos marchemos de estos campos por donde hemos realizado nuestras correrías durante veinte años, tú?...

Pecos, el tejano, hizo la misma pregunta, con ironía y doble sentido.

-Es que..., escuchadme - repuso el jefe brevemente y no sin calor en las palabras -: yo adivino el porvenir... y sé lo que me hago. Así es que voy a preguntaros uno por uno... Anderson, ¿tú crees que debemos levantar el campo, sí e no?...

-Yo creo que no, Stone. El equipo del *Cuchillo Fatídico* no tiene estos procedimientos... Ésa es mi opinión.

Sonora, el ex pastor, opinó del mismo modo que Anderson. *Cara de Piedra* se encogió de hombros, y en cuanto a Malloy, se limitó a lanzar un breve juramento entre dientes. Los otros pronunciaron breves palabras de ironía o de sarcasmo.

-¡Bueno, bueno! -cortó el jefe, sin perder su serenidad y alzando una mano -. ¡Basta! No hay que hablar más, está convenido. ¡El equipo del *Cuchillo Fatídico* se quedará aquí hasta que nos echen o nos manden al otro mundo!

Este ultimátum pareció tener un efecto final sobre todos, excepto sobre el frío Malloy, y tal vez sobre el tejano. Uno a uno, se fueron levantando, y, mientras cambiaban alguna palabra suelta con sus compañeros, extendieron sus camastros, y se fueron acostando. Madden se había ya quedado dormido, con la cabeza apoyada en un montón de sacos. Su sombrero habíase caído hacia atrás, dejando ver el rostro del hombre, cansado y moreno, entre las sombras.

Jed Stone permaneció aún allí, despierto, cerca del fuego. Luego, cuando ya todos los miembros de su *gang* se habían dormido, se entretuvo echando leña al fuego.

La tormenta parecía ir cesando poco a poco. El viento gemía menos en las aristas de la cabaña y en la chimenea; la lluvia iba perdiendo intensidad, y los árboles ya no rozaban sus ramas desnudas contra el techo.

Stone parecía ahora perdido en lejanos pensamientos. Sus ojos tenían la expresión vaga del hombre que ve dibujarse su pasado en el resplandor de la hoguera. Veinte años atrás, él era un *cowboy* libre, honrado, amable y bueno, con todo el porvenir ante sus ojos. Las sombras de sus pupilas pareció indicar que una mujer, una muchacha había pasado entonces por su vida y por su corazón... ¡Solamente veinte años! ... Pero los últimos habían sido terribles, negrísimos, y debían ser expiados. Él había visto a muchos granjeros y pastores empezar su vida siendo honrados, y acabar en la horca... Entonces, lanzando un leve suspiro, pareció apartar de su mente algo familiar, triste y atormentador, y, levantándose, se puso a pasear lentamente por la estancia.

Las llamas sacaban sombras chinescas de los rincones o relucían en los rostros de los hombres dormidos. El rostro de Malloy tenía, hasta dormido, una expresión siniestra e inquietante. ¿Qué le importaba a éste la vida o la muerte?... Reed, el joven *cowboy* ingresado últimamente en el equipo, estaba echado de espaldas, con su bello rostro juvenil inundado por

la claridad de las brasas. Stone sintió lástima por él. ¿Tenía, acaso, una madre, una hermana?... ¡Era ya un vagabundo a los veintidós años! ... Esto para Jed no suponía nada, ya que él había visto a muchos muchachos caer en el mal y en el crimen en plena juventud; pero, en este momento, le impresionaba doblemente... Sonora tenía, dormido, la expresión inescrutable de un indio, y nadie habría podido adivinar que este hombre era un ladrón y un asesino. Carr, el gracioso, también parecía llevar una máscara sobre su rostro de vagabundo. En cuanto a Pecos, su rostro estaba también bañado par la claridad del hogar. Este hombre silencioso y misterioso había intrigado a Stone desde antiguo. Pecos, como enemigo, era terrible e implacable; en cambio, no había amigo más leal ni más firme, ni más generoso. No le importaba el dinero, no bebía, no jugaba a las cartas, y evitaba y parecía huir de las mujeres... ¿Era éste, acaso, su secreto?...

Stone se acercó a la puerta y la abrió. La noche había aclarado un tanto. Las estrellas brillaban en los claros azules del cielo entre nubes sombrías y negras. Una lluvia menuda, que ahora caía de los pinos, le humedeció el rostro. Al Este, una montaña se elevaba contra el cielo, salvaje y negra. A lo lejos, un lobo aullaba, persiguiendo a un ciervo, *y* Stone sintió que un temblor leve recorría su espina dorsal. Experimentaba un hondo, un honesto y profundo cariño por este hermoso desierto, que un día u otro, tarde o temprano, se vería obligado a dejar.

Penetró de nuevo en la cabaña y, después de cerrar la puerta, extendió su camastro junto al fuego, quitándose luego las rudas botas de campo. Al punto echó más leña al fuego, extendiéndose cuan largo era, con los pies al lado mismo de la lumbre, y la cabeza alta, sobre unos sacos. Y así estuvo largo rato, mirando las llamas subir y bajar..., apagarse luego, y observando cómo las ascuas iban palideciendo y muriendo poco a poco, hasta que finalmente se extinguieron.

II

Precisamente aquella misma noche tormentosa de principios de noviembre, en que los *gangsters* del *Cuchillo Fatídico* tuvieron su fatal coloquio en la cabaña de los bosques, en terrenos del rancho de Yellow Jacket, Jim Traft estaba sentado con su sobrino en el gran salón de su casa de campo, la gran casa del rancho, situada en las afueras de Flagerstown.

Era una pieza clara y alegre, muy abrigada y coquetona, doblemente linda y amable en estos instantes a causa del plañido del viento en las aristas de la casa y del golpeteo de la lluvia en las maderas de las ventanas. El viejo Traft era muy aficionado a las pantallas encarnadas, y el gran fuego que ardía en la chimenea parecía testimoniar la larga vida del granjero en estas soledades inmensas. Antela chimenea se extendía una blanda y tibia piel de lobo. Traft ocupaba un viejo sillón, y estaba arrellanado cómodamente, sonriendo de un modo tenue, que dilataba su rostro curtido por el sol y la intemperie, sin dejar de fumar su pipa.

¡Vamos, Jim! - dijo de pronto, mirando a su sobrino -, la cosa parece que va mejor, ¿no te parece?... Aquí estás ya como en tu casa... Te has convertido en un verdadero hijo del Oeste... y la casa no está tan solitaria ni triste como antes.

Y asintió, haciendo luego un movimiento con su cabeza encanecida hacia el otro extremo de la estancia, donde Molly Duun, hundida en otro sillón, inclinaba su linda cabecita morena sobre un libro. Enfrente de Molly, al otro lado de la mesa, estaba sentada mistress Dunn, con el aspecto alegre y satisfecho de una persona que no quisiera despertar nunca de un dulce y bello sueño.

El joven Jim sonreía. La casa *y* el ambiente le parecían encantadores, y era raro el instante en que sus ojos no estaban fijos en la linda cabecita de Molly.

Es verdad, tío - repuso al fin, en el tono blando y amable que su voz tenía en ciertos momentos -; ni usted ni nadie podrían creer que hace sólo unas pocas semanas que tuvimos

aquella terrible batalla. ¡Dios mío! ... ¡Cuando me acuerdo! ... Ya le he contado a usted muchas veces cómo Molly me salvó la vida. ¡Me parece un sueño! ... Pero, en fin, gracias a Dios, ya estoy de nuevo *en mi casa*, porque ahora me siento verdaderamente en *mi casa*, tío. ¡No trabajar en varias semanas; no tener que mandar el equipo aquel de terribles *cowboys!* Usted - tan contento conmigo..., aunque le juro por mi vida que aún no he comprendido bien por qué. Molly aquí con nosotros, donde pasará el invierno, para asistir a la escuela del pueblo, y... y... en la próxima primavera convertirse en mi mujer... Y Slinger Dunn mejorando rápidamente de aquellas terribles heridas... ¡Verdaderamente, me parece demasiada felicidad para poder creerlo!

¡Ya, ya! ... ¡Yo sé lo que tú sientes, hijo mío! - replicó con ternura el viejo ranchero -. A ti te parece que la lucha y el esfuerzo de este Oeste durísimo se ablandan y dulcifican aquí, en esta casa, donde te ves querido y mimado, rodeado de parientes, junto a la muchacha escogida de tu corazón... Mejor : todo esto debe hacerte duro como un clavo, dúctil y agudo, para resistir la dura vida del desierto salvaje y triunfar de todos los peligros y de todas las pruebas. Eso hice yo. Y, querido mío : si yo hubiera sido un borracho, un gandul *cowboy*, como hay tantos por aquí, no habría ido muy lejos, y tú no estarías esta noche en esta estancia, sentado junto al fuego y... robando miraditas furtivas a tu muchachita del Oeste.

-¡Oh, tío! -repuso el joven-; ¡usted no sabe lo que sufro! Cuando recuerdo tantas semanas de esfuerzos y de trabajos, construyendo su famosa valla... Y luego aquella batalla de la cabaña, en pleno bosque... ¡Ah, Dios mío! ¡Yo hubiera despedazado con mucho gusto al canalla aquel de Hack Jocelyn! ... ¡Cuando vi que luchaba con la pobre Molly, que le mordía las manos, disputándole el rifle..., y le vi golpearla..., y yo atado, inerme, impotente! ... Y luego apareció Slinger, vivo y audaz como un indio... ¡Ah, fue horrible todo, y todavía me estremezco al recordarlo! ... ¡Oh, ahora, tío, viéndome aquí, tranquilo y seguro en esta casa, es cuando empiezo a darme cuenta de lo que es el Oeste, que usted me describía tantas veces! ... ¡Es maravilloso, glorioso, si usted quiere, pero terrible también!

-Bien, ya pasó, hijo mío, la batalla. Ahora debes acostumbrarte a mirar cara a cara la vida aquí, y luchar, como yo luché. Yo he luchado durante cuarenta años. Y aún habrá que luchar mucho más, hasta que podamos limpiar el país de los vagabundos del desierto, los ladrones de ganado, los *cowboys* que roban y hacen del robo su medio de vivir.

-¡Tío Jim! - dijo Molly en este momento -; no siga usted desacreditando al pobre Oeste. Yo tengo que estudiar, y no me dejan ustedes.

-¡Ah, querida Molly! - repuso el viejo ranchero, dulcemente sorprendido -; ¡yo creía que estabas hundida en tu libro y no te enterabas de nada!

-Y tú, Jim - prosiguió Molly, dirigiéndose ahora al muchacho -, no hagas mucho caso a tu tío, que el Oeste no es tan malo como él asegura. El quisiera que tú fueras otro Curly Prentiss... o tan rudo como mi hermano.

-¡Oh, oh! - murmuró el viejo ranchero riendo y frotándose las manos -; ¡tiene gracia eso, chica! Yo estaba queriendo demostrar a mi sobrino que si tú no hubieras tenido todas las buenas cualidades de las muchachas del Oeste, ¿dónde estaría él a estas horas?...

Desde lejos, el joven vio a la muchacha palidecer ligeramente, al tiempo que sus ojos, sus hermosos ojos, se dilataban, mirándole con inmensa dulzura. Y esto fue como un regalo celeste que hizo estremecer hondamente al muchacho.

-¡Oh, tío! - dijo sonriendo -; pues si no hubiera sido por Molly, a estas horas yo estaría en el Paraíso comiendo melocotones, como suele decirse.

-Ya puedes decirlo - dijo Molly riendo -. Y si sigues mandando el equipo del Diamante un poco más de tiempo, no respondo de ti...

Mistress Dunn habló ahora para decir que era muy dulce oír el golpeteo de la lluvia contra las ventanas.

-¡Oh, mistress Dunn! - replicó el ranchero -, es que éste es un país muy alto. El Cibeque, donde ustedes viven, está a quinientos pies más abajo. Es muy raro que haya

verdadero invierno en todo el Tonto. De todos modos su hija se encuentra mejor aquí en Flag.

-¿Nevará esta noche? - preguntó Molly entonces, estremecida de delicia.

-Yo creo que sí; un poco, un par de pies de nieve.

-¡Oh, qué bonito! ... Y yo podría ir a la escuela pisando la nieve.

-¡Lo siento, chica! - dijo entonces el sobrino del ranchero

-, pero mañana es sábado y no tienes escuela. Vas

a aburrirte todo el día recorriendo los corrales conmigo. Nos tiraremos bolas de nieve para distraernos... Y quizá luego vayamos en trineo a la ciudad.

-¡Oh Jim, qué alegría! - murmuró la muchacha, loca de contento.

El viejo ranchero sonrió también, y Jim se dijo que la alegría de su tío debía de ser muy honda y muy pura, viendo *y* oyendo a Molly en esta casa. ¡El ranchero había vivido siempre una existencia tan dura y solitaria! ... Y ahora sentía la necesidad de verse rodeado de parientes, de seres queridos, y de los hijos que él no había tenido.

La madre de Molly se levantó, acercándose al fuego, al tiempo que decía:

-¡Se siente frío! ... ¡Esto es tan grande! ...

-¡Molly, ven tú también, y sé sociable! - dijo el viejo Traft.

-Pero, ¿y mi lección, tío?... ¡Tengo que estudiar! ... Estoy tan atrasada...

-Pero es que yo no quiero que te quemes tus lindos ojos, hija mía - repuso el viejo galantemente -. Estudiar es muy bueno para una muchacha; pero la belleza no debe sacrificarla nunca al estudio.

-¿De modo que no me deja usted seguir estudiando? - desafió en broma Molly. Y siguió sumida en el libro.

Entonces, el sobrino del ranchero se levantó, cogió a la muchacha en brazos y la llevó, sofocada y confusa, junto al fuego, sentándola en su propia silla.

-¡Caramba con la niña! - murmuró, jadeando -. Pesas como el plomo, hija mía... Por suerte, eres fina y delgadita, y los dos cogeremos en la misma silla.

Y Jim se sentó en el mismo asiento, no muy seguro del efecto que la broma podría causar en el ánimo de la muchacha. Por suerte, los temores del joven eran infundados.

-Ahora, tío, cuéntenos usted la historia de su llegada aquí al Oeste, cuando era muchacho. Cuando llegó usted, en una caravana, que se vio atacada por los indios en Pawnee Rock. Yo tenía seis años cuando me lo contó usted por primera vez, y nunca lo he podido olvidar desde entonces. Esto le hará a Molly pensar que el Cibeque, su región del Cibeque, es una comarca tranquila y amable.

Más tarde, cuando ya las mujeres se habían retirado, entró en la casa Ring Locke, con su paso silencioso y su mirada viva e inquieta. Desde que Jim volviera a la casa, luego de su desastroso fracaso de la *cerca trágica* (así lo consideraba el capataz, al contrario que el viejo ranchero Traft), el joven Jim parecía haberse captado las simpa- tías de este rudo hombre del Oeste, con gran contento del tío. Locke era un hombre muy listo, capataz incomparable y gran defensor de los intereses del ranchero.

-El correo y algunas noticias - dijo, entregando un paquete de cartas al viejo Traft.

-¿Cómo está el tiempo, Ring? - preguntó el ranchero. -Aclarando un poco. Pero podemos despedirnos de ver pastos verdes hasta la próxima primavera.

-Invierno prematuro, ¿eh?... ¡Bien! Mira, querido, dos cartas de tu casa para ti... Y con letra de mujer...

Cuida que no te las vea Molly... Ring, coja usted un cigarro y siéntese aquí...

El joven miró las cartas, murmurando:

-¡Caramba! ¡Gloriana me ha escrito, al fin! ... Como se acercan las Navidades... Y la otra, de mamá... ¡Muy bien, muy bien! ...

-Gloria debe de estar hecha ya casi una mujer - comentó su tío.

-¿Casi?... ¡Ya es una mujer enteramente!

-¡Oh!, yo la recuerdo apenas como una niña llena de tirabuzones y con unos grandes y hermosos ojos. Tu hermana ha salido a tu madre. No es una Traft.

Locke encendió un cigarro. Luego dijo, en tono calmoso y sereno :

-Alguien del equipo del *Cuchillo Fatídico* ha estado en el pueblo.

El joven levantó la cabeza, olvidando la lectura, mientras su tío, mordiendo el cigarro, lanzó un juramento, y preguntó:

-¿Ah, sí?... ¿Y cuál de ellos?

-Madden y un mejicano, cuyo nombre no recuerdo, si es que lo he sabido alguna vez... Creo que ha habido alguien más del equipo en la ciudad, pero no he podido averiguarlo. Han comprado la mar de cosas y se marcharon el jueves. He estado en los bares, en los almacenes, viendo a ver lo que sacaba en limpio... No ha sido mucho, pero algo he podido averiguar, que quizá resulte interesante, y es que Curly Prentiss jura que vio a Madden salir de la casa de Bambridge el miércoles, al anochecer. Pero Prentiss parece que había tenido un disgusto con la novia, y estaba bebido... De no ser un borracho, ese Prentiss sería el muchacho que más valdría en la comarca. De todos modos, borracho o no, Curly tiene buen ojo, y él jura que vio a Madden.

-¡Hombre, resulta muy gracioso y extraño que Madden saliera de casa de Bambridge! - comentó el viejo ranchero, frunciendo el ceño.

-¡Sí, muy gracioso! - asintió Locke, mientras el joven Jim se decía que no veía la gracia por ninguna parte -. Y he podido averiguar, o por lo menos sospecho que los del *Cuchillo Fatídico* andan por las tierras de su rancho de Yellow Jacket..., y parecen muy interesados en lo que usted hace y en lo que hace su sobrino, y en el equipo del Diamante y en Slinger Dunn.

-¡Ya! ... Lo que más me choca es eso de Bambridge - dijo el viejo Traft.

-Los del *Cuchillo Fatídico* tienen seguramente amigos en Flag..., más de los que nosotros pensamos... Temo que alguno de nuestros muchachos se haya ido de la lengua..., porque, de otro modo, nadie podría estar enterado de ciertas cosas nuestras, míster Traft. Hay otra cosa que me ha chocado mucho; que Madden se ha llevado todas las balas del calibre 45 que tenía en su almacén Babbitt. Y todas las municiones del 44 para rifle que tenía en el suyo Davis. Ha comprado también quincalla y algunos rifles nuevos. Y víveres para que el equipo pueda vivir un año.

-Quizá sean las provisiones del invierno - contestó el viejo ranchero -; o quizás esos *gangsters* andan preparándose para otra guerra como la del 82. Si es así, ya no lo encuentro nada gracioso.

-A mí no me ha parecido que lleven muy buenos propósitos - murmuró Locke.

-Malditos equipos los de este país - dijo Traft -. Hace no sé cuántos años, vengo luchando con ellos, y seguimos luchando. De todos modos, Locke, voy a darte una noticia : dentro de un año o dos tendremos en la hacienda ochenta mil cabezas de ganado.

-¡Ochenta mil cabezas! ... En ese caso no le importará a usted tanto perder algunas reses.

-¡No querría perder ni una! Los *gangsters* esos del equipo del *Cuchillo Fatídico* querrían, en cambio, verme pobre.

-De todos modos, tío, no puede usted quejarse de la suerte; aquí se vive muy bien, y además está usted rodeado de lujo y de comodidades.

-¡Espera, espera! ... Ya hablaremos cuando pase algún tiempo...

El joven Traft preguntó entonces al capataz, cambiando de tono:

-Locke, ¿quién es ese Madden?

-Uno de los *gangsters* del equipo de Jed Stone. Un tipo rudo, borracho y pendenciero. Vino de la frontera, hace unos años. El asesinato de Wilson, un ranchero de Holbrook, se dijo que lo había cometido Madden. Pero todo quedó en conjeturas. En este país, para probar algo malo a un hombre es preciso sorprenderlo en el acto. Personalmente, a mí no me gusta nada el sujeto.

-Equipo peligroso y terrible ése, me ha dicho mi tío, ¿no?...

-¡Huy! ... El equipo del Cibeque era gloria pura al lado de este del *Cuchillo Fatídico.* Stone era un muchacho bueno y honrado a carta cabal. Hace tiempo trabajó aquí, con su tío. Antes de venir yo a la hacienda. Pero ahora es un vagabundo, con muchos crímenes a la espalda. Un hombre inteligente y peligroso. Ahora tiene un magnífico tirador en su equipo, un tejano, un tal Pecos, que dicen es lo mejor de Tejas. Otro *gangster,* un tal Croak Malloy, también es una alhaja digna del jefe del equipo. Y también están con él un tal Lang y Anderson, éste desde hace varios años.

-Y... ¿es Slinger Dunn igual a esos *gangsters,* Ring?

-¿Igual?... ¡Sí! ... Vamos, en ciertos aspectos, yo creo que a todos les gana Slinger - repuso el capataz pensativamente -. Slinger creo que les ganaría a todos como tirador, quitando tal vez a ese Pecos. Pero Slinger es joven, y no tiene aún crímenes sobre su conciencia. Y eso le diferencia de ellos. De todos modos, ninguno de los *gangsters* del *Cuchillo Fatídico* podría ser detenido ni acusado de sus crímenes... Son gente muy hábil y astuta.

-Así, pues, ¿estamos abocados a una nueva lucha? - preguntó Jim, conteniendo un leve estremecimiento, porque la perspectiva no le agradaba ni mucho menos.

El capataz, en vez de contestar al joven, se volvió al viejo ranchero diciendo:

-¡Míster Traft, a mí me extraña que Stone ande por esta parte de Arizona con su gente! Es un hombre listo, y sabe de seguro que no podrá continuar viviendo como vive. Si el Diamante no da cuenta de ellos, él mismo disolverá su equipo. Ésta es mi opinión...

-¡Oh, usted sabe muy bien, Locke, que a Stone no será fácil vencerlo ni expulsarlo de parte alguna! ... Ha nacido en Arizona, y estos campos son su casa, aunque se haya convertido en un verdadero vagabundo. Y es lástima, porque a estas horas, Stone podría ser un ganadero y estanciero rico. Le advierto que, en el fondo, ese chico me da lástima, y por eso he dejado solo mi rancho de Yellow Jacket.

-¿Y no cree usted que sería mejor recoger el ganado que hay por allí y abandonar definitivamente aquellas tierras, míster Traft?

-¿Mejor?... ¡Oh, no! ... Al contrario. En unos años, los ladrones de ganado acabarían con nosotros. Recuerde usted el caso aquel de Nuevo Méjico, cuando un gran ganadero (un pillo, desde luego) contrató a Billy *el Niño* y su equipo para que robaran ganado, que él vendía luego al Gobierno. Aquel escándalo duró muchos años, y todo el mundo lo sabía, menos los agentes del Gobierno. Por eso yo me inclino a creer que algún ranchero de este país guarda las espaldas y está escudando a Stone desde hace tiempo en sus fechorías.

-¡Yo sé a quién se refiere usted, míster Traft! - repuso el capataz en tono seco y duro -. Y si es así...

-Es que si Bambridge es el que compra nuestras reses robadas, es preciso ponerlo en claro.

-De todos modos, míster Traft, hay que proceder con pies de plomo. ¡Imagínese usted que Bambridge es inocente! Si la cosa llega a sus oídos... Le pegaría a usted un tiro. Y, la verdad, el rancho ese de Yellow Jacket no vale la pena de tener un disgusto.

-Ring, a mí ese hombre no me gusta, la verdad. Ya hace tiempo que yo sospecho de él. Ya sabe usted que se puso como loco cuando el Tribunal declaró que ese rancho me pertenecía. Y sería interesante descubrir la causa de su cólera.

-¡Oh, sería tan inútil intentarlo como jugar a las damas, míster Traft! ... Y eso que yo admito que usted, en el tiempo que llevo a su servicio, ha tenido muy buen ojo en ciertas sospechas, a veces... En fin, mi amo, me parece que voy a acostarme... ¡Buenas noches!

En el silencio que siguió, luego que hubo salido el capataz, el joven Jim abrió las cartas que tenía en la mano.

-Me parece, tío - comentó luego el joven -, que a Locke no le agrada ese asunto del rancho de Yellow y menos en lo que a Bambridge se refiere.

Librodot

-Es que Locke es un hombre prudente, como yo, y odia estas cosas como yo las odio. Pero, ¿qué podremos hacer?... Yo creo que es un deber mío librar a Arizona de ese equipo, y lo haré.

-Pero, ¿usted no tiene, entonces, resentimiento personal contra Bambridge, tío?

-De ninguna manera, hijo mío. Y deseo con toda mi alma que mis sospechas sean infundadas. Yo confío en Slinger Dunn para que lo ponga todo en claro. Él es el hombre que necesitamos. Yo me alegro que esté contigo.

Jim leyó una de las cartas, y luego comentó:

-¡Dios mío!

-¿Qué pasa?... ¡Espero, hijo mío, que no tengas malas noticias! ¿De quién es esa carta?

-De mi madre.

-¿Y qué?... ¿Qué te dice?

-¡Oh, ya verá usted! ... ¿Qué le parece esto...? Mi madre manda aquí a mi hermana Gloriana para que pase una temporada... Dice que son órdenes del doctor... por motivos de salud, porque necesita reforzar sus pulmones, viviendo un año o más en un clima alto y seco... ¡Dios mío! ... ¡Y mi hermana ya viene de camino! ...

-¡Bien, hijo mío! ... Yo siento que tu hermana esté mala... Pero aquí se pondrá buena.

-¿Buena?... ¡Le podría jurar a usted que Gloriana no tiene nada en los pulmones v está sana como yo! ... Es la muchacha más sana del mundo. Esto es una patraña para mandarla aquí.

-¡En ese caso, no creo que tu madre tuviera que echar mano de patraña alguna! De todos modos, nos alegraremos mucho de verla entre nosotros, ¿no es eso?...

-¡Oh tío, usted no comprende! ...

-Pues dímelo tú...

-Gloriana trastornará el país, y vendrá a meter aquí la guerra y a volverme a mí loco.

-¡ja, ja, ja!

-No es cosa de risa, tío.

-Pero, Jim, tú hace más de un año que faltas de tu casa. En este tiempo, tu hermana puede haberse puesto realmente enferma...

-¡Espero que no sea eso! ... Claro está, tío, que si es que está mala en realidad, me alegraré que venga; pero...

-¿Es que no la quieres, acaso?

-¡Oh tío, qué cosas dice usted! ... Con toda mi alma... Todo el mundo la quiere... Y eso que es mala como un diablo.

-¡Bah! ¿Cuántos años tiene ahora tu hermana?

-Dieciocho. ¡No, casi diecinueve!

-Bueno, bueno. Todas las mujeres de la familia han sido guapas. ¿Cómo es tu hermana?

-¡Es la chiquilla más hermosa que haya podido usted ver en toda su vida!

-En ese caso, razón de más para que nos alegremos de que venga, hombre. Y te diré por qué: cuando se reponga del todo, se quedará aquí para siempre.

-¿Qué dice usted, tío?

-Y claro que sí. No la dejaremos marchar, hombre. La casaremos aquí con un buen chico del Oeste.

Jim rió a su vez.

-¡Oh tío, yo creo que ningún muchacho de aquí sería capaz de enamorarla! ¡Ni de descalzarla siquiera!

-¿Cómo?... ¿Es orgullosa tu hermana?... ¡Ése sí que no es defecto de los Traft!

-No, no es que sea orgullosa; lo que tiene es que no se muestra franca e igual en su carácter, como usted y yo, o mi padre o mi madre; Gloria es un enigma, que cambia con cada luna. ¡Ahora veremos cómo viene! ... ¡Dios mío!, ¿y si no simpatiza con Molly?...

-¡Ya veremos, hombre! ... ¡A lo mejor, es Molly la que no simpatiza con ella!

-¿Molly, tío?... ¡No diga usted! Molly es un ángel que toma cariño a todo el mundo...

-Bueno, bueno, ya verás como todo se arregla. Recuerda los primeros días que pasaste aquí, como jefe de mi equipo. ¿Te gustaría marcharte ahora a vivir al Este?...

-¡Oh, no!

-Pues eso mismo le ocurrirá con el Oeste a tu hermana, si tiene sangre en las venas. Y, por lo que tú dices, tu hermana tiene mucho de los Traft.

-En mi casa la llamamos *Gloriana Mayo,* porque es un demonio.

-Mejor. Razón de más para que me alegre de que venga. ¡Hace tiempo que vivo en una especie de paz inmutable, que me alegraré que tu hermana nos alborote la comarca y el campo!

-¡Pues me parece que va a quedar complacido! - dijo Jim en tono casi dramático-. ¡Ya verá usted a todos los *cowboys* del país revolucionados y bailando como osos amaestrados! Y los bailes de bares y salones se contarán por los escándalos...

-Bien, bien, eso me hará querer más a tu hermana - dijo el viejo ranchero -. Los chicos del país me desesperan con sus historias de amor estúpidas... Ya es horade que venga una muchacha que los trastorne de verdad Y si tu hermana es como dicen... ¡En fin, allá veremos! ... ¡Buenas noches, hijo mío! ...

Cuando el joven quedó solo, se hundió en su sillón y quedó mirando al fuego, pensativamente. Luego monologó de este modo:

« ¡Dios mío! ... ¡Mi hermana Gloria aquí! ¡Con lo diablo que es! ... ¡Menos mal, si simpatiza con tío Jim! Pero, ¿y Molly?... En fin, leamos la carta de Gloriana...»

Y leyó:

«Querido hermano Jim: No te inquietes por la carta de mamá. En realidad, no estoy apenas enferma. He pensado marcharme hacia el Oeste al día siguiente de echar esta carta al correo. Me vuelve loca ese Oeste. Tus cartas han obrado el milagro, Jim. Yo las devoro. Papá está tan orgulloso de ti, que parece va a estallar. Pero mamá dice que es terrible. Siento darte esta sorpresa así tan de repente, pero sé que te alegrarás de verme. Me parece un siglo desde que te marchaste. No vas a conocer a tu Gloriana.

»Espérame en el Especial del Oeste, el 7 de noviembre, y acude a la estación con un grupo de *cowboys* a caballo y un carruaje de esos que tú llamas *galeras.* ¡Me volveré loca de alegría!

»Muchos abrazos de tu hermana

» GLORIANA. »

Jim leyó la carta dos veces, y luego quedó mirando al fuego, otra vez sumido en hondos pensamientos.

«Parece el estilo de Gloria, y, sin embargo... ¿Será verdad que está enferma?... En fin... Pero, ¡calla, el 7 de noviembre! ... ¡El lunes! ... ¿Qué voy a decirle a Moll? »

El caso dejó perplejo a Jim. Su hermana era una muchacha muy lista y culta, que se había graduado en la Escuela Superior a los diecisiete años. Hacía vestidos y sombreros y otras maravillas...

«En cambio, la pobre Molly es un tímido ratoncillo de campo... Dos años de escuela rural, esto es toda su instrucción... Y lo peor es que la chica se da cuenta de su incultura, y es orgullosa y altiva a su manera, como mi hermana lo es a la suya... En fin, confío en el generoso corazón de Molly... Y yo procuraré que las dos se hagan buenas amigas y se quieran.»

III

Jim permaneció en el lecho a la mañana siguiente más tiempo que de costumbre, y cuando al fin, luego de decirse que el problema no era tan serio como le había parecido la noche anterior, se decidió a levantarse, pudo ver desde su ventana el paisaje cubierto de nieve. La tormenta se había alejado, y ahora un sol de oro brillaba en un cielo muy puro y azul. Se lavó, teniendo que romper el hielo del lavabo, y se dispuso a salir.

Jim, atravesando los corredores y el *hall* fríos como un granero, penetró en el gran salón de la casa, donde ya ardía un alegre fuego de leños. ¡Qué consuelo para sus manos ateridas! ... Jim se dijo que el Oeste era rudo, violento, crudo, pero enseñaba a un hombre a vivir y daba el exacto valor a las cosas...

-¡Jim! - oyó el muchacho que decía la voz dulce de Molly.

-¡Hola, chica! ¿Tú? - exclamó Traft, viendo a la joven asomada a una ventana, contemplando el paisaje nevado -. Yo te hacía en la cama todavía. ¡Acércate aquí a la lumbre!

Molly obedeció tiernamente. Llevaba una chaquetita de lana encarnada sobre su vestido, que hermanaba con el rojo de sus mejillas, en las pocas semanas que llevaba allí su piel había perdido aquel color mate de los bosques, lo que aumentaba su hermosura. El sol brillaba en sus cabellos negros, y sus ojos tenían aquel brillo profundo e incomparable que siempre había encantado a Jim. Y sus labios, rojos, como fresas, eran irresistiblemente provocativos.

-¡Oh Jim! - murmuró la muchacha, algo asustada al ver que el joven intentaba besarla-. ¡Podrían entrar!...

-¡Dame un beso, chiquilla!-dijo él, sacudiéndola amorosamente -. De otro modo, tendré que portarme como Curly o Bud cuando están enamorados...

-¡En ese caso, *Míster Missouri,* no tendría usted ya nada que ver conmigo! - repuso ella en tono de broma -. Por lo demás, no tienes nada que aprender de ellos, porque tú también tienes bastante de oso.

-¿Es que no me quieres esta mañana?

-¿Por qué no, Jim?... ¡Y claro que te quiero! ... -¡Entonces! ...

Molly no concedía sus besos más que rara vez, lo que los hacía más apreciables. Jim respetaba su pudor, lamentando que la chica hubiera vivido hasta poco antes en un ambiente rudo y duro, y que sus labios hubieran besado antes a otros hombres... Era una muchacha a la vez dura y dulce esta chica del Cibeque, cuyo valor había aprendido a apreciar Jim.

-¿Oh! - dijo ella luego, rompiendo el abrazo -. ¡Tienes las manos heladas, y la nariz como un mármol también, chico!

-Oye, Molly, ¿no sabes que tengo que darte una noticia?

-¿Ah, sí? ¡Dime!

-Mi hermana Gloriana viene.

Se puso muy serio para decirlo, a pesar de que intentó disimular su turbación; pero ella sonrió, alegre y contenta, comentando:

-¿De veras?... ¡Qué alegría!... *¡Gloriana Mayo,* como tú dices que la llamáis en tu casa! ¡Me has hablado tanto de ella! ... Dices que es un diablo, ¿verdad?... ¡Oh Jim, cuánto vas a alegrarte de tenerla aquí a tu lado! , ¿no? Y yo también me alegro mucho de que venga.

-¡Oh Molly, eres tan hermosa, tan buena! ... ¡Y yo te quiero con locura! - dijo ahora el muchacho en un arrebato de pasión, abrazando a la muchacha con frenesí.

-j Suelta, por Dios, Jim! ... ¡Déjame! ...

-¡Oh, perdóname! ... ¿No sabes?... Mi hermana viene aquí a reponerse, porque parece que no se encuentra bien.

-¡Oh, lo siento! ¿Qué le pasa?

-Parece que tiene débiles los pulmones. Al menos, eso dice mi madre en su carta. Pero

mi hermana me dice en la suya que no me inquiete... Mi tío Jim se ha alegrado de la noticia. Dice que casará a mi hermana con algún chico de aquí, del Oeste. ¡Es muy casamentero mi tío!

-¿Tu tío?... ¡Tu tío lo que es, es el hombre más bueno de Arizona! - repuso la muchacha con vehemencia.

-Desde luego. De todos modos, es muy raro en ciertas cosas.

-¿Y cuándo viene tu hermana?

-El lunes. En el Especial del Oeste.

-¿Cómo?... ¿Tan pronto?... ¡Oh, yo creía que iba a tener más tiempo para estudiar antes de que viniera! ... ¿Y si tu hermana no me quiere, Jim?...

-¡Oh Molly, no podrá evitar el adorarte!

-Es que muchas muchachas de aquí, de Flag, han de sentir envidia viendo lo que yo, pobre Molly Dunn del Cibeque, he llegado a ser para ti.

Era verdad. Jim mismo había podido comprobar la envidia de muchas muchachas; pero Molly era generosa.

-Mi hermana no es como las muchachas de aquí, Molly. Está mejor educada... y no sentirá celos ni se mostrará mezquina y quisquillosa...

-En este caso, bien puedes decir que es una chica extraña. Aunque después de todo, Jim, tú no eres más que un zagalón muy crecido, que no sabe una palabra acerca de las mujeres... Precisamente esa buena educación de que tú hablas, es lo que a mí me preocupa.

-¡Oh, no te preocupes! Yo tengo la certeza de que Gloria y tú os querréis... y que ella te adorará. Naturalmente, yendo a casarte conmigo, tienes que ir conociendo, tarde o temprano, a toda mi familia.

-Sí, pero... yo hubiera preferido tener algún tiempo para instruirme... para que no se avergüencen de mí - repuso la muchacha dulcemente.

Jim se dio maña para consolar a la chica, haciéndole ver que estaba formando una montaña de un grano de arena. Salieron entonces para ir a desayunarse y Jim, la volvió a abrazar en el oscuro corredor. Y cuando Molly entró precipitadamente en el comedor, otra persona menos aguda que el viejo Traft, que estaba sentado frente al fuego, habría podido sacar graciosas deducciones.

-Buenos días, tío Jim! - saludó, riendo, la muchacha-. Vengo huyendo, porque me persigue un oso.

-¡Buenos días, muchachos! ... Ya me lo figuro... ¿Qué te parece el tiempo de Arizona, hijo mío?

-Terrible, tío. ¡Y piensa usted enviarme a que viva en pleno campo después... de Navidad! - protestó el joven, que pensaba había muchas razones para que él continuara viviendo en Flagerstown.

-Bien. Piensa que Yellow Jacket está muy bien quinientos o seiscientos pies más abajo que esto, *y* la nieve no dura nada allá. Molly puede decírtelo. Y el valle del Gibe-que está más alto que Yellow Jacket.

-Es verdad - repuso Molly -. Yo he visto el Diamante nevado todos los arios; en cambio, por allá por mi país, la nieve no dura ni un día.

-Eso es un consuelo.

-¡Oh, un gran consuelo, Jim! - dijo Molly -. Y espero que no te vuelvas atrás de tu promesa.

-¿Dé qué promesa?

-La de llevarme en trineo a la ciudad y pelearnos con bolas de nieve. ¡Oh, este invierno va a ser hermosísimo para mí!

-Sí, sí, cumpliré mi promesa. Y tengo la seguridad de que te venceré.

-¿A mí?...

El tío sonreía complacido, interesado, como siempre, en las palabras y los proyectos de

Librodot

los jóvenes. ¡Había estado siempre tan solo! ...

-A mí también me gusta mucho el invierno..., sobre todo, teniendo delante un buen bistec. ¿Le has dicho las novedades a Molly, Jim?

-Sí; y he podido comprobar que Molly es un verdadero ángel, tío.

-¡No digas tonterías! - protestó la muchacha, sonriendo -. Alegrarme de tus alegrías no es ser ningún ángel. No creas que vas a casarte con ningún ángel, Jim.

-¡ja, ja! - rió el tío-. Eso es lo que pondrá luego en claro mi sobrino. Lo que sí digo es que, si yo me hubiera casado, habría preferido una mujer que arañara un poco. -Que arañara y que mordiera.

Molly, sofocándose, contestó:

-¡Espero, tío, que no crea usted que hay en mí un gato montés escondido!...

Jim cumplió su promesa, y cuando vio a Molly instalada junto a él en el trineo, con las mejillas encendidas por el frío y el pelo desordenado por el viento, se sintió orgulloso y feliz. Con gran contento pudieron ver que la inmensa mayoría de los jóvenes de Flag paseaban también en trineo, y Jim pudo ver a muchas muchachas que cuando él llegó al pueblo le miraban despectivamente.

Almorzaron en un hotel de la ciudad, y luego emprendieron el regreso al rancho, ofuscados por el resplandor del sol en la nieve.

-j Ha sido hermosísimo! - dijo Molly, jadeante de alegría -. Yo soy una chica de suerte, y tanto, que me da miedo... ¡Pienso que tanta dicha no puede durar mucho!

-¿Y por qué no...? ¡A menos que tú seas ingrata y una picarona...!

-¡Oh, Jim, tú sabes que yo soy firme y dura como el acero! - repuso ella con vehemencia -. Mi miedo es que tú te canses de mí o que tu familia no me quiera.

-¡Oh, piensa que no vas a casarte con mi familia, sino conmigo!

La palabra *casarse* o la palabra *boda* tenía la virtud de hacer callar a Molly durante largo rato. Veía acercarse lo inevitable, y esto la dejaba siempre pensativa.

Jim guió el trineo hacia las cuadras, y cuando ya llegaban, Bud Chalfack se asomó a la puerta gritando : -¡Eh, mi amo, eso no está bien...!

- ¡Búscate tú una novia, hombre! - riendo Jim.

Y entregó las riendas a un chico mejicano de las cuadras, ayudando luego a bajar del trineo a la muchacha.

Empezaron a andar hacia la casa. De pronto, cuando ya habían perdido de vista al *cowboy*, Jim se agachó, cogió un gran puñado de nieve y lavó con ella el rostro de la muchacha, al tiempo que la sujetaba.

-¡Jim, por Dios, Jim...! ¡Déjame! - dijo ella, sofocada y jadeante.

Huyó, por fin, pero él le arrojó la bola de nieve, dándole en plena faz. Más sofocada, Molly se agachó y cogió un puñado de nieve a su vez, entablándose la batalla en toda regla. La chica tenía una puntería magnífica y no erraba ni una bola. Él gritó, jadeando a su vez:

-¡Y tú decías que no habías luchado nunca con nieve...!

-¡Y tanto que no, pero te puedo, *Míster Missouri!* - repuso ella riendo a carcajadas.

Él entonces redobló sus furias, seguro de que ella cumpliría su palabra, y acabó cayendo sobre la muchacha, tirándola sobre la nieve, y haciéndole rodar. Luego le echó encima puñados de nieve, y al fin huyó, levantando una tempestad de nieve en su huida.

Poco después, Jim se dirigió a la cabaña de madera donde vivían sus hombres. Ya hacía varios días que no había visto a los *boys.* Llamó. Una voz ruda dijo desde dentro:

-¡Eh, no tiren nieve, hagan el favor...!

Jim abrió la puerta y entró. La gran estancia aparecía alegre y limpia, con su gran fuego ardiendo en la chimenea.

-¿Cómo va, muchachos? - preguntó Traft.

-¡Oh, no hay necesidad de que venga usted ahora cantando aquí victoria! - dijo Bud, con sarcasmo-. ¡Paseando en trineo con Molly Dunn!

Librodot

Jackson Way miró al jefe de soslayo, fijándose luego en sus botas llenas de nieve. Luego dijo:

-¡Mi amo, yo creo que se ha dejado usted esa nieve en las botas a posta...!

Hump Stevens dijo algo también, desde su asiento de sacos.

-¿Cómo va, Hump?

-Mire, muy bien... He ganado todo el dinero que los otros *boys* tenían esta mañana...

- ¡Buen trabajo...! ¿Y tú, Up? - añadió Jim dirigiéndose a Uphill Frost, que estaba sentado ante el fuego en una mecedora, teniendo una muleta en la mano.

-¡No muy bien de ánimos; pero me atrevería a cargar un carro, si fuera preciso!

-¡Bravo, hombre! ¿Dónde están Cherry y Lonestar? -Han ido al pueblo, a ver a Slinger Dunn - contestó Frost.

-¡Oh, yo hace tres días que no voy por el hospital! - siguió diciendo Jim -. ¿Cómo va Slinger?

-¡Ya está levantado, *y* maldiciendo, por cierto, porque no le dejan fumar lo que quiere! Se aburre mucho. Como apenas puede leer, dice que no ve el momento en que vuelva a los bosques. Nos preguntó por qué no iba usted a verle. ¿Verdad, Bud?

-Sí, señor, sí. Slinger se queja porque usted no va a verle, mi ama. Le vimos ayer. Y yo le dije que nosotros tampoco le veíamos a usted. Entonces acusó a su hermana, por no llevarle allá con ella.

-Lo siento. Mañana mismo iré a verle - repuso Jim en tono blando.

Curly Prentiss, el gigante rubio del equipo del Diamante, estaba sentado ante una mesa, escribiendo de un modo febril. Era el único que parecía no haberse dado cuenta de la llegada de Jim.

-Curly, tengo noticias para ti - dijo el jefe del equipo.

Pero Curly pareció no oír las palabras de Traft y siguió escribiendo. Jim entonces se dirigió a Bud, preguntando:

-¿Qué le pasa a Curly?

-¡Oh, mi amo, una antigua *enfermedad!* Yo lo he visto *atacado* de ella durante cinco años..., aunque ahora parece que el ataque es más grave, porque la chica se le ha casado con Wess Stebbins.

-¡No es posible!

-¡Ya lo creo que sí! Se han marchado a Winslow. La novia le ha engañado y se ha casado con Wess, lo cual a todos nos ha parecido una cosa excelente. Ahora, el pobre Curly está escribiendo su carta-funeral de despedida, después de lo cual piensa coger una borrachera formidable.

-¡Curly! - murmuró entonces Jim amablemente.

-¿No podré estar solo y tranquilo un instante aquí? - repuso el otro, de mal talante.

-En seguida te dejo, hombre - siguió diciendo entonces Jim -. Es que he tenido noticias interesantes... del rancho de Yellow Jacket, de Jed Stone y su equipo...

-¡Váyanse al diablo todos! Yo soy un *cowboy* perdido... En cuanto acabe este documento, voy al pueblo y mato a uno...

-¡No digas tonterías! - repuso Jim, breve.

-¿Cómo que no...? ¿Usted cree que no?

-¡Y tanto!

-¡Es que usted ya no puede impedírmelo, porque ya no es mi jefe! Yo no pertenezco al equipo del Diamante, ¿lo oye?... ¡Se acabó todo!

-¡Mira, Curly: tú no puedes dejarme ahora en que tenemos que luchar contra el equipo del *Cuchillo Fatídico!*

-¡Mire Jim, ya no me importa nada! ¡Tengo el corazón destrozado y lo mismo me daría ver que los mataban a todos ustedes a tiros...! ¡Podría ver a Bud ¡¡Chalfack colgado de un árbol, ahorcado, y me echaría a reír...!

-¡Vamos, Curly! ¿Es que no quieres que tú y yo sigamos siendo buenos amigos...?

Librodot

-¡Oh, claro que sí! Pero el amor no tiene nada que ver con la amistad. Y, la verdad, mi amo, yo me encuentro avergonzado de ver que Carolina me ha hecho traición. -¡Dejarme a mí por el idiota ese de Stebbins...! ¿Quién me hubiera dicho a mí que iba a tener que pasar por esto...?

-Pero piensa, Curly, que eso no es una desgracia irreparable, al fin y al cabo. Wess es un buen chico que hará feliz a Carolina. Y tú no la amabas verdaderamente...

-¡Oh, oh! - repuso Curly, casi fuera de sí, haciendo a todos estallar en carcajadas. Y esta explosión de hilaridad, pareció dejarle abatido y cabizbajo.

-¡Escucha, Curly! - añadió ahora Jim, muy serio y en otro tono, al tiempo que ponía una mano en el hombro del *cowboy -;* hay varias razones para que tú no abandones mi equipo en estos momentos...

-¡Bien, venga, dígame una! - dijo el gigantón, dejando el lápiz que tenía en la diestra y cruzándose de brazos.

-¡Verás, la primera, que ya tienes algunas cabezas de ganado en nuestros campos! Dentro de unos años podrás establecerte por tu cuenta, y tener un rancho y tu ganado...

-¡Oh, no me importa eso! ¡Yo no necesito ganado! Se lo pensaba regalar a Bud, si no se hubiera portado tan idiotamente en mi asunto de Carolina... Entonces, se lo he regalado a Hump.

-Bien; pero Hump puede devolvértelo, desde luego, hombre... Otra razón es que mi tío quiere que libremos sus campos y el país de ese equipo de Stone... Y... ¿qué podría hacer contra ese equipo el del Diamante, si no viene con nosotros Curly Prentiss...?

-¡Oh, bah, déjeme en paz, mi amo! ¡Nada me importa ya! - repuso Curly; pero sus palabras tenían ahora un tono blando.

Bud se puso entonces en pie y, rojo como un pavo, gritó:

-Mire usted, mi amo: Curly está disgustado con nosotros, pero es porque ese canalla de Carrie Bambridge se ha reído de él y le ha engañado. ¡Nada más!

¿Bambridge? - repitió Jim -; pues escuchad todos... porque se trata de un secreto que debe quedar entre nosotros: mi tío sospecha que Bambridge es un traidor y está en tratos con los del *Cuchillo Fatídico.*

Todos los *cowboys*, excepto Curly Prentiss, expresaron su asombro con breves exclamaciones al oír estas palabras del amo.

Al fin, Curly dijo a su vez:

-Bien, mire, mi amo! Aun suponiendo que Bambridge fuera un traidor... ¡a mí no me importa!

-Pero, bueno, Curly - preguntó Jim en tono amable -; ¿tú dijiste a Carolina que se casara contigo?

-¡Diablo, no, mi amo! - repuso Prentiss con el rostro encendido -; ¡la verdad es que hasta que no la he perdido, no sabía lo que la quería!

-¡Entonces, hombre..., tampoco la cosa tiene tanta importancia...!

-De todos modos, mi amo, no me ha dado usted ningún argumento que me impida marcharme...; ir a Flag, pegar fuego al pueblo, matar a alguno y hacer que me metan en la cárcel...

-¿Cómo que no? ¡Y aunque así fuera, aquí tienes otro argumento! - repuso Jim, sacando del bolsillo una fotografía y poniéndola delante de Curly.

El *cowboy* se inclinó, quedando absorto unos momentos en la contemplación del retrato. Bud Chalfack intentó aproximarse, pero Jim le hizo una seña de que se alejara.

-¡Dios mío, qué muchacha!- comentó al fin Curly -. ¿Quién es?

-Mi hermana, Gloriana Mayo Traft.

¿Su hermana...? ¡Oh, debía haberlo comprendido por la semejanza, aunque ella es diez millones de veces más guapa que usted...! Pero, ¿dónde está la razón para que yo no me marche del equipo y me líe la manta a la cabeza...?

-¡Oh Curly, escucha!, es claro como el agua, mi hermana Gloriana viene enferma aquí, viene precisamente al Oeste a reponerse. Llega el lunes, en el Especial del Oeste. Y ahora yo te pregunto : amigo Curly, ¿vas a tener tú tan mal corazón para romper la unidad del equipo y volverte un borracho y un perdido, causándome a mí esa inmensa tristeza, precisamente en estos momentos en que yo paso por esta amargura...?

Curly contempló de nuevo largamente el retrato de Gloriana, y al fin se volvió a mirar a Jim. Su rostro aparecía ahora claro y despejado, sin las sombras que lo oscurecían hasta momentos antes. Y dijo en tono de vencido:

-Bueno, mi amo, yo no tengo corazón para dejarle a usted en este trance... ¡es lo que me ha perdido siempre a mí, este corazón que no puede ver una lástima...! ¡Es mi debilidad...! ¡Yo creo que no habría tenido nunca valor para marcharme...! ¡Y, bueno, mi amo le acompañaré a la estación a esperar el Especial del Oeste!

Jim estuvo a punto de gritar de alegría. ¡Qué bien conocía él a Curly...!

-¡Déjeme usted ver el *ritrato!* - dijo Bud acercándose.

Curly, devolviendo el retrato a Jim, murmuró:

-¡Bud, muchachas de esta altura, no te interesan a ti!

-¡Bueno, muchachos! -dijo Jim mostrando la fotografía de su hermana -. ¡Quiero que todos veáis el retrato de Gloria! ¡Venid!

Bud y Jackson se precipitaron; Uphill Frost se levantó también, olvidado de su muleta; Hump Stevens se alzó de su asiento de madera, y todos, en fin, rodearon a Jim ansiosamente. El largo silencio que siguió atestiguaba la gran belleza de Gloriana.

Al fin, Bud estalló el primero:

-¡Santísimo Dios, qué guapa es...!

-¡Más bonita aún que Molly Dunn! - añadió Way, como si estas palabras fueran la consagración de la suprema belleza.

-¡Yo no he visto en mi vida una mujer más bonita! - dijo entusiasmado Frost.

-¡Ah, si yo no fuera un pobre *cowboy* y tuviera un millón de dólares! - suspiró Hump Stevens -. ¡El nombre le cae que ni pintado, mi amo!

Curly Prentiss acabó por reaccionar ante todos estos comentarios y alabanzas. Ya le parecía un insulto las miradas y los suspiros y las palabras de entusiasmo de todos los *cowboys*, como si con ellos profanaran un rostro sagrado, grabado ya y guardado como una reliquia en lo más hondo de su impresionable corazón.

-¡Bueno, bueno! - dijo con gran énfasis-. Les advierto a ustedes, caballeros del desierto, que yo he sido el primero que la ha visto, ¿eh...?

Bud tomó estas palabras por un insulto. Frost lanzó un juramento de sorpresa. Hump Stevens miró a Curly con sarcasmo, en silencio. Jackson Way sonrió despectivamente, mirando al vanidoso y fatuo camarada. Y, al fin, Curly añadió, dirigiéndose a Jim:

-¡Ahora sí que me parece que este equipo del Diamante está apañado, mi amo...!

IV

Jim apenas vio a Molly el domingo, porque la muchacha permaneció en sus habitaciones todo el día, excepto a las horas de las comidas. De todos modos, encontró oportunidad para preguntar a la muchacha si al día siguiente le acompañaría a la estación a esperar a su hermana.

-Yo preferiría no acompañarte - repuso la muchacha, como si hubiera pensado largamente en ello -. Tu hermana te agradecerá que no lleves a la estación a ninguna muchacha, y menos a tu novia.

¿Y por qué, Molly...?

-Porque quedándome en casa, será para ella una sorpresa más grata enterarse de nuestro

noviazgo, ¿no te parece...? Y no en seguida de bajar del tren.

-¿Y qué necesidad hay de que se lo digas en cuanto baje del tren?

-¡Oh, lo comprendería en seguida...! ¡La verdad es que debías habérselo escrito hace varias semanas... a tu hermana y a tus padres!

-Lo había pensado..., y luego no lo hice, no sé por qué...

-Bien; yo creo que será mejor no decirle nada al principio... si voy a la estación, tú nos delatarías... Y tu tío, no digamos...

-Es que - protestó Jim blandamente, en tono ofendido -, ¡no decirle a mi hermana que estamos prometidos, mujer 1

-Es que - opuso ella, más blandamente todavía -todo irá bien si yo le soy simpática a tu hermana; pero si ella es como tú cuando viniste a Flag...

-Sí - concedió él -; comprendo que yo era entonces un *snob* pedante... Claro está que lo mejor hubiera sido que yo escribiera la noticia a mi familia, pero...

La entrada en la estancia de la madre de Molly cortó el dulce coloquio de los novios. Y Jim salió de allí poco después, nervioso e inquieto. Tenía - y no podía evitarlo - una especie de presentimiento de que la llegada de Gloria era un heraldo de desastres y desgracias. Ya no pudo hablar más a solas con Molly durante aquel día; y al siguiente, lunes, muy de mañana, Molly salió para la escuela, como una chica aplicada del pueblo, avanzando penosamente a través de la nieve. ¡Tomaba sus estudios muy en serio...!

Por la tarde, Jim envió por Curly Prentiss, que apareció vestido, como por arte de magia, fastuosamente ataviado con las mejores galas de un *cowboy.*

-Pero, por Dios, Curly, ¿a qué este traje de gala? Curly parecía estirarse bajo sus adornos, con aire importante.

-¡Oh, he tenido una agarrada con los compañeros! - explicó, sonriendo -, porque se empeñaban en que me vistiera de paisano. Pero yo les he dicho que yo no soy un hombre de negocios ni un ranchero siquiera, todavía, y que tenía que vestirme como lo que soy.

-¡Ah, vamos! ¿Quieres decir que prefieres que mi hermana te vea vestido como un verdadero *cowboy,* no es eso?

-¡Y claro!

-Gran sombrero de cuatro hoyos, pistolas al cinto, espuelas y demás, ¿no?

-j Eso es!

Bueno, hombre, bueno. Mi hermana te encontrará admirable, y te distinguirá desde una milla de distancia.

-¡Bueno, mi amo, no me tome usted el pelo por mi. indumentaria también! Demasiado lo han hecho ya Bud y Jack y Uphill... Todos dicen que van a ir a la estación a esperar el tren, excepto Hump. Quería que le lleváramos en una camilla, el muy imbécil... ¡Empeñarse en ir, con la muleta...!

-¡Muy bien! Cuanto antes veáis a mi hermana, antes os consideraréis unos desgraciados y unos infelices... He ordenado que vaya la galera a la estación. Vamos para allá, Curly, y, de paso, iremos a ver a Slinger.

-Muy bien pensado. Andar me hará bien..., aunque no quisiera que nos diéramos un encontrón con Jed Stone ni con ese rufián de Pecos...

Salieron, comenzando a caminar sobre la nieve. El tiempo había mejorado algo y el día era magnífico, soplando un airecillo frío y grato. Curly se sentía a todas luces en vísperas de una gran aventura. Jim tuvo que sonreír de nuevo al pensar en el efecto que iba a hacer su hermana en el ánimo de estos simples y sentimentales *cowboys.* ¡Un efecto catastrófico! Curly avanzaba con paso majestuoso, semejante a un centauro rústico, con gran ruido de espuelas, y hablaba como un chico que va a iniciar una terrible aventura.

Pronto llegaron a las afueras de la ciudad y al modesto hospital, orgullo de los *cowboys.*

Encontraron a Slinger Dunn en una estancia confortable, paseando lentamente, arriba y abajo. Cojeaba un poco. Su rostro moreno, curtido como el de los indios, se iluminó con una

sonrisa al ver a sus amigos. Estaba mucho mejor desde la última vez que le viera Jim. Sus largos cabellos, negros como las alas de un cuervo, le caían sobre el cuello de una bata de lana, con la que parecía cohibido. Jim no podía ver a Slinger sin estremecerse... Cualquiera que hubiera visto a Molly Dunn una sola vez la recordaba al ver a su hermano.

-¿Cómo va, señores...? - saludó alegremente -. ¡Ya era hora que vinieran a verme! Molly vino cuando iba al colegio; de lo contrario, me habría muerto de tedio.

-Paciencia, Slinger! - dijo Jim -. Yo te encuentro mucho mejor.

-¡Y tanto! Piensa, Slinger, que hace solamente cinco semanas estabas hecho una criba a balazos - comentó Curly, sonriendo -. Y aquí, al menos, puedes pasearte...

-¡Sí, sí, digan lo que quieran, que ya querría verles a ustedes en mi caso...! ¡Día tras día, noche tras noche...! El doctor no me permite fumar; y sólo me deja tomar un sorbo de *whisky* de tarde en tarde... Pero, bueno, siéntense y denme algunas noticias, amigos.

-Escucha, Slinger dijo Jim -. En cuanto puedas salir de aquí, nos marcharemos hacia el rancho de Yellow Jacket.

-En ese caso, hagan ustedes el equipaje para mañana mismo.

-No; habremos de dejar que pase la Navidad. Dentro de unas semanas... Y ahora, escucha...

Y Jim contó a Slinger todas las novedades *y* rumores que corrían por el pueblo acerca del equipo del *Cuchillo Fatídico.*

-No me extrañaría de Jed Stone - comentó Curly -. Y si quiere que le diga la verdad, míster Traft, yo hace tiempo que sospechaba que Bambridge apoyaba y escuchaba y era un cómplice del equipo de Stone.

-¡No puede ser! - opuso con calor Slinger, asombrado ante la seguridad con que había hablado aquel hijo de la selva.

-¡Cómo, Slinger! ¿Quieres decir que Bambridge no es capaz de comprar algunas cabezas de ganado a Stone, de vez en cuando? - preguntó Curly en tono reposado y sereno, pero echando llamas por los ojos.

-¿Cómo...? ¿Unas cuantas cabezas?-repitió Slinger con ironía -. ¡Muchos miles, si se presenta! Miren: el rancho de Bambridge está lindando con las tierras del Yellow Jacket, a unas treinta millas, poco más o menos; pero a través del cañón del Doubtful, que llamamos, apenas hay diez millas. Y yo tengo la seguridad de que Bambridge está robando ganado a través de ese cañón y llevando las reses a vender a Maricopa.

Curly lanzó un silbido de asombro, mientras Jim miraba fijamente a Slinger, que continuó al cabo de un instante:

-¡Claro está que yo no puedo probar esto, Jim! ¡Pero ésta es mi opinión! De todos modos, para comprobarlo, podemos ir a Yellow y cerciorarnos.

-Muy bien - dijo Curly -. Pero si eso es verdad, o el equipo del *Cuchillo Fatídico* o el del Diamante han de desaparecer del país.

-Sí, hay que poner eso en claro - dijo por su cuenta Jim, en tono firme -. Ring Locke aconsejó a mi tío que no enviara a mi equipo a ese asunto. Dice que podemos hacer otras cosas más fáciles y útiles. Parece que Ring tiene miedo de que Bambridge mate a mi tío.

¡Oh, claro que hay ese peligro! - dijo Slinger -. Pero su tío puede mantenerse aparte y en lugar seguro. Usted sabe, Jim, que no hay otro recurso.

-Eso dice el tío. Pero... ¿tú crees, Slinger, que estamos abocados a otra guerra como la de Pleasant Valley?

-¡Oh, no, por Dios! - repuso Slinger, enseñando al sonreír sus dientes blanquísimos -. ¡Aquello fue una guerra seria, donde tomaron parte centenares de hombres, pastores *y* ganaderos y ladrones de ganado...! Esto de ahora no es más que asunto de unos cuantos tiros...

-¡Bien, ve pensándolo, Slinger! Yo volveré por aquí dentro de unos días. Ahora estoy un tanto preocupado, porque viene mi hermana hoy. Está enferma, y dicen que este clima le sentará bien.

-¡Oh, lo siento jefe, pero verá usted como se pone buena...! Molly no me había dicho nunca que usted tenía una hermana.

-Sí; mira su retrato - repuso Jim, sacando la fotografía de Gloriana y entregándosela al otro.

Dunn lo cogió, mirándolo. Era un chico, Slinger, que no se había distinguido nunca por su ligereza en el amor ni con las mujeres. La expresión de su rostro no cambió ni un ápice. Solamente permaneció largo rato con los ojos fijos en la cartulina.

-¡Oh! - dijo al fin en tono muy sereno -; yo no había visto en mi vida una muchacha más guapa que mi hermana Molly; pero ésta le gana.

-Son dos bellezas distintas, Slinger. Y las dos son igualmente guapas.

-¡No diga usted tonterías, míster Traft! ¡Mi hermana es un pobre y humilde ratoncito de campo, y nada más! En cambio, la de usted es lo mismo que el sol de la mañana.

Jim experimentó una sorpresa que disimuló al oír esta alabanza a Gloria, que, hecha a expensas de Molly, no le agradó del todo, ni mucho menos. Y al coger el retrato que Slinger le tendía, miró la efigie de Gloriana, viéndola como una mujer distinta a la de antes. Luego se lo guardó.

-Está hecho hace un año - explicó -, y si mi hermana ha cambiado en este tiempo tanto como había cambiado en el año anterior... ¡Oh, habrá que verla! Aunque, si ha estado enferma en este tiempo.

-¡Oh, esta chica no puede estar mala! - contestó Slinger en tono rotundo.

La conversación tomó otros rumbos, hablaron del. Diamante, de la valla interrumpida, del invierno, de caballos y de mil cosas más, hasta que finalmente Jim se puso en pie, y Curly imitóle.

-¡Slinger, no puedo decirte lo muchísimo que me alegro de verte casi bueno! - dijo Jim.

-Gracias, mi jefe. Les debo las únicas horas gratas que he pasado aquí... Vuelvan pronto. Y... escuche, Jim ¿no le importaría a usted dejarme el retrato de su hermana?... Me aburro de un modo terrible... y me distraeré mi ando el retrato de vez en cuando.

-¡Oh, y claro que sí, hombre! - repuso Traft sacando vivamente el retrato -. ¡Tengo la certeza de que Gloriana se sentirá halagada por esto!

-¡Gracias, mi jefe! Teniendo usted una hermana, estaremos más unidos que antes, ¿no le parece?... ¡Vaya, *adiós!*

Cuando salían, Jim oyó refunfuñar a Curly a lo largo de los corredores. Al fin, cuando salieron a la calle, el *cowboy* estalló:

-Pero, ¿se puede saber a cuento de qué ha tenido usted que prestar el retrato de su hermana al bárbaro de Slinger, vamos a ver?...

Jim contestó, sonriendo:

-¿Y por qué no, hombre?... ¿Qué podía hacer yo, si me lo pedía?... ¡Además, cosa más inocente!...

-¡Ya lo creo, y tan inocente! Pero, ¿usted no se ha

dado cuenta, mi amo, de que el retrato de su hermana le ha dado un flechazo a Slinger en pleno corazón?...

-¿Cómo?... ¿El retrato de mi hermana? ¿Qué dices?...

-¡Lo que oye usted, mi amo! ... Otro tanto me ocurrió a mí. Pero... ¡la verdad, yo no quisiera tener un rival como Slinger Dunn! Ni Bud ni el resto del equipo me importarían un bledo; pero Slinger es un chico muy guapo y parece fascinar a las mujeres... Si él quiere volver loca a alguna...

-¡Ja, ja, ja, qué gracioso! ... - rió Jim a carcajadas -. Pero... ¡por Dios, Curly, no seas bruto, hombre! ... Yo te voy a dar una idea, de todos modos: si quieres captarte las simpatías de mi hermana, tú y todos, mostraos amables con ella: ensilladle el caballo, haced algo en su obsequio... Y ella bailará entonces contigo... Pero no os hagáis ilusiones, porque mi hermana no os tomará nunca en serio a ninguno.

Curly pareció quedar un instante desconcertado y abatido; pero en seguida se rehizo, contestando con dignidad:

-¡Mi amo: usted es su hermano..., y, sin embargo, usted se enamoró locamente de Molly Dunn!

El argumento era terrible, pero Jim no se dio por vencido, y repuso:

-Es verdad, amigo Curly, es verdad. Pero yo no soy Gloria. ¡Espera que la conozcas!

-Bueno, ya veremos... Vamos a esperarla..., aunque tengo la certeza de que, como yo, la esperan allá Bud y Up y Jack y todos ellos...

Tratándose de un *cowboy* que habíase pasado casi toda su vida a caballo y que había nacido sobre una silla de montar, como suele decirle, Curly resultaba un buen andarín. Pronto estuvieron en la estación, donde encontraron a Zeb, que había traído la galera de casa. Bud, Jackson, Lonestar Holiday, Cherry Winters y Uphill, todos muy nerviosos, estaban ya en el andén, vestidos de paisano y con sus mejores galas. Les dijeron que el tren venía con dos horas de retraso.

Curly lanzó un juramento, no sabía Jim si por el retraso del convoy o por la presencia de los colegas. Quizá era por ambas cosas.

Jim ordenó a Zeb que resguardara los caballos hasta que oyera pitar el tren. Luego, volviéndose a sus hombres, propuso:

-¿Qué os parece, muchachos, si fuéramos a casa de Raider a jugar, una partida de billar?...

-¡Yo no estoy vestido para eso! - repuso Bud, mirando su traje y su camisa impecables en verdad -. Vayan ustedes; yo me quedaré aquí. Quién sabe si el tren no trae tanto retraso.

-¡Ah, ya! - exclamó Curly en tono de burla ¡Claro! ¡Como eres tan mal jugador, no quieres que te derrotemos!

-¡Sí, puedes hablar, tú! La última vez que jugamos, yo te gané.

-¡Pero, bueno, Bud! - dijo Jim, sabiendo cómo picaba a éste el amor propio -. ¡No creo que te niegues a echar una partida conmigo, hombre, y menos si te digo que jugaremos algún dinero! ...

-¿Dinero de usted, mi amo? ¿Lo trae encima?

Salieron de la estación, y cuando llegaron a casa de Raider, Bud iba detrás del grupo. Esta casa de Raider, un bar y salón de baile, que era, al mismo tiempo, garito de juego, donde había baile, no disfrutaba, ni mucho menos, de la mejor fama. Pero, como era la más cercana a la estación, Jim se decidió a ir allí...

-¡Nada de beber, *boys!* -dijo Jim.

-¿Qué? - repuso Curly, que ya se encaminaba hacia el mostrador.

-¡Ni una gota de nada! Pensad que vais a conocer a mi hermana.

-¡Tú, zopenco! - medió Bud, ensañándose -. ¡Vestido de gala, como para un rodeo, y ahora quieres coger una pítima! ...

-¡Claro, hombre! - añadió por su cuenta Uphill Frost -. ¡No vas a acercarte a la hermana del amo apestando a *whisky!* ...

-¡Y tanto! - dijo Cherry Winters -. ¡Ahora tienes que portarte como un caballero! ...

Jim sonreía, gozándose en aquella situación. Nunca podría olvidar la infinita serie de malas pasadas que le habían jugado estos *cowboys* cuando él llegó a Arizona. Y sabía que eran muy capaces de repetir la suerte si no se mostraba con ellos duro y alerta. El amor de Molly había sido el principio de la venganza de Jim; y ahora, la llegada de Gloriana iba a ser la gota que hace desbordar la copa por los bordes.

-¡Muy bien, señores, muy bien! - murmuró Jim, simulando una gran satisfacción-. ¡Ya no habrá más borrachos nunca en el equipo! Gloriana odia la bebida y los borrachos. Y yo quiero que sea perfectamente feliz entre nosotros. Además, recordad que mi hermana viene enferma, ¿eh?...

-¡Oh! - murmuró Bud Chalfack en el tono enigmático de un hombre que lo mismo podía lamentar la enfermedad de Gloriana que la pérdida para siempre de sus bebidas

Librodot

favoritas.

Curly lanzó una carcajada.

-j De qué te ríes tú - desafió Bud -, que vas vestido que pareces un canguro! ...

Jim puso orden, con energía, y luego añadió:

-Bien, señores! Veamos la partida: somos siete, en vista de que el pobre Uphill no puede jugar, a causa de

su pierna... Perdona, Up... Cada uno pondremos un dólar. Cada vez que uno marre la jugada, pondrá dos centavos, y el que haga más juego, se llevará la banca.

-¡Muy bien! - aceptó Curly, que tenía la pretensión de compartir las habilidades de Jim en el billar.

Luego de varias discusiones, empezó la partida, gracias, sobre todo, a los esfuerzos de Jim, ya que sus hombres estaban nerviosos e inquietos como nunca. Jim no jugaba con los *cowboys* sino muy rara vez, luego que tuvo en alguna ocasión un ejemplo del modo de comportarse aquellos bárbaros del desierto. Además, jugaban muy bien casi todos ellos. De todos modos, Bud perdió por dos veces y tuvo que poner más dinero, dos dólares y pico, lo que le enfureció. Jim ganó la partida y se guardó la banca íntegra. Empezaron otra partida, Curly perdía también, y sus colegas notaron que estaba como distraído y ausente, ya que era un buen jugador. Jim ganó también esta vez.

-¡A lo mejor nos gana el sueldo! - comentó Bud, de pésimo humor.

Pero en la tercera jugada, Jim cambió de táctica. Adrede erró dos o tres veces el juego, lo que prolongó largo tiempo la partida. Bud ganó, al fin, y el recobrar el dinero perdido le hizo mostrarse de nuevo alegre y contento.

-¡Curly! - exclamó triunfalmente -. ¡Ya te dije que te podía en el juego de billar! ¡Y lo mismo al póquer! ¡Y lo mismo en cuestiones de amor!

-¡Calla, imbécil! - contestó Curly, sonriendo con desprecio inmenso.

-¿Que no? - desafió Bud, en tono agresivo -. ¡Y zurrarte, si se tercia! ...

Jim miró de pronto, su reloj, y exclamó alarmado:

¡Dios mío! ¡Dentro de dos minutos llega el tren! ... ¡Bueno, muchachos, pagad la cuenta los que hayáis perdido! ...

Y, saliendo del bar, corrió en dirección a la estación, estremeciéndose al oír el pitido de la locomotora. Los *cowboys* corrían detrás, excepto el pobre Uphill, que renqueaba penosamente a causa de su muleta. Jim estaba seguro que los muchachos no se habrían esperado a pagar la cuenta.

El convoy entraba en agujas, y pronto llegó a la estación, cubierto de nieve y de hielo, la locomotora despidiendo humo y vapor, que oscurecían las luces del andén. Era casi de noche. La emoción hizo a Jim olvidarse de sus amigos. El segundo vagón, después de haber pasado el del correo, vino a detenerse enfrente del joven, que era todo ojos. Un mozo empezó a descargar bultos en el andén. Una figura femenina, envuelta en pieles, bajó del convoy, encaminándose hacia el vestíbulo. Jim, viéndola detenerse junto a un farol, se dijo que debía de ser su hermana. ¡Aquella figura, tan femenina, tan llena de distinción! ... De todos modos, le pareció demasiado alta... La mujer vaciló, miró en torno... y Jim vio brillar sus grandes ojos bajo el resplandor del reverbero, y su rostro, emergiendo, como una inmensa flor blanca, de entre las pieles... Y al fin, la oyó gritar:

-¡Oh Jim! ...

Su voz había tenido una nota de intensísima emoción, y Jim se preguntó cuándo había oído él llamarle así a su hermana. Él corrió hacia ella, abrazándola con un abrazo de oso y levantándola en el aire un momento. Al hacerlo, pudo notar que Gloriana había enflaquecido.

-¡Gloriana! ... ¡Oh, qué alegría de verte, chiquilla! ... - exclamó Jim, como en éxtasis, devolviendo los besos efusivos que ella le iba dando. ¡Algo había hecho que el concepto de Jim cambiara inmensamente ante los ojos de su hermana! ¡hermana!...

-¡Oh, Jim! - exclamó ella, toda estremecida, abrazando a su hermano con calor-. ¡Tú no

puedes sentir la mitad de la alegría que yo experimento al verte, querido mío! ... Pero, Jim, ¿esto es el Polo Norte, acaso?... Y... ¿quiénes son estos jóvenes?... Yo creía que Arizona era un país desierto, lleno de sol, cálido, lleno de praderas doradas y de pinares...

-¡Eh, muchachos, coged el equipaje! - ordenó entonces Jim sonriendo -, y llevadlo a la sala de espera.

Y, cogiendo a su hermana del brazo, la llevó al interior de la estación, donde reinaba un ambiente confortable y lucían varias lámparas de luz brillante.

-La galera vendrá en seguida... ¡Oh Gloriana, si apenas te conozco! ... Sólo tus ojos no han cambiado...

Nadie que hubiera podido ver una sola vez a Gloriana, podía haber olvidado sus ojos. En este momento, los hermosos ojos de la muchacha estaban fijos en su hermano, brillantes de asombro y de ternura.

-¡Pues yo te conozco y no te conozco, Jim! Estás hecho un hombre. Y, sobre todo, tan maravillosamente diferente. Arizona te prueba... Apostaría a que te has enamorado de alguna chica del país, ¿no?

Jim se dijo que Gloriana parecía hacer presentido la verdad, y estuvo a punto de confesarlo; pero calló... Los *cowboys* entraban, trayendo el equipaje de la viajera. Hasta Uphill traía un bulto, con cierto aire de importancia. Curly se apartó del grupo y avanzó hacia los dos hermanos Traft. Jim sonrió al verlo... Y los ojos de Gloria, tan hermosos y expresivos, se fijaron intensamente en la figura del *cowboy* que se acercaba, y dijo a media voz, en tono de asombro:

-¡Un *cowboy*, Jim! ... ¡Ahora te creo, hijo mío! ... Fue, sin duda, un momento de gloria y de triunfo inmenso para Curly, pero disimuló muy bien lo que sentía...

-¡Mi amo - dijo a media voz-, ahí está Zeb, con la galera!

-¡Gloriana: éste es Curly Prentiss, uno de mis *cowboys* y poco menos que un ganadero por cuenta propia! - presentó Jim -. ¡Curly, mi hermana!

Curly se quitó el sombrero, haciendo una galante inclinación ante la dama, que sonreía.

-¡Miss Traft! - dijo al mismo tiempo en pleitesía -. ¡Me alegro mucho de conocerla!

-¿Cómo está usted, míster Prentiss? - repuso Gloriana, en tono amable -. ¡Mucho gusto! ... ¡Usted es el primer *cowboy* que veo en el Oeste! ...

-¡Me alegro de ser el primero y me gustaría ser el último! - repuso Curly, haciendo a su modo una gran galantería.

-¡Oh! - murmuró Gloriana, sonriendo y mirando a su hermano.

Los otros *cowboys* se pusieron en fila, Uphill algo atrás, para esconder su muleta. Formaban un grupo bizarro, al que parecía faltar algún atributo demoníaco, como los cuernos y las pezuñas del diablo.

-¡Boys! - dijo Jim entonces -. ¡Ésta es mi hermana Gloriana! Gloriana, aquí tienes el resto del equipo del Diamante, excepto dos de mis hombres que han quedado en casa... ¡Éste es Bud Chalfack!

Bud avanzó, y su sonrisa tenía una expresión verdaderamente seráfica. Y dijo:

-¡Miss Gloriana, yo creo que nadie podrá darle a usted la bienvenida con tanta alegría y satisfacción como yo!

-¡Gracias, míster Chalfack! -repuso Gloriana-. ¡Encantada de conocerle!...

-Y éste es Lonestar Holiday...

Lonestar, en su confusión, tropezó en un pie de Bud y no pudo contestar a las frases amables que le dirigía Gloria.

-...Y éste, Jackson Way... y este otro, Cherry Winters..., y éste, Uphill Frost... Y ya conoces a la mayoría de mi equipo del Diamante, que, según el tío Jim, es el más terrible equipo de Arizona.

-¡Oh, estoy segura de que el tío se equivoca! - opuso Gloriana dulcemente -. Todos me parecen buenos chicos..., muy amables, excepto míster Prentiss, que, la verdad, tiene un

Librodot

aspecto terrorífico con sus pistolas al cinto y esas terribles espuelas...

Jim tuvo ahora la impresión, viendo brillar los ojos de su hermana, fijos en Curly, de que el aspecto del *cowboy* era algo teatral y preparado para asombrar a la muchacha que venía del Este.

Bud miró a Curly con aire despectivo y luego dijo, dirigiéndose a Gloria:

-¡Miss Gloria, ya irá usted conociendo a ciertos *cowboys* vanidosos, que duermen con las espuelas puestas! Pero le advierto que ésta no es la especie más peligrosa del país...

Jim sonrió, diciéndose que, gracias a la presencia de su hermana, iba a ver transformarse a sus *cowboys.* Adivinaba que iba a llevarse en adelante mejor con sus hombres.

-¡Llevad el equipaje a la galera, *boys!* - ordenó entonces -. ¡Vamos hacia el rancho! ... Curly, tú puedes venirte con nosotros, y en caso de que encontremos en el camino algunos indios o bandidos, podremos defender entre todos a mi hermana y evitar que nos la roben.

V

Durante el trayecto, Jim no quiso decir nada a Gloriana acerca de la alcoba que le había preparado en el rancho. Bien es verdad que tampoco tuvo ocasión de hablar, pues la atención de Gloria iba toda concentrada en el *cowboy.* Jim fustigó a los caballos, y el aire frío y cortante atravesaba a la muchacha, a pesar de su hermoso abrigo de pieles.

Cuando llegaron a la casa, Jim ayudó a su hermana a descender de la galera. La muchacha temblaba de pies a cabeza cuando bajaron a tierra, y, tendiendo su manita breve a Prentiss, dijo tiritando:

- ¡Demasiado frío... para una persona delicada del pecho, como yo! ... ¡Buenas noches, míster Prentiss! ... ¡Si no nos helamos esta noche, ya nos veremos mañana!

-j Yo rezaré para que mejore el tiempo, miss Traft! - repuso Curly galantemente-. ¡Muy buenas noches!

-Llevad el equipaje al *hall* - dijo Jim - *y* desenganchad pronto... Gloriana, yo creo que será mejor que te calientes antes de ver al tío.

Gloriana permaneció un instante allí en el porche del rancho, mirando al cercano bosque fantasmal de pinos y las estrellas que moteaban ya el cielo. Y murmuró, sin dejar de tiritar:

-¡M...m...maravilloso! ...

Jim llevó del brazo a su hermana hacia la alcoba preparada de antemano y que caía en el extremo del ala de la parte oeste. Cuando el joven abrió la puerta, un intenso resplandor y una ola de tibieza asaltaron los ojos de Gloria. Jim había pasado una jornada entera preparando esta alcoba para hacer de ella algo que su hermana no hubiera visto jamás y perfectamente confortable, incluso para una enferma, aunque en el país se estuviera por debajo del cero aquellos días. En una amplia chimenea ardía un alegre fuego de leños; el piso estaba alfombrado con hermosas pieles de *navajo,* y en los muros colgaban abalorios y objetos de esparto y de plata de puro estilo indio. Sobre la cornisa de la chimenea se veía una hermosa cabeza de gamo, con enormes cuernos, y el lecho tenía un magnífico edredón de lana rojo. Hasta la lámpara tenía pintados dibujos indios.

Gloriana lanzó una exclamación de alegría y, quitándose el abrigo y el sombrero, corrió a la chimenea, extendiendo sus manos al fuego.

-¿Qué te parece, Gloriana? - preguntó Jim sonriendo.

- ¿Bonito, eh?...

-¡Hermosísimo, hijo mío! Déjame mirarlo todo.

Jim fue en busca del equipaje. Tuvo que hacer tres viajes para traerlo todo. Luego dijo :

-¡Chica! A juzgar por el equipaje que traes, piensas quedarte mucho tiempo con nosotros, ¿eh?

-¡Oh, y aún traigo otros tres baúles, que vendrán luego!

-¡Caramba! ... ¿Nada más?... Pues mira, yo no había contado con los baúles cuando te preparé esta habitación... Suerte que hay un gran armario ropero... ¡A ver: vuélvete, que te vea, mujer!

Ella obedeció, sonriendo, y Jim pudo darse cuenta ahora de que su hermana, en efecto, estaba muy cambiada, aunque no hubiera podido decir en qué consistía el cambio que encontraba en ella. Parecía más alta, desde luego. Pero Jim buscaba en vano un pecho débil, hundido, de aspecto enfermizo, que justificara la enfermedad de la muchacha... De todos modos, estaba muy pálida y su rostro tenía un sello especial, de debilidad... Y parecía tener más años de los que en realidad tenía. Iba, además, peinada de modo distinto a como Jim la recordaba, aunque este peinado le sentaba muy bien. Lo único que seguía tal y como él lo recordaba eran sus ojos, los hermosos ojos de Gloriana.

-¡Bien! ¿Qué te parezco? - preguntó ella al fin.

-¡Más bonita que nunca, Gloriana! Sólo que diferente.

-Gracias, querido... De todos modos, piensa que hace más de un año que no nos veíamos.

-¡Es verdad! ¡Cómo pasa el tiempo! ... De todos modos, Gloriana, éste ha sido un año maravilloso para mí..., maravilloso y terrible... Ya te contaré... Pero mi historia puede esperar... Siéntate. Pareces fatigada. Háblame de ti..., cuéntame. La carta de mamá me asustó, chica.

Gloriana, en vez de sentarse en el sillón que él le indicaba, lo hizo en el brazo del de Jim, y, tímidamente, le cogió una mano. Jim recordó las rarísimas veces que su hermana se había acercado a él dulce, y abiertamente. Nunca se habían llevado bien los dos hermanos. Gloriana no podía soportar que nadie censurara sus actos ni coartara poco ni mucho su inmensa libertad. Jim había sido el hermano que critica y censura siempre, *y* se hace por ello odioso y antipático. Luego, cuando la muchacha cumplió los 18 años, había habido entre ellos una especie de alejamiento aún mayor... Jim recordaba todo esto con cierta tristeza ahora, diciéndose si no habría tenido él la culpa de aquella situación... Quizá ella le quería. Gloriana no era, no había sido nunca una chica vana y superficial, sino al contrario... Y el muchacho tuvo el presentimiento de que este viaje de Gloria al Oeste obedecía, tal vez, a causas más profundas y graves de las que él sabía... y que no se le había ocurrido sospechar hasta aquel momento.

-¡Jim! - exclamó, de pronto, la muchacha en tono patético -; ¡tú eres mi última esperanza! ...

-¡Gloriana! ¿Qué dices?... ¡No te comprendo! - exclamó Jim, aturdido -. Tú eras una chica soltera cuando yo salí de nuestra casa; tenías tantas amigas, que yo apenas te veía nunca, luego tuviste la herencia de tía Mary... ¡Y ahora me dices que... yo soy tu última esperanza!

-¿Es extraño, verdad?... ¡Quizás es un justo castigo del cielo!

-¿Castigo?... ¿Por qué?...

-¡Oh..., porque yo no fui nunca una verdadera hermana para ti, Jim!

Jim acarició la blanca mano de su hermana, fijos sus ojos en el fuego, pensativamente. Un estremecimiento de temor inexplicable le recorrió de pies a cabeza. Gloria le había inquietado siempre. Sus travesuras, sus diabluras de niña, y luego sus escapadas y locuras de jovencita, habían inquietado mucho al hermano. ¡Pero ahora era ya una mujer!...

-¡Quizá yo tuve la culpa! -murmuró dulcemente el joven.

-¡Sí, es verdad! ... No habría habido en mí buena madera, si este hermoso Arizona no me hubiera cambiado.

-Espero que a mí también me cambie - murmuró ella entonces, sonriendo tristemente.

Gloria..., dime, ¿adónde vas a parar? - estalló, al fin, Jim, sin poder contener una creciente ansiedad.

-¡Espera, por favor..., espera, y pregúntame!

Aquellas palabras, en boca de su hermana resultaban muy extrañas. Jim sintió una opresión insoportable en la garganta. Y preguntó, mirándola fijamente:

-Dime, Gloriana..., ¿es verdad que estás delicada del pecho?

-No. Los papás lo creen, porque me ven muy pálida y delgada. Me di maña para que el doctor Williamson se lo hiciera creer a los papás, lo insinuara, al menos. Yo quería venir aquí al Oeste.

-Gracias a Dios! ... Pero, ¡tú mintiendo de ese modo! ... ¿Para qué has recurrido a este extremo, mujer?... ¿Es verdad que estás enferma, acaso?...

-No. Solamente me siento triste y abatida.

-¿De qué?... ¿Por qué?...

-¡Oh, inquietudes..., desgracias!...

Jim creyó que soñaba. Sin embargo, allí estaba su hermana, sentada a su lado y resbalando por cierto, cada vez más hacia él, desde el brazo del sillón. Su cabecita rubia había acabado por venir a apoyarse en un hombro de Jim, que percibía la suave fragancia de su cabellera. Hubo un largo silencio, y al fin, el muchacho preguntó:

-¿De qué se trata, Gloriana?... ¿Asunto de amor, verdad?

-¡Un asunto..., pero no de amor! - replicó ella en tono de desdén.

-Pero, hay asunto, ¿eh?...

-¡Sí; es decir, hay un asunto de amor... a medias! ... ¡Un asunto muy grave! ...

-¡Gloriana! - dijo él ahora en tono de reproche.

-¡Jim..., he deshonrado a la familia! - dijo Gloria de pronto, dejándose caer en un sillón, como desfallecida.

-i Dios mío! ¡Tú no hablas en serio, muchacha! ...

-¡Oh, cuánto daría porque no fuera verdad, querido! ...

Jim intentó rehacerse, preparándose para recibir un golpe terrible quizá. El contacto con el rudo y saludable

Oeste había barrido de su mente muchos prejuicios de orgullo y de casta. Sin embargo, su antigua educación pareen) encabritarse ahora en el fondo de su alma, y presintió que la vida iba a ponerle ante una dura prueba. De todos modos, había de ser muy cauto y prudente ante la revelación que iba a hacerle su hermana. Gloriana había venido a él atormentada por el dolor, enloquecida acaso... ¡Y si él la repudiaba o trataba desdeñosamente!... ¡Si él mostraba ahora algo de su antiguo apartamiento y frialdad de hermano! ... El recuerdo de Curly Prentiss, el rudo y fuerte tejano, surgió ahora en la mente de Jim. ¿Cómo habría recibido aquel centauro del desierto una confesión semejante de una hermana, un tiempo adorada?... ¡Oh, con los brazos abiertos, se dijo Jim, como reconfortado! ... ¡Y aquel Curly Prentiss personificaba el rudo y fuerte Oeste! ...

-Así, mi hermana ha olvidado todos los prejuicios y los respetos, ¿eh? - dijo al fin, con el tono frío que Curly habría empleado en este caso.

Pero Gloria le contestó, vivamente:

- ¡No desvaríes, hombre, por favor! Yo he sido una chica alocada, salvaje si quieres, insensata... ¡Pero aún puedo mirarte con la cabeza levantada, Jim!

Y. levantándose, se acercó a su hermano, mirándole fijamente en los ojos. Jim disimuló su inmenso consuelo. Y comprendió que en este instante nacía en su pecho una verdadera alma de buen hermano. El brillo de los ojos de Gloriana delataba su tristeza y su ansiedad ante lo que él pudiera contestarle.

-¡Yo no lo dudé nunca, Gloriana! - dijo él al fin, en el mismo tono que habría empleado Curly en este instante. Y, abrazándola, la hizo sentar sobre sus rodillas. Ella apoyó su cabeza en el pecho de él, que sentía temblar su manita breve. Entonces rogó:

- ¡Cuéntamelo todo, Gloriana!

-Bueno, verás- empezó ella entonces -; tú sabes que yo fui a pasar una temporada con los Anderson, cuando tenía dieciséis años; allí me aficioné a la vida ociosa, al lujo, a los viajes, al baile... y a tantas tonterías más. Luego, tía Mary me dejó la herencia. Y acuérdate el verano en que me gradué, lo contenta y alegre que estaba. ¡Fue un tiempo magnífico! Recuerda que antes de marcharte tú de casa, yo viajaba ya con mucho lujo y hacía el loco de lo lindo... Bien; luego de venir tú aquí, mi locura continuó en auge... Hasta que, un día, ocurrió un suceso en mi vida. Conocí a un muchacho llamado Darnell, de San Luis. Era muy guapo, y las muchachas del pueblo andaban locas con él... Me hizo el amor, lo cual, como comprenderás, me halagó mucho. Llegué a creer que estaba sinceramente enamorado de mí, aunque la realidad era muy distinta. En fin, aún podía haber sido peor... Mamá, ¿sabes?, quería casarme con míster Hanford (tú ya le conoces), el tendero, ese cretino...

-¡Bueno!, ¿no querrás decir Henry Hanford? - interrumpió Jim.

- Sí, sí, Henry Hanford. Ya sabes que podría muy bien ser mi padre. Pero mamá me llegó a cansar hasta donde no pueda decirte. Yo casi me atrevería a decir que lo que ella quería era... verme casada y defendida del peligro. Papá estaba muy disgustado conmigo por mis viajes y mis locuras, y no quería a Ed Darnell. Así es que no tengo que decirte los meses que pasamos en casa... Yo y todo el mundo nos creíamos que estaba prometida a Ed; pero verás como no había tal cosa. A cada momento me decía y juraba que estaba loco por mí, aunque no hablaba de casarnos... Bueno. Llegó un día en que me pidió dinero prestado, y yo se lo di. Ed era un jugador empedernido. Y luego hizo una estafa a papá. ¡Oh, qué miserable fue! ... Se marchó del pueblo sin despedirse de mí, sin decir ni una palabra... La verdad se abrió paso, y, como es natural, los Anderson, los Loyal, los Miller..., todos se apartaron de mí y me negaron el saludo. ¡Comprende lo que esto sería para la pobre mamá! Y no tengo que decirte el disgusto de todos y, sobre todo, el de papá... Bien. Pero, por lo visto, yo no había recorrido todo el calvario todavía. Ya sabes tú lo que son las habladurías en los pueblos pequeños. La murmuración se encargó de desollarme, como suele decirse, y empeorar las cosas, echando a rodar rumores aún peores que la verdad misma. Entonces comprendí que había sido una loca. Por Ed Darnell, yo había despreciado a muchos jóvenes del pueblo y había ido con mi novio a fiestas, a excursiones, a bailes... Por suerte, no era ni soy tan mala en el fondo, como parecía. En fin, figúrate en qué situación quedaba yo de locura y de ridículo, después de aquella campanada... ¡Yo quedé aplastada, como comprenderás! ... Comencé a ir cuesta abajo. Comprendí que estaba perdida para siempre, y los disgustos y la tristeza minaron mi salud. No podía dormir por las noches... Hasta que en una de ellas, de terrible insomnio y amargura, comencé a pensar en el Oeste..., en este Oeste tuyo, que a ti te había hecho un hombre en tan poco tiempo... Yo devoraba todas tus cartas a mamá..., pues a mí no me has escrito ni una sola carta, Jim... En fin, me dije que *si* lograba venir aquí contigo, quizá sería mi salvación..., ¡y aquí me tienes!

- ¡Bien! ¿Eso es todo?- preguntó Jim entonces, siempre imitando el tono y las maneras de Curly Prentiss -. ¡Pues la verdad es que me habías asustado!

-¡Oh Jim! exclamó ella en tono de histérica alegría. Y besó muchas veces, de un modo efusivo, a su hermano, llena de gratitud. Jim comprendió lo duro que había tenido que ser para Gloriana hacer aquella confesión, tanto más cuanto que él no se había portado en tiempos pasados como un buen hermano, en realidad. Y antes de que él pudiera añadir una palabra más, la muchacha rompió a llorar, cosa que también asombró mucho a Jim, que se limitó a abrazarla fuertemente en silencio. Sabía él que cuando su hermana rompía a llorar, no podía contenerse en mucho tiempo, y pensó que la situación de Gloriana en su casa debía haber sido verdaderamente insoportable, teniendo en cuenta el orgullo y el amor propio de la chica. Había venido a él, pues, como último recurso, como un último refugio, a juzgar por la emoción que la estremecía, y la confesión habíala abrumado. De todos modos, Jim se sentía ahora consolado al pensar que lo que supuso en un principio no resultaba cierto. Gloriana había estado al borde del abismo. Y esto le bastaba a él. Quizá había detalles que le habrían

Librodot

hecho mucho daño de saberlos. Ternura y piedad brotaron ahora de su corazón por esta hermana desgraciada. En efecto, había una causa fuerte y poderosa, que la había hecho venir al lejano Oeste y pedirle a él protección y amparo. La cosa parecía increíble y absurda, tratándose de la altiva Gloriana, y, sin embargo, allí estaba la muchacha, caída en un sillón, sollozando hondamente, con sollozos que iban perdiendo intensidad y fuerza por momentos, serenándose poco a poco.

-¡Gracias a Dios que... que he tenido el valor de venir! - dijo expresando un pensamiento íntimo -. ¡Yo no sabía..., no he sabido hasta ahora lo bueno que eres, Jim!

El muchacho se sonrojó un tanto, comprendiendo que quizás él no se merecía el elogio, y dijo sonriendo con una expresión abierta a la esperanza:

-Escucha, Gloriana. Yo también tengo que hacerte a ti una confesión... Creo que no volveré jamás al Este, y...

-; Espera! - interrumpió Gloria, levantándose al tiempo que se secaba las lágrimas -. Aún no te lo he dicho todo... Falta lo que es más duro para mí todavía...

-¡Dios mío! - murmuró Jim -. ¡Quizá sería preferible que no me digas nada! ...

-¡No, verás! Me he encontrado a Ed Darnell en la estación de San Luis - prosiguió entonces ella, como deseosa de contar lo que parecía más importante del relato -. Completamente casual el encuentro, te lo juro. Tuve que cambiar de tren allí, como sabes, y esperar cinco horas. Y tuve la desgracia de tropezarme con él... ¡Bien! Ed pareció enloquecer de sorpresa, y me presentó mil excusas. ¡El farsante! ... ¡El ladrón! ... Yo, no tengo que decírtelo, me negué rotundamente incluso a hablar con él. De todos modos, no quiero ocultarte que ese hombre parece ejercer sobre mí un extraño poder, aunque le desprecio en el fondo. Él, viéndome tan firme, llegó a amenazarme... y juró que me seguiría. Y, ¡oh Jim!, yo tengo la certeza de ^q^ue cumplirá la amenaza. Él está enterado, naturalmente, de que nosotros tenemos un tío muy rico, el tío Jim, un poderoso ranchero. Mamá se fue de la lengua muchas veces... porque, al principio, la verdad, ella también estaba como fascinada por Ed. Yo no le he dicho ahora dónde iba, pero él lo descubrirá fácilmente. Y vendrá. Lo vi en sus ojos... ¡Y eso sería horrible! ...

-¡Déjalo que venga! - murmuró Jim en tono sombrío -. ¡Espero ^q^ue venga! ¡Le iba a salir caro!

-¿Qué ibas a hacer? - preguntó Gloriana con una viva curiosidad muy femenina.

-¡Oh! ... Mira, Gloriana, ahora estás ya en el Oeste... y para comprender lo que esto significa, necesitarás algún tiempo... Y si viene ese míster Darnell, como si no viene, el hecho de que tú estés aquí, se dejará sentir sobre él... Y, si yo no fuera bastante, se lo diríamos a Curly Prentiss.

-¿Quién?... ¿Ese maravilloso *cowboy* que ha venido con nosotros desde la estación, verdad?... ¡Parecía un chico tan bueno..., incapaz de hacer daño a una mosca!

Jim sonrió con franca sonrisa. Su hermana era el tipo del eterno novato, de todos los primerizos que llegaban a este hermoso país de Arizona.

-¡Bien, Gloriana! - dijo, de pronto -. ¿No sabes una cosa?... ¡Que ya estoy prometido!

-¡Ah! - contestó ella -, ¿ya has olvidado a la linda Sue Henderson, entonces?...

Y su tono revelaba el mayor de los asombros.

Jim no recordó al principio aquel nombre. Sus leves amoríos del Missouri se habían borrado por completo en su corazón y en su memoria. Luego, cuando recordó, una larga sonrisa dilató su rostro, no sólo ante lo absurdo de la sospecha de su hermana, sino, y sobre todo, por lo que iba a decir ahora a ésta.

-No, Gloriana, no. Mi novia es una verdadera hija del Oeste.

-¿Una verdadera hi^j^a del Oeste, dices?... ¿Qué quieres decir con eso?... Tío Jim ha nacido en el Este. Y no puede considerarse como hijo de aquí.

-Pues ya verás bien pronto que es así, querida... Y mi novia, ya te digo que es una chica del país, nacida aquí en Arizona. Solamente dos veces ha estado en Flagerstown, y esto

representa el fin del mundo para ella, que ha vivido siempre en el Cibeque, uno de los valles más hermosos y salvajes de Arizona. Se llama Molly.

-¿Molly?... Molly..., ¿qué? - preguntó Gloria, sonriendo llena de curiosidad.

-Molly Duna. ¿No te gusta? - preguntó Jim con calor.

-¡Oh, sí! Aunque el apellido resulta vulgar, como Dones o Brown. ¿Es bonita?

-¡Gloriana, yo creo que sólo hay en el mundo una chica más bonita que Molly..., y eres tú!

La flor era muy delicada, pero Gloriana apenas se dio cuenta de ello.

-Tú eras muy enamoradizo allá, en nuestro pueblo - dijo, encogiéndose de hombros Y tus amores no duraban nunca mucho tiempo.

-¡Oh, éste sí durará!

-¿Y de qué familia es? - preguntó luego la hermana, como era lógico.¡Oh, de una familia de leñadores y campesinos de Arizona! O, lo que es lo mismo: la sangre azul del país, te advierto... Su padre se arruinó a causa de ciertas discordias entre ganaderos y pastores... Su madre ha sido una humildísima trabajadora en los bosques, lo cual ya sabrás algún día lo que significa. Molly tiene un hermano, Slinger Dunn. No sé cuál es su propio nombre. Le llaman *Slinger* de apodo, a causa de su maravillosa habilidad en el manejo del rifle. ¡No te digo más! ... Ha matado a varios hombres ya, y herido a muchos más...

-¿Un forajido? - inquirió Gloriana, aterrada.

-¡Oh, verás! Claro que los del Este le llamarían así; yo lo hice al principio. Pero ahora es *Slinger* para mí el mejor de los chicos del mundo.

Angustia, consternación, una tristeza infinita, se retrataron sucesivamente en el bello rostro de Gloriana, que pudo decir al cabo de un momento:

-¡Papá me llamaba a mí la oveja negra de la familia! ¡Pero ahora veo que somos dos! ... Esto será la muerte de mamá. ¡Oh Jim, los papás no tienen la más leve idea de esto! ... Papá no se cansa de alabarte ante sus amigos, de decir que estás al frente del rancho de su hermano aquí en Arizona, un rancho colosal... Y tú no has dejado traslucir una palabra de esto en tus cartas a mamá. Yo me las sé todas de memoria.

-Es verdad, Gloriana. Me callaba lo más importante... Pero... es que no sabes la de cosas que han pasado últimamente... Algunas terribles. ¡Mira esto! ...

Jim se desabotonó el cuello de la camisa y mostró su pecho, atravesado por una gran cicatriz oscura.

-¡Dios mío! ¿Qué es eso? - preguntó Gloriana, aterrada.

-¡Querida mía! ¡Es la cicatriz de un balazo! - contestó Jim, no sin orgullo.

-¿Un tiro?...

-¡Ya lo ves! ...

-¡Dios mío! ... ¡Es horrible! ... ¡Podrían haberte matado! ...

-¡Y tanto! Faltó bien poco, porque estuve dos noches con esta herida en medio del bosque. ¡Y solo! ...

-¿Y te ríes?.... - dijo ella, asustada, viendo sonreír a su hermano.

-¡Oh, esto me hizo hombre, te advierto!

-¿Algún bandido fue el que te hirió, Jim?

-Sí; un bandido y de los malos.

-¡Oh, Jim! ... Espero que tú no le matarías a él, ¿verdad?

-¡No, no..., lo cual, en el fondo, fue una gran suerte, hita mía! Y eso que en aquel momento le habría matado con una horrible satisfacción!

- Por Dios, no digas eso, Jim! ... ¡Ahora veo que el Oeste te ha perdido, Jim! ... Eso decía mamá, aunque papá se reía de ella...

-No lo creas, Gloriana. Te equivocas. Eso no tiene importancia, ni creo que pienses que por un tiro yo esté perdido...

-¿Que no?... Yo no te reconozco, Jim. Me pareces diferente, extraño, como ese Prentiss,

Librodot

que he conocido en la estación... Siento en el alma que este Oeste te haya hecho rudo, áspero, como él es... Adivino que voy a odiar este país con todo mi corazón.

-No digas eso, Gloriana. Estás en un error. A ti el Oeste te impresionará mucho al principio, como me pasó a mí; mejor dicho, más que a mí, porque tú fuiste siempre muy sensible, y los disgustos no han hecho más que aumentar tu sensibilidad. De todos modos, espera un poco para juzgar al Oeste... y a mí, querida. Estoy seguro que el Oeste te conquistará, como a mí me ha pasado.

Pero Jim comprendía que sus palabras no la impresionaban. Al contrario, la irritaban. Gloriana había olvidado ya lo noble y amablemente que Jim había acogido la confesión de sus miserias.

-¿Dónde está novia, esa Molly Dunn? - preguntó Gloriana, llena de curiosidad.

-Aquí.

-¿En esta casa?...

-Sí, en esta casa. Ella y su madre. Las he traído a las dos del Cibeque. Molly va al colegio. Es una cosa admirable, casi patética, ver cómo estudia la pobre muchacha. ¡La infeliz había tenido tan pocas facilidades de estudiar! ... Yo proyecto que nos casemos en la primavera..., ¡si logro convencerla!

-¿Qué dices, muchacho? - exclamó Gloriana, en el colmo del asombro -. ¡Convencerla! ... ¡A lo mejor, no lo consigues! .. .

-¡Quién sabe! ... Tal vez lleves tú razón, sobre todo

después de conocerte a ti... Pero tío Jim la adora, y está deseando verme casado.

-¡En ese caso... será que Dios quiere castigarme, porque me lo merezco!

-¿Qué quieres decir?

-Sí, castigarme con mi misma culpa...

-¡Gloriana, no me hagas que pierda la paciencia! ... - dijo ahora Jim haciendo un esfuerzo por mantenerse sereno -. Yo sentía como tú y pensaba del mismo modo cuando vine aquí a Arizona... Pero, escucha: yo me alegro infinito de que hayas venido, como lamento tus disgustos y tus penas. Pero, en el fondo, tus dolores y contrariedades no suponen nada, y te pronostico que, antes de un año, el Oeste te habrá curado de todo ello. Tú misma no te conocerás, y no querrás oír hablar siquiera de volver al Missouri.

Gloriana movió su linda cabecita con una expresión de duda dolorosa.

-¡Si al menos tú no estuvieras prometido a semejante muchacha! - dijo en tono triste.

-¡Pero esa muchacha me salvó la vida, Gloriana! - re puso Jim con calor ahora -. Tú no puedes imaginarte lo que hizo por mí, luchó con un hombre, uno de esos forajidos que tú dices, como un tigre salvaje... y le mordió en una mano, colgándose de él como una fierecilla, para evitar que el bruto me matara... Y yo estaba atado de pies y manos, indefenso... Me salvó la vida... hasta que llegó su hermano Slinger y mató a Jocelyn...

-¡Oh, el asesino! - exclamó, horrorizada, Gloriana, echando llamas por los ojos -. ¿De verdad ese Slinger Dunn mató al otro?...

-¡Y tanto, hija mía! A ese Jocelyn y a otros dos bandidos más. Ellos a su vez hirieron muy gravemente a Slinger. Está en el hospital de Flag. Ya te llevaré a que le conozcas.

-¡Maravilloso! - exclamó ahora Gloria, con un sarcasmo que le hacía olvidar hasta el horror de todo lo que oía a su hermano -. Pero, bueno, Jim, dime, ¿por qué fue esa horrible pelea que me dices?... Yo creía que tú trabajabas en un rancho, en pleno campo y nada más...

-Y así es, en efecto, Gloriana. Y de ahí viene todo, porque...

Y Jim empezó inmediatamente a contar a su hermana la historia de la cerca trágica y de todos los acontecimientos que había originado; de su secuestro por el equipo del Cibeque, de la llegada de Hack Jocelyn con Molly luego, y de cómo la muchacha había llegado a exponer su vida por salvar la de Jim, y, en fin, de la traición de Jocelyn y de la llegada providencial de Slinger, que mató al miserable.

Cuando Jim terminó su narración, la emoción de su hermana le hizo confirmar que era

Gloria una muchacha delicada y sensible, casi alma y corazón. Esto le reafirmaba en su esperanza de que bien pronto, al contacto de la dura y amplia vida de Arizona, Gloriana se reconciliaría con él y con la vida, curándose de todos sus dolores.

- ¡Pero, Jim! - dijo la muchacha luego, con aire grave --; ¡tú no puedes casarte con una chica que muerde como un tigre, del mismo modo que yo no podría casarme con ese hermano de Molly, que es un asesino! ¿No lo comprendes?...

-¿Cómo que no?... ¿Por qué? - repuso Jim, en un tono que recordaba su testarudez de muchacho, años atrás. - ¡Pues, de todos modos, me casaré con ella, y tengo la certeza de que seré el hombre más feliz del mundo!

Gloriana le miró, pensando que, o su hermano se había vuelto loco, o era que Arizona le había hecho trastocar el sentido de todos los valores morales. De todos modos, guardó silencio.

Jim añadió, al cabo de un corto silencio:

-Bueno, Gloriana, creo que será mejor que vengas y veas al tío Jim... y a las Dunn.

-Sí, puesto que ha de ser -repuso ella con sencillez-. ¡Dame un poco de tiempo para que me ponga presentable! ... Déjame un cuarto de hora, y luego vuelves.

-¡Muy bien! ¡Aunque ya estoy en ascuas por saber a lo que tú le llamas *presentable!*

Y salió, silbando, de la alcoba. Sin embargo, no podía evitar el sentir una honda inquietud cuando bajó al *hall*, dirigiéndose hacia el salón de la casa.

VI

Encontró Jim a su tío solo en el salón.

-¡Hola! - saludó el viejo ranchero -; ¿cuándo vas a traerme a tu hermana, hombre?

-Muy pronto, tío. Está algo cansada y ha querido descansar y cambiarse de ropa...

-¿Y cómo está?

-Pálida *y* delgaducha. De todos modos, muy guapa, ya la verá usted. A mí me ha impresionado mucho...

En este momento penetraron en la estancia Molly y su madre, y el joven se dijo que jamás había visto a su novia tan guapa. Estaba seguro de que Gloriana no podría evitar el admirarla.

-¿Ha venido tu hermana ya? - preguntó con ansia Molly.

-¡Oh, sí! ... Curly y los otros han venido a esperarla. Aquello parecía un circo... Ahora va a venir.

-¿Y parece enferma?

-¡Oh, a primera vista, no, la verdad! Le deslumbra a uno. Aunque, cuando yo me acuerdo de mi hermana hace un año... tan fuerte y con tan soberbios colores... sí que parece enferma. Ahora está pálida y delgada.

-¡Oh, tengo unos deseos de verla! ... - murmuró Molly, emocionada -. ¿Qué han dicho los *cowboys* al verla? ¿Qué han hecho?... ¿Y Curly, qué dijo?...

-¡Oh, ha sido muy gracioso, sobre todo con Bud! Curly ha venido a la estación vestido con su mejor traje de *cowboy*, con pistolas y todo. Los otros iban con trajes nuevos, y parecían azorados... Curly era el mejor. Bueno, voy por Gloriana.

Jim se dirigió hacia la sala oeste de la casa. Iba pensativo, diciéndose que, aunque se alegraba en el fondo de la llegada de su hermana, la verdad era que el suceso estaba oscurecido por presentimientos y dudas angustiosas.

Llamó a la puerta, y cuando Gloriana dio permiso, abrió y entró.

Se quedó asombrado. ¿Era en verdad aquélla su hermana?... Gloria se había puesto un lindísimo vestido azul, sin mangas y muy escotado, y aunque estaba delgada, resultaba llena de gracia y gentileza. En sus mejillas había ahora un poco de color, que Jim no podía decir si era natural o debido al carmín.

-¡Gloriana! - pudo decir al fin, lleno de sincera admiración-; si los *boys* te ven en esta *tenue*, ¡se hunde el rancho!

-¿Y por qué? - preguntó ella, sin saber en qué sentido hablaba su hermano.

-¡Oh, porque aquí se armaría otra guerra como la del Pleasant Valley! ¡Estás guapísima! ¡Pareces una flor inmensa, chica! ...

-¡Gracias, Jim! - dijo ella sonriendo, mientras sus mejillas tomaban un tono de carmín más subido -. ¡Me halagan tus palabras! De todos modos, este traje no tiene nada de particular, hijo mío. Traigo otros nuevos, muy lindos, que me pondré..., aunque, como tú dices, se hunda el rancho. Voy a ponerme el abrigo, ¿no te parece?... ¡El *hall* de esta casa parece la Groenlandia, chico!

-Sí, esta casa es muy fría - repuso Jim -. Fría como una cueva. Pero, por suerte, el salón es muy abrigado y confortable.

-Es que si volviera a constiparme se acababa tu hermanita.

-¡No digas tonterías, Gloriana! - opuso él dulcemente, besándola -. ¡Ahora vas a empezar una nueva vida! ...

Ella, emocionada, le cogió una mano y la estrechó con ternura.

Y Jim tuvo ahora una sensación que no había experimentado antes, desde que viera a Gloriana en la estación : su hermana estaba hambrienta de amor, de cariño, de simpatía..., y debía de haber sufrido horrores a consecuencia de la traición de aquel miserable, siendo como era una muchacha delicada, dulce y espiritual... Él debía mostrarse amable, suave, comunicativo con su hermana.

-¡Jim! - dijo ella cuando ya salían -; no olvides que, a pesar de mis penas *y* de todo cuanto te he contado, yo represento aquí a toda tu familia ausente, ¿eh?

La observación al muchacho, tan altivo y recto, le dejó tan perplejo y confuso, que no acertó a contestar. Atravesaron los corredores y el *hall*, y Jim abrió la puerta del salón. Gloriana dejó caer su abrigo en la alfombra, mientras su hermano cerraba la puerta, y corrió al encuentro de su tío.

-¡Oh, tío Jim! - gritó la chica alegremente -; ¡le conozco a usted, le recuerdo! ...

Sin duda, esperaba no conocerle, después de tanto tiempo.

-¡Vaya, vaya! ; ¿de modo que tú eres mi sobrina Gloriana?... ¡Yo recuerdo a una rapazuela de allá del Missouri... pero tú no puedes ser la misma!

-¡Pues yo soy, tío! Sólo que he crecido mucho, como usted puede ver... ¡Cuánto me alegro de verle! ... Y le besaba y abrazaba con cariño:

-¡Acabaré por creerlo, chica! ... ¡No sabes lo que me alegra que hayas venido al Oeste! Bueno, déjame que te presente unas buenas gentes de aquí... Mistress Dunn y su hija Molly.

La madre de Molly pareció embarazada y confusa, mientras Gloriana sonreía, llena de afabilidad. Jim experimentó en seguida una especie de susto irreprimible cuando las dos mujeres se encontraron frente a frente.

-Gloriana, me alegro infinito de conocerla y poder darla bienvenida! - dijo Molly Dunn, con simple dulzura. Jim no la había visto nunca tan pálida, pero no se turbó en aquel momento. Sus ojos relucían de un modo intenso. Jamás había sido más sincera, más la clásica hija del Oeste... Jim se estremeció de nuevo, viendo como las dos muchachas se examinaban. ¿Qué iba a decir Gloriana?... ¿Iba a mostrarse ahora altiva e intolerante, acaso?...

Molly Dunn! ¡Yo también me alegro mucho de conocerla! - repuso al fin Gloriana, en tono cordial y con su mejor sonrisa. Las dos avanzaron y se besaron afectuosamente. Jim lanzó un suspiro de consuelo que estuvo a punto de oírse en el salón. Gloriana, prototipo de la muchacha bien educada, se mostraba en exceso afectuosa, no queriendo que Molly le ganara a buena educación ni a sutileza. De todos modos, el alma y el corazón de Gloriana estaban ausentes y como en guardia... Y Jim se dijo que si él percibía esto, Molly debía percibirlo también.

Librodot

Tío Jim contempló con ojos relucientes a las dos muchachas, y luego miró a su sobrino, diciendo:

-¡Jim, no dirás que no eres el hombre de la suerte, chico...! ¡Tener una novia y una hermana como éstas...!

Era el elogio cálido y sincero de un viejo solterón, que había entregado su corazón a Molly Dunn y ahora compartía su cariño y su ternura con la hermosa sobrina.

Pero el elogio tuvo la virtud de hacer sofocar a Gloria y turbar a la ingenua Molly.

Todos se sentaron, excepto Molly, que quedó en pie, junto a la silla de Gloria, sencillamente fascinada. Jim se sentía angustiado, al comprender que su hermana había sabido captarse desde el primer instante todas las simpatías de Molly. ¡Si luego resultaba que Gloria sólo sentía por la otra una leve simpatía... !

-¡No parece usted estar mala!dijo la novia de Jim
dulcemente.

-¡Quizá mi hermano les ha exagerado a ustedes! - repuso Gloriana sonriendo -. No me encuentro enferma en realidad, pero tampoco me siento muy bien...

-¡Parece como si no comiera ni durmiera usted bastante..., ni tomara bastante el sol!

-Sí, eso es lo que me hace falta - repuso Gloriana, sonriendo más.

Hubiera sido imposible para no importa quién no sonreír ante la dulce ingenuidad de Molly.

-De todos modos, está usted muy bien... Pero en cuanto pase aquí seis meses...

-¡Oh, ahora es el tiempo de las pulmonías! Ya tuve una el año pasado... El doctor dice que si cojo otra, me voy al otro barrio.

Molly se volvió entonces a Jim, diciéndole:

-¡No debes jugar con tu hermana en la nieve, ni arrastrarla, como hiciste conmigo!

-¡Oh, a mi hermana la encantará el invierno de Arizona! Es un invierno seco, donde no se siente el frío nunca, en realidad. De todos modos, si Gloriana siente mucho el frío de aquí, al principio, podemos enviarla a Tucson por algún tiempo.

-Llévatela al rancho de Yellow Jacket - dijo, sonriendo, el tío Jim.

Molly palmoteó diciendo :

-¡Muy bien, muy bien! Allá en el Tonto apenas se siente el invierno, en realidad. No nieva casi nunca, y si nieva, la nieve no cuaja. En cambio, luce el sol siempre. Y el aire huele a gloria, con tanto pino y tanto abeto. -¡Oh, Gloriana, en el rancho de Yellow Jacket se pondría bien en seguida!

Jim dijo, en tono serio y grave:

-El verano que viene llevaremos allí a las dos muchachas; pero ahora, no. Antes tenemos que ocuparnos del equipo del *Cuchillo Fatídico.*

Gloriana preguntó, intrigadísima:

-Explícame, Jim: ¿qué es eso del Yellow Jacket y el Cuchillo *Fatídico?*

Tío Jim contestó por su sobrino:

-¡Oh, no te dejes embaucar por éstos, Gloriana! El Yellow Jacket es un rancho mío que está en estado salvaje, como los antiguos de Arizona; y el *Cuchillo Fatídico* es un equipo de ladrones de ganado.

-¡Oh, en ese caso, quiero ir allá! - repuso la muchacha-. Tengo ansias de ver a un bandido de Arizona. Sí, sí : iremos! ..., porque ardo en deseos de correr peligros, de ir a un sitio solitario... Y en cuanto me reponga un poco, montaré a caballo... Jim, ¿no tienes un caballo para dejarme?...

-¿Un caballo...? ¡Y cien que quieras! Ya verás en cuanto puedas montar.

-¿Me llevarás, contigo al desierto, Jim? - preguntó Gloriana, con ojos relucientes de ansiedad.

Jim disimuló su contento. Le gustaba que su hermana sintiera así y experimentara, además de aquella sed de amar que ya le había notado poco antes, un intenso amor por las

Librodot

aventuras y la vida ruda del desierto. Esto, precisamente en este ambiente grandioso, tendría un efecto magnífico sobre el cuerpo y el alma de Gloriana.

-Sí; te llevaré allá - dijo luego Jim -, si necesitamos a alguien para que nos ayude.

-¿Cómo...? ¿Yo ayudaros?... ¿En qué?...

¡Oh, tú te encargarías de cocernos las galletas, Gloriana!

Molly dijo sonriendo:

-¿Sería usted capaz de cazar pavos silvestres?

-¡Sería capaz de comerme uno entero! - repuso Gloriana.

-De todos modos - siguió diciendo Jim -, yo no quiero decir que tú trabajaras allá con nosotros..., aunque te advierto que un poco de trabajo y de ejercicio te haría bien; quiero decir que si tú vinieras ahora allá, se acababa el rancho y los trabajos de los hombres.

-¿Y por qué? - preguntó Gloriana, fuertemente intrigada.

-¡Oh, porque he enseñado a mis *cowboys* tu retrato, y se armó una revolución!

Gloriana se echó a reír, como todos, y murmuró:

-¡Huy, qué horror! ¡Mi retrato aquel! ... Yo traigo aquí en los baúles algunos buenos.

-¡Pues, por Dios, que no los vean los *boys* si no quieres que nos vuelvan locos! - dijo Jim riendo.

Luego siguió media hora de conversación, casi toda ella dedicada a alabanzas a Gloriana, que no ocultaba su satisfacción. Luego la muchacha dijo que estaba muy cansada y rogó la excusaran, retirándose a descansar.

-Jim! - dijo a su hermano, levantándose -, llévame a esa linda cabaña india que me has preparado, y adonde yo no sabría llegar nunca en esta casa tan grande!

Jim la acompañó y cuando llegaron a la alcoba de la muchacha, luego de echar unos leños al fuego, preguntó:

- ¡Bueno, Gloriana! ¿Qué me dices?...

Con gran sorpresa de Jim, su hermana le puso ambas manos en los hombros y contestó:

-¡Jim, tu novia es una muchacha lindísima, dulce y bella como una flor silvestre, honesta, buena y amable como la que más... y más valiente de lo que yo hubiera sido en su caso! Yo me he dado cuenta de lo que tú no has visto... Para Molly, el conocerme a mí ha sido seguramente un rato peor que cuando tuvo que luchar con ese Hack... y morderle para salvar tu vida. Porque yo represento a toda tu familia ante sus ojos, por así decirlo.

-¡Gracias, Gloriana! - murmuró Jim, conteniendo un suspiro-. ¡Tenía miedo de...!

-¿De que no me agradara? - le interrumpió la muchacha -. Pues no, hijo mío. No te censuro que la quieras... El único inconveniente que yo veo, es que esa chica es una campesina, una muchacha ignorante, hija de una familia ignorante también... Y, como es lógico, no es la chica indicada para ser la mujer de Jim Traft.

-¡Oh, eso te parece a ti ahora, Gloriana, porque llegas imbuida de los prejuicios del Este! - repuso el muchacho -. Eso sería, ya ves que lo admito, si yo hubiera de volver a nuestra casa. Pero ahora estamos en el Oeste. Yo adoro el Oeste porque me ha hecho un hombre. Ahora, el Oeste es mi patria. Por eso adoro con toda mi alma a Molly, porque es una verdadera hija de este país, fuerte, verdadera, ingenua y dulce al mismo tiempo... Te advierto que para adorarla con toda mi alma ni siquiera tengo que recordar que le debo la vida. Piensa, querida mía, que a no haber sido por Molly, a estas horas no tendrías hermano.

-¡Oh, Jim, no creas que yo soy una ingrata! - repuso vivamente Gloria -. Comprendo tus sentimientos y los admiro y respeto, puesto que hablas y sientes como un hombre. Pero yo tenía la obligación de hablarte también con sinceridad. No sería yo una Traft si no lo hubiera hecho.

-Entonces... ¿quiere decirse que no estás contra nosotros?

-No, Jim, no. Yo desapruebo tu noviazgo; pero sería absurdo que me opusiera a él. Yo he venido a ti buscando apoyo, ayudo..., una casa..., suerte, si es que puedo tenerla alguna vez... Además, Molly me gusta... La dificultad viene de ella, no de mí. ¿Comprendes?... La

pobre me miraba como nadie me ha mirado en la vida, y se comprende; porque en mí, ella veía a tu familia, a tu posición, a ti mismo... Y por eso pude ver que cuando nos hemos despedido había en sus ojos una sombra de miedo, de inquietud. Era el miedo de perder su amor. ¡Porque ella no debe casarse contigo, no por nada, sino precisamente porque es Molly Dunn! ¿Comprendes...? Y que si verdaderamente es tan fuerte y buena como dices, y como parece en realidad, no debe casarse contigo.

-Yo también he tenido ese miedo antes - admitió Jim -; luego me reí de mí mismo. Y ahora tú... -¿Vengo a agravarlo, no es así...? - interrumpió ella. - ¡Lo siento, Jim! ... Yo no debía haber venido, lo comprendo ahora... Debí haberme ido a cualquier sitio, y trabajar... En fin, Jim; el daño ya está hecho.

-Es que yo no te dejaría marchar ahora, Gloriana. Además yo creo que estamos haciendo una montaña de un grano de arena, como suele decirse. Si tú me ayudas, todo se arreglará, querida mía.

-¡Oh Jim! , ¿ayudarte, dices... ? ¡Yo te lo prometo con toda mi alma! Y me portaré con esa chica con más dulzura de la que habré empleado en mi vida para con nadie... Yo puedo hacerme querer de la gente. Lo malo es que mi corazón se ha secado, y me siento fría y helada en mi interior, desde la traición del miserable Darnell. Por eso no puedo prometerte llegar a querer de verdad a Molly, aunque la cosa me parece lo más fácil del mundo.

Y hablaba con tanto calor, con tanta elocuencia, con tanta vehemencia, que Jim sonreía a flor de labio, diciéndose que su tono desmentía las palabras de su hermana.

-¡No me digas más, Gloriana! -dijo al fin-. Es mucho más de lo que yo podía pedir y esperar de ti. Ahora me alegro doblemente de que hayas venido al Oeste. Al fin venceremos porque tenemos lo principal... Ahora, ¡buenas noches, Gloriana! Tú estás rendida. No olvides cerrar la chimenea.

-¡Adiós, querido mío! ¡Yo también me alegro ahora de haber venido!

Y le besó con cariño.

Jim salió de la alcoba, llevando aún en sus labios el sabor del beso de su hermana. Nunca había sido extremada en sus manifestaciones de afecto Gloriana, y ahora podía decirse que no había cambiado. Pero se mostraba, al hacerse más mujer, más compleja, más profunda, con una sombra de tristeza en su alma, que él quería arrancarle a toda costa. De ello se encargarían los *cowboys,* que eran capaces de borrarle a un leopardo las manchas de la piel. Al ir hacia su habitación, pasó ante la de Molly, y llamó.

-¿Estás acostada, Molly? - preguntó.

-¡No! - repuso en seguida la muchacha, entreabriendo la puerta y mostrando su rostro encendido y agitado -. ¡Te estaba esperando para preguntarte, Jim! ...

-¿Te ha gustado mi hermana...?

-¿Que si me ha gustado...? ¡Ésa no es la palabra...! Tu hermana es... es...

Y calló, no encontrando el adjetivo que sublimara lo suficiente a la viajera.

Jim se inclinó, besándola rápidamente, murmurando: -¡Querida mía... ! ¡Te adoro... ! Escucha, ¿le ha gustado mi hermana a tu madre...?

-¡Oh, sí ! Aunque la pobre estaba aturdida. Bien es verdad que yo también lo estaba un poco.

-Bien; pero ahora debes tranquilizarte. Gloriana me ha dicho cosas muy dulces y amables de ti.

-¿De mí...? ¡Oh, dímelo todo, Jim! - rogó ella, anhelante.

-¡Oh, no! ¡Me lo reservo, hasta que quiera conseguir algo de ti, querida...! Ja, ja...! ¡Bástete saber que son cosas inmensamente amables! ¡Buenas noches! Jim encontró a su tío dormitando frente al fuego, y murmuró:

-¡Despierte usted, tío, y aconséjeme qué debo hacer... ! ¡Escuche! ¿Qué le ha parecido mi hermana...? ¿Y qué voy a hacer yo con estas dos chicas tan guapas a mi cargo...? ¿Cómo

Librodot

voy a arreglármelas para evitar que los *cowboys* se maten entre ellos...? ¡Dígame usted... !

-¡Tú verás, gallito del Missouri...! ¡Bueno, en serio, Gloriana es la chica más maravillosa que he visto en mi vida! ¡Atractiva, elegante y hermosa... ! Tiene ángel... Y esto a los diecinueve años... Será un mal trago para Molly. De todos modos, Molly, como buena hija del Oeste, es noble y leal, y al fin acabarán por ser las mejores amigas del mundo. Lo que también te predigo es que ahora te costará doble trabajo seguir adelante nuestra valla... Seguramente Gloriana va a alborotar a los *cowboys.* Precisamente, porque tu hermana es una muchacha dulce y buena, se interesará por ellos, y los bárbaros esos se creerán que pueden conquistarla. ¡Y quién sabe si ella llegará a sentir simpatía sincera por alguno de los *boys!*

-Ya lo había pensado - contestó Jim, pensativo -. Ahora, aquí, en confianza, le diré a usted que Gloriana ha venido al Oeste para quedarse aquí con nosotros definitivamente.

-¡Muy bien! - repuso el ranchero -. Pero, ¿es que viene mala, en realidad?

-No tan mala como parece a primera vista. Viene más bien débil y abatida. Ha tenido una gran pena allá en casa. Se puso en relaciones con uno de esos tipos fatuos..., se creyó que estaba enamorada de él, cuando era realidad no lo quería, y el granuja le hizo una mala trastada. Le pidió dinero prestado a Gloriana, y luego hizo una estafa a papá. Y el doble disgusto aplastó a la pobre. De todos modos, su orgullo (ya que mi hermana es la más altiva de los Traft) no le permitió confesar la verdad... Y por eso ha venido a mí, la infeliz, con el pretexto de que está enferma. ¿Comprende usted...?

-¡El canalla! -rugió entre dientes el viejo ranchero -. Pero, ¿supongo que no quieres decir que el miserable haya perdido a tu hermana, eh...?

-¡Oh, no, tío, gracias a Dios! - opuso Jim vivamente Pero ha empañado su reputación, al menos. Un tipo llamado Ed Darnell. Y Gloriana dice que está segura de que vendrá aquí.

- ¡Pues déjalo que venga - murmuró el viejo en tono sombrío -, porque será el último lugar que verá de la tierra!

-¡Eso digo yo, tío...! Así, pues, ¿resulta que tenemos a nuestro cargo a dos muchachas hermosísimas...? Yo estoy aturdido y asustado, créalo usted.

- ¡Oh, desde luego, es un problema! Pero lo peor de todo es que tú, con tu juventud, te mostrarás impaciente..., querrás obtener resultados inmediatos, resolver eso en un abrir y cerrar de ojos..., y eso no puede ser.

-¡No, tío! Yo sabré esperar. Pero, ¡supongamos que Molly se siente turbada por la presencia de Gloriana; quiero decir que se asuste de mi familia, vamos! ...

-En ese caso, yo haría que tu hermana se encargará aquí de varios trabajos. Es decir : que pondría juntas a las dos muchachas, y eso equilibraría la balanza. Así podrían llegar a conocerse y apreciarse pronto. ¿No te parece?

-Soberbia idea! - aprobó Jim con entusiasmo -. Usted quiere decir que encargaría a Gloriana de los trabajos exteriores del rancho; esto es, caballos, *cowboys,* el campo y la huerta, y, por tanto, expuesta siempre al frío, al calor, a la lluvia, al polvo... Mala alimentación, mala vivienda, y toda la dureza de la vida salvaje del desierto, ¿no es así...?

-En efecto, y así sucesivamente. Hacerle conocer la verdadera vida de Arizona, tal como la conoce Molly.

-Es que eso sería peligroso, tío. Gloriana no es fuerte. Y la prueba podría matarla.

- ¡Oh, le haríamos ir conociendo la vida de aquí y los trabajos poco a poco!

-¡Si no se quedaba en la prueba, tío! - repuso Jim pensativamente, recordando lo terrible y maravilloso al mismo tiempo que había sido para él adaptarse al principio a la dura vida del Oeste. Claro está que luego, cuando lo conoció a fondo, lo amaba, como amaba a Molly Dunn como una flor de este país grandioso. Las cosas, para amarlas, hay que conocerlas bien. Gloriana, por su naturaleza femenina, tan sensible y delicada, quizá se adaptara antes al medio. Pero en este período de su adaptación, Jim presentía ciertos disgustos y una dura lucha con Molly, tal vez. Ahora se arrepentía de no haber convencido a Molly para que se casaran antes de llegar Gloria. O, ¿sería aún tiempo de hacerlo...? Su corazón palpitó ante la idea.

Librodot

Pero en seguida se dijo que era una locura pensarlo, y que Molly sospecharía el motivo que le inducía a él a proponerle semejante cosa. Y, de pronto, se dio cuenta de que su tío le estaba hablando.

-¡Perdón, tío, estaba distraído!

-Bien, escucha. Te decía que hace un momento ha estado aquí Locke y me ha dicho que ha podido averiguar que Bambridge piensa robarnos mañana más novillos, por el Winslow. Y hemos hablado mi capataz y yo de que quizá te agradara ir allá y ver lo que pasa...

-¡Caramba! ¿Con este tiempo, tío...?

-¡Oh, piensa que aquí estamos muy altos, en plena montaña! Winslow está allá abajo, en el desierto. Seguramente allá no habrá nieve.

-Bien; ¿cuál es el plan de usted, tío?

-Verás. Bambridge no te conoce a ti ni a los hombres de tu equipo, según Locke. Tú no has estado nunca en Winslow. De este modo, podrías ver lo que pasaba allí sin despertar sospechas. Locke dice que el asunto va a dar juego de seguro, tratándose de Bambridge.

-¿Usted cree que tendremos un disgusto con él al final?

-¡No sé qué te diga, hijo mío! Yo he conocido en mi vida un centenar de Bambridges, a decir verdad. ¡Hace cuarenta años que crío novillos...! Hace diez años, un tipo la mar de elegante cayó por aquí, por Flag. Se llamaba Stokes. Tenía dinero, y empezó a comprar y vender ganado. Pronto llegó a operar en grande, y no tengo que decirte que se hizo amigo de todo el mundo. Pero no sé qué llegué yo a ver en él que me hizo entrar en sospechas... En fin, para terminar: que lo ahorcaron, en un árbol. ¡No te digo más!

-¡Extraño oficio éste de ranchero! - murmuró el joven.

-Pues sí, hijo mío. Mientras haya campo y praderas abiertas habrá ladrones de ganado. Como también creo que cuando todos los campos y las praderas estén vallados, el ganadero de mi tipo, así como los Bambridge y los

Jed Stone, todos desapareceremos. Esto no es más que una fase del Oeste.

-¿Cómo, tío? - preguntó el joven, lleno de sorpresa -. ¿Usted considera un ganadero a Jed Stone?

-Y claro que sí, hijo mío. Es un factor más con el que hay que contar aquí en Arizona. Mira: el rancho de Yellow Jacket es tuyo, porque yo lo compré y te lo he regalado; pero Jed Stone piensa que es suyo.

Y el viejo se echó a reír.

-¿Cómo...? ¿Por qué razón, tío?

-Muy sencillo, querido; porque hace muchísimos años que él y sus hombres andan por allí, se instalan en él y consideran aquello como campo abierto, como país conquistado. Pero se trata de dos extensiones magníficas de tierra, 1.200 acres, y la cosa vale la pena. Además, hay agua abundante. A propósito, el manantial de Yellow Jacket es de la mejor agua de Arizona. Terreno llano y magnífico... El antiguo dueño del rancho había escogido muy bien el terreno, ocultando los mojones de deslinde... Yo hace muchos años que no he ido por allí. Pero Locke sí, y sabe dónde están los límites de la finca. Así podremos hacer prevalecer nuestro derecho.

-¡Oh, tío! ¿Quiere usted decir que tenemos que probar a Jed Stone nuestro derecho a ocupar y disfrutar unas tierras que usted compró?

-No; a Jed Stone hay que demostrarle nuestro derecho a tiros, hijo mío. ¡Ja, ja, ja! Pero Bambridge y ese otro ranchero que anda con él y cuyo nombre no recuerdo, quizás exijan que nosotros mostremos nuestros títulos de propiedad. Y sólo una pequeña lucha puede resolver el asunto, hijo mío. De todos modos, tengo la certeza de que Yellow Jacket te encantará, como a mí me encantó hace tiempo. Es el sitio más agreste y bello y salvaje que puedes encontrar en Arizona. Allí hay osos, ciervos, pavos salvajes en abundancia. Y apenas van cazadores furtivos, porque cae muy lejos y hay otros cotos magníficos cercados, antes de llegar, y, naturalmente, los prefieren. Hay muchos castores, y donde tú veas castores, es que el terreno,

Librodot

el país está salvaje.

-¡Bien, tío, yo tomaré un gran cariño a Yellow Jacket, se lo aseguro! - repuso Jim con calor -. Y usted sabe que Slinger tiene la mitad del ganado que haya allí.

Ése fue el trato que yo hice con él, para que ingresara en nuestro equipo.

-Muy bien. Yo no sé lo que habéis convenido tú y él; pero si es así... bien hecho. Me gustaría que Slinger fuera contigo. Y Curly también.

-Muy bien, tío. Nos marcharemos en el primer tren.

A la mañana siguiente, cuando apenas amanecía, un amanecer frío y desapacible, Jim, ya vestido de campo, con polainas y grueso chaquetón de zamarras, se dirigió al pabellón donde dormían los *cowboys* y gritó, llamando a la puerta:

-¡Curly Prentiss!...

Nadie contestó. Parecía que no había nadie. Pero casi en seguida, se oyó la voz de Jeff, el cocinero, que decía: -¿Qué hay, mi amo...? ¿Es que arde la casa? -¡Nada de eso! - repuso Jim, sonriendo -. Es que nos vamos a Winslow. Prepáranos unos cuantos bistecs, Jeff. Y sacude a Curly, hasta que despierte.

-Es que estoy acostado.

-Pues levántate, hombre.

Poco después, se abría la puerta, y en el umbral apareció la figura del *cowboy.* Jim entró. A los pocos instantes, Curly estaba también vestido.

Bud asomó su rostro de querubín rústico por encima de las mantas, y preguntó:

-¿Qué pasa, mi amo...?

Cuando supo que Curly se iba con Jim a Yellow Jacket, se puso a reír, y dijo:

-¡Pues lleve usted cuidado, mi amo, porque Curly está completamente loco desde...!

Curly Prentiss le largó un formidable puntapié; pero Bud se esquivó, echándose al suelo. De todos modos, al ruido despertaron los otros *boys.* Jim y Curly pasaron luego a la cocina, ayudando al cocinero a prepararles la comida. A los pocos momentos, Curly y Jim salían, dirigiéndose a la estación.

La mañana era fría, despejadísima, y el sol brillaba en los postes de las vallas. Cuando llegaron a la estación, Curly, que había venido callando todo el camino, rompió el silencio, diciendo:

-¡Ring vino al rancho anoche, y seguramente trajo malas noticias!

-¿Tú te enteraste de algo?

-¡A medias! Ring parece que ha sabido que Bambridge prepara una nueva expedición de novillos, seguramente robados a su tío de usted. Yo no sé de donde saca Ring las noticias... Es que se ve que tiene muchos amigos... Jim le interrumpió:

-Espera a que estemos en el tren!

La observación era prudente. El andén estaba lleno de *cowboys,* ganaderos, trabajadores mexicanos y otra clase de viajeros, y era una imprudencia hablar allí.

Cuando estuvieron instalados en un departamento donde no iba nadie, Jim preguntó :

-¿Qué dijo Locke?

-¡Oh, parece que alguien le ha ido con el soplo de que entre los novillos que va a vender Bambridge hay algunos de su tío de usted!

-¿Ah, sí?... El tío no me lo ha dicho. ¿Y qué piensas tú?

-¡Oh, no sé qué le diga! ... De todos modos, yo creo que Ring sabe muy bien lo que se dice. Ahora, su tío de usted le envía allá, y si vemos algún novillo con nuestra marca entre el ganado que Bambridge prepara para embarcar, usted será capaz de decírselo...

-¡Y tanto que sí! - dijo Jim ingenuamente y con calor.

Curly se llevó las manos a la cabeza, murmurando: -¡Por Dios! ... ¡No haga usted eso! ...

-¿Por qué? - preguntó Jim, muy extrañado.

-Oh, porque lo mejor es que Bambridge no se dé cuenta de quién somos nosotros, ni de que nosotros sospechamos! Por lo menos, hasta que esté arreglado eso del rancho de Yellow.

-Pero, amigo Curly, mi tío y Ring saben mejor lo que se hacen en este asunto que nosotros...

-Tal vez; pero piense usted que no son ellos los que tendrán que luchar con Bambridge, sino nosotros, precisamente.

Hubo un largo silencio, durante el cual Jim reflexionó. Quizá Curly llevaba razón. Ring era un capataz un tanto agresivo y violento, y el tío un hombre rudo y demasiado franco, que no transigía con los granujas como Bambridge. Pero había que proceder con cautela...

Jim se quedó largo rato mirando desfilar el paisaje. La nieve iba faltando cada vez más, *y* la vía estaba ahora flanqueada de pinares, de grandes bosques de abetos, después, y por último, de praderas alfombradas de manchas verdes aquí y allá, entre las que asomaban las primeras flores silvestres.

VII

El equipo del *Cuchillo Fatídico* acababa de volver de una de sus excursiones, cuya naturaleza se reflejaba en los rostros hinchados por la fatiga y el insomnio y en el aspecto lamentable de los hombres.

-¡Ya estamos en casa! - dijo Malloy, lanzando un suspiro de alivio.

Todos le miraron extrañados. Jed Stone preguntó en son de burla :

-Pero, oye, ¿desde cuándo esto es nuestra casa?

-¡Bueno! Quiero decir que aquí se está al menos tranquilo y confortable. Sobre todo después de la faena que hemos hecho.

-¿Sí!- dijo por su cuenta Madden-. Allá, con la nieve y aquel aire que corre siempre en el Tonto... ¡Aquí en Yellow Jacket parece que está uno en primavera!

-Por suerte, traemos provisiones para mucho tiempo y podemos pasarnos *en casa* hasta la primavera, si queréis - añadió Malloy.

Sonora, Frank Reed *y* algún otro entraron, portando sendos fardos, que les hacían jadear. Era casi mediodía, y un sol de oro brillaba en un cielo muy puro. El aire era frío y fino, cargado de perfumes de resina y de pino; y, aunque era a principios de diciembre, había en el aire un efluvio de primavera.

Stone dijo que iba a hacer café, y luego se habló de Bambridge. Pecos dijo:

-¡Debe de haber hecho un buen negocio!

-Y, sobre todo - añadió Malloy -, que nadie podrá relacionar a nuestro equipo con el embarque ese de ganado.

Anderson, el viejo cazador, dijo, moviendo la cabeza pensativamente:

-Bambridge se marchará pronto de Arizona. ¡No sé lo que habría dado por oír lo que le dijo el joven Jim Traft!

- ¡Y yo! - repuso Stone -. ¡Oye, Frank, cuéntanoslo! -¡Ya se lo he. contado antes, jefe!

-Ya lo sé. Pero con el frío y el viento, uno no se entera bien... Aquí puedes hablar largo y tendido. Toma un cigarro.

El joven *cowboy* sonrió aceptando el cigarro, se sentó frente al fuego, y empezó a decir :

-Yo estaba en el salón de Chance, después del embarque del ganado, cuando oí decir a un hombre que había cerca de mi mesa: « ¡Es muy extraño el embarque ese del ganado que ha hecho Bambridge! Porque yo fui anoche por los muelles de la estación, ya que vivo por allí, y estaban los corrales vacíos; ¡y esta madrugada estaban llenos de novillos! ¿Cómo y por dónde había venido ese ganado, no os parece?...»

Malloy soltó la carcajada.

-¡Ja, ja, ja!

Librodot

Pero Stone le miró de un modo duro y dijo, con voz y tono agrios :

-¿Y te ríes tú, zopenco?... Os advierto que el traer las reses aquí ha sido otro error nuestro; las debisteis dejar en el rancho de Bambridge, como yo quería... Bueno, sigue, Frank.

-¡Bueno, pues llevamos el ganado a medianoche al pueblo, cosa bien fácil para un equipo como el nuestro! A la mañana siguiente, antes de las diez, ya estaban todos los novillos embarcados en vagones y listos para emprender el viaje. Yo estuve dormitando un rato en el salón de Chance, y luego fui a la estación, después de almorzar. Los empleados estaban ya moviendo los vagones que se llevaban los novillos, para formar un tren en una vía muerta. No había ningún *cowboy* por allí, hasta que poco después llegó el tren de Flag. Entonces vi a Curly Prentiss, al que acompañaba un joven, que luego resultó ser Jim Traft. Se asomaron a algunos vagones de novillos, y yo pude observar como Curly hablaba a media voz a Traft. Yo me las arreglé para seguirles a la estación, y juraría que Prentiss me vio, aunque no me preocupé mucho por ello, ya que ni él nadie sabe que yo pertenezco a este equipo. Traft y Curly penetraron en el despacho del jefe de la estación, y yo entonces entré en la sala de espera. Allí tuve también suerte, porque a los pocos instantes penetraba Bambridge, acompañado de un señor joven y elegante, vestido con traje deportivo y bien parecido; me di maña para acercarme, y pude oír que Bambridge le preguntaba a su compañero: « ¿De dónde viene usted?» De S[a]n Luis», repuso el otro. «¿Y usted sabe algo de ganado?» El otro contestó que no, pero que en Kansas City tenía un amigo., tratante en ganado, que le había recomendado que si venía a Arizona no dejara de ver a George Bambridge. «¿Y quién es ese tratante?», preguntó Bambridge. « ¡Un tal míster Darnell! », repuso el otro. «Bien, pues venga usted luego por mi oficina en Flag; ahora estoy ocupado por un embarque de ganado.» ¡Y tan ocupado que iba a estar! ... Porque en este momento penetraron en la sala de espera Traft y Curly; los dos llevaban pistolas al cinto, lo cual no me extrañó más que en Traft, porque Curly duerme con la pistola. En fin, que yo los vi a los dos que llegaban echando llamas por los ojos, y Traft se dirigió rectamente a Bambridge y le dijo...

Frank Reed hizo una pausa, dio una larga chupada a su cigarro, y luego miró a Stone y a todos los demás *gangsters*, para aprecian el efecto de su discurso. Malloy sonreía de un modo cínico; y Lang, Anderson, Pecos, todos los otros, contenían el aliento, mostrándose algo pálidos a causa de la emoción anhelante con que bebían materialmente las palabras del joven compañero.

-Bueno, pues Traft va y dice a Bambridge: « ¿Es usted míster George Bambridge?» Y cuando el otro le contestó que sí, añadió: « ¡Pues tengo que decirle que ha hecho usted embarcar algunos novillos míos en esa expedición que hay ya en el tren! » Bambridge se puso rojo como un pavo, y preguntó al cabo de un instante : « ¿Y usted quién es?,, «¿Yo?... ¡Jim Traft, señor! », repuso el joven, casi a gritos. «¿Cómo?-preguntó Bambridge, lívido ahora -. ¿El sobrino de Jim Traft?... » « ¡Sí, señor, el sobrino de míster Traft! ¡Y usted lleva en su expedición novillos con mi marca! ...» « ¿Con su marca... ¿Con qué marca?», preguntó Bambridge, casi fuera de sí. « ¡Con la marca del Diamante! » Entonces Bambridge cambió de actitud y dijo, sonriendo levemente: « ¡Ah, ya, perdón, míster Traft! i Debe de haber habido un error al hacer el embarque! Esto es un pedido urgente que he tenido...

Y como los novillos de Yellow Jacket se pasan a veces a mi rancho... y yo tengo ahora algunos *cowboys* nuevos... Pero, bueno, todo puede arreglarse: ¡ mándeme usted una factura! » « ¡ No : - opuso Traft, con un tono de amenaza que daba miedo -. ¡ No tengo que enviar a usted ninguna factura; lo que tengo que hacer es enviar un telegrama al Este, ahora mismo, avisando de que en este cargamento de ganado van novillos míos! » « ¿Cómo? - rugió Bambridge. llevándose una mano a la espalda -. ¿Usted me llama embustero y ladrón de ganado, no es así?» « ¡ No es eso..., ni tiene usted que molestarse en buscar la pistola! ¡ Este señor que viene conmigo es Curly Prentiss y puede ser testigo! ... Yo no digo que usted sea un embustero ni un ladrón de ganado; ¡lo que digo es que esa expedición que hace usted es muy extraña, y que no me daré por satisfecho hasta que se haya realizado una inspección en ella! »

« ¡Y yo le digo a usted que si hay novillos del Diamante en esta expedición, será una equivocación de *mis boys!* ¡Cualquier ganadero puede cometer equivocaciones cuando hace una expedición con prisa! », gritó Bambridge. « ¡No, no es verdad, señor! ¡Equivocaciones de esa clase no las hace ningún ganadero! » « ¡Todos los ganaderos tienen en sus praderas ganado que no es suyo! » « ¡Pero no cuando el ganado está marcado! », rugió Traft. « ¡ Su tío de usted lo tiene! ¡Y bajo ese aspecto es tan ladrón entonces como Blodgett o como Babbitt, o como yo! ... » « ¡No llame usted ladrón a mi tío! », gritó Jim Traft. Y descargó un puñetazo tan formidable en pleno rostro de Bambridge, que parecía le había dado un hachazo, y el ganadero se vino al suelo cuan largo era, yendo a parar al lado de la estufa, donde quedó como una rana. Traft, antes de que el otro se levantara, ya tenía la pistola en la mano, y lo mismo Curly.

-¡Bravo, hombre! - comentó Malloy en tono satisfecho.

-¿Y eso es todo, Frank? - preguntó Stone.

-¡Casi! Algunos hombres se acercaron y levantaron a Bambridge; luego, como yo viera que Curly me miraba a mí con desconfianza, salí de la estación y volví al bar, donde estuve hasta el día siguiente.

-¡Bambridge es idiota! -comentó Stone-. Y yo también, por tener tratos con él.

-En ese caso - murmuró Anderson con satisfacción -, quiere decirse que el joven Traft nos ha hecho, sin saberlo, un gran servicio, ¿no es así?

-¡Y claro que sí! - repuso Pecos -. ¡Porque ha puesto en claro el asunto ese de Bambridge!

Otros del *gang* fueron de la misma opinión, y Stone dijo por su cuenta:

-Sí, tal vez... Pero el viejo Traft lo va a sentir. Tendrá un grave disgusto.

Luego dijo que iba a repartir el dinero obtenido en el último negocio de ganado, y a salir.

Malloy y Carr intentaron convencerle para que se quedara, diciendo que iban a jugar, y Stone repuso:

¿Cómo?... ¿Para que me robéis el dinero? ¡Ah, no! ... De todos modos, pronto estaré sin un centavo otra vez...

-Pero, oye, ¿no te debía una fortuna el bandido ese de Bambridge?

Sí, diez mil dólares...

Malloy lanzó una maldición al oír esta cifra, y Stone salió del rancho a pasear por los sitios tan conocidos. A pesar de que era en diciembre, en aquel lugar resguardado de los fríos fuertes flotaba un dulce efluvio de primavera, y el aire olía a flores y a hierbecillas nuevas. Mirlos y grajos saltaban cantando por doquier. El aire cantaba en los pinos y en los sicómoros, y por entre los árboles se deslizaba el arroyo cristalino del rancho. Los sicómoros mostraban todavía algunas hojas, testimonio del magnífico clima de Yellow Jacket.

Se dirigió al bosque de abetos, bajo los cuales aún se veían algunas huellas de osos. La soledad del paraje y del cañón encantaban a Stone. De todos modos, tenía el presentimiento de que su equipo iba a acabarse, como todos los equipos semejantes de Arizona. Y aunque ni sus hombres ni los grandes rancheros del Mogollans y del Pequeño Colorado habrían compartido sus sentimientos, él, Stone, tenía la seguridad de que el equipo tocaba a su fin. Estaba harte de aquella vida andariega y ruda, de robos, de crímenes, de pillajes sin fin..., de sangre, de huida eterna... Esta estancia en el rancho de Yellow era algo así como el primer renunciamiento suyo a la ignominia del equipo del *Cuchillo Fatídico.* Se lo confesaba por primera vez, con una especie de tristeza nueva.

Salvó el arroyo por el puente de troncos, mirando aquella corriente cristalina en cuyas aguas había pescado tantas veces excelentes truchas. Luego, apartando hojas secas y ramas que despedían un polvillo oloroso y amarillento al sol, llegó a la hermosa cañada donde nacía el manantial, entre grandes rocas tapizadas de musgo. Desde allí, miró una vez más el hermosísimo panorama de bosques de pinos, de cedros, de abetos y de robles, entre cuyo follaje se ocultaban los osos, los ciervos y los pavos silvestres en increíble abundancia, hasta la lejana hermosura del cañón que cerraba el valle dorado y verde. Y, más allá, donde el cañón desembocaba, se extendía el valle salvaje y abrupto de todo Arizona, una comarca apenas co-

Librodot

nocida y explorada por los indios *Apaches.* Y, cuarenta millas más allá, por la parte más baja del valle, se extendían el valle y el cañón de Clear Creek, y, aún más allá, en fin, el Pequeño Colorado, donde tanto abundaban los ganaderos ricos.

Yellow Jacket tenía una configuración y un aspecto singulares. Alto y aislado, el valle formaba, sin embargo, una leve cuenca, cuyas paredes rechazaban los vientos fríos, haciendo que en su interior el sol conservara tibio y cálido el ambiente y la tierra, lo que hacía al país feraz y fértil en extremo.

Años atrás, Stone había soñado con llegar a ser dueño de Yellow. Bambridge le había prometido regalárselo; pero Bambridge no llegó a tomar posesión siquiera del rancho, y el sueño de Stone, de abandonar la vida andariega del ladrón de ganado y convertirse en un honrado estanciero, se había desvanecido. Odiaba a Bambridge por ello, aunque se censuraba por haber acariciado tales sueños. Y eso que, de haberse realizado, Arizona aceptaba en seguida como ganaderos honrados a hombres que tenían historias peores que la suya.

Desde que se convenció de que el rancho no sería suyo, Stone se había tornado melancólico y pensativo, paseando su tristeza por la soledad de Yellow Jacket, sentándose en sus sitios favoritos y fumando interminablemente. Sus compañeros de *gang,* siempre atentos a las pérdidas y ganancias de juego en que consumían todo el dinero, no habían notado en el jefe el menor cambio. Anderson salía de caza cada día, proveyendo de carne fresca al *gang* y ejerciendo su viejo oficio de trampero y vagabundo del desierto; Sonora era el fiel escucha y explorador de la banda, siempre siguiendo la pista de animales y con el oído atento; y los demás jugaban interminablemente a las cartas.

Stone proyectaba no sólo deshacer el equipo del Cuchillo *Fatídico,* y por tanto despojarse de su condición de jefe del *gang,* sino algo que por primera vez en su vida le inclinaba a traicionar a los que tanto y tanto confiaban en él. Y la lealtad era el rasgo más sobresaliente en el carácter de Stone. Precisamente había sido su lealtad lo que le perdiera, haciéndole un vagabundo del desierto.

Una tarde, Jed, que regresaba de dar un paseo por la cañada, oyó un tiro. No eran raros los tiros en Yellow Jacket, pero aquél había resonado de un modo especial, como disparado por un arma corta y de gran calibre.

Al llegar al rancho, encontró a sus hombres formando corro ante la puerta, y Pecos le dijo fría y lentamente:

-Croak acaba de pegarle un tiro a Carr, Stone.

-¿Y por qué?

-¡Oh, pregúnteselo a él!

Stone penetró en la cabaña. Croak estaba sentado ante la mesa, con una baraja en la mano. Carr estaba caído sobre un camastro y su cabeza reposaba en el suelo.

-¿Está muerto? - preguntó el jefe.

El bruto se echó a reír, contestando:

¡Vaya una pregunta!

-¿Y por qué lo has matado?

-Porque decía que yo hacía trampas a las cartas, y no es verdad.

-¿Y por eso lo has matado, animal...? Trampas las hacéis todos.

-Por eso... y porque me había ganado todo el dinero. A mí y a todos.

-¡ Ah, vamos! ¡vamos!...

Stone llamó a sus hombres, ordenando:

- ¡A ver: registrad el cadáver y poned sobre la mesa todo cuanto lleve en los bolsillos! Luego id a enterrarlo lejos.

Malloy, cuando estuvieron sobre la mesa las monedas de oro y los billetes que llevaba el muerto, preguntó: -¿Y qué piensas hacer con esto, Stone?

-Dividirlo en partes equitativas, dando a cada cual lo que tuviera antes de la partida.

Pero como se moviera un principio de alboroto, ya que algunos no recordaban lo que

habían perdido, Stone zanjó la cuestión dándole a cada cual la cantidad que le entregara al repartir el producto de la última venta de ganado que habían hecho. Luego tuvo que acompañar a Pecos a enterrar el cadáver.

Cuando estuvo enterrado, y mientras Stone se limpiaba el sudor de la frente, Pecos comentó:

-Yo creo, jefe, que Carr se ha buscado él mismo la muerte. Estaba proyectando dejar el equipo, llevándose todo el dinero.

-¿Cómo?... - preguntó Stone, muy sorprendido -. ¿Cómo lo sabes...? ¿Quién te lo ha dicho?

-¡Oh, el mismo Carr! No se ocultaba para decirnos que en cuanto nos ganara el dinero, se largaría. -¿Estaba delante Croak cuando lo dijo?

-Sí.

-Entonces... ¿tú crees que lo mató por eso?

-Yo creo que sí.

-Bien; ahora dime, Pecos, ¿tú que crees : que esto será bueno o malo para el equipo?

-¡Oh, yo cree que malo y bueno! Carr era un jugador empedernido, que desorganizaba y desmoralizaba el *gang;* mal hombre para negocio como el nuestro; pero, por otro lado, el hecho de que iba a traicionarnos a todos, y de que Croak lo haya matado a sangre fría, es un mal paso también... Stone. ¿sabes lo que te digo?

-¿Qué?

-Pues que el equipo del *Cuchillo Fatídico* está desmoralizado y va por mal camino... A este paso, no llegaremos a ningún lado ni acabaremos bien...

-Todo viene de que se gana el dinero con demasiada facilidad, amigo Pecos... Antes, cuando teníamos que trabajar duramente para ganar el dólar...

Y Pecos asintió en silencio.

Dos días después, una mañana a primera hora, y cuando los hombres acababan de desayunar, Stone se sorprendió viendo entrar a Sonora precipitadamente en la cabaña. En seguida se le acercó y le dijo:

-¡Jefe, alguien viene!

-¿Quién?

- ¡Un *cowbo*^{y} a pie!

Stone ordenó que nadie se moviera, y entonces Sonorale informó de que había un campamento a la entrada del cañón del valle Había percibido en el aire el olor de humo, y cuando buscaba el rastro, descubrió el campamento a lo lejos y vio venir al *cowboy* que se acercaba.

Al fin se oyeron pasos lentos *y* fuera y en seguida unos golpes en la puerta. Y una voz firme y fuerte dijo: -¿Quién hay aquí?

-¡Adelante! - repuso Stone en voz alta.

La puerta se abrió, dando paso a un joven alto y delgado, de anchos hombros, cuyo rostro estaba curtido por el sol y el aire del desierto.

-Vengo a buscar a Jed Stone - dijo francamente. -Yo soy - repuso el jefe del *gang* -. ¿Y usted quién es?

-Es el joven Jim Traft, jefe - repuso por el recién llegado Frank Reed, en tono alterado.

-Sí - repuso Traft, lanzando una mirada dura a Reed; - pero ahora vengo a hablar por mí...

-¡Cómo! - le interrumpió Stone, muy asombrado -. ¿Usted es Jim Traft?... ¿Y qué quiere usted aquí?...

-Quiero hablar con usted sin rodeos.

-Muy bien. Ya puede usted hacerlo.

-Es que quisiera hablar con usted a solas.

-Eso no puede ser. Lo que me tenga usted que decir a mí a solas, lo puede usted decir

Librodot

delante de mi equipo.

-Muy bien, entonces - dijo Jim, sentándose en un cajón, frente a la puerta abierta, por la que entraba una alegre franja de sol dorado.

Estaba frío y sereno, y no parecía dar muestras de nerviosidad ni inquietud alguna. No llevaba prisa tampoco, por lo visto; para un hombre del Este que llevaba tan poco tiempo en estas tierras, se mostraba hasta frío y sereno en exceso. Stone no pudo evitar el admirar el rostro bellamente varonil de Jim, el intenso brillo de sus hermosos ojos castaños, y sus maneras fáciles y elegantes. Y se dijo que veinte años antes, él era muy parecido a este muchacho. Los ojos de Traft se fijaron en los hombres del *gang,* deteniéndose un instante con marcado interés en Croak Malloy, que estaba sentado en el suelo.

-Ante todo, le diré que mi tío Jim no me aconsejó que viniera a verle a usted. Yo he venido por propio impulso - siguió diciendo Traft luego de corta pausa.

-No necesita usted decírmelo - repuso Stone.

-Después de aquella batalla de Tobe Well, yo he formado mi composición de lugar y he cambiado de criterio en muchas cosas... Por eso he venido a decirle a usted esto : ¿se asombraría usted, Stone, si yo le dijera que mi tío Jim habla muy bien de usted?...

-Ya me lo suponía - repuso muy lentamente el jefe del *gang,* disimulando la angustia interior que esta noticia le causaba.

-Pues sí. Mi tío habla muy bien de usted... A mí y a todo el mundo. Y muchas gentes también. Mi tío dice que, hace veinte años, usted trabajaba en -su casa y que no había en todo Arizona un *cowboy* más bueno y honrado. Y añade que tiene la convicción de que usted se vio arrastrado por alguna terrible fatalidad hacia esta vida horrible de los *gangsters* del desierto. De todos modos, usted no ha sido ni podrá ser nunca un verdadero vagabundo del desierto..., un sincero ladrón de ganado... j esto es una lástima, porque resulta horrible para usted!

Stone sintió que toda su sangre se agolpaba en su rostro y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se le viera respirar con dificultad... Así, pues... ¿el viejo Jim Traft hablaba bien de él?... Esto resultaba de un terrible sentido, casi una fatalidad en estos momentos decisivos de su vida...

-¡Oh, su tío de usted es muy amable! - contestó al fin Jed Stone -. ¡Todo viene de ahí!

-¡Yo no digo nada..., aunque en el fondo creo a mi tío! - continuó el joven Traft -. Precisamente por eso, me he decidido a venir a hablar con usted.

-¡Está bien, joven! Ningún daño se ha hecho con ello; solamente usted se ha expuesto a correr un peligro...

-No sé. Curly Prentiss me ha llamado un infeliz novato cuando ha sabido que iba a venir. Y Slinger Dunn apostaba diez contra uno a que no volvía. Pero yo he venido sin traer siquiera un arma encima ni propósitos de buscar camorra.

-Es que, Traft, si yo no hubiera estado aquí... ¡se habría usted visto metido en un mal paso!

-Bien; he corrido el albur... De todos modos, Stone, antes de proponer a usted la idea que me ha hecho venir, quiero que hablemos...

De nuevo miró ahora con una débil sonrisa a todos los hombres del equipo, fijándose sobre todo en Malloy, que parecía fascinarle y atraer sus miradas, y continuó :

-¡He estado en Winslow a ver un embarque de ganado! Prentiss venía conmigo. Hemos visto embarcar las reses en vagones de ganado. Novillos de los más salvajes que haya visto Prentiss en su vida, según me dijo... En seguida nos dimos cuenta de que había muchos novillos sin marca, y algunos que llevaban la marca del Diamante... Esa marca es la mía, Stone, como usted sabe; eran novillos míos, por tanto. Eso era lo que yo quería saber... Entonces me encontré con Bambridge en la estación, y le dije que había embarcado en su expedición algunos novillos míos. Él pretendió excusarse, diciéndome que todo era una equivocación, pero yo comprendí por su sonrisa que mentía y que es un canalla... De modo que todo el que trate con ese hombre, saldrá perdiendo... Bueno, discutimos y él llegó a decirme que mi tío también, como todos los ganaderos, se había equivocado muchas veces y que...

Librodot

¿Qué me dice usted, Stone, si le digo que Bambridge llegó a acusar a mi tío de ladrón de ganado?...

-Muy gracioso - repuso Stone, sonriendo levemente. De todos modos, los ganaderos se apropian con frecuencia ganado que no es suyo. Esto es inevitable. Si un hombre es un granuja y tiene ganado, se aprovecha de esta circunstancia, claro está. Ello obedece, desde luego, a la costumbre de tener el ganado en pleno campo. Por eso está bien que se marquen las reses, aunque también la cosa tiene sus defectos.

-Es que Bambridge no lo decía en ese sentido - replicó Traft -. De todas maneras, yo perdí mi serenidad y le largué un puñetazo. ¿Usted, Stone, es por casualidad amigo de Bambridge?

La pregunta inocente, dicha con aire que quería ser astuto, hizo a Malloy lanzar una exclamación sorda, al tiempo que Stone: sonreía.

-¡Oh, no! - opuso el jefe del equipo -. No somos amigos... y yo hubiera querido estar allí en la estación cuando usted le pegó.

-Yo lo sentí después, y mi equipo también. Y eso que él llevó la peor parte... Pero me sacó de mis casillas...

-De todos modos, Traft, yo creo que dentro de poco va a haber alguien más que le saque a usted de sus casillas - dijo Stone con intención.

-¡Oh, espero que no! -opuso Jim, sonriendo-. ¡Aunque quién sabe lo que ha de pasar! ... Bueno, otra de las cosas que quería decirle a usted es que no hemos podido encontrar las trescientas cabezas de ganado mío que había por aquí. Estamos acampados cerca del cañón y hemos recorrido todos los campos del rancho de Yellow Jacket. Y Ring me dijo que quizá encontráramos mi ganado aquí. Pero se ha equivocado. Hemos encontrado algunos toros y novillos salvajes, completamente salvajes. Y yo he venido a preguntar a usted sin -segunda intención, ¿eh?..., si sabe dónde están esas trescientas cabezas.

-¡Pues, no, Traft, no lo sé! - repuso Stone, sin mentir, por cierto.

-Quizá Bambridge podría decirlo, apostaría cualquier cosa... Estoy seguro de que pagó a alguien para que me robara el ganado. No le acuso a usted, Stone. Yo sé que por aquí, por la cuenca del Tonto, hay varios equipos. El del Cibeque, por ejemplo. De modo que si usted me dice sinceramente que no han sido usted ni su equipo los que han robado mi ganado, yo le creo.

Hubo un silencio. Stone y sus hombres admiraban la audacia de aquel joven que se atrevía a presentarse con semejante embajada y solo.

-¡Oh, es usted muy amable! - repuso Stone sonriendo -. De todos modos, yo no acostumbro hablar con nadie de mis asuntos...

-Bien, va es bastante para mí... Y ahora le diré que yo he venido aquí a aclarar lo del rancho de Yellow.

-¿Cómo a aclarar? - preguntó Stone, sorprendido -. ¿Qué quiere usted decir?

-¡Sí! A limpiar los campos del rancho de ganado salvaje, fieras, reptiles, osos, pumas, maleza y cactos..., todo lo que sea obstáculo para hacer de esto un magnífico rancho. ¿Comprende?

-Pero, seguramente, su tío, Jim, no le habrá encargado esa labor, ¿verdad...? ¡ No tiene sentido común... !

-Pues sí, amigo mío. Y esta visita es mi primer paso para ello, aparte el buscar mi ganado, como ya le he dicho. Tengo formado mi plan y he decidido que, si salgo vivo del empeño, pienso construir aquí una gran casa de madera y vivir en este rancho.

-¿Qué dice usted?... ¿Vivir aquí?... Y... ¿a lo mejor casarse también con alguna muchacha del Oeste, no?

-En efecto; ya la tengo escogida y todo, Stone... Molly Dunn.

-¿Molly Dunn?... ¿Esa chica tan guapa del Cibeque quiere usted decir?... ¡ Caramba, caramba! ... ¡No se ha dormido usted! ... Yo conozco a Molly Dunn. La encontraba a veces en

el almacén de Enoch Summer, allá en West Fork. La última vez que la vi, aún no hace un año... Slinger, su hermano, fue buen amigo mío. Es la chica más bonita de la comarca al sur de Flag.

-Y al norte también - repuso Traft -. Gracias por el elogio... Y escuche, Stone, ¿no le parece a usted que sería muy duro para mí que ahora me mataran o verme malherido, cuando pienso casarme con Molly en la próxima primavera?...

-Y claro que lo sería... para Molly. Nunca ha tenido suerte esa pobre chica... Lo que no me explico es cómo usted, que siente y piensa así, se expone a correr tantos peligros...

-¿Quién se lo ha dicho a usted?... Yo no busco los peligros, sino que procuro evitarlos. Lo que hay es que este rancho de Yellow Jacket es magnífico y me pertenece. ¿Qué puedo hacer yo?...

Stone movió la cabeza, como si no supiera qué contestar, y Jim continuó:

-Hay otra razón que me ha decidido a venir a instalarme en este rancho... Motivos de salud... Mi hermana, una chica que tiene ahora diecinueve años, ha venido a Flag hace unas semanas. Viene a quedarse aquí en el Oeste, conmigo. Su salud deja mucho que desear, y los doctores le han dicho que el clima de Arizona le sentará bien. Yo también lo creo... Ya ha empezado a mejorar un poco..., aunque al principio no se encontraba a gusto ni mucho menos... Pero ahora mejora, como digo. Mi hermana, amigo Stone, es una muchacha muy guapa y traviesa..., una chica del Este, ¡ya sabe usted! ... ; pero yo tengo la certeza de que aquí se transformará. La muchacha está, pues, a mi cargo, y aun suponiendo que yo no fuera novio de Molly Dunn, ¡figúrese usted, Stone, si amaré la vida en estos momentos! ... Ya lo sabe usted todo.

-¡Muchas gracias, Traft! - repuso el jefe del equipo, sonriendo levemente -. Yo le agradezco la prueba de confianza que me da usted con sus palabras. Comprendo que su situación de usted es muy crítica, teniendo a su cargo dos muchachas tan lindas.

-Yo tenía interés en hablar con usted de esto - siguió diciendo Jim, ahora con vehemencia -. A mí no es que me dé miedo luchar con nadie; lo que me da miedo es tener que luchar quizá con una persona a la que estimo, a la que podría decir que casi quiero... De todos modos hemos de proceder siempre con sentido común. Y yo he venido aquí a rogar a usted y a su equipo que se marchen de aquí, de mi rancho. Y he querido decirle a usted esto de buenas maneras, añadiendo que sé que usted considera Yellow Jacket como su propia casa, y estos campos, como si fueran suyos. Pero el negocio es el negocio, amigo mío... Usted en mi caso haría lo mismo. Si usted no se marcha de aquí por las buenas, yo tendría que echarlo por la fuerza, y eso sería para mí violento. Además, yo reconozco que su equipo es superior al mío, incluso contando yo ahora con Slinger Dunn. Sería una lucha desigual. Ye seré todavía un novato, si usted quiere, pero comprendo las cosas. Yo quiero evitar que haya derramamiento de sangre. No solamente por mí, sino por mis hombres, y un poco también por usted... Escúcheme: estoy dispuesto a darle a usted diez mil dólares, con tal de que se marchen de aquí en seguida... No dispongo de más cantidad, ni mi tío quiere prestarme nada de momento. Espero que usted acepte y se marche... haciendo honor a la hombría de bien que yo sé que usted tiene.

Stone, con ojos relucientes y una expresión muy grave y seria, se puso a pasear por la estancia. Una mirada rápida le hizo ver que Croak Malloy estaba muy pálido. Y dijo:

-¡Muchas gracias por su oferta, míster Traft! Pero yo no puedo aceptar ese dinero. Le añadiré que Jed Stone no podría luchar nunca con un hombre como usted... Yo me marcharé de aquí sin exigirle nada.

-¿Qué dice usted, loco? - contestó Jim sonriendo y con acento asombrado y alegre-. ¿Es posible?... ¡Es usted muy amable... ! ¡Bien decía el tío que era usted un buen hombre...! ¡Nunca se lo agradeceré bastante, Stone!

-¡Oh, no tiene usted que agradecerme nada!

Pero Jim se levantó y, con rostro iluminado de alegría, tendió su diestra a Stone,

Librodot

diciendo:

-¡Chóquela usted, amigo mío! ... Siempre le recordaré a usted y la lección que acaba de darme, como una de las más genuinas y notables que me ha dado el Oeste..., y le advierto que ya me ha dado muchas.

Stone cambió un apretón de manos con Traft, sin añadir palabra. Luego Jim se dirigió hacia la puerta, y parándose en el umbral, a pleno sol, comenzó a liar un cigarrillo lentamente, diciendo:

-¡Qué noticia, cuando lo sepan mis *cowboys! ... ¡Buenos* días, y mucha suerte, Stone! ... ¡A usted y a sus hombres!

De seguro que si Traft hubiera mirado en aquel instante a los hombres de Stone, no habría expresado tan buenos deseos. Porque precisamente en el momento en que, encendiendo una cerilla, iba a encender el cigarro, sonó a sus espaldas el estampido de un disparo. La cerilla voló de sus dedos, y la bala fue a perderse en el bosque vecino. Traft se irguió, quedando rígido como una estatua de piedra. E inmediatamente sonó otro disparo; la bala se llevó esta vez el cigarro de la boca de Traft.

Y Croak murmuró en tono cazurro, preñado de amenazas:

-¡Son mis gracias, míster Traft! ¡ No he querido que se marche usted de aquí sin llevarse una prueba de nuestra gratitud... y de la destreza del equipo!

Traft miró al terrible tirador, preguntando, ya por completo dueño de sí:

-¿Qué?... ¿Ha sido usted el que me ha quitado a tiros la cerilla y el cigarro?

-Sí, señor, yo.

-Pero... podía usted haberme herido a mí... en la mano, al menos - añadió Jim, mientras su rostro de pálido que estaba se ponía ahora rojo.

-¿Yo?... ¡Ja, ja, ja! ... Yo no yerro jamás el tiro... Cuéntelo usted a Curly y a Slinger Dunn.

-¡Usted..., canalla, enano despreciable! -rugió Traft, apretando los dientes.

Daba la casualidad de que esta palabra *enano* era la que sacaba de quicio a Croak. Su cuerpo pequeño y rechoncho vibró, como si le hubiera recorrido una corriente eléctrica, y por su rostro pasó una sombra de odio terrible.

Por suerte, cuando levantaba el brazo cuya mano empuñaba un arma, Stone, que estaba a su lado, le dio un furioso manotazo, que hizo volar la pistola por el aire. Malloy lanzó un rugido de cólera, quedando en actitud retadora.

-¡ Ya has disparado bastantes tiros esta mañana, hombre! - dijo Stone en tono frío.

El vagabundo del desierto no tuvo tiempo de replicar. Traft cayó sobre él y le dio un formidable puñetazo en el pecho, v, con la otra mano, otro en plena faz, que le lanzó dando traspiés hasta la puerta. Chocó contra ella; pero antes de que hubiera tenido tiempo de caer al suelo, Traft estaba encima de él otra vez, le propinó otros dos o tres puñetazos, y finalmente uno, que sonó como un eco lúgubre, en la cara, v que hizo caer al otro de espaldas fuera de la estancia. Y allí permaneció inmóvil, sobre el polvo.

Traft quedó en el umbral, mascullando insultos a su enemigo:

-¡Canalla..., cobarde..., ladrón! ...

Luego volvió a entrar en el rancho v, con gran lentitud, encendió otro cigarro. Las manos le temblaban de cólera. Stone le miraba asombrado. Y Jim murmuró, sonriendo:

-¡Ya he visto que me había despedido de usted prematuramente, amigo Stone! ... ¡De todos modos le deseo mucha suerte!

Su voz había vibrado con un tono de rabia y furia aún. Luego se dirigió hacia la huerta. En aquel instante, Malloy intentaba levantarse penosamente. Estaba arrodillado, con las manos apoyadas en tierra también, y lanzó ahora un ronco gemido de dolor.

Jim levantó su pesada bota de campo y le propinó un furiosísimo puntapié, que hizo al otro rodar de nuevo por el polvo, donde se ensangrentaron su rostro y sus manos.

Stone, un momento después, desde el umbral de la puerta, vio a Jim perderse entre los

árboles. Luego murmuró, en tono festivo:

-¡Ahora sí que vas a *croar,* Malloy, después de esta paliza!

VIII

Llegó Jim Traft con paso vivo y sin detenerse hasta el cañón que daba acceso a los campos de Yellow Jacket, sólo allí aminoró un poco el paso para componer su actitud antes de presentarse ante sus hombres. Y monologó de este modo, sintiéndose arder todavía:

« ¡Santo Dios! Voy de mal en peor... Si no me reporto, el día menos pensado voy a matar a alguien..., si no me estrello antes.

Ahora seguía el curso del torrente, que bajaba hacia el valle vecino, cantando entre piedras muy blancas. Nadie hubiera dicho, a juzgar por el bello escenario, que estaban en pleno invierno. Álamos y otros árboles que bordeaban el arroyo mostraban ya algunas hojillas nuevas. Los ciervos apenas se movían para ocultarse entre la espesura cuando Jim pasaba cerca de ellos, y los pavos silvestres, los mirlos y los grajos volaban lentamente de rama en rama. Ardillas y otras alimañas trepaban por los troncos o asomaban sus hocicos brillantes entre la maleza. Y el agua corría cantando con su voz cristalina entre las piedras, atravesando pinares y bosques de abetos donde reinaban un silencio y una soledad maravillosos.

Jim dejó al fin el curso del torrente, internándose en pleno bosque, para dirigirse hacia el sitio donde se elevaba el campamento. El paisaje tenía ahora una fiera majestad salvaje. La hierba crecía hasta tener más de un metro por algunos sitios y la maleza se enredaba en los troncos de pinos y abetos seculares.

De pronto, Jim se detuvo en seco. Acababa de surgir ante sus ojos un novillo salvaje, feroz como un búfalo. Traft, que ya había encontrado desde que estaba en Arizona muchos osos y otras fieras, sin sentir miedo ni pensar en huir, advertía, cada vez que se encontraba uno de estos novillos salvajes que vivían en su rancho, el deseo irreprimible de trepar por el tronco de un árbol.

Jim, detenido allí un instante, contemplaba el paisaje, maravillado de su hermosura. Pensaba que si alguna vez se veía obligado a abandonar Arizona, recordaría este sitio de grandeza salvaje, este rincón del cañón de Yellow Jacket, como el resumen de todas las bellezas de este país maravilloso. Con ser tanta la hermosura de ciertos parajes del Tonto, el valle del Cibeque y de aquella meseta del Diamante, a través de la cual él y sus hombres habían construido la famosa valla de su tío, este sitio les ganaba a todos en grandiosidad y hermosura. Jim experimentó ahora la alegría pura y dulce de los que aman la soledad y la Naturaleza. Le gustaba disfrutar momentos como éste, sumido en pleno bosque, lejos del mundo, sin pensar en nada, sin sentir más que la dulce y sana alegría de los sentidos, sin recordar siquiera a Molly Dunn.

Y se aisló de tal modo en la contemplación del paisaje grandioso, que cerraban por tres lados los acantilados del cañón, que llegó a olvidarse incluso de lo que acababa de ocurrir en su rancho de Yellow Jacket.

«La verdad es - dijo, recordándolo al fin - que he cometido otra imprudencia... Stone me ha demostrado que es un hombre honrado y bueno en el fondo, como afirmaba mi tío; pero Stone no es todo su equipo... Y el canalla aquel de los tiros... Por lo visto, intentó asustarme... De todos modos, si Stone no le da un golpe en el brazo, a estas horas yo estaría en el otro barrio... Siempre me acordaré del rostro del cobarde... y de los rostros de los otros...Gente ruda y dura, a todas luces... Estoy seguro de que ahora discutirán con Stone a propósito de abandonar o no el rancho... De todos modos, Stone me ha dado la impresión de un hombre fuerte, al que yo no quisiera tener por enemigo. Buena impresión, de todos modos... En fin, les diré a los *boys* lo que ha pasado, a ver lo que opinan ellos.»

Si Jed Stone cumplía su palabra de que abandonarían el rancho, ¡cuánto se simplificarían las cosas y los planes de Jim! ... Los *boys* podrían empezar a cortar y aserrar

Librodot

árboles, y se emprendería en seguida la construcción de la gran casa que proyectaba levantar Jim. Éste había pensado en un principio hacerla en el mismo solar que ocupaba la cabaña actual del rancho; pero luego de reconocer bien los terrenos de Yellow Jacket, había cambiado de opinión. Conservaría la cabaña tal v como ahora estaba como una reliquia de los tiempos en que la ocupaba el equipo del *Cuchillo Fatídico.*

Si era verdad que Stone y sus hombres iban a marcharse del rancho en paz y en gracia de Dios – cosa que Jim dudaba mucho, en realidad -, quizá podría él volver por Navidad a Flag. ¡Qué alegría, entonces! ... Pero el pensamiento de que sus hombres querrían ir también, ensombreció el rostro de Jim. Aún recordaba la fiesta dada por su tío en honor de Gloria, el día de *Acción de Gracias,* en el que se reunió en el rancho de míster Traft todo Flag y sus alrededores. Su hermana habíase vestido aquel día como una princesa, *y* se divirtió y flirteó de lo lindo... Los mismos *cowboys* de su equipo seguían aún hablando de la fiesta con transportes de emoción.

Gloriana había llegado incluso a invitar a bailar a Slinger Dunn, cosa jamás vista, según Molly. Y había mostrado Gloriana también una especial preferencia por Curly Prentiss, lo cual trastornó la cabeza del *cowboy,* que desde entonces hacía insoportable la vida de Bud, de Cherry y de los otros. De todos modos, la fiesta, graciosa al espíritu de Gloriana, había sido divertidísima. La única nota discordante de la fiesta era la actitud de Molly, algo asustada ante la alegría como alocada de la hermana de Jim.

Pero éste sabía muy bien que el corazón de Molly le pertenecía y que, pasara lo que pasara, ella seguiría adorándole siempre. Lo único que él adivinaba era que ante los ojos de Molly. Gloriana representaba a la familia de Jim, es decir, a una familia de altísima clase y condición comparadas con las suyas, cosa que, en realidad, había de irse borrando con el tiempo.

Al fin reanudó la marcha hacia el campamento, ya más sereno, pero tan absorto en sus pensamientos que cuando, poco después, surgió entre la maleza, sin el más leve ruido, Slinger Dunn, Jim tuvo un sincero sobresalto.

-¡Caramba, Slinger! ... ¡Siempre me asustas, hombre!

-¡Buenos días, jefe! ... ¡He visto a usted sentado un rato ahí, en el cañón, tomando el sol!

Siempre ocurría así. Jim no podía entrar ni salir del campamento, dar un paso ni hacer nada sin que lo viera este maravilloso hijo de los bosques. Esto agradaba a Jim, que encontraba en Slinger el más notable escucha que pudiera soñar un equipo. Sus *cowboys,* cuando él se ausentaba del campamento, estaban antes siempre intranquilos; de modo que había sido una gran suerte para todos que Slinger Dunn ingresara en el equipo.

Slinger se apoyó en su rifle y miró a Jim con ojos que recordaban los *de* Molly, aunque más negros y penetrantes todavía. Iba descubierto, como casi siempre, y sus cabellos negros y sedosos casi le tocaban en los hombros. Y, a diferencia de los otros *cowboys,* llevaba una gruesa chaqueta de zamarra, hecha de piel de gamo.

-Usted parece algo disgustado, mi jefe - dijo Slinger.

-¿Yo?... ¡No! ... ¡La fatiga, tal vez!...

-¿Cómo le ha recibido Jed Stone?

-Muy bien. Es un hombre, aunque sea un *gangster* del desierto.

-Ya me lo suponía que Stone iba a gustarle a usted. A mí me daban miedo Croak Malloy y ese pastor mejicano de que le hablé.

-¿Ese que dices que se llama Sonora?... No he llegado a conocerlo. En cambio, me he hecho gran amigo de míster Croak Malloy, y he podido conocer su modo de *croar,* que le hace tan famoso, y hasta su pistola y todo... Espera que lleguemos al campamento, y os contaré... No quiero repetir la historia dos veces. ¿Cómo están los *boys?* Estos días no me gusta dejarlos solos.

-¡Están insoportables! - repuso Slinger mostrando al sonreír sus dientes blanquísimos

Librodot

de lobo.

-Pues, ¿qué pasa?...

-¡Oh, que Curly le ha dado un puñetazo a Bud, por no sé qué! ¡qué!...

-¿Nada más?

-¡Oh, nada más! Pero le aseguro a usted que ha sido de sobra para Bud.

-¡Bah, los mejores amigos del mundo! Se adoran, aunque a veces se arañen... ¿Por qué ha sido esta vez la pelea?

-¡Oh, no sé a ciencia cierta! ¡Creo que por Gloriana, su hermana de usted!

¿Qué dices? - preguntó Jim, asombrado y furioso a la vez.

-No me haga usted caso; pero Curly gritaba que se le oía desde una milla de distancia, y yo juraría que le he oído decir algo de Gloriana.

-¡Oh, el...! ¿De veras, Slinger? - dijo Jim, conteniendo su primer impulso de insultar a Curly. Slinger era un elemento recién integrado en el equipo y no estaba enterado de ciertas cosas -. ¡Bueno! Cuéntame lo que ha ocurrido en realidad, hombre...

Resultaba que Bud, con aquellas sus maneras tan francas e ingenuas de *cowboy*, había estado alabando los pies diminutos de Gloriana, sus lindos tobillos y demás encantos, con gran disgusto de Curly, que acabó perdiendo la paciencia y diciendo que no consentía que se ofendiera a Gloriana en su presencia, ya que Bud había añadido que Gloriana estaba bien enterada de sus gracias y su belleza y coqueteaba mucho. Entonces, Curly le dio al otro un puñetazo en pleno rostro.

Jim contuvo su cólera hasta que llegaron al campamento. No sabía la actitud que iba a adoptar. Lo único cierto era que Gloriana como él temía, había trastornado el seso de los pobres *cowboys* de su equipo.

El campamento ocupaba un lugar deliciosamente bello, en una inmensa hendidura del acantilado de rocas. Un arroyo arrastraba sus aguas de cristal purísimo entre piedras muy blancas. Grandes peñascos, enormes como casas, habían rodado de la ladera *y* estaban semiocultos, aquí y allá, por los pinos y los abetos. Helechos y plantas trepadoras crecían al pie del acantilado, tapando y engalanando el muro de roca hasta una altura increíble.

Jim avanzó hacia sus hombres, muy serio. Quería aparecer inmensamente digno ante los *boys*, e iba a aprovechar esta oportunidad. Curly, al verle, se puso en pie y dio un paso hacia delante, con el rostro encendido, pero en seguida se detuvo. Bud, aparte, se curaba la nariz, que aún sangraba.

-¿Qué es lo que me ha dicho Slinger? - dijo Jim en voz alta-; ¿que has insultado a mi hermana, Bud? -¿Yo?... ¡No es verdad, mi amo!

-¿Cómo?... ¿Entonces miente acaso Slinger?...

-Sí, señor; si dice eso, miente.

-¿Cómo va a mentir?... ¡Y Curly te ha roto las narices por eso!...

-No, mi amo. Yo dije algo..., pero nada malo en el fondo.

-¡Bud Chalfack! ..., tú te has permitido decir algo acerca de las piernas de mi hermana, precisamente aquí, en este campamento de *cowboys*...

Y Jim se inclinó sobre el muchacho, asiéndolo fuertemente por la solapa.

-¡Por Dios, mi amo, déjeme, y le juro que dije algo de su hermana de usted, sí, pero fue en tono de elogio y no de insulto! .. .

Jim, de un puntapié, hizo rodar a Bud por la hierba, y luego levantó el puño en el aire.

-¡Por favor, mi amo, no me pegue! -gritó Bud en tono suplicante -. ¡Ya me ha dado un puñetazo antes Curly... y me basta!

-¡He de matarte! ... ¡Granuja!

-¡Escuche, mi amo! ... Yo estaba algo , nervioso... y me puse a alabar la belleza de miss Gloriana... En realidad, sólo quería molestar a Curly... ¡Perdóneme! ...

-¿Qué es lo que has dicho?

-¡Oh, ya no me acuerdo, mi amo!

Librodot

-¡Curly, ven acá! -ordenó entonces Jim. Curly se acercó, y entonces Jim siguió diciendo -: Vamos a ver, Curly. Dime lo que ha dicho el granuja éste. Desde que tú te has constituido en el paladín de mi hermana, debes saberlo. ¡Y nada de mentiras!

Curly parecía más turbado y confuso que el mismo Bud. Y, muy sofocado, acabó por contar al jefe del equipo la verdad de lo ocurrido.

-¿Cómo?... ¿De modo que así eres de granuja, Bud?... - rugió luego Jim, fingiendo más cólera de la que sentía en realidad, y levantando más alto el puño en el aire -. ¿Vas a volver a hacerlo?...

-¡No, mi amo, se lo prometo! - gritó a su vez Bud, en el que la cólera asomaba ahora a flor de labio, como por encima de su propio miedo -. ¡Pero conste que lo que he dicho, dicho queda, porque es verdad! Y no ha habido ofensa alguna para su hermana.

Jim bajó el puño, mirando al *cowboy* que estaba en el suelo. La verdad era que, según el código de honor de Bud, éste no había faltado ni desmentido sus palabras... De todos modos, a Jim no le agradaba que los *cowboys* hablaran con tanta familiaridad de su hermana y de los encantos de la muchacha... Bien es verdad que la cosa resultaba inevitable...

De pronto, Jim tuvo una idea que aceptó en seguida, como un escape ante el dilema. Él no había pensado en realidad golpear a Bud, a menos que hubiera habido una verdadera ofensa a Gloria. Soltó, pues, al prisionero, y murmuró encogiéndose de hombros:

-¡No tienes remedio, Bud! Sería inútil matarte. Pero voy a darte un escarmiento: le diré a mi hermana lo que has dicho de ella.

¡Oh, mi amo!- murmuró el *cowboy,* atónito ante la espantosa amenaza.

j Así! Se lo diré a Gloriana... y ya veremos entonces cómo te las arreglas.

-¡Oh, pero por Dios, mi amo! Debe usted decirle a su hermana que Curly me ha pinchado antes para que yo hablara. Ésa es la verdad...

-Curly no ha hablado jamás de ese modo de mi hermana, ¿no es eso?

-No, no ha hablado así... ; pero lo piensa, que es lo mismo.

-Escucha, Bud, no seas bruto: si admiras a una muchacha, puedes alabar sus ojos, comparándolos con dos luceros; su pelo, con una lluvia de oro; su boca, con las fresas..., pero nada más.

-; Claro que sí! Pero ya se sabe que una muchacha guapa tiene ojos y cabellos y boca muy bonitos...

Bien, bien, de todos modos, se lo diré a mi hermana, será mejor - insistió Jim.

-¡Prefiero que me dé usted una paliza, mi amo!

-¡No, hombre, no! Será mejor que lleves tu merecido... Y que va a ser muy pronto. Vamos a volver a Flag por Navidad. Jed Stone me ha prometido que se marchará con su equipo de Yellow Jacket, de modo que dispondremos de algún tiempo antes de empezar los trabajos.

-¿Qué-é-é? - gritaron todos los *cowboys* a coro, en el colmo del asombro.

Solamente Bud no manifestó su contento, y dijo en tono sombrío:

-¡Me emborracharé y haré una sonada que perderá al equipo!

¡Bueno, muchachos, escuchadme, a ver qué os parece esto! - dijo luego Jim, sentándose sobre un cajón, mientras los otros le rodeaban. Y, en seguida, empezó a contar deliberadamente su visita al equipo del *Cuchillo Fatídico.* Tardó mucho rato, porque iba contando con toda minuciosidad hasta los menores detalles. Al fin, cuando terminó se hizo un silencio penoso, que rompió Slinger Dunn al cabo de un instante diciendo:

-¡Gran Dios! ¡Ya puede usted decir que obra milagros, mi jefe!

Y sus ojos brillaron con admiración e interés, cosa que Jim veía por primera vez en este muchacho impasible y sereno.

Curly dijo a su vez, en tono admirativo:

-¡Jim, ha zurrado usted al más terrible de los *gangsters* de Arizona! ¡Un *matasiete*

Librodot

terrible!

Todos fueron de la misma opinión, y al final Bud dijo por su cuenta:

-¡.Mi amo: pues yo digo que usted sigue siendo un infeliz novato, como cuando acababa usted de llegar del Este! Usted no debía haber ido a hacer semejante comisión... ¿No le dije yo que me dejara usted ir a mí?... ¿No le aconsejé que se llevara con usted a Curly... ¡Ha metido usted la pata, como suele decirse, y ahora ya verá si ha dado un mal paso o no!

-Tal vez lleves razón, Bud- concedió Jim modestamente.

-¡Si al menos hubiera usted matado a Malloy en aquel momento! - dijo Slinger, con una sonrisa siniestra.

-¡Pero si no llevaba armas encima! - opuso Jim vivamente -. ¿Cómo iba a matar a nadie?

-De todos modos - medió Curly ahora -, ha cometido usted otro error, además. Stone es un hombre recto y honrado en el fondo, y cumplirá desde luego su palabra; pero Stone es sólo el jefe del equipo; en cambio, de ese Malloy hay que esperar todo lo malo, y ahora no parará hasta que revolucione todo el país.

-Bien; lo siento - dijo Jim -, pero ya es tarde. Ha sido una locura, pero, la verdad, no pude contenerme. De todos modos, no perdamos la cabeza y hablemos con serenidad. Vamos a ver: ¿qué debemos hacer?... Slinger, habla tú el primero...

-Bien; yo creo que lo mejor será que esperemos aquí algún tiempo... Yo saldré a ponerme al acecho... Estoy seguro de que Stone va a salir del rancho, pero me temo que salga solo, y entonces querrá decirse que sus hombres no le han querido obedecer.

-Yo creo - medió Curly - que Stone convencerá a sus hombres para que le sigan, y abandonaran Yellow Jacket. Stone es muy persuasivo. Además, en Yellow Jacket ya no hay ganado. Se han llevado hasta el último novillo,

y le han dejado a usted completamente pobre y arruinado, mi amo. ¡Ja, ja!...

-¡Vaya bendito de Dios mi ganado, si con él se van a marchar los del equipo de Stone! - repuso Jim con calor.

-Pues yo no pienso así, mi jefe - dijo Slinger con una sonrisa de sarcasmo -; porque la mitad del ganado que había en Yellow Jacket era mío, y yo me consideraba rico con ella; y ahora me veo otra vez pobre como antes, y la verdad...

-Eso no importa, Slinger - dijo Jim -, porque tú llevas la mitad en e] ganado que yo pueda traer aquí o criar en cualquier parte, y la mitad también en el que haya podido quedar en los campos de Yellow. Mi tío no nos dejará de su mano en este trance...

-¡Eso ya varía! - murmuró Slinger con expresión alegre y lanzando un suspiro de alivio.

Curly dijo, luego de un breve silencio:

-¡Escuche usted, mi amo! ... Yo creo que Stone conseguirá llevarse a sus hombres de Yellow Jacket; pero no harán más que cambiar de cuartel general. Por el país hay mucho ganado, y ellos no abandonarán así como así su campo de operaciones. De modo que, como dice Slinger, el equipo del *Cuchillo Fatídico* será más peligroso desde ahora que lo fue hasta aquí. Es absolutamente preciso que uno de nosotros se encargue de matar a Malloy, o, de lo contrario, tendremos que renunciar a hacer ningún trabajo ni nada útil en Yellow Jacket ni en ninguna parte. De todos modos, creo que hasta la primavera próxima nos dejarán en paz.

Jim guardó ahora un largo silencio pensativo. Respetaba la opinión de Curly, y más en esta ocasión, cuando acababa de cometer un error y una imprudencia tan grandes. Curly era muy joven, tal vez, pero conocía el desierto como nadie. Además, por su inteli[g]encia y por su educación, estaba muy por encima del nivel de cualquiera de los otros *cowboys* que componían el equipo.

-¡Muy bien? - dijo al fin Traft -. Nos quedaremos aquí poniendo centinelas día y noche para evitar una sorpresa. Y así veremos de tirar hasta la primavera.

-De todos modos, mi amo - protestó Bud -, yo no dejo de pescar por todos los equipos del mundo.

Librodot

-¿Qué dice éste? -sonrió Jim -. ¿Estás loco, Bud?... ¡Pescar en diciembre!...

-¿Que no?... ¡Ahora va usted a ver!

Y Bud, dirigiéndose a un abeto enorme, sacó, de un agujero hecho en el árbol, una ristra de hermosas truchas.

Jim se quedó atónito, mientras los *cowboys* rompían a gritar, llenos de entusiasmo.

Bud volvió hacia el campamento, diciendo con aire triunfal:

-¡Sí, mi amo! Se ve que usted conoce muy bien el Oeste... Los pavos salvajes, los ciervos, la caza, las truchas... los *cowboys*, los ladrones de ganado y las chicas del país, ¿no es así?...

Jim contestó con humildad y sencillez:

-¡Ya veo que no, amigo Bud! ¡Quién iba a decírmelo! ... ¡Truchas en diciembre! ... ¡Mira, Bud, te regalo un rifle nuevo si me dices dónde las pescas!

-¡Oh, quizá se lo pueda decir a usted otro *cowboy* de este mismo equipo! -repuso Bud, mirando significativamente a Curly.

-Sí, mi amo - dijo Curly por su cuenta -; Bud es mal cazador; pero como pescador, no tiene igual. Los peces parece que vienen a meterse bajo sus pies.

Jim, que conocía muy bien a sus hombres y sobre todo a Bud, estaba leyendo en el rostro de éste una idea que le bailoteaba por el cerebro: Bud removería el cielo y la tierra con tal de evitar que él, Jim, diera a Gloriana lo que había ocurrido en el campamento. Así es que dijo en tono severo:

-¡Que nadie se mueva del campamento! ¿Has oído, Bud?

-Sí, mi amo, sí. No soy sordo.

Pasaron dos días, monótonos, en el campamento, aunque el equipo estaba en guardia. Slinger no regresó hasta el atardecer del segundo día, acompañado de Uphill Frost.

-El equipo del *Cuchillo Fatídico* se ha marchado - anunció Frost en voz alta -. Yo les he visto a todos pasar cerca de donde yo estaba, y me ha faltado poco para largarle un tiro al canalla ese de Croak Malloy.

¿Qué dices, Up? - preguntó Jim, levantándose vivamente -. ¿Estás seguro?

-¡Huy! ... ¡Tan segura tuviera la gloria, mi amo! ... Era a cosa de las dos, esta tarde. Yo hubiera venido antes; pero me encontré con Slinger, y me dijo que esperara hasta que él viniera también para acá. Eran ocho hombres, y se llevaban una fila de caballos, cargados de fardos.

-¿Y adónde han ido, Slinger? - preguntó Jim con ansiedad.

-¡Oh, yo los he seguido durante diez millas, hasta que me he cansado! - repuso Dunn -. Mañana pienso seguir el rastro. Yo creo que han ido hacia Black Brakes.

-¿Está muy lejos eso?

-A unas veinte millas, en línea recta.

-¡Hum! ... Demasiado cerca de nosotros para que podamos sentirnos tranquilos.

Slinger dijo que aquella mañana había conseguido acercarse al rancho de Yellow Jacket hasta oír las voces de los *gangsters de* Stone, y que por los gritos que daban dedujo que los hombres protestaban de abandonar el rancho. Pero a regañadientes y todo, Stone les hizo empaquetar las cosas, y al mediodía, todos abandonaron la cabaña.

-¡Muy bien! - gritó Jim, alborozado -. ¡Se han marchado sin darnos que hacer! Estoy muy contento, la verdad.

Pero Bud comentó con sarcasmo:

-¡No se alegre usted tan pronto, mi amo! El equipo de Stone se ha marchado ahora, sí, pero en cuanto usted haga una buena casa, ya verá usted si vuelven y se la arrebatan...

-¡Eso sería una acción de canallas! ...

-¡Oh, eso sería una acción de gentes como ese Malloy! - dijo Slinger -. ¡A mí me asombra y me hace desconfiar el que se hayan marchado tan tranquilamente y por su propia

Librodot

voluntad!

-Es que quizás esperan poder hacer un buen negocio más adelante - añadió por su cuenta Curly -. De todos modos, ¿quién nos dice a nosotros que Malloy no *croe* antes de la primavera?... Y en ese caso...

-¿Qué quieres decir, Curly - preguntó Jim, muy intrigado.

-¡Oh, nada! ... Yo siempre pienso en mi jefe y en mis compañeros - repuso Curly.

-¡Y en tu próxima novia, chico! - añadió Bud.

-¡No pienso tener más novias en mi vida!

-Bien, señores - cortó la discusión Jim, con aire serio -; nos pondremos a construir la casa. Tú, Jeff, ten en cuenta que nos marcharemos al amanecer, de modo que sería preferible que hicierais los fardos esta misma noche. Vamos hacia Yellow Jacket. ¡Qué contento estoy! ... Slinger se quedará de centinela, y todos nosotros nos dedicaremos a cortar y aserrar árboles y preparar maderas.

-¡Bonito trabajo para *cowboys!* - comentó Bud, sonriendo.

-Yo conozco muy bien Yellow Jacket -dijo por su cuenta Curly -. Hace muchos años. Pero de todos modos, tengo la certeza de que habrá madera bastante para construir una ciudad, aunque yo no recuerdo bien... Los campos del rancho son enormes, quizá demasiado grandes. ¡Estaría bueno que ahora que vamos a desbrozar el rancho, y luego de reventarnos todos a trabajar, y a construir una casa, que usted luego se trajera a su novia a pasar ustedes aquí la luna de miel... y que ese canalla de Malloy le pegara a usted un tiro! ¡Sí que sería duro, caramba 1 ...

-¡Vamos, Curly, no seas tan terrible pesimista! - contestó Jim vivamente -. ¿No has soñado tú nunca en esta vida, hombre?

-¡Nunca, mi amo, nunca!

¡Ahora es cuando está soñando! - dijo Bud, haciendo una gracia -. Y si quiere usted saber lo que sueña, lárguele un puñetazo en la nariz, como el que me dio a mí.

Jim sonrió levemente, ordenando luego al equipo que se levantara al alba, al día siguiente.

Jim guió su caballo a través del cañón de Yellow, imaginándose que era un gran general que llegaba al frente de su ejército a una ciudad conquistada.

Antes, en su primera visita a este sitio, había apenas notado detalles y bellezas a causa de la rapidez con que vino; pero ahora sus ojos se recreaban amorosamente en las cosas maravillosas de hermosura.

Los caballos avanzaban penosamente a través de la maleza, y los pinos, los abetos y los sicómoros eran tan espesos que Curly dijo que iba a costarles gran trabajo abrir un camino para llegar a la futura casa del rancho.

El camino ascendía hacia la meseta que formaba el valle de Yellow, entre bosques y praderas, y rocas y paisajes de belleza imponderable. Al fin, cuando ya llegaban a la cabaña, Bud exclamó, entornando los ojos:

-¡Eh, señores! ¿Qué es aquello blanco que hay en la puerta de la cabaña?... ¡Parece un papel!

Llegaron ante el rancho y echaron pie a tierra. Jim se acercó y pudo ver entonces que era un papel, en efecto, una hoja de papel rayado, sobre la que se veía escrita esta palabra, con letra mala, pero legible, al menos: *«Mañana.»* Y, debajo, estaba dibujado un terrible cuchillo carnicero.

- ¡Claro como si estuviera impreso! - comentó Curly el primero.

-Apostaría cualquier cosa a que esto es obra de Croak Malloy - añadió Slinger.

-Bueno, ¿y qué? - preguntó entonces Jim en tono impaciente.

Bud explicó, rascándose la dura testa:

-¡Bueno, mi amo! Es que usted está ahora con la cabeza tan llena del nuevo rancho y de

la casa y de... ¡bueno, de tantas cosas!, que no cae en nada. Pero ese *mañana* quiere decir hoy. Y el cuchillo, que van a hacernos picadillo a todos.

-¿Y eso es todo, Bud? - dijo Jim -. Pues la vida no me parece que te sonría a ti ahora mucho, para que te importe perder el pellejo.

-¡Lleva usted razón, mi amo! ¡Estoy perdido! ... Jim sonrió, ordenando entonces:

-i Acamparemos bajo esos pinos, y no dormiremos en la cabaña, desde luego! Jeff, tú puedes improvisar una cocina rústica bajo un toldo cualquiera... Ahora me acuerdo que he visto un techado detrás del rancho, donde pueden ponerse los caballos. ¡Bien, ya estamos aquí!... Slinger, tu deber es vigilar y estar alerta, ¿eh?... Vamos a explorar el terreno.

-Le advierto, mi amo, que el valle éste tiene dos salidas - dijo Bud.

¯¿Dónde está la otra? - inquirió Jim.

-Creo que a unas tres millas al oeste - repuso Curly -. Por aquí. El terreno es más alto, y no tan rudo como el cañón. Haremos el camino por allí, y será más fácil.

Jim ordenó entonces a Bud

-¡Escucha, Bud: mientras nosotros exploramos esto, tú puedes coger tu caballo y ver dónde podemos acampar mejor! Ve buscando sitio para la casa... Pero ten en cuenta que ha de estar escondida entre el bosque, y que no se ha de destruir de ninguna manera la belleza ni la perspectiva de este rancho histórico.

Bud se marchó, rascándose la testa y diciendo filosóficamente:

-¡Hay que ver cómo son ciertos hombres! ¡La belleza ante todo, antes y después de las cosas, y siempre! ... Jim, viéndole alejarse, jinete en su caballo, preguntó

-¿Qué le pasa a Bud, amigos?

-¡Oh, ni su nariz ni sus sentimientos están bien! - contestó Cherry Winters, haciendo reír a los otros.

-¡Usted olvida, mi amo, que le ha amenazado con echarle del equipo! - dijo Curly -. Además, Bud está enamorado.

Jim lanzó un gruñido de disgusto. Le desagradaba inmensamente la idea de que Bud estuviera enamorado de su hermana. Bien es verdad que todos se enamoraban de Gloria. Pensando en esto, Jim, que llegaba a rechazar los prejuicios y el orgullo de raza, se decía que quizá su hermana se casara peor con otro hombre cualquiera que haciéndolo con este Curly Prentiss, que, al fin y al cabo, era un excelente y bondadoso *cowboy.* Aun suponiendo que Curly fuera un borracho y que hubiera matado a varios hombres, y que fuera, en fin, uno de tantos *cowboys* como abundaban en este país soberbio del Oeste, ¿iba él a retirarle por eso su amistad y su estimación?... Aquí era preciso apreciar el valor de los hombres que sabían luchar contra el medio, fuera como fuera, según hacían los rancheros [y] los campesinos. Por esto Jim, casi inconscientemente, tal vez se inclinaba algo hacia Curly en el trato de los *cowboys* de su equipo, al pensar en el porvenir de su hermana Gloria.

El equipo se puso a trabajar bajo la dirección de Jim Traft, y pronto se echaron abajo numerosos pinos, escogidos entre los más rectos. Bud había descubierto un bosquecillo de pinos excelentes. Unos hombres cortaban árboles, otros se dedicaban a quitarles la corteza a hachazos y otros arrastraban, en fin, los troncos hacia el sitio donde había de construirse la nueva morada de Jim. Y éste sonreía, viendo ya comenzada la tarea, pensando en Molly,para la que él iba a construir un dulce y maravilloso hogar en el corazón de este bosque suyo.

Siguieron diez días de ininterrumpida labor. Slinger Dunn había podido fijar, luego de seguir el rastro del equipo de Stone, a éste y sus hombres en las cercanías de Black Brakes. Esto inquietaba a Jim y a Slinger, ya que no era nada tranquilizador el tener a menos de veinte millas al equipo más levantisco y peligroso de Arizona. Pero, por otra parte, Traft se decía que Stone era el hombre bueno y honrado que ya le había pintado su tío, y lo confirmaba el hecho de haber abandonado el rancho de Yellow Jacket a la primera indicación de Jim.

Una noche, Jim oyó hablar a Bud y a Curly. Era muy tarde. El fuego se había apagado, *y* los *cowboys* creían dormido profundamente a Jim. Bud, desde hacía unos días se mostraba

Librodot

más sereno, y hasta había olvidado el ultraje de Curly y la humillación de su vanidad. Ahora volvía a querer a Curly como a un hermano.

-¡Pues yo te digo que esto es una locura, Curly! - decía Bud en tono de susurro -. ¡Que no venga Malloy y le pegue fuego a todo cuando nosotros vayamos a Flag! ... ¿No te parece?

-¡Oh, pudiera ser! O pudiera ser también que espere a que la casa esté terminada del todo - repuso Curly -. De todos modos, Bud, yo no puedo ir contra las órdenes del jefe. Además, yo no sé qué tiene el amo, que me domina lo mismo que a un muchacho. ¡Hasta me está quitando el vicio de la bebida! ... ¡Iremos a Flag, y no beberé ni una copa! Todo porque él no lo quiere.

-A mí me pasa igual... De todos modos, yo te digo que el amo no ve claro en ciertas cosas... En eso del *Cuchillo Fatídico,* por ejemplo... Slinger dice que él debiera ir quitando de en medio a tiros a todos los *gangsters* del equipo de Stone, uno a uno. ¿Tú qué opinas, Curly?...

-¡Oh, que eso no puede hacerse, Bud! ¿Qué dice Slinger?

-Que él no está tranquilo, a causa de Molly.

-Yo también pienso en ello. Porque no he visto en mi vida a una muchacha que quiera tanto a un hombre, como Molly quiere a Jim. Y lo horrible es que yo, que conozco a Malloy, tengo la certeza de que Croak matará a Jim la primera vez que lo vea, no importa dónde.

-Eso creo yo también. Pero tengo la esperanza de que

Slinger quite antes de en medio a Malloy. Y esto porque Slinger, querido Curly, está loco por Gloriana Traft. ¿No lo has observado?

Curly lanzó una maldición en voz tan fuerte que Bud tuvo que llamarle al orden:

-¡Pero, hombre, no grites tanto, que despertarás a alguien! ...

-Ya lo sé - dijo Curly al fin, en voz más baja -. Pero eso no tendría nada de particular. Todos estamos enamorados de Gloriana. Lo malo es que Gloriana está enamorada de Slinger como una loca a su vez.

-¿Qué?... ¡No digas tonterías, hombre! Slinger divierte a Gloriana, la tiene fascinada, porque sabe que la muchacha está loca por los bandidos de Arizona; pero nada más. Te lo digo yo, Curly.

-¡No! -concedió Curly hablando lentamente -. ¡Si soy yo el primero que se resiste a creerlo! ... ¡Y Dios sabe que no lo digo a mala parte ni con ánimo de faltar al respeto a Gloriana! ... Pero piensa, Bud, que ella es una muchacha del Este, muy bien educada, con la cabeza llena de romanticismos y novelas, y Slinger ejerce sobre ella una especie de influencia irresistible. Está fascinada, ésa - es la palabra, fascinada. Además, tú mismo reconocerás que el tal Slinger es un chico muy guapo, más guapo que ninguno del equipo. Y te advierto que si no Cuera por los celos que Slinger me inspira, y que me hacen tener que contenerme para no matarlo de un tiro a traición, yo le querría. No tiene nada de extraño, pues, que una muchacha como Gloriana se haya enamorado locamente de Slinger: Por eso te digo sinceramente que tengo miedo de ir a Flag...

¡Tonterías! Gloriana te quiere a ti, por lo menos te tiene simpatía... Y en cuanto a mí... ¡No sé! ... Pero sólo te digo que en cuanto supo que yo suspiraba por tener un retrato suyo, como Slinger lo tenía, me dio otro.

Curly lanzó una nueva maldición, añadiendo:

-¿Lo ves, Bud?... ¡Las mujeres son malas! ¡No me lo habría dado a mí!

-¡No! -opuso Bud-. Eso no quiere decir que sean malas... Lo que hay es que, sin duda, Gloriana siente hacia mí más confianza; contigo se muestra más tímida y prudente...

-¡Qué tiene que ver la prudencia ni la timidez, hombre! ... Y te advierto que yo no la he visto más que contadas veces: dos en los corrales; tres en el salón de la casa del amo cuando iba a ver a míster Traft; otra en el almacén de Babbit, y el día que bailamos en el salón... -¡Dios mío, qué emoción la mía aquella tarde! ... Pero Gloriana sólo mostraba una inmensa curiosidad hacia mi manejo del rifle y mis costumbres de *cowboy.* Me tuvo media hora haciéndome que le contara mis luchas, los peligros que he pasado..., y consiguió

enloquecerme, la verdad, de tanto verla a mi lado, mirándome con aquellos ojos... Al fin, ¿qué dirás...?, tomó un aire frío, y me dijo que... que... yo no le parecía un verdadero bandido del desierto, ni mucho menos.

-¡Ja, ja, ja! - rió con toda su alma Bud ahora -. ¡Lo que esa señorita necesita, amigo Curly, es una fuerte dosis de Croak Malloy!...

IX

Jim procedía con sus hombres a trazar un camino desde el rancho a través de los campos de Yellow Jacket. Su autoridad como jefe no era discutida por ninguno de los *cowboys de* su equipo; pero su habilidad como ingeniero, sí.

-¿Cómo quiere usted que puedan circular galeras y carruajes por esta pendiente? - dijo de pronto Bud -. ¡Piense usted que esto no es tan fácil de hacer como una valla!

Jim sonrió, y repuso, tendiendo un lazo a Bud:

-Quizá yo no tenga tanta habilidad como me figuro; pero, ¿quieres que hagamos una cosa, amigo Bud...? Volvamos atrás, y tú puedes encargarte de señalar el futuro sendero. Claro está que ello retrasaría por dos días nuestro trabajo y nuestras vacaciones en Flag... porque el camino debe quedar listo antes de marcharnos. ¿Qué te parece...?

Una tempestad de risotadas acogió estas palabras del jefe del equipo, y Bud quedó confundido largo rato.

Ya habían hecho veinte millas de la ruta que debía conducirles al fin al camino de Payson, donde habían dejado su galera. Llegaron allí al oscurecer, y al día siguiente alcanzaron el límite de la nieve, ya solamente a una jornada de Flag.

A la tarde siguiente, un grupo de *cowboys,* cansados, ateridos y muertos de sed, penetraban con el crepúsculo en las primeras calles de Flag, donde se separaron. Jim tenía sus razones para alejar a Curly y a Bud, y, por otra parte, ellos no manifestaron ningún deseo de seguir acompañándole.

Las calles estaban heladas y desiertas. La nieve había sido retirada con palas, pero fuertes remolinos polvorosos azotaban el rostro del jinete. De todos modos, Jim no quiso defenderse. Tenía que hacer dos importantes diligencias antes de regresar al rancho y no quería demorarlas, ya que su pobre caballo llegaba cubierto de sudor. Desmontó, pues, a la puerta del joyero y penetró en la tienda, encontrándose con el hijo del dueño, un tipo que no gustaba nada a Traft.

-¿No está míster Miller? - preguntó Jim.

-No, señor. Está fuera de Flag. De todos modos, yo puedo servirle... si es que viene usted a lo de la sortija de brillantes. La sortija está aquí.

Jim frunció el ceño, contestando:

-¡Pues sí, a eso venía! Quisiera llevármela. Ya está pagada.

El joyero sacó una cajita en cuyo interior iba una sortija de oro, con un hermosísimo brillante que refulgía intensamente. Jim lo cogió disimulando su turbación, que era enorme. ¡La sortija de pedida para Molly...! ¡Qué sorpresa se iba a llevar la muchacha, que no sabía nada...! Y Jim se dijo que, por mucho que valiera el presente, estaría largamente recompensado por el brillo de los ojos de Molly, cuando viera la sortija.

-Muy bien - dijo Traft al fin, guardándose la sortjja -. Creo debe estar bien de tamaño, porque traje la medida a su padre. ¡Buenas noches!

Y salió a la calle, dirigiéndose entonces a casa de Babbitt, donde había dejado otro encargo, para hacer sendos regalos de Navidad, uno a su tío *y* otro a Molly. Cogió los paquetes, que eran muy grandes y pesados, y sin tomarse la molestia de abrirlos, fue a salir. Pero entonces vio en una vitrina una corbata encarnada muy linda, y se dirigió al mostrador, diciendo a la dependienta:¡Quisiera una corbata encarnada que hay en aquella vitrina y unos guantes de piel de gamo!

Librodot

La chica no contestó ni se movió siquiera. Jim había dado la orden con aire distraído; entonces levantó la cabeza... ¡y se puso pálido al ver que la dependienta era Molly!

-¡Molly! ¿Qué haces aquí?...

Ella sonreía, muy encarnada, luego de lanzar una leve exclamación:

-¡Oh Jim! ¡Tú! ...

-Pero..., ¿qué significa esto?... ¿Estás aquí de dependienta, acaso?

-Sí - contestó ella, rotunda -. ¿No lo sabes?... Por las mañanas voy al colegio, y por las tardes estoy aquí. ¿No recibiste mi carta?

-¿Tu carta...? ¿Y qué carta iba a recibir si he estado tres semanas en pleno bosque?...

-¡Pero si te la he dejado en casa de tu tío! ...

Jim frunció el ceño. Comprendió que había ocurrido algo malo durante su ausencia, y dijo, inclinándose hacia el mostrador:

-¿Cómo es eso?... ¡Mira, Molly, habla claro! Yo acabo de llegar a Flag hace un momento, y no he estado en casa de mi tío siquiera. ¿Qué ha ocurrido?... ¿Por qué estás tú aquí?...

El rostro de la muchacha reveló ahora una gran turbación, y Molly repuso, bajando los ojos con humildad y desconcierto:

¡Oh Jim, siento que hayas venido aquí antes que a casa de tu tío! ... ¡Así, no sabes nada, claro está! ... ¡Mira, Jim, no quisiera hacerte daño..., pero me he marchado del rancho... y he roto nuestro compromiso!

-¡Molly! - gimió Jim, asombradísimo -. ¿Qué dices?...

-Sí, Jim, sí.. Márchate ahora... Ya nos veremos luego y te lo contaré todo...

-¡No, no, es preciso que me digas ahora mismo por qué me has plantado! - repuso Jim en tono de mando.

-¡Por Dios, *Missouri*, no te pongas así! No he sido yo...

-¿No ha sido Gloriana amable contigo? - inquirió Jim, asaltado por una idea súbita.

-¡Oh, sí, muy buena y amable! En todo momento se ha esforzado en igualarse conmigo, y parecía no ver la diferencia que hay entre nosotras; pero yo lo veía... Yo... no tengo capacidad ni cultura suficiente para ser su hermana; no podía consentir en hacerte desgraciado. Así es que me he marchado del rancho, y trabajo aquí. Mi madre se ha marchado a nuestra casa del Cibeque.

-¿Quieres decirme que Gloria no te haya ofendido, Molly?... ¡Júramelo!

-No, Jim, no puedo jurártelo... Pero siempre se ha mostrado dulce y amable conmigo tu hermana. A propósito nunca ha hecho nada que pudiera ofenderme. No se trata de tu hermana... Yo la quiero... y esto empeora la cosa aún más.

-¡Molly, tú estás loca! - estalló, al fin, en un impulso de rencor y de cólera -. Tú te habrías casado con cualquiera... y ahora me dejas a mí... Pero si eres tan voluble e inconstante...

Y lanzando una mirada furibunda a la muchacha, Jim cogió sus paquetes y salió del almacén como alma une lleva el diablo. Sin sentir los pesados paquetes que llevaba, saltó a la silla de su caballo y lanzó éste al galope en dirección al rancho de su tío, penetrando poco después en el salón donde estaba el viejo ranchero, lo mismo que una tromba.

-¡Caramba, Jim! -saludó su tío, sonriendo muy asombrado-. ¿Pero eres tú?... ¿Cómo estás, hijo mío? Ya sabía que no tardarías.

-¿Cómo estoy, tío?... - rehusó el muchacho soltando los paquetes y estrechando la fría mano que su tío le tendía -. ¡Pues verá usted: me encontraba perfectamente hasta que he llegado a Flag! ... Venía muy contento por la noticia que le traigo a usted: el equipo del *Cuchillo Fatídico* ha abandonado el rancho de Yellow Jacket sin que haya necesidad de disparar un tiro.

-¿Qué dices, muchacho?... ¡Eso no puede ser!

-Pues, sí, tío. Es la verdad.

-¡Pero..., diablo de chico! Tú, novato del Este... ¿Cómo demonios te las has arreglado para conseguir eso?...

-Muy sencillo, tío. Me fui a ver a Jed Stone.

¿.Cómo?... ¿Has. desafiado al equipo?

-En efecto, tío. Jed Stone estuvo muy correcto conmigo. En seguida aceptó mi ruego de que se marcharan.

Pero Croak Malloy me quitó de un tiro una cerilla de la mano, y luego de otro, el cigarro de la boca. Yo, loco de furor, le insulté, llamándole enano y miserable, y Malloy intentó largarme un tiro de veras; por suerte, Stone le dio un manotazo y la pistola se le cayó al suelo. Entonces, yo le pegué a Malloy una paliza de las que hacen época, acabando lanzándolo de un puntapié a media milla del rancho. Luego, cuando me marchaba, Malloy estaba de rodillas, intentando levantarse, y yo le largué otro puntapié que le hizo rodar por el polvo. ¿Qué le parece a usted, tío?...

-¡Muchacho! , pero... ¡¡muchacho!! , ¿qué me dices?... ¿Es posible?...

-Como lo oye usted, tío. Claro está que yo reconozco que fue una locura; me sacó de mis casillas, la verdad. Y yo no sabía en aquel momento que mi enemigo era Malloy. De haberlo sabido, ¡quién sabe si me hubiese contenido!

-¡Croak Malloy! ... ¡Y tú le has zurrado a ese bruto! ... ¡Pues, querido mío, ya puedes darte por muerto! ...

-¡No lo crea usted! Pienso seguir mandando el equipo mucho tiempo todavía... Pero, bueno, dejemos ya lo del equipo del *Cuchillo Fatídico.* Mis hombres y yo hemos ido a Yellow Jacket y andamos echando árboles abajo, y trabajando allí. Luego, al venir para acá, hemos construido un camino para que pueda pasar la galera. Y en cuanto pasen las vacaciones, volveremos allá, y en la primavera ya estará todo listo...

Pero en este momento se dio cuenta de que durante su ausencia había ocurrido algo que hacía inútil la construcción de la casa en Yellow Jacket, y Jim sintió como una puñalada en el corazón...

-¡Bien, hijo mío, eres un muchacho admirable! - dijo al fin el viejo ranchero, mirando a su sobrino con un brillo de orgullo en los ojos -. De todos modos, me asustas. Desde luego, es más humano aporrear a un hombre que matarlo de un tiro, pero... ¡Y a otra cosa! Yo sé que tú eres valiente, pero no me habías dicho nada acerca de lo ocurrido en Winslow entre tú y Bambridge... Me lo has de contar todo, lo de Bambridge, lo del *Cuchillo Fatídico* y lo del rancho de Yellow Jacket.

-Tío - dijo de pronto el joven, en otro tono -, he estado en el almacén de Babbitt y me he encontrado allí a Molly. Me ha dicho que está de dependienta allí. Ha roto nuestro compromiso... Yo estoy aturdido... -¡Oh Jim, no lo tomes en serio! - repuso el viejo ranchero dulcemente -. No será una ruptura definitiva. Lo que ha hecho esa chica, demuestra que te quiere mucho. A mí me ha hablado; me ha dicho que se consideraba poca cosa para ti, que tú te mereces otra mujer, y que por tanto no quería casarte contigo, que su familia no compaginaba con la nuestra... ¡Qué sé yo la de cosas que me dijo! ... Yo intenté disuadirla para que no se marchara, pero la chica es un torbellino, y orgullosa y entera, y no quiso escucharme. Por último le dije que tú no te apartarías nunca de ella ni le devolverías su palabra. Entonces se echó a llorar. Por eso te digo que no le des importancia al incidente.

-¡Oh tío! -murmuró Jim, con el rostro radiante de alegría y lanzando un suspiro de alivio-. ¡Usted es verdaderamente mi salvador! ¡Si hay esperanza de arreglarlo todo, ya lo procuraré! ... ¿Usted cree que Gloriana haya sido dura o poco amable con Molly, y por eso...?

-Tal vez. Pero te advierto que tu hermana se ha esforzado en ser amable con Molly cuanto ha podido; el caso es que no creo que lo haya conseguido siempre, ¿comprendes?... De todos modos, yo creo que cuando Molly haya conseguido que Gloriana la comprenda y se ponga a su mismo nivel, y vea la vida como aquí la vemos, serán las mejores amigas del

mundo. Yo, por ejemplo, y tu hermana nos entendemos ya perfectamente. Tu hermana es para mí un gran consuelo, y hasta me ha abierto su corazón y me ha contado algo de los disgustos habidos en vuestra casa... Yo creo que ya no se marchará nunca de aquí.

-No; se quedará para siempre con nosotros en el Oeste. ¿Cómo está, tío?... ¿Está mejor?...

-¡Oh, aún tiene esa tosecita que trajo de allá, pero va mejorando, aunque lentamente! Cuando venga el buen tiempo, le haremos estar siempre al aire libre, entre los pinos; y eso le hará revivir... Creo que anda por arriba. Ve a verla y luego acabarás de confesarte, hombre.

-Muy bien, tío. Pero... una palabra más: ¿usted me dice que no cree que mi ruptura con Molly vaya a ser una cosa seria, verdad?... ¡De todos modos, malo es que haya dado el paso la muchacha! ... ¡Yo estaba tan furioso, que la he llamado loca allá en el almacén! ...

-Y lo es. Pero no te preocupes, hombre. Ahora, no te dé por hacer lo que un *cowboy* de pura raza ante los desengaños amorosos y vayas a emborracharte, ¿eh?... Ya te digo que Molly adora hasta la tierra que tú pisas. Y si yo estuviera en tu pellejo, iría por Molly, y la traería aquí al rancho otra vez.

-¿Traerla aquí?

-Y claro, hombre. Desde luego, ella se resistiría al principio. Pero acabaría por ceder. Y si quieres que te dé un consejo, oblígala a venir, como sea. Una zurra que les baje los humos, les hace mucho bien a las muchachas, de vez en cuando. De todos modos ha de costarte trabajo hacerla entrar en razón, porque Molly ha dado motivo para que la murmuración se eche a volar en todo Flag que es un encanto... Ya te dirá tu hermana.

-Gracias, tío - repuso al fin Jim -. Le agradezco mucho su consejo. Lo pondré en práctica, sobre todo eso de la zurra...

Jim salió de la estancia, sin haber dicho nada a su tío de lo de la sortija. Fue a llamar a la puerta de la alcoba de Gloriana.

-¿Quién es? - dijo la muchacha desde dentro.

Jim quiso gastar una broma, y dijo cambiando su voz, como hubiera hecho cualquiera de sus *cowboys.*

-¡Darnell!

Se oyeron pasos precipitados y un grito ahogado y en seguida la puerta se abrió, mientras Gloriana rugía, llena de indignación:

-¡Usted granuja! ... ¿Y se atreve a venir, después de lo ocurrido? ¡Salga inmediatamente de esta casa! ... ¡Ya le arreglarán las cuentas mi hermano y sus hombres...!

-¡Por Dios, Gloriana, si soy yo, tu hermano! ¡Perdóname! ¡He querido gastarte una broma!

-¡Jim, tú! ...

-Yo, mujer. Acabo de volver al pueblo. He estado hablando un momento con el tío...

-Pero, vienes solo, ¿verdad?

Jim asintió, entrando, arrepentido de su pesada broma, que había conseguido asustar a la pobre Gloria.

Ésta, tranquilizándose, le preguntó a su hermano, mirándole fijamente a los ojos:

-¿Sabes tú algo?...

-¿De qué, de Darnell?... ¡Sí, oí su nombre antes de salir para Yellow Jacket! ... Pero, escucha, Gloriana. Acabo de volver a Flag. He visto a Molly. ¡Imagínate la impresión que he tenido, al ir al almacén de Babbitt y encontrarla allí! Hemos hablado un momento... Y he venido aquí. He visto al tío un instante también. ¿No te alegras de verme?

-¡Alegrarme ¡Qué cosas dices! ... - repuso ella, mientras un poco de color animaba su faz demacrada -. ¡Déjame que cierre la puerta y que te abrace!

Cerró, en efecto, y luego empezó a besar y abrazar efusivamente a su hermano, que le devolvía las caricias con intensa emoción.

-¡Basta, querido, que me haces daño! - dijo ella al fin-. ¡Me abrazas como un oso! ...

Librodot

Además, me pareces un verdadero trampero, oliendo a tierra y a caballo... ¡Oh, Jim, cuánto me alegro de verte! ...

-Bien, vamos junto a la lumbre. Estoy casi helado. La impresión de Molly no me ha dejado darme cuenta de que vengo aterido. ¡A ver qué cara haces! ...

Y le puso ambas manos en los hombros, contemplándola largamente. La, encontraba mejor, un poco más gruesa y, como siempre, adorable y bellísima.

-Bien, ¿qué te parezco? - preguntó al fin la muchacha sonriendo dulcemente *y* mirando a su hermano con aquellos ojos que brillaban de un modo intenso.

-¡Oh, vas mejorando! - repuso él -. Y esto me basta para estar contento.

-Jim, yo estaba bien, hasta que supe que el canalla ese de Darnell vino aquí a Flag. Ya te dije yo que vendría. Fue hace cosa de dos semanas. Pero lo supe antes de haberlo visto. Tuvo el atrevimiento de venir aquí, primero melosamente, luego en tono amenazador. Yo le dije que no quería saber nunca más de él, y que todo estaba terminado. Desde entonces, no voy una vez a Flag, que no me lo encuentre. Así, en los últimos días, me he confinado en casa, para no verlo. Ya has visto la indignación que me ha dado cuando te tomé por él.

-¿Y qué hace aquí ese hombre, Gloriana?

-¡Oh, seguirme, perseguirme! De todos modos, lo disimula diciendo que ha venido a hacer negocios con un ranchero llamado Bambridge...

-¡Ah, sí, ya recuerdo! ... ¡Ahora me acuerdo que lo vi en la estación! ¿De modo que tu antiguo novio anda en tratos con ese Bambridge, eh?... ¡Muy interesante... y muy extraño, sobre todo! Y muy gracioso, además.

-¡Oh, para mí no tiene nada de gracioso, Jim 1 Ese hombre es un canalla en toda la extensión de la palabra. Ya le conocen todas las muchachas de Flag. Y yo tengo mucho miedo...

-¿De qué? - preguntó Jim, sonriendo casi divertido de los terrores de su hermana.

-¡Oh, verás! ... Temo que vaya hablando de mí por el pueblo... y... que tú tengas algún disgusto con él...

-¿Hablar de ti dices?... ¡Oh!, ¿qué crees tú que harían Curly Prentiss y Slinger Dunn si ese hombre se atreviera a hablar una palabra de ti en el pueblo?

-¡Oh, no sé, querido! - repuso Gloriana, abriendo mucho los ojos con asombro y curiosidad.

-Pues darían cuenta de él, si antes no lo hacía yo... Escucha, Gloriana, dime la verdad, ¿ese Darnell no tiene ningún derecho sobre ti?

-¡Oh, Jim, no, por mi honor te lo juro!

-En ese caso, no te preocupes por él. Te aseguro que ese hombre ha escogido el peor de los caminos para cazar a una muchacha.

¡Oh, yo temo que le haga alguna estafa al tío!

-¡Ja, ja! ... No te preocupes por eso. Creo que esta vez el canalla encontraría la horma de su zapato. El tío es zorro viejo. Ese Bambridge es un ladrón de ganado en realidad; nosotros tenernos ahora las pruebas, y ese Darnell tendrá que ir con mucho cuidado...

-¡Oh! exclamó la chica, hundiendo su cabeza en el pecho de su hermano. Éste la sentía jadear. ¡Qué sensible y delicada era Gloria! ...

Al fin, dudando de la causa de aquella emoción, le preguntó:

-¿Has tenido algún otro disgusto, Gloriana?... ¡Dime la verdad!

-Pues sí, Jim. Con Molly. Es la muchacha más dulce y buena del mundo. Yo la he llegado a adorar. Pero he cometido un error sin darme cuenta. Queriendo ayudarla..., la chica ha creído que yo me mostraba orgullosa y altiva, y me ha dicho que se consideraba con pocos méritos para casarse contigo. Cuando me dijo que pensaba marcharse de aquí, yo le rogué que no hiciera tal cosa, y la reñí amablemente; llegué incluso a disgustarme de veras. Ella llegó a decirme que lo único que yo tenía era miedo de ti, y esto me sacó de quicio. Tú sabes que yo tengo mal genio en ocasiones..., y entonces empeoré la cosa, diciéndole que el que tú pensaras

Librodot

casarte con ella era una inmensa suerte para una chica como Molly Dunn... Entonces se marchó, airada y ofendida, y no he podido conseguir que vuelva aquí al rancho. He sabido que Darnell ha hablado con Molly; me lo ha dicho Elsie Roberts, una chica de Flag. Y Molly ha bailado con él, con Darnell, una tarde. Y yo...

-¿Qué dices:...- interrumpió Jim, alterado -. ¿Qué Molly ha bailado con Darnell?

-Sí, sí. Pero tú no debes tomárselo en cuenta ni guardarle rencor por eso. Molly es una chiquilla. Cuando yo lo supe, fui a Flag y le dije a Molly quién era Darnell. Figúrate si será infeliz, que no me quería creer. Darnell es simpático. Molly no puede sentir interés ninguno por él, porque te adora a ti; pero como ahora está ofendida y despechada... Además, Darnell es un tipo cínico y peligroso... Otra que yo, se habría dejado seducir por el canalla... De modo que, si quieres un consejo, no tardes en quitar a Molly de las garras del miserable.

-¡Dios mío! - gimió Jim, bajando la cabeza -. Pero ¿lo conseguiré?

-Sí, tú lo conseguirás. El tío y yo adoramos a esa muchacha tanto como tú; de modo que, no importa lo que ella haga o diga, tú debes humillarte y convencerla para que vuelva aquí al rancho.

-¡Gracias, Gloriana! - dijo Jim besando emocionado a su hermana -. ¡No sabes cuánto te agradezco tu bondad! Si yo perdiera a Molly, me moriría de dolor... Por suerte, el tío ya me había hecho tranquilizarme un poco, y tú ahora completas su obra... ¡Gracias, querida!... ¡Mira, aquí traigo el anillo de boda de Molly! ¿Verdad que es bonito?...

Gloriana miró la joya con ojos relucientes, al tiempo que fruncía un tanto el ceño.

-¡Oh, preciosísimo! No sería humana Molly si no se dejara tentar por esto y volviera aquí... Pero no olvides que esa chica es del Oeste. Las joyas quizá no le digan nada a su alma primitiva... Bueno es que ya le gusten los vestidos bonitos... Molly me confesó que pensaba comprar a crédito un traje nuevo para la Navidad, a fin de ir al baile.

Jim comentó amargamente:

-De todos modos, Gloriana, por chiquilla que sea Molly, no me negarás que es, como tú dices, humana y, además, femenina... ¡Hay que ver! ... ¡Comprometida a mí hasta hace menos de un mes, y se atreve a ir a un baile con un desconocido! ...

-¡Oh Jim, te dejó una carta, rogando al tío que te la enviara a Yellow! Pero el tío no quiso darte ese disgusto, y Molly está ahora muerta de pena, de contrariedad, y viendo herido su amor por ti... Ninguna muchacha está en peligro en esas circunstancias. Ahora quiere aparecer ante las gentes triste y abatida, para que nadie pueda pensar que ha sido ella la que te ha dejado. Ya te lo contaré todo al detalle. Además, estando tú aquí, todo se arreglará. Confía en mí, Jim. Yo conozco a las mujeres. Molly no necesita ahora más que saber que tú la quieres *por ella, por ella misma*, y que ni tú, ni yo ni nadie en esta casa ni en nuestra familia nos avergonzaremos de ella. Así, en seguida te abrirá de nuevo los brazos, no lo dudes. ¡Ahora, tú verás si puedes conseguirlo, aunque te advierto que eso es más difícil que construir otra cerca trágica!

-Bien, Gloriana, lo intentaré, con la ayuda tuya y del tío. ¡Oh, parece que me he quitado una montaña de encima! ... Y ahora dime, ¿qué fiestas se preparan para estas Navidades?...

¡Oh, Flag es casi una capital! Habrá brillantes fiestas, pero el baile de Nochebuena aquí y la fiesta del día siguiente serán los acontecimientos más sonados. El tío había organizado ambas cosas en honor de Molly, y ahora la chica cree que se suspenderán. Pero el tío dice que no... Es preciso que esa chica vuelva aquí, Jim. ¡Ya verás cuando vuelva el tío!

-¡Si está en casa, muchacha! ¡Y Molly volverá aquí, si yo me lo propongo y voy por ella! ...

Gloria rió, llamando romántico a su hermano y luego dijo:

-¡Muy bien! Pues... ¡manos a la obra! Y ahora háblame de Curly y de Slinger, sin olvidar a nuestro excelente Bud...

-Tus tres guardianes, ¿eh, chica?... Pues bien: ahora viven juntos sin matarse siquiera.

Librodot

Slinger oye a los otros y los desprecia en silencio.

Gloriana, sofocándose un tanto, preguntó con honda curiosidad:

-¿Hablan de mí, Jim?

-¿Que si hablan?... Los hombres de mi equipo no han hablado durante el tiempo que hemos estado fuera del pueblo, más que de ti y del equipo del *Cuchillo Fatídico.* Tú has tenido ese honor.

-¡Oh, qué halagador! ¿Y qué dicen de mí tus hombres?

-¡Oh, ya no me acuerdo! Al principio, me molestaba y dolía un tanto. Hablaban delante de mí con el mayor candor y la mejor buena fe; por lo que decían, todos querían *y* pensaban casarse contigo. Yo temí que iban a matarse. ¡Era muy gracioso! Hubiera querido que los oyeras.

-¡Sí, son muy graciosos, y a mí, la verdad, me encantan tus hombres!

-¡Ya, ya! Y me doy cuenta de que el Oeste te va seduciendo, como me pasó a mí... Un día, ¿sabes?, al volver al campamento me encontré a Bud sangrando por la nariz. Y... ¿sabes lo que había ocurrido?... Pues que Curly, su mejor camarada, casi su hermano, le había dado un puñetazo por hablar de tus piernas.

-¿Qué dices?...

-Eso, mujer. Parece que Bud dijo que tú tenías unas piernas muy bonitas y que lo sabías... Y Curly tomo la cosa como un insulto a ti, y le dio un puñetazo, como te digo. Yo, aunque con ganas de reír en el fondo, fingí que me estremecía de cólera y aproveché la ocasión para dar una buena reprimenda a Bud. Lo tiré al suelo, le amenacé y le hice que pidiera perdón y prometiera, reconociendo que te había ofendido de un modo horrible, que no lo volvería a hacer en su vida. Él lo hizo así, y entonces yo pensé en castigarlo más duramente, diciéndole que te lo iba a contar a ti todo, y que lo echaría del equipo. ¡Allí lo hubieras visto! ... Casi se echó a llorar, diciéndome que prefería que lo matara... ¡Fue muy gracioso, chica!

-¡No sé qué te diga, Jim! - repuso Gloriana mordiéndose los labios y conteniendo a duras penas sus locos deseos de romper en carcajadas.

-Ya te advertí, querida Gloria, a lo que te exponías si flirteabas con mis *cowboys.* Y has flirteado con ellos, con la mejor buena fe, si se quiere, pero lo has hecho. Y he aquí el resultado. Esos *boys* tienen un corazón de oro. Hasta el último se dejaría matar por ti. Todos son vehementes, inflamables como teas... Curly Prentiss, además, es el tipo más genuino de *cowboy* que yo conozco. Un verdadero príncipe del desierto y, al mismo tiempo, bueno e inocente como un niño. Bud es también muy bueno, ingenuo y sencillo como la luz del día. Dice todo lo que piensa, todo lo que siente. Para la gente del Este que no conoce este país, Bud resulta rudo y bárbaro; pero tío Jim y yo, que vemos hondo en estas almas, le queremos con toda sinceridad. Los demás del equipo, igual, excepto Slinger Dunn. Slinger no es un *cowboy* propiamente dicho: es una extraña mezcla del hombre de los bosques, *cowboy*, indio y trampero, y, además, de hombre primitivo y *gentleman* de una gran urbe. De todos modos, guárdate muy bien de decirle nada de esto, ¿eh?...

-Por desgracia, ya es tarde - repuso Gloriana -. Recuerda que tú mismo nos llevaste al hospital, cuando Slinger estaba allí. Slinger tenía mi retrato debajo de la almohada, y con encantadora sencillez me dijo, a boca de jarro, que se había pasado días enteros mirando mi retrato, hasta que se había enamorado locamente de mí. Y añadió que, puesto que tú le habías arrebatado a su hermana Molly, él a su vez te iba a arrebatar a ti la tuya.

-¡Ya, ya! -- murmuró Jim -; ¡yo soy muy estúpido, la verdad!

-Comprendo que debí desengañarlo inmediatamente - siguió diciendo Gloriana -; pero en vez de ello, opté por tomar la cosa a broma. Pensé que era un capricho vehemente de un hijo del Oeste. Y luego, durante el baile que dio aquí el tío, aún agravé la cosa... Porque él...

-¡Bien, querida Gloriana! - la interrumpió Jim -; no me digas nada más! Demasiado disgusto tengo con eso de Molly... Yo quiero que tú me ayudes... No me atormentes ahora con tus historias de amor...

Librodot

-¡Tonto! ¡Mis historias de amor! ... ¡Qué cosas dices! - repuso ella, sofocándose.

-De todos modos, yo te advertí que no debes jugar con los *cowboys.* ¿Lo sabes?

-¿Qué quieres, hijo mío?... Ya dice el refrán que «la miseria no sabe estar sola». Lo que pasa aquí, es que todos estamos confundidos. Mira: Molly es cabezona y terca como un burro. Y tú, tomas las cosas muy en serio, demasiado... ¡Ah, no te he dicho que, durante tu ausencia, me he hecho muy amiga de algunas muchachas de Flag, aunque todas desprecian y tratan con desdén a Molly! Esto debe de ofender mucho a la pobre muchacha... y quizá ella ha relacionado ese desprecio de las gentes con vuestro amor y nuestro trato. ¿No comprendes?...

-¡Ah, ya! -- dijo Jim, como cayendo en la verdadera causa de la actitud de Molly -. Te advierto, Gloriana, que muchas muchachas de Flag me despreciaban y me trataban a mí también con desdén al principio. Pero cuando supieron que yo era el sobrino del rico Jim Traft cambiaron de actitud. ¡Por lo visto, esas muchachas tienen celos y envidia de Molly! Bien: yo me las arreglaré para que los tengan de veras.

Gloriana acercó su lindo rostro al de su hermano, y luego de besarlo varias veces, quedó allí, en una dulce actitud de abandono. Luego, lanzando un hondo suspiro, murmuró:

-¡Ah, cuánto me alegro que hayas vuelto, querido mío! ... ¡Estaba tan sola! ... Contigo es un consuelo tan grande... Jim, cuando venga la primavera, me llevarás contigo al campamento. Yo me pondré allí bien... y, la verdad, estando a tu lado, me sentiré más segura.

X

A la mañana siguiente, Jim se despertó muy temprano y permaneció en el lecho reflexionando acerca de lo que debía hacer. Todo lo podía admitir, excepto una cosa: la idea de perder a Molly.

Era el 23 de diciembre, víspera de Nochebuena y del baile organizado en el rancho. Y como sus vacaciones terminaban el día de Año Nuevo, no podía perder el tiempo. Pero antes de volver a Yellow Jacket, Jim quería hablar largamente con su tío y con Ring Locke, para contarles al detalle todo lo ocurrido en Yellow y consultarles acerca de sus planes futuros.

Luego del desayuno, al que no asistió Gloriana, Jim dio que quería hablar a su tío y al capataz, y empezó diciéndoles lo del descubrimiento por él y Curly de varios novillos que llevaban la marca del Diamante en el embarque de ganado hecho por Bambridge en la estación de Winslow, no concediendo apenas importancia alguna a lo que había ocurrido después.

Cuando acabó de hablar, Locke, luego de un largo silencio, en que él y el viejo ranchero fumaban furiosamente, sumidos en hondos pensamientos, dijo:

-¡Si quiere un consejo, amigo mío, renuncie desde ahora a Yellow Jacket!

-¡Ah, no, de ninguna manera! -opuso Jim -. Es un desierto de maravillosa hermosura, un rancho grandioso, que yo quiero mejorar..., y pienso vivir allí, por lo menos, una gran parte del año.

-Sin contar -añadió el viejo ranchero -que yo tampoco renunciaría ahora a Yellow Jacket. Eso sería como entregarlo a Bambridge, y antes prefiero dárselo al diablo. Escuché, Locke: ¿cuántas cabezas de ganado podrá usted recoger este año en nuestros campos?

-Unas diez mil, poco más o menos, contando desde luego con las ternerillas nuevas.

-Bien, marque usted la mitad de las reses con nuestra marca -ordenó el viejo ranchero.

Ring tomó nota en su carnet, y luego dijo:

-Si me deja usted darle un consejo, míster Traft, yo no llevaría ganado a Yellow Jacket hasta la primavera. Así, los *gangsters* pueden ir robando en otros ranchos, más al Sur.

-Creo que es una buena idea. Bueno, tú, Jim, dile a Ring lo que te hace falta para la construcción de la casa, y él dará las órdenes y hará los pedidos. Hasta que construyáis ese

Librodot

camino, podremos enviar con el trineo los víveres y las provisiones, y luego se irán dejando los materiales en el rancho del Cottonwood. Pero no obres hasta que llegue la primavera, en que la tierra comenzará a secarse. Mientras tanto, podéis volver allá tú y tu equipo y empezar a desbrozar el campo y ver también que no haya vagabundos, ni *gangsters* que te destruyan todo lo que vais haciendo. ¿Comprendes?

-Sí, tío, sí.

-Bueno -añadió el viejo levantándose -; ¿ha tomado usted nota, Ring?

-Sí, señor, sí.

-Bien, no me molesten más con el asunto ese... Ayude usted a mi sobrino en cuanto pueda. ¿Sabe?

Y salió de la estancia, alta la cabeza, dejando a su sobrino solo con el capataz.

-¡No dirá usted que su tío se muerde la lengua! -comentó Ring luego.

-¡Ya, ya! Nunca vi así a mi tío. ¿Qué bicho le ha picado?...

-¡Oh, sin duda es por lo de Bambridge! Su tío hace cuarenta años que cría reses, y todo ese tiempo lleva luchando con ladrones y gentes como ese Bambridge... Por cierto, Jim, que su tío le ha dado a usted un trabajo terrible con eso del rancho de Yellow. Por suerte, ahora tiene usted un buen equipo... A mí me asombra mucho eso de que Stone se haya marchado por las buenas de su rancho de usted... ¡Eso de portarse tan bien Jed Stone, a mí me hace desconfiar!... Además, hay que contar con Malloy, que es lo peor de Arizona. Si alguna vez se encuentra con él, Jim, mátele pronto de un tiro. Y no deje de llevar siempre con usted un arma y, a ser posible, que le acompañen Curly o Slinger.

-¿Cómo?... ¿Quiere usted decir aquí... en Flag mismo?

-¡Y claro que sí!

-¡Oh, bah! ¿Y cómo voy a saber yo dónde anda ese hombre?

-Usted esté alerta, porque ya una vez estuvieron a punto de matarle. Ya conoce usted lo dura que es la vida de Arizona.

Jim, luego de aquella conferencia, permaneció en casa varias horas, pensativo, y después de comer salió hacia Flag a pie. En su cadera, cualquier habitante del Oeste habría podido observar el leve bulto de un arma... ¡Cuánto habría dado por tener la fría imperturbabilidad de Curly Prentiss o el sentido agudo de escucha y visión de águila que tenía Slinger Dunn! Pero no habiendo nacido en el Oeste, no era fácil obtener aquellas cualidades que eran innatas en los *cowboys.*

Fiel a su plan, Jim se dirigió al almacén de Babbitt, con una inquietud hondísima al pensar en lo que pudiera decirle Molly.

Molly estaba detrás del mostrador, y Jim comprendió en seguida por el brillo de los ojos de la muchacha que le había visto. Como era temprano, no había ningún cliente en el almacén.

-¡Buenas tardes, Molly! -saludó él acercándose y descubriéndose -. Ayer se me olvidó lo que quería comprar...

-Buenas tardes, Jim -repuso ella, poniéndose roja como el ababol.

Y la vista de aquel sonrojo, demostrando a Jim el cariño que le tenía la muchacha, hizo que el corazón del joven palpitara aceleradamente. ¡Ah, cómo le quería Molly!...

-Quiero aquella corbata encarnada y un par de guantes de piel.

Molly sacó la corbata y luego unas cajas de guantes, y estuvo probándole algunos pares al muchacho, hasta que dieron con uno que le estaba bien.

-Muy bien, Molly, gracias; éstos me van... ¿Sabes una cosa?... Voy a decirle a Babbitt que eres una dependienta muy guapa, pero muy mala vendedora...

Ella sonrió con divina sonrisa. Sus ojos hacía rato que habían visto asomar por debajo de la americana de Jim la funda de una pistola. Y exclamó, en tono triste y asustado:

-¡Jim, llevas un arma!

-Sí, mujer; hay que estar prevenido.

Librodot

-¿Por qué dices eso?...

-¿Quieres saberlo?... ¡Bien, mujer! Porque uno de los *gangsters* del equipo del *Cuchillo Fatídico* me busca, y yo a mi vez ando buscando a un individuo llamado Ed Darnell.

Y, luego de mirar fijamente a los ojos de Molly, Jim recogió sus paquetes y salió a la calle.

Jim fue visitando tiendas y almacenes, todos los sitios donde su tío tenía negocios, y luego fue a varios *saloons* y bares del pueblo. Después fue al correo y al hotel, como si buscara a alguien siempre, y al fin volvió al almacén de Babbitt.

Molly estaba sirviendo a un parroquiano v no le vio entrar. Él pudo entonces espiarla a placer. Estaba más pálida y algo más delgada que antes, y esto era una prueba de su sufrimiento... ¡Ah, sí, la infeliz no había hecho aquello sin sufrir horriblemente!...

Al fin, el parroquiano se marchó, y entonces Molly descubrió a Jim. Al verlo, la muchacha se puso roja como un pavo.

-¡Jim! ¿Tú aquí otra vez?

-¡Es que se me ha olvidado algo!

-¿Algo que quieres comprar? -preguntó ella con cierta ironía.

-Sí, la verdad... Viendo tu cara bonita, me he olvidado algo importante... Quiero guanteletes de piel para *mis cowboys...,* a ser posible de esa clase que llevan la herradura de la buena suerte. Es el regalo que hago a los hombres de mi equipo en la Navidad, ¿sabes?

Molly asintió y sacó los guantes.

-De la misma medida, ¿sabes?

-Muy bien.

Escogieron los guanteletes, y mientras Molly hacía un paquete con ellos, Jim le dijo en voz baja:

-Has de saber, Molly, que yo no acepto nuestra ruptura. Me duele mucho que sientas de ese modo y hayas dado ese paso... Yo te perdono, desde luego..., pero no puedo renunciar a ti.

-¡Oh Jim, pero todo el mundo lo sabe ya en el pueblo!... -repuso ella.

-¿Todo el mundo sabe qué?

-¡Oh, que yo he roto nuestras relaciones porque me considero poco digna de ti..., muy poco para lo que tú te mereces!

¡Ya lo sé, Molly! -repuso él conteniendo su impulso de saltar el mostrador y abrazarla locamente -; pero estás en un completo error. Mi tío es el primero que quiere que me case contigo; sabe que tú eres digna de mí; yo también lo pienso y lo creo; y en cuanto a Gloriana, mi hermana te quiere con alma y vida.

-¡No mientas, Jim!

-No miento, Molly -repuso él sonriendo alegremente -. Además, no importa quién y qué eres tú; tú vas a ser pronto mistress Jim Traft.

-¡Oh, no, Jim! ¡Jim!...

-Y yo te digo que sí, Molly. A propósito, ahora me acuerdo de algo que he olvidado antes. ¡Mira!

Y, echando la mano a un bolsillo, extrajo de él la cajita de la sortija y la abrió. El brillante lanzó un fulgor azul, que ofuscaba. Jim miró vivamente a la muchacha. Y esto bastó para confirmarle que Molly le seguía queriendo todavía.

-¡Pensé que te gustaría! -dijo sin mirarla ya -. Ya la probaremos, a ver si te está bien... Así, pues, hasta mañana.

Y salió del almacén, loco de contento.

En el camino de regreso al rancho, le faltó poco para bailar como un muchacho. Al llegar al rancho, fue en busca de su hermana, que llevaba un vestido lindísimo, y que se alegró mucho de verle. Jim le contó su entrevista con Molly.

Gloriana comentó, reflexivamente:

-¡Los hombres son brutos, malos y perversos como demonios! Pero desde el momento

en que las mujeres somos como somos, y el instinto de conservación es la primera ley de la vida, no hay más remedio que aceptar esto. ¡Mira: corre al pueblo y tráete a Molly inmediatamente!

-¡Déjame tomar respiro, mujer!

-¡No! Ve por Molly, antes de que vuelva al baile con Darnell -aconsejó Gloriana ansiosamente.

-No, no voy ahora. Quiero ver lo que hace Molly y lo que hace Darnell, y lo que hacen los *cowboys* de mi equipo.

-¿Vas a decírselo?

-Y claro que sí. Y, aquí entre nosotros, Gloriana, no quisiera estar yo en el pellejo de Darnell, ni por un millón.

Quizá lleves razón... ¡Oye, Jim! ¿Enseñaste el anillo a Molly?

-Sí. ¡Hubiera querido que vieras la cara que puso!... ¡¡Yo he tenido una gran alegría, Gloriana!

-Es que el anillo es lindísimo, la verdad. Déjamelo ver un momento...

-Sí, desde luego; pero espera un poco, que voy al pabellón, a enseñárselo a los *cowboys.*

-Jim, si vas a decirles lo de Darnell, habla claro.

-¡Oh, descuida y confía en mí!... Ya les he dicho algo. Gloria, esta tarde estoy más contento.

-¡Ah, pillo 1... Yo quisiera verme querida como tú quieres a Molly.

-¡Qué tontería!... Como si yo no te quisiera con toda mi alma. Y los papás y el tío.

-Pero es distinto. ¡Ah, verse una querida con locura, sólo por ser bella!... Porque, vamos a ver: ¿tú crees que esos *cowboys* tuyos tan sentimentales, me querrían a mí si supieran que no sé guisar, ni coser, ni zurcir calcetines, ni hacer nada; que yo soy, en realidad, un estorbo para un hombre, y que la idea de los hijos me aterra?... ¡Dime la verdad!

-¡Y claro que te querrían!... Los hombres prefieren las chicas bobas e inútiles. ¡No te preocupes! Lo importante es que seáis bonitas.

En el pabellón estaban todos los *cowboys* y Bud anunció, sonriendo:

-¡Eh, chicos, aquí está el amo, que parece una nube de tormenta!...

-¡Caramba, mi amo! -dijo Curly por su cuenta -. Y con la pistola, ¿eh?...

Jim pensó que la ocasión era propicia para hablar claro, para hacer una escena melodramática que impresionara vivamente a sus hombres, y dijo, en tono exaltado:

-¡Muchachos, amigos y camaradas: si no fuera por mi hermana y por vosotros, me habría pegado un tiro!

Se hizo un silencio penoso. Todos los *cowboys* le miraban con asombro y el espanto pintados en sus rostros. Jim comprendió que su plan tenía éxito, y siguió adelante:

-¡Escuchad, amigos míos! Dejadme deciros lo que pasa en pocas palabras. Ya sabéis que en cuanto pase el día de Año Nuevo, volveremos a Yellow Jacket. Se acabó la ciudad hasta la primavera, y aún no sé entonces. Mi tío está muy resentido contra Bambridge... Nosotros vamos a desbrozar bien Yellow, limpiándolo de ladrones y alimañas y maleza, y mi tío me ha dicho que en la primavera piensa echar allí cinco mil cabezas de ganado. Pero esto no es más que una muestra de todo lo que os tengo que decir.

Hizo una pausa, y añadió:

-Bien; quiero abriros por completo mi pecho, amigos míos. Seguramente recordaréis que os he hablado de un individuo llamado Darnell, que fue novio de mi hermana allá en el Missouri, y que luego resultó un canalla. Pues bien: ese hombre ha venido a Flag. Anda en negocios con Bambridge. Ha estado persiguiendo y molestando a mi hermana, hasta que Gloria ha optado por no salir de casa. La pobre tiene un miedo espantoso. Dice que teme que ese hombre sea mi perdición si da en murmurar de ella. Pero, comprendedme: mi hermana es la mujer más buena, honrada y recta de la tierra, ¿eh? ¡No vayáis a pensar mal de ella 1 Lo que hay es que era una muchacha muy alegre y risueña hasta que conoció a ese Darnell, el

Librodot

cual ya os he dicho que resultó un perfecto canalla, un jugador y estafador, además. Es, por otro lado, un muchacho guapo y elegante, que sabe seducir y encantar a las mujeres... A mi pobre hermana le estafó dinero, y luego a mi padre. Y ahora Gloriana tiene miedo de que estafe también a mi tío, cosa que vosotros sabéis que es imposible. ¿Qué os parece?...

-¡Oh! -dijo Curly el primero, sonriendo despectivamente -. ¡Míster Darnell ha venido a un clima que va a probarle muy mal, mi amo!

-Tú recuerdas haber visto a ese Darnell aquel día conmigo en la estación, ¿verdad?

-Sí, señor, sí. Y eso basta para mí y Bud y todo el equipo.

-Muy bien. Pues ahora viene lo peor -prosiguió Jim sin necesidad de fingir aún consternación y angustia. Dio unos pasos por la estancia y al fin se dejó caer en una silla ante la lumbre, donde se mesó los cabellos con ademán de desesperación. Y prosiguió al fin -: Molly Dunn, ¿sabéis?, me ha plantado. Ha roto nuestras relaciones y se ha marchado de casa de mi tío. Dice que no se considera con bastantes méritos para casarse conmigo. ¡.Pobre muchacha!... Ahora está de dependienta en el almacén de Babbitt, por las tardes. Por las mañanas va a la escuela. ¿No os parece horrible todo esto *boys?* Pues bueno, aún hay más: Molly se ha hecho amiga de Darnell, cosa que yo me explico. Mi hermana dice que Molly hace eso porque está loca de pena, porque me quiere demasiado... para que todo el mundo la vea con ese hombre y digan que, en efecto, no es la muchacha que me conviene... Y yo, comprendedlo, estoy medio loco y aterrado, además...

Jim hizo una pausa, jadeando trabajosamente. ¡Qué descanso, haber confesado al fin esto a sus hombres!... Y cuando levantó la cabeza, pudo darse cuenta por primera vez quizá, de la sinceridad del afecto que le profesaban sus hombres. Fue un gran momento para Jim.

Slinger Dunn, sin pronunciar una sola palabra, se puso el sombrero y se deslizó silenciosamente hacia la puerta.

-¡Eh, Slinger, alto! -gritó Jim -. ¿Adónde vas?

Dunn se detuvo, contestando, con un brillo siniestro en sus ojos negrísimos:

-¡Oh, iba a buscar a mi hermana, pues me extraña que no haya venido por mí para que la acompañe a casa! Y, de paso, a ver si veo a ese Darnell.

-Slinger, ocúpate cuanto quieras de tu hermana; pero deja en paz a Darnell por ahora - repuso Jim a su vez.

-Pero..., ¿por qué no he de poder salir?... ¿Va usted a impedirme que me ocupe de mi hermana también?

-¡No, hombre! Solamente te ruego que esperes.

-¿Que espere a qué?

Jim no supo qué contestar. La verdad era que Slinger llevaba razón. El caso era de los que no admiten espera...

-Escuchad, muchachos -siguió diciendo luego de breve pausa-. Mañana por la noche es el baile, el baile de Nochebuena. Todos iremos. Seguramente veremos a Darnell. Yo no quiero hacer nada ni rogaros a vosotros que hagáis nada tampoco hasta después del baile. Pero, entendedme bien: yo no me quedaré aquí en el Oeste si Molly no se casa conmigo. Todos sabéis cómo la quiero. Es una cosa para mí mucho más seria y grave que eso del *Cuchillo Fatídico.* Os digo todo esto, porque os considero verdaderos amigos *y* camaradas, aunque sé que en Flag todo el mundo se reirá de mí cuando lo sepa, como se reían de mí cuando era recién llegado... Pero nada me importa. Lo que me importa es reconquistar a Molly, hacer un hogar para mi hermana Gloria, y saber que el equipo del Diamante me sigue siendo fiel.

Curly, que en momentos críticos era el que hablaba siempre en nombre del equipo, puso una manaza morena en un hombro de Jim, y murmuró:

-¡Jim: los deseos de todo el equipo del Diamante son que, a partir de esta noche, se considere usted como un verdadero hijo del Oeste para siempre!

Había hablado con su lentitud acostumbrada, con aquel tono grave y como solemne con

que hablaba siempre, y Traft comprendió que aquellas palabras de su *boy* resumían todo el cariño del equipo por él, y toda el alma brava y ruda y noble del desierto en que ellos vivían.

-¡Oh, yo lo procuraré con toda mi alma! -repuso Jim sonriendo, al tiempo que se ponía en pie.

XI

Jim había tenido que contenerse para no rogar a sus *cowboys* que fueran al almacén de Babbitt con el pretexto de hacer algunas compras *y,* de paso, recordarle a Molly que Jim existía.

De todos modos, Jim fue más tarde a la ciudad, pensando en el camino en lo que iba a ocurrir luego de su conversación con los hombres de su equipo. El que más le inquietaba era Slinger, que, por ser hermano de Molly y, sobre todo, tan sombrío y silencioso, era capaz de hacer una que fuera sonada.

Pensando de esta guisa, Jim distraía sus ocios en el vestíbulo del hotel. De pronto se estremeció, porque acababa de ver a Molly, que en aquel momento entraba en el almacén de Davis, que estaba en la esquina. Jim se levantó de un impulso. Eran las cuatro, y Molly tenía aún por lo menos una hora de trabajo. Entonces salió a la calle, cruzó ésta y fue a situarse cerca de la puerta del almacén, en donde podía ver a la muchacha sin ser visto. Pronto tuvo que esconderse, porque pasaban Lonestar *y* Cherry, cargados de paquetes. Y Jim comprendió que venían del almacén de Babbitt, a juzgar por el papel de los envoltorios, que Traft reconoció en seguida.

Tuvo que esperar un rato que le pareció interminable. Al fin salió Molly, dándose de manos a boca con él. La sorpresa de la muchacha fue tan grande que lanzó un grito ahogado y dejó caer al suelo algunos paquetes de los que llevaba. Jim los cogió, le devolvió algunos, conservando otros, .y diciendo, luego de comprobar que el rostro de Molly se había puesto como la grana:

-¡Yo llevaré éstos! ¿Adónde vas?

Molly parecía a la vez furiosa y desorientada. Y murmuró, entre dientes:

-Tú... tú...

-Cuidado, querida! -la atajó él -. Estamos en la calle principal de Flag y pueden oírte. Si quieres protestar o hacerme una escena, vayámonos de aquí a otro sitio, donde nadie nos vea ni nos oiga.

Ella intentó protestar de nuevo, pero él añadió todavía: -¡No te canses, Molly! ¿Es preciso que yo te hable, o moriré en el empeño! ¿Adónde vas?

-A mi casa -contestó la chica al fin. Y añadió burlonamente-: ¡A mi pobre cabaña!

-Bien; en ese caso, yo te llevaré algunos paquetes. ¡Dame ése también!

Le cogió a la fuerza uno de los que llevaba Molly, y al hacerlo, se le cayeron dos o tres de los • que le había cogido antes. Jim se agachó. Al levantarse, creyó ver lágrimas en los ojos de Molly...

En este momento pasó Sue Henderson y, al ver a la chica, gritó alegremente:

-¡Caramba, ustedes!... Haciendo las compras de Pascua, ¿eh?... ¡A la noche nos veremos!...

Jim preguntó a la muchacha:

-Bien, ¿por dónde vamos, querida?...

Ella se ablandó un tanto ante el tono dulce y cariñoso de Jim y empezaron a andar en silencio. La calle, barrida por completo por las ráfagas heladísimas que bajaban de la

Librodot

montaña, estaba desierta y el aire parecía llegar cargado de agujas de hielo. Molly no parecía ir muy abrigada. Jim hubiera querido hablar a la muchacha del abrigo de pieles que le había comprado; pero la ocasión le parecía inoportuna.

-¡Vaya, Jim, que me has jugado una buena pasada! -dijo, al fin, Molly, rompiendo el silencio.

-¿Yo?... ¡Pobre de mí! ¿Qué quieres decir?

-¡Y claro! Me has enviado al almacén a todo el equipo del Diamante.

-¿Yo?... ¡Te juro que no! ¡Palabra! Tú sabes que yo no miento.

-Pues esta vez... Algo has hecho para que vayan todos tus *cowboys* a verme.

-Te juro que soy inocente.

-¡Inocente! -repitió ella, mirando a Jim un momento de soslayo.

-Pues te juro que soy inocente, Molly. Ayer llegué a pensar en enviarte a los *boys*, aunque no fuera más que para recordarte que vivía; pero no lo hice. Es más, incluso contuve a tu hermano para que no fuera a buscarte, porque parecía disgustado.

-¡Pues hoy por lo visto no lo has detenido! ¡Ha sido terrible!...

Y la muchacha tuvo que hacer un esfuerzo, porque su voz se quebraba en una especie de sollozo.

-¡Oh Molly, cuánto lo siento! ¿Pues qué ha dicho tu hermano?

-¡Oh, no quiero decírtelo!... ¡No quiero darte la alegría!... Lo único que te digo es que no le perdonaré mientras viva... ni a ti tampoco.

-¡Oh, quizá tu hermano te ha dado lo que merecías! -dijo Jim con dulce sarcasmo.

-¡Oh, me ha avergonzado! -exclamó la muchacha con voz de llanto -. ¡Precisamente allí mismo en el almacén, ante dos dependientes y esa vieja estúpida de mistress Owen... que lo habrá ido contando por todo el pueblo!

-Pero, ¿qué ha hecho tu hermano, querida mía?

-¡Me ha insultado con las peores palabras!... Te juro que no podré seguir aquí... Voy a irme o hacer algo terrible...

-Ya has hecho algo terrible-repuso Jim, semisonriendo -; solamente que no te has dado cuenta. Dime lo que te ha dicho tu hermano.

-¡Oh! , vino a la tienda y me dijo desde lejos: « ¡Ven acá, tú, cabra loca, perdida!...» Y, saltando el mostrador, se arrojó sobre mí, me cogió por el cuello y me hizo caer contra el mostrador, dándome un golpe tan tremendo que tú podías haberlo oído en la calle... Y me soltó diciéndome que ya nos veríamos...

Jim se puso muy serio, teniendo que hacer un gran esfuerzo para no gritar de rabia y de impotencia.

-¡Horrible! -comentó al fin -. Para una muchacha como tú... ¿Y mis *cowboys* qué han hecho?

-¡Oh, me han vuelto loca! ¡No te han nombrado, pero todo el equipo me ha frito a indirectas! Que si esto, que si lo otro..., que si el baile que daba esta noche el ti... míster Traft, ¡bueno, tu tío!, en mi honor...

-¡Ah, desde luego! -interrumpió Jim -; mi tío da el baile en honor tuyo, de todos modos.

-Todos tus hombres han sido muy amables -siguió diciendo Molly entonces, como no queriendo fijarse en las palabras de Jim -. Tú sabes que míster Babbitt nos da a toda la dependencia el diez por ciento de las ventas en tiempo de Pascua, y Curly Prentiss, que por lo visto lo sabía, se ha llevado todo lo que yo tenía en mi sección. Míster Babbitt estaba asombrado y me ha felicitado por el éxito de mi venta. Te advierto que se han gastado todo lo que tenían y han quedado a deber en el almacén varios centenares de dólares. ¡No creo que puedan pagar en la vida!... ¡Ese Bud Chalfack!... ¡No se paga con dinero!... ¿Qué dirás que quería?

-¿Qué?

-Pues nada menos que comprarme una alcoba que hay en el almacén, un ajuar completo

Librodot

de matrimonio, diciendo que era para casarse conmigo, como regalo de boda. Curly le hacía coro...; ¡me han dado una lata!...

-¡Qué estúpido! -dijo Jim, divertido y molesto al mismo tiempo -. Bien que te hubieran comprado lo que quisieran, ¡todo el almacén, si querían! ; pero la segunda parte me parece de muy mal gusto...

Molly se detuvo ahora ante una casita de aspecto modesto, situada casi al final de la calle, en cuyo patio había un pino. Jim se fijó en este detalle para encontrar a Molly, alguna vez, luego de salir ella de la tienda. Y la muchacha dijo:

-Bueno! Aquí vivo yo, ¿sabes?

-¿Y estás bien aquí?

-¡Oh, yo estoy acostumbrada al frío! Por suerte, tenemos una estufa en el recibidor. Entra.

Jim se sintió conmovido y encantado ante la prueba de confianza de la chica, y entraron. El recibidor estaba caliente y confortable, en efecto, comparado con la calle fría y hostil. Jim dejó los paquetes sobre una silla, y al volverse vio a Molly calentando sus manos en la estufa. Se había quitado su sombrerito y el abrigo. Tenía un aspecto saludable y estaba lindísima, aunque con un aire melancólico y triste. ¿Por qué no la abrazaba en este momento y lugar propicios?... ¡Ah, toda su alma se lo pedía a gritos!... Pero algo sin embargo le contenía. Era el presentimiento de que Molly, durante el corto trayecto que vinieron juntos, se había reconciliado y se inclinaba de nuevo hacia él. Sin darse cuenta, su actitud y su bondad hacia Jim en el último instante la habían traicionado. Y esto cohibía dulcemente al muchacho.

-¡Gracias por haberme invitado a entrar, Molly! -dijo por último sonriendo -. Supongo que tú has querido quitarme el enojo, y luego despedirme... ¡Ya hablaremos de eso! Ahora no, porque tendríamos una agarrada, y no quiero amargarte las Navidades... Pero antes de marcharme, ¿quieres prometerme que vas a enviar un recado a Darnell, diciéndole que no vas con él al baile de esta noche?...

-¡Oh, eso sería una mala acción! -repuso vivamente Molly.

-En apariencia, sí. Pero hay muchas razones para que lo hagas..., a menos que quieras perder tu reputación en Flag.

-Tu hermana también lo dice así. Pero yo no os creo a ninguno de los dos, y que tú me ruegues eso, la verdad, no me parece...

-¡Bien, Molly: discutamos el asunto! ¿Quieres venir conmigo, en vez de ir con Darnell al baile?...

Molly bajó la cabeza estremeciéndose de pies a cabeza. -¡Ah, qué horrible alternativa! Y Jim insistió:

-¡Vendrías con mi hermana Gloriana, como es lógico! Ella dice que ésta es la ocasión para que nos reconciliemos y tú vuelvas a casa de mi tío... ¡Antes de convertirme en el hazmerreír de todo Flag!

-¡Pero eso no puede ser, Jim!

-¿Y por qué no, Molly? No es que a mí me importe nada la opinión de la gente, al fin y al cabo. Nosotros queremos que tú evites y rechaces de tu mente ese equívoco que te ha colocado conmigo en esta actitud.

-Precisamente el equívoco, no mío, sino de la gente, es lo que yo no quiero evitar, ¿entiendes?...

Jim la miró fijamente. De haber tenido un carruaje a la puerta, se la habría llevado con él en este instante.

-Bien, di lo que quieras, Molly -dijo él entonces -; ahora no quiero disgustarte; pero ya hablaremos.

-¡Bah! ¿Qué me importa?...

-¿Ah, sí?... Entonces, ¿qué es lo que te importa?... ¿Te importa, tal vez, ese jugador y estafador de Darnell, no es así?

Librodot

-¿Qué dices?... ¿Cómo te atreves?... -repuso ella, casi ofendida.

Jim comprendió que Gloriana no le había contado a Molly nada grave acerca de Darnell.

-¡Sí, yo soy muy atrevido! -murmuró él con ironía-. Un *cowboy* muy atrevido, ¿verdad?

-¡Tal vez! -repuso ella con insolencia agresiva -; ¡y se lo voy a decir a míster Darnell, para que seas menos atrevido!

Jim, a pesar del gran dominio que tenía sobre sí mismo, sintió que la sangre se agolpaba a su rostro, y contestó en tono incisivo:

-¡Oh, sí, díselo! Y cuanto antes mejor... ¡Eres una muchacha extraña, Molly!... Para hacerme daño, estás flirteando con ese Darnell, olvidando o pretendiendo olvidar que Slinger Dunn, tu hermano, el más duro y terrible de los *cowboys* de Arizona, como Croak Malloy, es uno de los *boys* de mi equipo.

-¡Mira, Jim, ni yo flirteo con nadie, ni mi hermano es ese *cowboy* terrible que tú dices! -repuso ella insolentemente.

-Entonces... ¿qué quieres decir?... ¿Qué piensas llevar adelante esto?...

-¿Cómo adelante?...

-Sí; ¡a hacer mofa de mí, y a que se ría de mí todo Flag! Porque tú sabes que las muchachas del pueblo no me han mirado nunca con buenos ojos; de los muchachos, sólo son amigos míos los *boys* de mi equipó, y el resto de la gente tampoco me interesa... Y todo el mundo va a retirarse de mí cuando sepa que tú me has plantado...

-¡No llegará el caso! -opuso Molly con pasión -; porque voy a hacer otra cosa...

Jim comprendió que todo era inútil. Lo único que podía convencer a Molly en este momento y quizás en todos los momentos, era la fuerza bruta. Pero antes de echar mano de ella, Jim quiso emplear otro argumento, y dijo:

-Ya has visto uno de mis regalos de Pascua. ¿Qué te ha parecido?

-¡Qué pesadilla!

-¿Tienes curiosidad por ver el otro?

-Ninguna. Yo puedo ser una pobre aldeana de Arizona, pero tú no puedes comprarme..., ¡villano del Missouri!

-¡Cuando tú me llamabas *Missouri,* acostumbrabas darme un beso! -dijo él sonriendo -. ¿No te acuerdas ya cuando íbamos a cazar pavos salvajes?

-Procuraré olvidarlo. ¡Oh Jim! Tú has sido tan bueno conmigo, que yo... yo... procuraré olvidarte si resbalo por una mala pendiente...

-¡Bonito estreno has tenido, Molly! Escucha: ¿es que te ha faltado al respeto acaso ese Darnell?

-¡Oh, no! -repuso ella, sofocándose hasta las orejas-; ¡me insultas!

-¡Pero, mujer, sé razonable! Tú insinúas una cosa, y luego te ofendes conmigo.

-Yo digo que tú... ¡me empujarás a que haga una locura!

Hubo una pausa. Los dos se miraron a través de la estufa, encima de la cual sus manos casi se juntaban. Jim tuvo que contenerse para no dar el primer paso hacia ella.

Y al fin dijo:

-Pero, querida mía, ¿te das cuenta de la situación en que me pones con tu actitud?

-¿Y tú, no te das cuenta de que yo te adoro, Jim? -dijo ella, bajando la cabeza, como vencida.

-En ese caso, ¿por qué persistes en tu locura?... ¿No comprendes que si te obstinas en ella me arruinarás para siempre?... Yo no puedo creer que tú...

Pero se interrumpió, porque la muchacha, cubriéndose el rostro con las manos, había roto en un hondísimo sollozo.

Jim aprovechó la ocasión, para decir dulcemente, acariciando a la muchacha:

-¡Molly, no quiero atormentarte más!... ¡No llores, que no quiero que se te pongan rojos tus bonitos ojos!... ¡Bien, a la noche nos veremos! Resérvame un baile a mí, ¿sabes?...

Librodot

Y salió rápidamente de la casa, al frío terrible de la calle.

Volvió hacia el rancho, excitadísimo. Era casi de noche cuando llegó. Gloriana no estaba en el salón. En vista de lo cual, se dejó caer en un sillón, hasta que sintió que renacía en él la serenidad y el carácter del verdadero hijo del Oeste, que había adoptado hacía poco.

Poco antes de cenar, fue al pabellón de los *cowboys*, donde reinaba una algarabía indescriptible a causa de las recientes compras. Por suerte y con gran sorpresa de Jim, sobre todo en esta víspera de Navidad, ninguno de los *boys* estaba borracho. Y cuando entró, le recibieron con un griterío y comenzaron a tirarle paquetes a la cabeza.

-¡Felices Pascuas! -gritó Bud con voz de trueno.

-¡El hombre del Missouri! -rugió Curly, del mejor humor.

Jim hurtó el cuerpo como pudo, y luego, riendo, preguntó

-¿Pero este bombardeo es en sentido amable, queridos?... ¡Basta, basta! ¡basta!...

Luego, cuando se hubieron calmado un tanto, Jim añadió en otro tono:

-He sabido lo que habéis hecho en el almacén de Babbitt. Y yo me considero también parte en la deuda que habéis dejado allá.

Luego, volviéndose hacia Slinger, preguntó, casi torvamente:

-Slinger, supongo que no les habrás dicho a estos muchachos lo que has hecho en el almacén de Babbit, ¿eh?

-Y tanto que se lo he dicho. Todos lo saben.

Curly, luego que Bud y los otros habían gastado algunas bromas pesadas a propósito del asunto, comentó:

-¡Lo que a mí me parece, mi amo, es que es triste que esta Navidad la celebremos así! Ya dice el Evangelio que « ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! ¡Pero el caso es que este año parece que flotan en el aire la guerra y las batallas!... ¡Seguramente alguno de nosotros no va a poder celebrar las Navidades del año próximo!

-En ese caso debemos coger una borrachera formidable -propuso Bud, restándose su durísima testa.

Un coro de gritos y aprobaciones acogió estas palabras. Jim, frunciendo el ceño, le preguntó a Curly, intrigado:

-¿Qué te pasa a ti, Curly?

-¡Pregúntele usted a Bud, mi amo!

Jim se volvió hacia éste, que comenzó a explicar con mucha calma:

-¡Oh, nada, mi amo! Verá usted... Es que Curly y yo hemos hecho una visita a algunos salones de juego del pueblo esta tarde. Hemos ido al salón de Snell, donde el portero no nos quería dejar entrar, pero al fin, cuando Curly le puso la pistola en el pecho, nos dejó pasar. Bueno; un amigo de Curly le había dicho que había allí gran timba esta tarde y, en efecto, veíase mucha gente alrededor de la mesa, porque ese salón sabe usted que es una cosa elegante, donde va buena gente. Allí estaban Bambridge, Blodgett, otro ranchero al que yo no conozco, y Blake, un hotelero de Winslow, y ese tipo Darnell, hacía de banquero. Bueno; Curly y yo nos pusimos a mirar el juego, y pronto vimos que Bambridge jugaba y perdía fuerte. En seguida nos dimos cuenta Curly y yo de que el tal Darnell es muy hábil en el manejo de las cartas. ¡Demasiado, caramba!... Curly, que usted sabe que es también gran conocedor de las cartas, se dio cuenta de que Darnell hacía trampas con una limpieza que daba gusto, ya que los otros jugadores no se daban cuenta de nada. Y Blodgett y el otro ranchero cuyo nombre no sabemos, se daban a todos. los diablos...

-¡Oh! -comentó Jim, volviéndose hacia Curly -. ¿Y es por eso que tú estás triste esta Navidad y ves las cosas tan negras, hombre?...

-¡No, no es por eso! -repuso Curly, sonriendo -. Se trata de dos cosas: primera, que yo podría jugar y perder bastante dinero allá en el salón de Snell; y, segunda, que estoy dudando de si ese Darnell será tan diestro en el manejo de la pistola como en el de las cartas.

Librodot

Jim no comprendió. Y ya iba a decir algo, cuando oyó a Bud, que comentaba:

-¡La vida es muy triste para un *cowboy* enamorado, mi amo!... ¡Ver el cielo azul, los campos verdes, las flores y los pájaros, los bailes, las mujeres bonitas..., y pensar que quizá la muerte le acecha a uno en la esquina!...

Jim preguntó ahora, intrigadísimo:

-Pero, oye, ¿qué os pasa?... ¡Dímelo tú, Curly!

-¡Oh, mi amo! Es que yo he pensado que es una ocasión admirable para desembarazarnos de míster Darnell, sin mezclar en el asunto a ninguna de las dos muchachas, ¿comprende usted? Usted sabe muy bien lo que pasa en Flag como en todos los pueblos con esto de las murmuraciones.

-¡Qué dices, muchacho!... ¿Desembarazarnos de Darnell?... -preguntó Jim, muy intrigado.

-Sí, señor. Mire: yo podría jugar en el salón de Snell, llevando un buen fajo de billetes. Desde luego fingiría que iba algo bebido, y pronto haría ver que descubría las trampas de Darnell en el juego. Si él lleva encima un arma... ¡ya veremos! Pero, si no... ¡Me parece que no va a sentarle bien el clima de Flag en adelante!...

-¡Oh, pues es una gran idea, Curly! Lo malo está en que Darnell quizá lleve pistola... Bien es verdad que siendo del Este, no es fácil...

-¡Oh, no sabemos de dónde es! -repuso Curly -. Pudiera ser de Texas.

Bud medió, para decir:

-¡Tonterías!... Ese tipo almibarado no puede llevar encima un arma. Y aunque la lleve, ¿qué importa?... Jim añadió, dirigiéndose a Curly:

-¡Mira, Curly, yo te daré el dinero para que vayas a jugar, e incluso te acompañaré al salón!

-Muy bien. La partida me han dicho que se organiza todas las tardes. Desde luego, no sé si le dejarán entrar a usted, porque el juego allí se hace a escondidas... De todos modos, no arme usted camorra con el portero si no le deja pasar... A cosa de las cuatro de la tarde es buena hora...

-Entendidos. ¿Cuánto dinero necesitas, Curly?

-¡Oh, déme usted un montón de billetes capaz de tapar una vaca!... Tendré que enseñarlos para que me dejen entrar, pero no perderé mucho dinero, esté usted seguro.

-Muy bien... Eso facilita la cosa... Yo buscaré el dinero... Y ahora, *boys*, hablemos del baile de esta noche. Es en el hotel y asistirán los peces gordos del pueblo, ¿estáis?... Molly va a ir con Darnell. Yo he intentado disuadirla dulcemente, pero no he podido conseguirlo. Estoy en ascuas por saber lo que pasará.

Curly dijo:

-Mi amo: esta tarde me he encontrado a Sue Hender-son, y me ha preguntado si era verdad que usted había roto con Molly. Sue es la lengua más peligrosa de Flag, exceptuando a su madre, que tiene la virtud de sacarme de quicio. Ella se mostró muy excitada cuando yo le dije que habían tenido ustedes un pequeño disgusto, y me preguntó aún si la cosa sería capaz de romper el compromiso entre ustedes; yo le dije que no, pero ella no pareció muy convencida, y parece que quiere bailar con usted esta noche, mi amo. ¡La cosa se pone fea para Molly!

-¡Es lo que mi hermana se merece! -comentó Slinger.

-Sí -siguió diciendo Curly-; Molly ha escogido la peor manera para comprometerse ante las gentes de Flag. Pero la infeliz no ve que ese Darnell no querrá comprometerse por ella ante los ojos de las otras muchachas del pueblo. Y mucho me temo que Molly haga un papel desairado en el baile...

-Pero vosotros... -comenzó a decir Jim.

-¡Oh, nosotros, nos portaremos bien, mi amo! ¡No pase usted cuidado!...

Cuando, después de la cena. Jim contó esta conversación a su hermana, se asombró de

Librodot

ver que no causaba ninguna sorpresa en el ánimo de Gloria. A él le había impresionado la decisión de Curly acerca de Darnell. ¡Ah, aquellos *cowboys* tan leales, a los que Molly gobernaba con el dedo meñique!... Pero esto era otra prueba de lo poco que conocía Jim al Oeste y a los *cowboys* mismos.

Gloriana, con su sutileza femenina, veía en aquel punto mucho más claro que su hermano.

-Será una buena lección, Jim -dijo al fin la muchacha -. ¡Y si al menos esto le sirviera de escarmiento a Molly!

-¿En qué sentido?

-¡Oh, verás! Molly es una chica seductora para Darnell; se burlará de ella, pero no querrá tomar su defensa, como un paladín. Parece que corteja a Sue Henderson. Todas las muchachas de Flag tienen sus novios o sus pretendientes fijos, con los que bailan siempre. Darnell no puede bailar, por tanto, más que con Molly. Y ya verás como él la desaira.

-De todos modos, muy penoso para mí.

-Desde luego. Será una Pascua muy triste y dura para ti. Sin embargo, yo creo que, en el fondo, va a traerte suerte el baile, porque Molly se va a ver en un ambiente y en un marco impropios, y volverá hacia ti... ¡Y ahora márchate; querido, que voy a vestirme!

-¿Qué vas a ponerte?

-¡Oh, ya verás! Voy a vestirme de veras. Quiero demostrar a Flag que tienes una hermana de la que puedes estar orgulloso. ¿Iremos en la galera?

-Sí. Aunque aún queda nieve y podríamos llevar el trineo, si quieres.

-Lo prefiero. Hasta luego, entonces.

Jim entró en el salón para hablar un momento con su tío antes de ir a vestirse.

-Hijo mío -dijo el viejo ranchero al ver a su sobrino -, yo no voy al baile, ¿sabes?... Prefiero reservarme para el que daremos aquí el miércoles en honor de Molly. Y tú ve viendo si para entonces ha vuelto aquí la chica.

-¡Oh tío, o lo consigo o me costará la vida! -repuso Jim con vehemencia.

-Tráeme a Gloriana antes de que os marchéis. Quiero recrear mis ojos viéndola vestida.

Mientras Jim se vestía, no dejaba de reflexionar. Si sus *boys* y sus amigos desairaban a Molly aquella noche, como habían convenido, se le presentaría a él la mejor ocasión para realizar el plan que se había trazado. Y si Darnell se portaba como había previsto Gloriana, quería decirse que había sonado la hora propicia para Jim. Le repugnaba a su amor propio y a su conciencia tener que recurrir a tales motivos para recobrar a su novia. Pero todo lo aceptaba con tal de salvar y recuperar a Molly.

La alcoba de Molly en el rancho había sido conservada precisamente tal y como Molly la había dejado al marcharse. Jim fue a la cocina y encargó al ama de llaves que cuidara de tener pronta, en todos los sentidos, la alcoba de la joven, un poco antes de las doce encendiendo las luces de la misma y un buen fuego en la chimenea. Luego cogió de su armario su abrigo y el abrigo de pieles que le había comprado a Molly, y bajó al salón.

Su hermana estaba allí, bajo el brillo de las lámparas, ante el fuego, dando vuelta coquetonamente para que la viera su tío.

Jim se quedó asombrado. Gloriana llevaba un bellísimo vestido blanco, con adornos de encajes, e iba muy escotada y con los brazos desnudos. Toda ella relucía como una inmensa joya viviente.

El viejo ranchero decía en este instante, con una larguísima sonrisa:

-Te pareces algo a tu madre, hija mía, aunque no gran cosa... Espero, querida, que nosotros, las gentes rudas del Oeste, no lo seamos tanto que no sepamos hacerte dichosa. ¡Oh, yo soy feliz y me siento rejuvenecer, viéndote tan hermosa, hija mía!...

-¡Gracias, tío! Es usted muy amable. No se preocupe usted por mi aspecto tan delicado, porque mi mayor sueño es endurecerme aquí y llegar a ser feliz en el gran Oeste.

Y le besó varias veces con ternura.

Librodot

Ya muy tarde, según la costumbre del Oeste, los hermanos Traft llegaron al hotel donde se celebraba el baile. El vestíbulo estaba lleno de gente, los salones, lo mismo que el vestíbulo, aparecían adornados para la fiesta. Y entre la multitud mostrábanse muchos jóvenes con trazas y aires de *cowboys.*

Gloriana se dirigió, por la ancha escalera, hacia el salón donde estaban las damas, y Jim fue entonces en busca de los muchachos. Curly y Bud estaban ya allí, vestidos con trajes negros correctísimos y camisas impecables en su blancura, lo que les hacía desconocidos ante los ojos de Traft. Curly, sobre todo, tenía un aire magnífico y arrogante, todo lo contrario del pobre Bud. Slinger también estaba allí, vestido de etiqueta, pero impasible y sereno como cuando vestía de zamarras y caminaba entre los bosques.

-¿Dónde está el *gang?* -preguntó Jim.

-¡Oh, por aquí andan! Up y Lonestar, y Cherry y Jack, andan por ahí, persiguiendo a las chicas... Hump dice que aún se encuentra delicado para bailar...

-¡Lo que hay que ver es la chica que ha traído Jackson Way al baile! -dijo Bud -. Es una forastera la mar de guapa... ¡Tenemos que bailar con ella!

Curly dijo, en tono de reproche:

-¡Mi amo, veo que ha desatendido usted la indicación de Ring Locke!...

-¡Oh, Curly -repuso Jim -; ¿cómo quieres que llevara la pistola con este traje?

-¡Oh, pues yo la llevo! Y si usted me observa, verá como no doy la espalda a nadie, por si acaso...

-De todos modos -dijo Jim sonriendo -, estaré alerta, y si a Croak Malloy se le ocurre asomar por aquí, ya veré de escabullirme por alguna parte. ¿Vas a bailar, Slinger?

-No me gusta, y sé que haré el ridículo; pero lo he prometido esta mañana, *y* no quiero volverme atrás -repuso el hermano de Molly.

-Bien, vamos a ver a mi hermana -murmuró luego Jim.

Gloriana estaba en la meseta de la gran escalera, y al verla Bud exclamó, asombrado:

-¡Sosténme, Curly, que me vengo al suelo!

Curly lanzó una exclamación ahogada de asombro, pero que no escapó a Jim, de todos modos; en cambio, Slinger no pestañeó siquiera ante la hermosura de Gloriana. Ésta avanzó al encuentro de sus amigos, saludándoles entre encantadoras sonrisas, y todos pasaron a uno de los salones. Bud lanzó una serie de exclamaciones admirativas, y luego preguntó a Gloriana:

-¿Qué le parece esto, miss Gloriana?

-¡Oh, muy distinto de lo que nos contaba mi hermano en sus cartas! ¡Esto es precioso!

Bud dijo que Jim debía bailar primero con su hermana, y Jim contestó:

-¡Poco a poco, amigos míos!... ¡No hay que fatigar a Gloria, que en el último baile se cansó mucho! Mi hermana ha venido al Oeste a ponerse buena, y si no lleva cuidado... De todos modos, bailemos un poco. ¡Anda, Gloria, vamos a ver si se me ha olvidado!...

Cuando ya los dos hermanos bailaban, Gloria le dijo a Jim:

-¿Sabes?... He visto ahí fuera a Molly, que está muy guapa... Por cierto que Sue Henderson y su madre la hacen pedazos, a fuerza de murmurar... Ya sabes que mistress Henderson es lo más importante de Flag... La pobre Molly parecía asustada, a pesar de su entereza, viéndose en este ambiente. No creo que haga muy buen papel. Darnell no le hará caso, ya lo verás, y entonces ha sonado tu hora, querido Jim.

— ¡Pobre locuela! -contestó Jim -. Esta noche va a ser muy dura para ella y para mí también. De no ser por esto, yo estaría esta noche loco de orgullo y alegría, viéndote tan hermosa, ¿No sabes?...

-¿Qué?

-Pues mis *boys;* cuando subíamos la escalera y te vieron, Curly por poco me rompe el brazo, apartándome, y Bud dijo: « ¡Sosténme, Curly, que me vengo al suelo!...

-¡Pobres, son muy simpáticos! Sólo que demasiado vehementes... Slinger me da miedo.

-¡Oh, no te preocupes!... ¡Esta noche debe ser una gran noche para ti!... Todos los ojos

están fijos en tu persona. Y es que estás hermosísima... ¡Y bailas como un ángel!

Al terminar aquel vals, los dos hermanos estaban al otro extremo del salón, y Jim pudo descubrir a Jackson Way, que acababa de bailar con una linda muchacha morena. Jack intentó evadirse, pero Jim le dijo, tirando de su hermana:

-Hola, hola, *boy!* ¿Adónde se va?

Y de este modo el *cowboy* y su damisela fueron llevados por el jefe del equipo hacia el sitio donde estaban Curly y los otros.

Jim, luego de las presentaciones, dijo:

-Bueno, Gloriana, te dejo bajo los tiernos cuidados de mis *boys*, aunque yo te veré desde lejos...

Gloriana murmuró, de pronto:

-¡Aquí vienen Molly y Ed Darnell!...

Jim se estremeció, sintiendo que su sangre se le agolpaba al corazón. Primero vio a Molly, a la que casi no reconoció; y en seguida la saludó, con una leve sonrisa, viendo con agrado que su hermana le imitaba. En cambio, los *cowboys*, según lo convenido, hicieron como si no vieran a la muchacha. Los ojos de Jim se fijaron entonces en Darnell, y apenas reconoció en este elegante *gentleman* que daba el brazo a Molly, al hombre que había visto en la estación de Winslow. El muchacho acabó diciéndose que era preferible disimular sus sentimientos... y esperar...

De todos modos, aquel momento fue el principio de una serie de sucesos tristes y lamentables para Jim. Éste dejó a su hermana en el grupo de jóvenes, y se fue, salón adelante. Su propósito era inalterable, y ni su pena ni su humillación le habrían de hacer cambiar de actitud. Recorriendo salones, la meseta de la gran escalera y el vestíbulo luego, pudo ver a los *boys* de su equipo y a infinidad de amigos de su tío que, de acuerdo con Jim, hacían el vacío y mostraban desdén e indiferencia hacia Molly Dunn. Estas gentes representaban precisamente la *elite* de Flag. La mayoría del público, sin embargo, estaba formado por parejas de *cowboys* y sus novias, que bailaban y hablaban sin cesar. La murmuración se cebaba, sobre todo, en Molly y Jim: aquella muchacha medio salvaje, hija de un leñador e hermana del forajido más terrible de Arizona, había plantado nada menos que al sobrino del rico Jim Traft, el ranchero más poderoso del Estado.

Jim bailó con Sue Henderson y con otras dos muchachas que eran grandes amigas de Gloriana, muy bellas y simpáticas, por cierto.

Darnell hizo lo que Gloriana había previsto: olvidaba a Molly para bailar con muchachas de la buena sociedad del pueblo, y al fin la abandonó por completo a los *cowboys* y los dependientes de comercio. Molly, a su vez, bailaba y flirteaba de lo lindo con todos, y parecía contenta y animadísima. Jim procuraba encontrar la ocasión para bailar con ella, pero no lograba encontrarla, aunque espiaba a la muchacha sin cesar.

Poco después, Jim llevó a Gloriana y a Curly al lado del sitio donde estaba Molly sentada. Gloria llenó de elogios a la otra, haciéndole saber lo bonito que era el vestido que llevaba y lo hermosa que estaba aquella noche. Jim aprovechó la coyuntura para preguntar:

-¿No bailarás conmigo este vals, Molly?

Y antes de que la chica pudiera contestar, Curly dijo en tono triste y lento:

-Molly: lo que has hecho esta noche no está bien, ni mucho menos!

Molly iba a romper a llorar, cuando la música atacó un vals, y Curly, con una palabra amable a los otros, se llevó a Gloriana de pareja, Se reanudaba el baile. Jim cogió a Molly de la mano y empezaron a bailar también. Y Traft comprendió en este momento, teniendo a su lado y enlazada dulcemente por el talle a la muchacha adorada, que era esto, que era a ella a la que necesitaba su corazón para descansar.

Ella murmuró:

-¡Oh Jim, ha sido horrible!... Y lo peor, ha sido cuando tu hermana se me acercó y me habló tan amable, como si nada hubiera ocurrido... ¡Oh, créeme que en aquel instante hubiera

Librodot

querido que me tragara la tierra!

-Mi hermana es muy buena *y* la sinceridad personificada -repuso Jim -. Tú la has juzgado mal.

-¡Es verdad, Jim! -añadió a su vez Molly, haciéndose pequeña entre los brazos de Traft, y con un acento de contrición y arrepentimiento-: ¡estoy avergonzada, créelo! ¡Voy a irme a mi casa del Cibeque y a quedarme para siempre allí!...

-¡Bien, bien, ya te irás!...

Jim tuvo ahora la sensación de que estaban solos en la inmensa sala... y la abrazó fuerte y dulcemente... Ella se abandonó al dulce abrazo... y acabó apoyando su cabeza morena en el hombro de él, como buscando su fuerte y consoladora protección.

XII

Terminado demasiado pronto aquel vals, Jim llevó a Molly a un rincón apartado donde sólo había alguna que otra pareja de novios que no se fijaban en lo que ocurría a su alrededor.

Jim se decía que la marea habíase vuelto en su favor, aunque Molly no se diera apenas cuenta de ello. Ella le miraba ahora fijamente, como fascinada, con un anhelo hondísimo retratado en sus pupilas. Y Jim murmuró:

-¡No me mires así... o te doy un beso aquí mismo! ... Esta Nochebuena has hecho una cosa terrible; pero, por suerte, todavía no es tarde.

-¡Oh, sí, ya es tarde! ... - suspiró ella dolorosamente-. Porque todo el mundo me ha hecho el vacío y me ha despreciado aquí..., todos menos Gloriana, tan buena...

-Bien, Molly, ¿qué te importan a ti los demás?... Tú no vas a vivir con ellos... Escucha, Molly: estabas equivocada al juzgar a Darnell. Ese hombre no es un hombre honrado. Estuvo a punto de causar la ruina de mi pobre hermana. Lo que ella te dijo es verdad. Ya has visto cómo te ha tratado esta noche...

-No te canses, Jim, en decirme nada - le interrumpió ella -. He sido una estúpida; pero hasta esta noche no me he enterado de quién era ese hombre. Antes de venir aquí... me ha insultado.

-¿Qué dices?... ¡Por supuesto que no me extraña en ese hombre! - dijo Jim echando llamas por los ojos -. Pero supongo que no se habrá atrevido a ponerte la mano encima, ¿eh?...

-¿Que no?... ¡No una, sino las dos! - confesó francamente Molly -. Y se ha portado más brutalmente que el mismo Jocelyn, que tú recuerdas... Y ya iba a morderle, cuando alguien entró en el *hall*...

-¿Por qué has venido al baile con él, entonces, Molly?

-¡Oh, era preciso que viniera! Ya lo había hecho cuestión de amor propio, y quería rebajarme ante mis mismos ojos... Le había dicho a Darnell que yo no era digna de los Traft.

-Molly, tú eres demasiado generosa, pero ahora no vas a poder salvar a ese granuja.

-¡No, déjalo, Jim! Lleva un arma encima. Te puede matar..., ¡y eso sería mi muerte también, Jim!

Y añadió tras una levísima pausa:

Yo había pensado decírselo a mi hermano; pero Slinger no quiere ni mirarme siquiera esta noche. Dijérase que me desprecia.

-No, Molly. Lo que pasa es que tu hermano está furioso contra ti. Ahora no debes consentir que ese hombre te acompañe a tu casa, ¿eh?... Prométemelo ahora mismo, si no quieres que salga a buscarlo...

-¡Sí, Jim, te lo prometo! Dile a Slinger que me acompañe a casa... No me encuentro bien.

¿Cómo?... ¿A casa de mi tío? -preguntó Jim, lleno de esperanza.

Librodot

-No, no; a mi casa del Cibeque. Donde yo debo estar.

-Muy bien; espera, que voy a avisar a Slinger - falló Jim, que había formado un plan vivísimamente, y dejando a la muchacha a un lado del tumulto de las parejas.

Fue en busca de los otros, y pronto encontró a su hermana bailando con Curly. Ambos estaban sofocados y animadísimos.

- ¡Caramba, cómo os divertís! - dijo Jim acercándose, mientras ellos dejaban de bailar.

-¡Oh, yo mucho! - repuso Gloriana, radiante.

Y, más radiante todavía que ella, en un estado de exaltación como jamás Jim le viera, Curly dijo a su vez:

-¡Y yo estoy tan cerca del cielo, mi amo, como quisiera estar el día de mi muerte!

-Muy bien. En ese caso, acompaña tú a mi hermana a casa, ¿sabes?... Yo voy a..., estoy comprometido. ¡Gloriana, no vuelvas tarde!

Y salió en busca de Slinger, al que encontró poco después en un saloncito, solo, fumando pensativamente. Él no estaba en su elemento ni mucho menos en un baile.

-Slinger! - dijo Jim -. Te necesito. ¿Qué haces aquí?... ¿No has bailado?

-Una sola vez con su hermana. Le advierto que si no hubiera sido por ella, yo me habría vuelto al rancho esta misma noche... Pero he oído hablar de ese tipo de Darnell, y...

Y Jim señaló a un grupo de jóvenes, donde estaba Darnell. Era un hombre que podría frisar en los treinta años, alto, guapo, elegante, con un aire majestuoso y como sensual. Se hacía muy simpático, a juzgar por el agrado con que le escuchaban los del corro.

-¿Y qué dicen de él?...

-¡Oh, nada de particular!... Me he quedado aquí, sobre todo, porque he podido observar que ese hombre lleva un arma... ¿La ve usted?...

-¡No!

-Pues sí, la lleva. Y eso es lo que me extraña y lo que me ha hecho quedarme... ¿Para qué venir a un baile con una pistola?

-¡Claro! ... En fin, deja a Darnell, y escúchame ahora. Molly está ya fatigada del baile y me envía a que te diga que quiere que la acompañes a vuestra casa; pero yo tengo una idea: ve volando a la posada y envíame un trineo; haremos creer a Molly que eres tú quien la llevas a vuestra casa, y yo la llevaré a casa de mi tío. ¿Sabes, camarada?

-¡Oh, sí! ... Ahora mismo. Y ¡ay de usted que no se porte bien! ... ¡Esto es para mí un alivio! ...

-¡Bien, entonces, corre!

Slinger salió corriendo, mientras Jim se dirigía hacia el guardarropa a coger su abrigo. Ya no se acordaba que, con éste, había dejado el de pieles de Molly. Lo cogió también, y corrió hacia el vestíbulo, temeroso de que Molly se hubiera marchado o se hubiese encontrado con Darnell. Lanzó un suspiro al descubrir a la muchacha junto a la puerta. Los ojos de Molly relucían como dos luceros. Él se acercó.

-Slinger ha ido a buscar un trineo - dijo, afectando naturalidad -. Ten, ponte este abrigo, y así no tendrás que subir al guadarropa por el tuyo. Ya enviaremos mañana por él. Y así nadie te verá marchar.

-¡Oh, qué abrigo más lindo! - murmuró ella, encantada al verse envuelta en las ricas pieles de zorra plateada -. ¿De quién es? ¿De tu hermana?...

Él asintió ligeramente, contestando:

-¡Vamos!

La cogió del brazo, y avanzaron vestíbulo adelante. Pero, de pronto, de una estancia contigua salió Darnell acompañado de dos amigos.

Al ver a Jim y a Molly, Darnell frunció el ceño y preguntó en voz alta:

-¡Hola, hola, amiguita! ¿Adónde se va?

-A mi casa - repuso Molly, enrojeciendo.

Entonces Darnell, poniéndose ante Jim, dijo, ya serio y en tono insolente:

Librodot

-Nos conocemos, ¿verdad?... ¡ o juraría que le he visto a usted antes no sé en dónde!

-Sí. Yo soy Jim Traft, el *novio* de miss Dunn. Y si no se aparta usted ahora mismo, este encuentro va a terminar como ese otro a que usted se refiere.

Era evidente que Darnell le había reconocido. Uno de sus amigos, a los que Jim no conocía, tiró de él, apartándolo, y Jim y Molly salieron a la calle.

En el momento de llegar al umbral, Jim oyó una maldición ahogada lanzada por Darnell.

Cuando ya salían, llegó Slinger, que preguntó:

-¿Qué ha pasado, Jim? ¡He visto que Darnell le detenía a usted! ¡Usted!...

-¡No, nada! ... ¡Ya se ha arreglado todo! - contestó Jim sonriendo ante el pensamiento de que al fin había logrado vencer a su enemigo.

Junto a la acera esperaba un trineo, en cuyo pescante se veía un cochero mejicano. Jim hizo subir a Molly, se instaló luego a su lado, y gritó a Slinger que les despedía en la puerta del hotel:

-¡Slinger, voy a acompañar a tu hermana a su casa!

-Muy bien - repuso Slinger, inclinándose hacia el trineo -. ¡Escucha, Molly: has hecho muchas tonterías! Por suerte, Jim te quiere aún y yo también... Pero que no te vea yo más en mi vida flirteando con ningún forastero, ¿estamos?... Ya nos veremos mañana.

-Adiós, Slinger; deja en paz a Darnell, ¿eh? -Desde luego, jefe. Sólo quiero vigilarlo un poco, porque me resulta un tipo interesante.

Jim sonrió, ordenando al cochero que siguiera toda la calle, en línea recta.

-Es más corto por aquí, torciendo a la izquierda - dijo Molly, algo alarmada, aunque sin sospechar nada todavía del complot.

-Por aquí, por la calle principal, hay más nieve, y el trineo avanza mejor - repuso Jim.

El carruaje había empezado a marchar, en efecto, arrastrado por el caballo. Jim buscó una manita de Molly, aprisionándola dulcemente entre las suyas.

Había comenzado a nevar, y el trineo avanzaba sobre la nieve con un alegre cascabeleo.

Cuando ya llegaban a la última travesía, Molly le dijo al cochero.

-¡Tuerza por aquí, por esa calle!...

Pero Jim dio contraorden, añadiendo:

-¡No, cochero; siga usted hacia el rancho de míster Traft!

Molly se puso en pie, y hubiera saltado del trineo, a no ser porque Jim la retenía con todas sus fuerzas. De un impulso, la hizo caer de nuevo en el asiento, poco menos que entre sus brazos. Entonces la muchacha volvió la cara, para mirar fijamente a Jim, pero, a causa de la oscuridad casi absoluta que les rodeaba, sólo acertó a ver un óvalo de claridad pálida donde brillaban los ojos como los de una fiera.

-¿Qué haces, Jim?... ¿Es que no me llevas a mi casa? - pudo decir Molly al fin, espantada.

-¡Ya ves que no! Vamos al rancho de mi tío.

-¡Oh, nunca pude sospechar que fueras capaz de una cosa así!...

Ya no hablaron más. Él la había cogido por la cintura. El trineo atravesó el bosque de pinos, que semejaba una enorme mancha negra contra la blancura de la nieve, y apareció el rancho de míster Traft, donde se veía brillar una luz. El trineo se detuvo al pie de la terraza, y Jim echó pie a tierra, diciendo:

-Entra, Molly, un momento!

-No, gracias - repuso ella con blanda ternura -; me quedo aquí. Entra tú, y recuerda que yo no quiero aceptar regalos de Pascua.

Entonces, de un impulso, Jim la cogió sacándola en brazos del trineo, y diciendo al cochero:

-¡Vuelva usted a Flag, amigo!

Y se dirigió, con su preciosa carga, hacia las escaleras de la terraza de la casa, mientras

Molly, envuelta en las ricas pieles del abrigo, pugnaba en vano por desasirse y huir. Atravesaron el *hall,* débilmente alumbrado, y Jim llevó a la muchacha al salón, donde al fin dejó a Molly en el gran sillón de su tío. En seguida, acercándose a la puerta, echó la llave.

-¡Ya estaba hecho! ... Jim no sentía remordimiento alguno. Al contrario, una gran alegría. Encendió más luces, y luego atizó el fuego, echando unos cuantos leños sobre las ascuas.

-¿Qué has hecho, Jim? - preguntó al fin Molly, con voz ronca.

-¡Ya lo ves, querida : traerte a casa!

-De modo que esto... era un complot, ¿no es eso?

-Sí, Molly.

¿Y mi hermano estaba de acuerdo contigo, por lo visto?

-Tan de acuerdo que él mismo fue a buscar el trineo, querida.

-Bien, y ahora que ya me tienes aquí, ¿qué piensas hacer?

-¡Oh, ante todo, desearte muchas felicidades en estas Navidades y Año Nuevo!

- ¡Bien, como lo cortés no quita lo valiente, yo a ti también te las deseo!

-Gracias. Pero creo que nos hemos anticipado un poco - dijo ahora Jim consultando su reloj -. No son más que las once. Cuando den las doce te haré el otro regalo de Pascua.

-¿El otro regalo?... ¡Aún no me has hecho ninguno! ... Tú me atormentaste con aquel anillo, que era seguramente otra emboscada; pero nada más.

Bien, Molly; ahí tienes el otro de mis regalos: es ese abrigo que llevas encima.

Lanzando un grito de sorpresa, Molly se puso en pie, se quitó el bellísimo abrigo de pieles, lo contempló unos momentos con terror y consternación, y luego lo dejó caer sobre la mesa con un gesto triste.

-Es bonito, ¿verdad, Molly? Y lo bien que te sienta.

-¡Oh, Jim! - murmuró la muchacha, como vencida- ¡ahora voy viendo que eres más rudo que cualquiera de tus *cowboys!* ¿Cómo voy a volver a mi casa? ¿Y cuándo?... ¿Cuando vuelva Gloriana?

-Mira, Molly; tú no volverás a tu pensión esta noche... y quizá nunca...

Molly se dejó caer de nuevo en el sillón.

-¿Cómo que no?...

-No, Molly. Ésta es tu casa, hasta que acabes tus estudios en el colegio.

-¿Qué quieres decir?... ¿Que pensáis secuestrarme tú y mi hermano?

-¡Eso mismo, querida!

-¡Oh, entonces sois más brutos que Hack. Jocelyn ! -rugió ella, furiosa -. ¿A que pensáis atarme también?

-No, Molly. No creo que tú quieras marcharte luego que hayas hablado con mi tío y con Gloria mañana.

-¡Jim, yo no quiero verlos ! ... ¡Ha sido horrible! ...

¡Déjame marchar!...

-¡No! Tú me has ofendido, me has hecho un daño inmenso, ¿no es así?...

-¡Todo por tu bien, Jim! ¿No lo veíais?

-¡Pues la verdad que no! Has estado a punto de des- trozar mi corazón y mi vida para siempre, Molly; y si no hubiera sido por mi tío y por Gloriana... ¡ En fin, no quiero echar leña al fuego, como suele decirse!

-¿Qué dicen tu tío y Gloriana de mí?

-¡Oh Molly, los dos tienen mucha fe en ti, mucha fe, puedes creerlo!

-¡Oh, esto no puede ser, Jim; yo quiero irme! ... Él se acercó y la abrazó con pasión, murmurando: -¡Molly : mi tío y Gloria te adoran!

-¡No es verdad, Jim, no es verdad! ¡Déjame marchar!

-¡Ja, ja!... ¡Vamos a ver! ... ¡Mírame, Molly!

Librodot

- ¡Oh, Jim, cómo te atreves a besarme! ... Yo... yo... -Tú me devolverás los besos, ¿no es así? - interrumpió él, enardecido.

Los labios de la muchacha, rojos como fresas, le atraían con fuerza irresistible. Pero la chica era fuerte y se deslizaba como una anguila. Jim tuvo que conformarse con retenerla abrazada fuertemente.

-¡Querida mía! -musitó dulcemente el muchacho-; ¡novia mía! ... ¿No me quieres, acaso?...

Ella había ocultado su rostro, y contestó, ahogando un suspiro:

-¡Eso me ha perdido, Jim; que te he querido demasiado! ...

Y le miró con ojos húmedos y unos labios que temblaban, como si estuviera a punto de romper a llorar. Jim estuvo tentado de besarla otra vez, pero se contuvo. Entonces ella cerró los ojos y apoyó su linda cabecita en el brazo de él, quedando allí inmóvil, pálida y como vencida.

-¿No quieres quedarte aquí, Molly, querida?...

-¡No, no; soy una perjura, Jim!...

-¡Oh! ¿No quieres ser mi mujer tampoco?

Calló, considerándose vencida. Entonces Jim, sacando rápidamente el estuche de un bolsillo, extrajo de éste la sortija y se la puso a Molly en un dedo, donde ajustaba perfectamente. El brillante lanzaba irresistibles destellos.

Molly sufrió una transformación. Miró fijamente el brillante, y en su rostro, que se tornó de púrpura, se leyó al mismo tiempo la vergüenza y la alegría. Luego bajó la mirada al suelo, y al fin miró a Jim dulcísimamente, diciendo:

-¡Oh, yo he sido, en verdad, lo que me llamó mi hermano!

-¿Qué te llamó? - preguntó Jim, sonriendo.

-¡Oh, no puedo repetirlo! ¡Fue terrible! ... ¡Jim!, ¿cómo puedes tú ser tan bueno para hacer que yo vuelva a quererte?... Pero déjame que te diga una cosa: yo no pensaba nada más que en ti; además, si era verdad que yo había nacido para ti y te convenía, ¡ y yo me decía muchas veces en mi interior que sí!, procuraba aparecer como la muchacha menos a propósito para ello. ¿Comprendes?... Y, sin embargo, cuando ese canalla de Darnell quiso abusar de mí, deshonrarte a ti al deshonrarme a mí... ¡no pude ceder! ... ¡Fue más fuerte que yo el amor por ti, me sentí morir, y sólo pensé en verme libre de él, fuera como fuera! ¡De todos modos, él me pidió luego tantas veces perdón, y yo tenía tantos deseos de ir al baile, que acepté y fui!

-Bien, yo bendigo el que hayas ido, desde el momento en que así he podido traerte a esta casa. Pero no me vuelvas a nombrar a Darnell, al menos esta noche.

-¡Oh, nadie sabe lo terrible que es esto que has hecho, Jim! ¡Jim!...

-¡Oh, la gente pensará que hemos tenido uno de tantos disgustillos que tienen los novios, Molly!

-¡Oh, si al menos Gloriana me perdonara!

-¿Gloriana?... ¡Mi hermana te ha perdonado ya, mujer!

-¡Tú no sabes lo buena que es tu hermana! Cuanto más se esforzaba por demostrarme que yo estaba en un error; cuanto más dulce y persuasiva se mostraba conmigo..., ¡más me empeñaba yo en hacer algo terrible y sonado! Y yo no quería tampoco que ella se diera cuenta de lo mucho que yo la quiero... ¡Pero si ella me perdona, yo te juro que nunca más tendréis queja de mí!

-¡Yo te ayudaré a ser buena siempre, Molly! - dijo él -. ¡Y ahora, págame todo lo que he sufrido, querida mía! ...

-¡Oh, no puedo, Jim! ... Lo pasado, pasado está, y ya no puede evitarse.

-Bien, entonces, ¡resárceme por todos los momentos que has pasado al lado de ese hombre! ¡Abrázame! ... ¡Y me has de dar un beso por cada minuto que has pasado al lado de ese granuja! ¡ Pongamos cinco horas! ¿Qué te parece?... ¡Eso te servirá de penitencia!...

Molly había cerrado los brazos alrededor del cuello de Jim y estaba a punto de empezar a poner en práctica la dulce *y* terrible penitencia, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta. Los jóvenes rompieron el abrazo, mientras Molly se estremecía y Jim murmuraba, contrariado:

-¡Esto sí que es duro! ... ¡Más a tiempo, caramba! ... ¡ Debe de ser mi hermana!

Y, en efecto, Gloriana entró en el salón, radiante de hermosura, con los ojos relucientes de alegría. Curly entró también siguiéndola.

-¿Supongo que no estorbamos, queridos? dijo Gloriana entrando y sonriendo con deliciosa malicia. Curly murmuró:

-¡Felicidades, mi amo, por el éxito de esta noche! ... Molly, ¿me dejas que te dé ya el beso de Pascua?

Y la besó, dulce y galantemente, mientras Molly se ponía alternativamente roja y pálida.

-¡Curly!, ¿tu besas a *todas* las muchachas en la Pascua?... -preguntó con malicia.

-¡No! - repuso Curly en el mismo tono -. Este privilegio lo reservo para ciertas muchachas nada más.

Luego, volviéndose a Jim, añadió:

-¡Mi amo: estoy muy contento! ¡Ésta es la segunda vez que el equipo del Diamante ha estado a punto de disolverse! ... Pero ya será la última... ¡Buenas noches y felicidades a todos! Nos veremos por la mañana.

Cuando Jim hubo cerrado la puerta tras Curly, hubo un largo silencio, durante el cual Gloriana y Molly se miraron fija y hondamente. Jim había temido este momento. De todos modos, Molly, avanzando hacia Gloriana, dijo, sin mostrar la vergüenza que Jim comprendía que sentía en este instante:

-Gloriana: ya estoy aquí otra vez... para quedarme siempre! Tu hermano me ha secuestrado... y yo creo que me ha salvado al hacerlo. Comprendo que he sido una loca; pero no creo que puedas dudar de mi amor por tu hermano. ¿Me perdonas tú?...

Gloria la abrazó conmovida, contestando:

-¡Y tanto que sí, Molly, como yo también espero ser perdonada! Ven conmigo a mi alcoba... Buenas noches, Jim, es muy tarde. ¡Hasta mañana!

XIII

El salón de juego de Snell estaba lleno de gente el día de Navidad, cuando entraron Jim y Curly. El portero no les puso inconveniente alguno, y Curly dijo que aquel día la entrada era libre, porque los personajes de Flag, muchos de ellos, al menos, estaban ausentes, y querían que todo el mundo se diera cuenta de su ausencia con motivo de las vacaciones. Pero había partida fuerte, y seguramente Darnell estaría haciendo de banquero.

Curly fingía que iba algo bebido, cosa que Jim sabía que no era cierta. De todos modos, nadie se daba cuenta de ello, por la sencilla razón de que su aspecto y maneras no se diferenciaban en nada de los otros *cowboys* presentes. Algunos de éstos si estaban lamentable y ridículamente borrachos.

Curly y Jim, luego de recorrer las salas de la ruleta, entraron en la del póquer, donde un corro de curiosos rodeaba la mesa. Curly pudo ver pronto que allí estaba

Darnell y, por cierto, también Bambridge. Y en voz baja le dijo a Jim que los otros jugadores eran los mismos del día anterior, cuando él estuvo allí con Bud.

-¡Muy bien! - terminó Curly, con ojos relucientes -. Darnell tiene la banca y se juega fuerte.

Curly dijo:

-¡A ver, ustedes, háganme sitio, que quiero jugar! ...

Y se sentó, mientras Jim quedaba a sus espaldas, disimulado entre lo gente, en un sitio donde podía contemplar el juego sin ser visto.

Curly dijo luego, dirigiéndose a los jugadores:

-¡Yo también juego! Son ustedes cinco nada más, y así no va bien la partida. Conmigo, seremos seis.

Darnell le miró, pero sin relacionar la presencia de este hombre con el encuentro .famoso de la estación de Winslow, y dijo, en tono duro:

-¡Esto es una partida para jugar fuerte, para gente rica, y no para pobres *cowboys!*

-*¡Oh!,* ¿y usted qué sabe, señor, si yo soy o no un pobre *cowboy?* - repuso Curly, sin ofenderse lo más mínimo.

-Quítese usted de aquí, si no quiere que haga que le echen! - dijo Darnell con voz colérica y echando llamas por los ojos.

Estaba concentrado en el póquer, como los jugadores empedernidos, y le irritaba que alguien viniera a molestarle. Pero Curly no se dio por vencido, y murmuró, sacando un fajo de billetes de cien dólares:

-¡Pues yo no creo que mi dinero sea falso, y puedo, por tanto, tomar parte en el juego!

Diciendo esto se quitó el sombrero *y* lo dejó en una silla inmediata, mientras todo en él, su voz y sus movimientos, sus maneras y hasta la expresión de su rostro, tomaba el aire inconfundible de los borrachos.

Los ojos de Darnell relucieron a la vista del fajo de billetes, y cuando ya iba a decir algo, Bambridge murmuró:

-¡Y claro que sí! Su dinero es tan bueno como el de cualquiera. Siéntese, *cowboy,* y sea bien venido.

-¡Muchas gracias, míster! - murmuró Curly, sonriendo a Bambridge -. ¿Qué juego se hace?

-El que usted quiera - repuso Darnell -; no hay límite para las apuestas.

-Bien, entonces van cincuenta dólares.

El juego se reanudó, y Curly parecía un cordero caído entre una manada de lobos. De todos modos, aunque Curly jugaba con temeraria indiferencia, no arriesgaba mucho dinero. Luego comentó:

-Dejen que me vengan buenas cartas, y ya verán ustedes cómo juegan los *cowboys!*

Curly ganó dos o tres manos, y esto le puso jubiloso. Hacía comentarios llenos de gracia, que eran coreados por el corro de mirones. Jim observaba a Darnell, que manejaba las cartas maravillosamente. De todos modos, cuando hacía la salida, daba las cartas con gran lentitud, para demostrar a todos la limpieza de su juego. De pronto, al empezar otra mano, le dijo a Curly:

-¡Ponga usted cien dólares!

Y echó un billete sobre el tapete.

-¡Muy bien! ¿Qué me importan a mí cien dólares, siendo tan joven? - dijo Curly, aceptando el reto y haciendo que el concurso estallara en una carcajada-. ¡Van los cien dólares, señor del Mississippi! ...

Darnell frunció levemente el ceño, mirándole con ojos duros.

Era una partida de esas en que se reúne el dinero en el centro de la mesa, el llamado *Jack-pot,* y donde el ganancioso se lleva todo el dinero. En el centro del tapete se habían reunido más de seiscientos dólares, y el interés por la jugada tenía a todo el mundo nervioso y anhelante. Como cada jugador podía apostar por las cartas que quisiera, Darnell murmuró :

-¡Bueno, van tres para mí !

Y sacó lentamente tres cartas, poniéndolas boca arriba. Luego dejó a un lado la baraja.

De pronto, Curly se puso en pie, con un salto de pantera, y con la mano izquierda cogió furioso la de Darnell, sujetándola sobre la mesa. Casi al mismo tiempo, en su derecha brilló una magnífica pistola, con el cañón de la cual dio un terrible golpe en la mesa. Al fin se

Librodot

irguió. Su rostro aparecía ahora completamente sereno y despejado, transformado en un segundo.

Darnell se había puesto lívido. ¡Comprendió que estaba descubierto!

-¡Usted es un tramposo..., y esto es una encerrona! - dijo Curly en tono descompuesto y mirando al otro con ojos de fuego -. Usted se creía que yo estaba borracho, ¿no es así?...

Todo el mundo se había quedado helado de espanto, y el corro de curiosos retrocedió, haciendo un gran espacio alrededor de la mesa de juego, entre comentarios y gritos.

Curly, apuntando luego a los otros jugadores, gritó con voz imperiosa:

-¡Que nadie se mueva!, ¿eh?...

Bambridge lanzó un gemido ahogado. Sólo el ranchero aquel de Winslow permaneció impasible.

-¡Señores! - dijo entonces Curly, volviendo con su fuerza de gigante la mano izquierda de Darnell -. ¡Miren lo que hay aquí ! ...

Con gran asombro de todos, en la palma de la mano del granuja había tres cartas perfectamente dobladas y disimuladas. ¡Eran ases!

-¡Muy bonito! - comentó el ranchero de Winslow -. ¡Yo ya sospechaba algo! ...

-¡Darnell! -dijo Curly en tono amenazador-; por aquí no ahorcamos con mucha frecuencia a los jugadores tramposos como hacemos con los ladrones de ganado; pero cuando llega el caso sabemos manejar un arma, ¿entiende usted?...

Y Curly, con su voz fría y serena, que cortaba ahora lo mismo que un cuchillo, llamó a Darnell todo lo peor que se le puede llamar a un hombre. Y al fin terminó:

-Se marchara usted de Flag hoy mismo, ¿sabe?... ¡Y si yo me lo encuentro a usted otra vez delante, lleve usted cuidado y saque pronto un arma, si no quiere que... I

Le soltó entonces, y Darnell se levantó con tal impulso y tanta furia, que derribó la silla al suelo. En seguida, atravesando por el corro de curiosos que le abría paso, desapareció rápidamente.,

Curly apuntó luego a Bambridge, y añadió

-¡Míster Bambridge! Mucho antes de esta partida de juego, también sospechábamos de usted, ¿entiende?... Se lo dije a su hija el otro día, y se puso furiosa. Claro está que su hija, que es una buena muchacha, no sabe los pasos en que anda su padre.

-¿Quién es este *cowboy* embustero y farsante? - preguntó Bambridge, que se había puesto pálido, mirando en torno de la mesa.

-¡No me vuelva a llamar embustero ni farsante, míster Bambridge!- dijo Curly en tono amenazador -. ¡Yo soy Curly Prentiss y pertenezco al equipo del Diamante! ¡Hace algún tiempo sospechábamos de usted, y sabemos que es usted un ladrón de ganado tan peligroso o más que el mismo Jed Stone! Y ahora, escuche bien : lo que le acabo de decir a Darnell, va también con usted, de modo que largo de aquí, y ¡ vivo!, si no quiere habérselas conmigo.

-¡Ah, *cowboy* borracho, le juro que le ha de costar caro este atraco a un hombre desarmado e inocente y estos insultos! ... - dijo Bambridge jadeando, lívido, al tiempo que se levantaba. Y en seguida desapareció también.

Curly se volvió entonces a los otros jugadores, y dijo, sonriendo:

-¡Señores : siento haberles estropeado a ustedes la partida; pero yo creo que les he salvado el dinero! ¿Qué les parece que hagamos partes iguales del dinero que hay en la mesa y nos lo repartamos?

-Aceptado - dijo vivamente el ranchero de Winslow; - ¡Prentiss, le debemos a usted un voto de gracias!

Jim contó luego a los *cowboys* de su equipo lo ocurrido en el salón de Snell la tarde de Navidad.

Bud y Cherry, que ya estaban muy bebidos, propusieron, y los otros aceptaron con entusiasmo, beber para celebrar el triunfo de Curly. Sólo Jackson Way, muy entusiasmado con su nueva novia, se negaba a beber, lo que hizo decir a Bud, en tono despectivo:

Librodot

-¡Tú deshonras al equipo, hombre! ...

Jim, ya tarde, se dirigió a su casa a cenar, donde poco después llegó Curly. Al saber que todo el resto del equipo se había emborrachado, Curly comentó, con su voz lenta y calmosa:

-¡Son un hatajo de perdidos! ... ¡Mañana tendremos que atarlos y encerrarlos, porque, de otro modo, no podrían asistir a la fiesta en honor de Molly!

Jim creía soñar, sumido en este dulce ambiente de la velada en casa de su tío. Miraba a Curly, tan sereno y tranquilo, y no podía creer fuera el mismo que, sólo unas horas antes, vibraba de cólera en la sala de juego. Éste, mirando a Molly, decía incluyendo a Gloriana en su filosofía:-¡ No sabe usted nunca a qué carta quedarse con las muchachas, Jim ! Yo creo que las conozco bien y que tengo experiencia de ellas, y sin embargo... Las que tienen el pelo rojo son las mejores para flirtear con ellas y también para esposas; las rubias ya no son tan buenas, y las morenas son peligrosas... Yo tengo a las mujeres comparadas con las mulas, que un rato le parecen a uno buenas, y otro le dan un par de coces, cuando marcha más confiado. Hay, sobre todo, un tipo de muchacha, esas que son entre morenas y rubias, las que tienen el pelo como el heno maduro y los ojos que parecen violetas bajo el agua... que ¡Dios nos libre de ellas! Por suerte son muy raras y yo no he conocido más que a una.

El viejo Jim Traft lanzó un rugido de gozo, mientras Molly le tiraba una cosa a la cabeza de Curly, sintiéndose aturdida, y Gloriana se retorcía de risa. Evidentemente, Curly era un perpetuo manantial de sorpresas, delicias y misterios para Gloriana.

Pasaron una hora deliciosa en el salón del rancho, y luego el viejo Traft se retiró a descansar. Curly dijo que también se marchaba, y entonces Gloriana le preguntó sorprendida:

-¿Cómo? ¿Qué prisa lleva usted?... ¡No se preocupe usted de mi hermano y Molly! Ni nos ven ni nos oyen: ¡como si no existiéramos!

Luego, como si cometiera una imprudencia, se apresuró a añadir:

-¡Oh, quizá tenga usted que ir a Flag!

-¡Antes lo estaba pensando!

-¡Ah, vamos! Y acompañar a los otros *cowboys* en la juerguecita que se andarán corriendo por el pueblo, ¿no?

-¡Oh, yo ni: soy partidario de juergas ni cosas de ésas! - repuso Curly, mirando fijamente a Gloriana.

A pesar de la opinión de Gloriana, Jim estaba oyendo y mirando a su hermana y a Curly de soslayo; y en este instante le dio un codazo a Molly, que estaba abstraída, fijos los ojos en el fuego.

-Muy bien, míster Prentiss - dijo Gloria, levantándose y fríamente -. Entonces, buenas noches.

Curly le preguntó:

-Escuche: ¿le importaría a usted algo que yo me emborrachara esta noche, Gloriana?

Al preguntarlo, el *cowboy* se puso rojo, porque Gloliana era la única persona que le hacía perder la serenidad.

-¿Cómo? -contestó Gloriana, en tono extrañado-. ¡No! ¿Por qué habría de importarme?... Ahora, que usted es el brazo derecho de mi hermano en el equipo y debe usted demostrar cierta entereza en todos los momentos.

-Pero, ¿es que por beber unas copas un hombre pierde la entereza, Gloriana?

-¡ Oh, algunos hombres, sí ! La entereza, ¡entiéndame usted!, y la respetabilidad, la propia estimación. Claro está que yo no me refiero a usted.

-En este caso..., creo que me emborracharé de veras esta noche. ¡Buenas noches, miss Traft!

Cuando Curly se hubo marchado, Gloriana se acercó al fuego y le dijo a su hermano:

-¡Jim, este Curly me irrita los nervios y me saca de quicio!

-¿Cómo? - preguntó el muchacho ingenuamente -; yo creí que te divertía. Y que te era simpático.

Librodot

-Sí, me lo es; es un chico tan agradable, tan ingenuo, tan bueno..., y yo veo que, además, te adora, Jim, y, claro, todo eso influye en mí; pero es precisamente el otro aspecto de él, el que no me gusta. ¡Esta terrible dosis de *cowboy* que tiene! Hace un momento, por ejemplo, Curly, te vio que habías cogido una mano a Molly; pues bien: él entonces me cogió a mí la mía, y te aseguro que me costó conseguir que me soltara.

Molly soltó la carcajada, y Gloriana, un poco pálida, se quedó mirando a los otros, que reían francamente de su ingenuidad.

-¡Gloriana! - dijo al fin Jim, sin cesar de reír -; la manera de llevarte bien con Curly y divertirte al mismo tiempo es, precisamente, dejándole que te coja la mano.

-¡ No digas tonterías! Ya en el baile le abandonaba la mano, hasta que me hacía daño. Pero aquí es distinto.

-Gloriana, ya te dije al principio que Curly es el mejor de los amigos y los camaradas del mundo para un hombre; *y* si tú consigues quitarle el vicio de la bebida, también lo será para una mujer. ¿Comprendes?

-Sí, sí. Yo le quitaré el vicio de la bebida – repuso Gloria, muy seria ahora -; pero no estoy preparada para...

-¡Claro que no! - opuso Jim en tono humilde, como el que pide perdón -; ¡entiéndeme! Por otra parte, no debes mostrarte fría con Curly, tal vez por haberte mostrado quizá demasiado tierna con el canalla aquel de Ed Darnell... ¡A propósito! ¿No sabes?... Curly ha amenazado esta tarde a Darnell con una pistola! ¡Y le ha insultado! ... ¡Con decirte que ha dejado tamañito a nuestro cocinero Jeff Davis en el vocabulario de los insultos! ... ¡No te digo más! Y le ha obligado a salir del pueblo.

-¡Dios mío! - dijo Gloriana, muy emocionada ahora -. Pero no por mí, ¿eh?,... ¡Porque ya tuve bastante murmuración y escándalos allá en nuestra casa!

-No, Gloriana, no - la tranquilizó Jim -; tu nombre no se ha mezclado para nada con Darnell desde que está aquí. Y, por otra parte, el granuja andaba detrás de media docena de muchachas en el pueblo, además de Molly.

-¡El miserable! - mumuró Molly con disgusto y desprecio -; ¡y me juraba que yo era la única! ... ¿No hay hombres canallas, Gloriana?

-¡Huy, hija mía, muchos! ... Pero dime, Jim, ¿qué ha sucedido?... ¿Qué es lo que ha hecho Curly?

Entonces Jim contó lo ocurrido aquella tarde, rogando a las muchachas que no dijeran nada al tío, de momento. Gloria le escuchaba fascinada y asombrada, viendo claro por primera vez en aquella parte del carácter de Curly que no acababa de comprender.

-Curly ha desenmascarado a Darnell - siguió diciendo Jim -. Comprendió que aquello era un *bluff* y una trampa, y lo ha avergonzado ante todo el mundo. Y Darnell no aceptará jamás el reto de Curly.

-¿Qué reto?... ¿Qué es eso? - preguntó Gloriana, sin comprender.

-Sí, mujer; un reto es como un desafío, cuando dos hombres salen de un sitio dispuestos a luchar... llevando armas, como es natural.

-¡Dios mío! - gimió Gloriana -. Entonces, ¿no crees tú que riñan, Jim?

-¡Oh, no te preocupes! Curly le dijo a Darnell que aquí iba a terminar su carrera, si no se marchaba pronto del pueblo... en la punta de una cuerdas ¿comprendes?

-¡Ahorcado!, *¿eh?*...

-Yo creo que eso es lo que quiso decir Curly. Ya veo que la noticia te ha emocionado mucho, mujer, pero piensa que estamos en el Oeste, y que el Oeste es así, rudo, duro, brutal, si quieres, pero hay que aceptarlo tal como es, como me pasó a mí. Por lo demás, fíjate en los hechos: Darnell vino aquí persiguiendo a mi hermana, y aquí conoció a un granuja ganadero, llamado Bambridge; y lo ocurrido esta tarde es consecuencia de la conducta de Darnell... Por lo demás, tú acabarás por ver que el Oeste es grandioso, y lo querrás como yo lo quiero.

-Sí, sí - repuso la muchacha, todavía asustada -; ya lo voy conociendo en muchos

Librodot

aspectos, y uno de mis descubrimientos es que el Oeste resulta, quizá, demasiado grandioso para mí... En fin, os dejo, voy a acostarme. Buenas noches. ¡ Molly, hermanita mía del Oeste! Este día de Navidad ha sido, a pesar de todo, un día feliz. *¿Quién sabe?,* como dice Curly. Olvida todo lo demás, Molly. Adiós, Jim, buenas noches.

Cuando Gloriana hubo salido, Molly le dijo a Jim, sonriendo :

-¿Has oído?... ¡Me ha llamado hermana! ¡Ah, cómo la adoro, Jim ! ... ¿no te has dado cuenta?... Tu hermana se está enamorando de Curly, y Curly está ya loco por ella... ¡Lástima que a él le dé por la bebida! ... Mañana estarán borrachos todos, Curly, Bud, mi hermano... ¿Qué y... a ser de nosotros así, Jim? ¡Todos enamorados de tu hermana! ...

-¡Sí! - concedió Jim, suspirando -; el amor, querida mía, es un agente terriblemente disolvente.

-¡Sí, a mí, por poco me disuelve, *Missouri!* -comenté Molly, riendo -. Y quién sabe si aún acabará por disolverme si tú me quieres cada vez más.

-¡Oh Molly, si quieres que te diga la verdad, yo soy ahora completamente feliz y dichoso! Y no quisiera correr el riesgo de otra de tus terribles experiencias, aunque tomara la forma de otro Ed Darnell.

-¡No te rías de mí, pícaro! - dijo Molly, en tono de dulce reproche. En seguida se hundió entre los brazos de Jim, al tiempo que añadía-: ¡Yo estoy aquí ya para siempre! ...

Cuando a la mañana siguiente, Jim se dirigió al pabellón donde dormían los *cowboys,* le extrañó no oír el menor ruido. Entró, encontrándose con Jeff, que estaba preparando su desayuno.

-¡No hay nadie! - le dijo el cocinero -. El equipo ha volado.

-¡Caramba! -repuso Jim, en tono contrariado-. ¡Y ahora tendré que ir al pueblo por ellos! ...

Antes de marchar a Flag, de todos modos, consultó con su tío, y propuso que se aplazara la fiesta en honor de Molly hasta la víspera del Año Nuevo.

-Muy buena idea - aceptó en seguida su tío Pero no te muestres duro con los b*oys.* Recuerda que es el equipo más duro de Arizona. Todos ellos, buenos muchachos, aunque terribles cuando están de asueto... Lo mejor que puedes hacer es ir por ellos y traértelos a casa. Quiera Dios que no haya tenido que intervenir el *sheriff* Bray. No les digas nada a las chicas.

Jim habló luego con Ring Locke, contándole lo ocurrido en el salón de Snell. El capataz se mostró sorprendido y encantado, y comentó:

-¡Ese diablo de Curly Prentiss! ... Le advierto, Jim, que esto le bajará los humos a Bambridge, y como no es hombre valiente y que dé la cara... De todos modos, yo prefiero que el equipo no esté en Flag a estas horas. Algunos de los *cowboys* no debían estar en el pueblo, porque Jim no encontró rastro de ellos. Jackson Way había ido, naturalmente, a Winslow con su novia. Hump, Cherry y Uphill habían desaparecido, luego de una batalla campal con otros *cowboys* a propósito de una partida de billar. Lonestar Holliday fue encontrado borracho como una cuba en una pensión mejicana. Jim lo llevó a la galera y ordenó:

-¡Llévalo a casa, Charley, y vuelve con el coche!

En cuanto a Bud, estaba en la cárcel, y Jim sólo pudo averiguar que el sheriff lo había encarcelado por escándalo público. Jim fue a verlo, y se encontró con que Bud estaba encerrado con un trampero, dos mejicanos y otro *cowboy.* Cuando logró que lo libertaran, Bud murmuró, en tono duro:

-¡Ya puede usted asegurar que mato a tiros al cochino ese del *sheriff!*

-¿Dónde está. Curly? - preguntó Jim sin hacerle caso.

-¡No tengo idea, mi amo! Yo creí que iba a quedarse en casa la Navidad. Eso dijo.

-¿Cuándo le viste tú por última vez?

-Ayer... ¡Ah, sí: cuando estaba ayudando a miss Gloriana a subir al trineo, después del

Librodot

baile! Si lo ve usted, lo toma por el príncipe de Gales.

-Y entonces tú fuiste y cogiste una borrachera formidable, ¿no?

-No sé si llegué a emborracharme, mi amo. Bebí algo... y se me fue un poco a la cabeza.

-¡Pues vaya un bonito equipo de *cowboys* que tengo! - murmuró Jim, sonriendo.

Pero ahora el muchacho sabía que estos extravíos de los *boys* del Diamante eran la excepción, en vez de la regla, como lo eran antes de que su tío le pusiera a él al frente del equipo. Pero Bud tomó la cosa como un insulto y se revolvió, muy airado :

-Mi amo: celebrar la Navidad y el 4 de julio es deber ineludible de todos los *cowboys,* y no tiene nada de particular que bebamos una copa para celebrarlo. En realidad, debíamos hacer como antes, que todos los sábados por la noche quedábamos *pulverizados...*

-¡Y yo os mato a palos a todos, entonces!

-¡Oh, oh! ... ¡Antes, cuando era usted un amo novato, tenía usted sentimientos más humanos, Jim! Pero ahora, que se ha vuelto usted un hijo del Oeste y está terriblemente enamorado, se muestra duro como un clavo. Pues le juro a usted que cuando yo me enamore, será también así.

-¿Tú?... ¿Cuando tú te enamores, dices, zopenco, bruto?... ¡Como si no supiéramos ya todos por dónde respiras tú!

-¿Yo? - contestó Bud sin molestarse lo más mínimo.- ¡A ver, a ver! ... ¡Venga, dígamelo! ... ¿Cómo se llama *ella?...* Y le advierto, mi amo, que si fuera otro el que me dice eso insultos...

-¡Bien, bien, calla y mira a ver si eres capaz de adivinarlo! Yo estoy fastidiado. Sólo quiero encontrar a Curly.

Pero fue imposible. Ya aburrido, Jim volvió al rancho de su tío, muy intrigado por la desaparición de Curly Prentiss. Lonestar y Bud estaban ya allí, y más tarde volvió Uphill. El día siguiente pasó, y el otro, y al tercero aparecieron en el rancho también Hump y Cherry, más o menos averiados. ¡En cambio, Curly no aparecía por ningún lado! ... Jim se dio cuenta pronto de que no era él la única persona que echaba de menos a Curly en la casa. Gloriana se mostraba alternativamente fría, desdeñosa, con una curiosidad que se tintaba de sarcasmo, o con un interés hondísimo acerca del paradero de Curly Prentiss.

-Curly es un muchacho orgulloso y que tiene una gran estimación de sí mismo - decía Jim para tranquilizar a Gloriana, aunque dirigiéndose a su tío -. Pertenece a una buena familia del Sur, que era rica antes de la guerra. No sé qué puede haberle ocurrido... Quizá haya habido algo que le ofenda,.. ¡ No sé lo que sería de mi equipo sin él! ...

Más tarde, y a solas los dos hermanos, Gloriana le dijo a Jim:

-Jim, he comprendido tu amable indirecta! Muy bien. Pero de lo que se trata ahora no es de saber si tu equipo podría vivir sin Curly Prentiss, sino... ¡si podría vivir yo!

-¡Gloria! ... ¿Qué dices? - preguntó Jim, emocionado y asombradísimo -. ¡Bah, bah! ... A ti, Curly no te importa un bledo. Lo que hay es que has encontrado en él una voluntad fuerte, que choca con la tuya, y eso ha debido herir tu amor propio.

-Llevas razón en parte; pero en parte, no. Y verás como tú mismo rectificas la idea de que mi amor propio choca con el do Curly.

-Bien, Gloriana, lo que yo quiero es que continúes con ese carácter dulce y bondadoso que aquí pareces haber adquirido.

-Estáte tranquilo, que continuaré así.

Y Gloriana sonrió, dulcemente vencida.

Y al fin llegó el último día del año, el día en el que había de celebrarse la fiesta en honor de Molly. Los *cowboys* del equipo, excepto Bud, daban ya por perdido para siempre a Curly, quien, según ellos, se había marchado definitivamente.

Jim se mostraba triste y preocupado. ¿Era que él había estado duro o poco amable con Curly en algún momento?... Y se desconcertaba, sin saber lo que pensar.

Aquella mañana, la familia Traft estaba en el salón, hablando de lo que habrían de hacer

Librodot

en la fiesta de aquella noche, cuando sonaron unos golpecitos discretos en la puerta y entró Curly Prentiss. Llegaba sonriendo, con las mejillas encarnadas como las de una muchacha, sereno y tranquilo como siempre.

-¡Buenos días, jefe ! - saludó.

-¡Curly, tú, caramba, entra! - gritó Jim, asombradísimo.

Curly entró. Traía un traje nuevo de *cowboy,* botas nuevas y espuelas nuevas también, y al cinto llevaba la pistola, a plena luz del día.

-¡Buenos días, señores! ¡ He venido a felicitarles a todos ustedes por el Año Nuevo!

Todos devolvieron la enhorabuena y las felicidades, sonrientes, y Jim le preguntó luego:

-¿Y de dónde sales, hombre, si puede saberse...?

-¡Oh, he ido a Alburquerque, un pequeño viaje, a ver a una novia que tengo allá! Me he divertido de lo lindo. Mi novia, Nancy, baila muy bien, y me ha enseñado unos bailes nuevos que van a volver loco a Bud.

-Así, ¿has estado en Alburquerque? - preguntó Jim.

-Sí, señor.

-¡Oye, oye, Curly! - medió ahora Molly -; ¡pero tú no me habías hablado nunca de ninguna novia de Alburquerque, Curly!

-Es que se me había olvidado, Molly, de decírtelo.

-¿Y la has traído a mi fiesta?

-No. Nancy es una mujer casada, y su marido, celoso como un turco. Pero me habría gustado traerla.

Jim leyó la verdad en los ojos de Molly. Ningún *cowboy* del mundo podía engañar a aquella chica. Todo esto no era más que una monstruosa y enorme patraña con que Curly quería ocultar su borrachera, que durara varios días... De todos modos, nadie habría podido adivinar en el rostro de este *cowboy,* saludable, alegre, con excelente color, que acabara de correr una espantosa orgía... Es más: su aire, su mirada misma, eran tan inocentes, que resultaba un insulto sospechar de él. De pronto, Molly, sin poder contenerse más, soltó una gran carcajada, que tuvo un efecto inmediato sobre todos los formaban el grupo, y que miraron a la muchacha sin comprender. Curly, un tanto corrido, preguntó:

-¿De qué te ríes, Molly?... ¿Es de mí?

-¡Sí, de ti, .Curly ! ... ¡Eres tan gracioso, que me dan ganas de darte un beso!

-¡Ah, muy bien, no te contengas! ... Precisamente no hemos hecho más que hablar de besos allá en Alburquerque...

Gloriana era la única seria y grave del grupo. Había sido lo suficientemente simple para creer a pies juntillas la historia fantástica de Curly Prentiss, y no se inclinaba a tomar la cosa a risa, como Molly. Estaba fría y como desdeñosa, pues la hermana de Jim no acertaba a ocultar del todo sus verdaderos sentimientos.

-¡Molly! - dijo de pronto, sonriendo, Jim -; mira: si tienes ganas de besar a alguien, bésame a mí, y no malgastes tus besos en este guapo *cowboy,* que no tiene corazón. Y tú, Curly, sé bien venido, y ayúdanos a trazar el plan de la fiesta de esta noche, si es que piensas asistir a ella, desde luego.

-¡Bien, verá usted! - repuso el *boy -;* a mí me halaga mucho que hayan ustedes demorado la celebración de esta fiesta por mí, y no quiero que la demoren nuevamente. Para asistir a ella tendré que dejar la compañía de una preciosa damisela, que es una mujer de maravillosa hermosura.

Diciendo esto, Curly- no apartaba los ojos de Gloriana.

Pero Molly no pudo contenerse tampoco esta vez; y, riendo a todo trapo, gritó alegremente:

-Vaya, hijo, que nos estás tomando el pelo a todos de primera! ... ¡Cualquiera te cree a ti nada! ...

Librodot

XIV

Si hubo en el mundo algún equipo de *cowboys* que por su bien necesitaba abandonar una ciudad, con sus alegrías y sus placeres, y trasladarse al campo a pasar privaciones y trabaos sin fin, éste fue el equipo del Diamante, según afirmaba Ring Locke. Al llegar el Año Nuevo, el equipo estaba desunido y desmoralizado; Bud andaba de acá para allá, siempre buscando camorra con alguien en el pueblo; Jackson Way se había casado sin decir nada a sus compañeros, completamente por sorpresa; Lonestar Holliday andaba triste y pensativo, jurando sin cesar que acabaría largándose de Tejas; Uphill y Hump aparecían nerviosos *y* excitados por sabe Dios qué asunto que llevaban entre manos misteriosamente. Cherry recorría la ciudad día y noche buscando novia, y en cuanto a Curly, según opinión general de sus compañeros, se había vuelto un bobo y un idiota. De todos modos, armaban varios escándalos diarios en el pabellón donde se alojaban, discutían, gritaban, hasta volver locos *a* Jim, a Molly y a la pobre Gloriana, haciendo objeto a los novios de sus jugarretas y travesuras; menos *mal* que al fin asistieron a la fiesta en honor de Molly, contribuyendo al gran éxito de la misma.

Al día siguiente de Año Nuevo, la caravana partió del pueblo, recorriendo cuarenta millas, y bajando desde las alturas de la meseta, llenas de nieve, hacia el país dorado del sol y los pinares y los bosques de abetos llenos de dulce calor. Y, como por magia, el equipo había vuelto a ser lo que siempre fue. Jim se sentía orgulloso de sus hombres. ¿Dónde había un equipo como éste en Arizona?... Y aunque su tío y Ring le habían citado otros equipos, para él no había ninguno como el del Diamante.

Al hacer alto al otro día, estaban ya en el lindero de los bosques de pinos. Jim permaneció despierto largo rato aquella noche, oyendo el murmullo del viento entre los árboles, que a veces parecía silbar o rugir, y otras recordaba el fragor de un escuadrón de caballería en marcha.

Al cuarto día, el equipo alcanzaba el sitio hasta donde llegaban las señales del futuro camino, en los límites del hermoso y solitario Yellow Jacket. Bud hizo un chiste a propósito del estado como idílico en que se notaba a Jim, diciendo que se veía que estaba enamorado, y añadió:

-¡Pero ya veremos, mi amo, si cuando lleguemos al rancho sigue usted tan contento! ¡Me parece que va usted a jurar y a cambiar de humor! ...

En efecto; cuando, dos horas más tarde, el equipo llegó al sitio donde había acampado anteriormente, Jim lanzó un rugido de dolor, al ver una masa negra y un montón de cenizas en lo que había sido una pila de hermosos troncos de pino, ya pelados, para construir la futura casa.

-¡Creo que el equipo del *Cuchillo Fatídico* nos ha hecho una visita en nuestra ausencia! - comentó Bud cazurramente.

-¡Sí; esto es obra de Croak Malloy! -corroboró Curly -. ¡Mire usted, mi amo, la tarjeta de Malloy en aquel álamo!

Y señalaba a un árbol, Jim desmontó, acercándose al álamo, en cuya corteza Croak Malloy, seguramente, había trazado la silueta de un cuchillo de carnicero. Jim ya sabía lo que aquello significaba; lo que no sabía era lo que quería decir la letra M, esculpida dentro del cuchillo mismo. Sus hombres se lo explicaron: aquello quería decir que Jed Stone, el jefe del equipo, no tenía nada que ver en el asunto.

Traft se volvió airado, como una fiera picada, y sus hombres le oyeron murmurar los adjetivos y los epítetos más duros que le oyeron jamás. Estaba rojo, y su furia le hacía temblar de pies a cabeza.

Librodot

Bud comentó, haciendo reír a todos a carcajadas:

-¡Tengo una buena idea, mi amo ! Yo cortaría ese álamo, separaría esa parte donde van el cuchillo y la letra M., y lo reservaría para la tumba de Malloy.

Al fin, la cólera de Jim se fue calmando y ordenó que tres de los *cowboys* volvieran con sus caballos al sitio donde había quedado el furgón, para traer más paquetes y cosas, mientras él y los otros se dedicaban a instalar el campamento.

Según la opinión de Slinger Dunn, las huellas encontradas alrededor de la pila de troncos carbonizados eran antiguas y debían datar quizá del día siguiente al de la marcha del equipo hacia Flag.

-¡Lo cual significa que el equipo del *Cuchillo* tenía un espía que nos vigilaba! - dijo Jim.

-¡Ha dado usted en el clavo, mi amo! -repuso Curly, en tono admirativo.

Slinger asintió:

-¿Aunque sea en contra mía, yo también tengo que reconocer que debe ser eso!

Curly recomendó a Slinger:

-Tú lo que debes hacer ahora es vigilar el cañón. Yo sospecho de ese mejicano que Stone llevaba en su equipo, el pastor ese, Sonora. Él debe habernos espiado.

-Seguramente - asintió Slinger -. A mí me repugna matar a un hombre como no sea cara a cara; pero si nos espía a traición y de este modo...

-¡No te andes con escrúpulos, Slinger! - murmuró Curly -. A la otra vez, lo que hará si le dejamos es largarnos un tiro por la espalda a uno de nosotros. No olvides que Sonora es el mejor camarada de Croak Malloy, y no precisamente de Jed Stone, su jefe.

-¡Mándalo al otro barrio, Slinger! - aconsejó Bud, sonriendo -. Como a mí se me ponga a tiro de rifle, voy a tomarlo aposta por un ciervo o un pavo silvestre.

Jim, lanzando un hondísimo suspiro de rabia, gritó entre los dientes apretados:

-¡Es horrible esto, Señor! ... Pero desde ahora, muchachos, vamos a estar más alerta mientras trabajemos. Tú, Slinger, redoblarás tu espionaje; tú, Bud, a cazar para nosotros y traer carne al campamento, y yo... ¡ no os tengo que decir lo que pienso hacer!

El equipo reanudó la pesada tarea, ahora doblemente en guardia que antes. Todo el mundo reanudó el esfuerzo en estado casi sombrío, que hacía que los hombres espiaran y miraran en torno con aire receloso. Los rifles no se apartaban nunca de sus manos, lo mismo que las hachas y las herramientas. Cuando iban a alguna diligencia o por agua, siempre llevaban el arma consigo. E incluso llegaron a abandonar el campamento para ir a vivir en una caverna del acantilado de la montaña, el único acceso a la cual era por un tronco de pino echado sobre el arroyo en forma de puente rústico. De todos modos, el montón de troncos pelados y cortados fue creciendo día por día rápidamente, hasta formar una gran pirámide blanca.

Slinger se dedicaba a espiar el campamento del *Cuchillo Fatídico*, comprobando que faltaban varios *gangsters* de él. Los otros estaban inactivos, esperando quizá la llegada de la primavera para iniciar sus correrías.

-No pude acercarme más que hasta el cortado de la montaña - dijo luego Slinger -, pero desde allí he podido ver a Stone, que se paseaba de acá para allá, con la cabeza baja, como si tuviera un gran peso encima. En cambio, no veo ni a Croak Malloy ni a su camarada Sonora. Deben de estar ausentes del campamento.

-Llévate mis gemelos otra vez que vayas - dijo Jim. - Necesitamos saber quién hay allí y lo que hace esa gente.

Cuando pasaron días y semanas, sin que los del Cuchillo *Fatídico* dieran señales de vida, incluso después de saber que el equipo del Diamante había regresado y estaba en Yellow Jacket, Jim pudo respirar un poco.

-¡Oh, darán señales de vida cuando vuelva Croak Malloy! -comentó Curly-. No, no puedo imaginarme que ese hombre se resigne a dejar estos campos. ¿Y tú, Slinger?

Librodot

-No, por lo menos hasta que no haga alguna hazaña gorda - repuso el hermano de Molly -. Él y Sonora y el tejano ese deben de andar más al Sur, explorando algún rancho o preparando algún robo de ganado para la primavera.

- ¡Oh, pues la primavera aparecerá por aquí el día menos pensado! -añadió Curly-. Y su tío de usted, Jim, enviará el ganado que nos prometió.

- ¡Oh, mi tío no se detendrá por nada! Hace ya mucho tiempo que ese nido de ladrones es para él un mal grano. Y ni el equipo del *Cuchillo* ni ninguno no lo detendrá.

-Desde luego; pero no comparto la opinión de su tío de que el equipo del *Cuchillo* no nos hará más daño que algún que otro arañazo, como él dice -dijo Curly.

-¡Quizá nos den mucho que hacer!

De todos modos, y a pesar de estos pesimismos de Curly y de los otros, las semanas pasaban sin que ocurriera nada de particular en Yellow Jacket.

Al fin, al llegar marzo, surgió la primavera en toda la región grandiosa del Mogollans, y se vistieron de violetas y margaritas los bosques y los prados, mientras por las pistas de la floresta se veían las primeras huellas de los osos, que despertaban de su largo letargo invernal. Y todos los árboles se empezaban a cubrir de hojas de un verde tierno, mientras miles de pájaros cruzaban el aire, alegrando la tierra con sus trinos y gorjeos.

Al llegar marzo vinieron también los trabajadores mejicanos a trabajar en el camino del rancho, que quedó listo en pocos días. Y en el rancho inmediato, allí donde el camino de Yellow se unía al que venía de Flag, se almacenaban los materiales para la construcción de la casa: ladrillos, cemento, tablones, yeso...

El furgón que trajo los materiales era también portador del correo y de noticias, que los *cowboys* devoraron con inmensa ansiedad. Curly recibió una carta que le hizo olvidar todo cuanto le rodeaba. El tío de Jim se había llevado a Gloriana a California, mientras Molly iba a vivir con los Ring, donde proseguiría sus estudios.

-¡Jim, déjeme ver esa carta de miss Gloriana! - pidió Bud -; quiero ver otra vez la letra tan bonita que tiene.

Y el inocente Jim entregó la carta de su hermana.

-¡Ya lo sabía! - comentó luego, aunque sin explicar a lo que se refería con aquellas palabras. Jim pensó que quizá quería decir que en aquella carta acababa de encontrar la clave del estado abstraído de Curly.

Las noticias de tío Jim, de Ring Locke y los amigos de los *cowboys,* y del periódico recientemente aparecido en Flag, suministraron motivo sobrado para conversaciones sin fin. Bambridge había enviado a su familia lejos de Flag, nadie sabía adónde, y él se había trasladado a Winslow, donde continuaría su negocio de ganados. Darnell no fue visto en Flag desde el día de Navidad, en que tomara un tren de última hora de la tarde que iba hacia el Este, sacando billete para Denver. Pero un amigo de Uphill le había visto en Holbrook, después de Año Nuevo. Croak Malloy había matado a otro hombre en Mariposa, según decían ciertos rumores. Y Blodgett, que tenía un rancho en el Sur, se quejaba ya de que los ladrones de ganado comenzaban a hacer de las suyas en sus campos.

-El tío Jim dice que en cuanto el camino esté completamente listo, nos enviará las cinco mil cabezas de ganado que me prometió para Yellow Jacket.

-¡Ah!, entonces, ¿ha vuelto ya su tío de California? - preguntó Curly, intrigado.

-j Oh, sí, hace ya días! Está deseando venir por acá, y creo que acabará por venir. Mirad lo que dice mi hermana en una de sus cartas: ¡mi hermana viene encantada de California!

Y Jim, sacando varias cartas del bolsillo, escogió una, buscó un párrafo, y leyó :«

...No he encontrado, querido Jim, gentes comparables a nuestros *cowboys.* Y eso que vengo encantada de California, tanto que, de no estar vosotros aquí, me habría quedado allá, en aquel país tan hermoso... De todos modos, yo no puedo ser siempre fiel y constante, sin obtener alguna recompensa, ¿entiendes?... Diles esto a los *cowboys* de tu equipo. Y diles

también que Molly y yo pensamos ir por ahí en cuanto tío Jim nos autorice. Ahora no le dejamos en paz ni un instante. Dile a Bud que me tiene que llevar con él a cazar - aunque Molly me va a enseñar el reclamo para cazar pavos silvestres -; pero también pescaremos truchas; di a Lonestar, que es el mejor jinete del equipo, que me tiene que dar algunas lecciones; a Jackson le dirás...; pero no: ahora recuerdo que Jack está casado y nos hemos hecho amigas con su mujer, que es por cierto muy amable y simpática. Bud me tiene que enseñar a grabar mi nombre en la corteza de los álamos. También me tienen que hacer ciertos favores, cuando vayamos ahí, Cherry, Up y Hump. Y, en fin, *alguien* debe mostrarme un verdadero bandido de carne y hueso.»

- Ni una palabra de Curly ni de Slinger! ... El rostro de éstos no se alteró en una línea ante aquella inexplicable omisión. Los otros *cowboys* gritaron, llenos de entusiasmo, y cuando se hubo hecho el silencio, Jim dijo :

-¡Pero es que yo no dejaré que ni mi hermana ni Molly vengan aquí, aun cuando mi tío les *dé* permiso, lo cual pongo mucho en duda!

-¡ja, ja, ja! - rió Bud, mirando significativamente a Curly.

Pero éste comenté:

¡Oh, mi amo, en el verano no habrá peligro para las muchachas!

-¿Cómo que no habrá peligro?... ¿Qué quieres decir?...

-¡Oh, muy sencillo : quiero decir que Slinger y yo nos encargaremos de que ni miss Gloriana ni Molly corran riesgo alguno, aunque tengamos que matar a todo el equipo del *Cuchillo!*

-¡Yo no pensaba en los peligros que pudieran correr mi hermana y Molly por parte del equipo del Cuchillo! - repuso Jim, mirando significativamente a Curly.

Éste comprendió la indirecta, y dijo, levantándose, y muy digno:

-Jim, el equipo del Diamante ha renunciado hace tiempo al *whisky* y a las peleas y las discordias... sin hablar de la compañía de ciertas mujeres... sólo por usted; ¡de modo que no debe usted decir eso!

Y se marchó, con su paso erguido y sereno.

Jim comprendió que había cometido una impertinencia, por lo que se merecía aquella respuesta altiva de Curly, y se encogió de hombros.

Terminado el camino, un día apareció la inmensa horda del ganado, casi todo él joven, inundando los campos de Yellow Jacket y esparciéndose por el cañón y por todos los rincones del inmenso campo del rancho.

Detrás del ganado llegaron en convoy numerosos furgones, atestados de los materiales necesarios para construir la casa de Jim. El tío había enviado a dos maestros de obras, y Jim pocos días después tuvo la alegría de los primitivos exploradores, al ver elevarse su casa en el desierto. Bud construyó una conducción de madera desde la fuente del arroyo, y de este modo se dispuso de agua en la casa antes de estar ésta construida. Luego que la casa quedó terminada, y mientras Tos carpinteros trabajaban en poner ya puertas y ventanas en el nuevo edificio, los *cowboys* iban construyendo una gran cuadra, graneros y corrales.

Ya era en mayo cuando los obreros que habían venido de Flag regresaron a la ciudad, después de dejar terminada la casa de Jim. Pero aún quedaba mucho trabajo por hacer, y Jim se decía que habían de pasar muchos meses antes de que la casa estuviera tal y como él la había soñado en un principio.

Cuando los obreros se hubieron ido, el equipo se puso nuevamente en pie de guerra, reanudándose la vieja vigilancia. Los campos de Yellow Jacket estaban ahora llenos de vacas, de ternerillas nuevas y de hermosos novillos, muchos de éstos todavía sin marcar, y que eran una irresistible tentación para los bandidos del tipo de Croak Malloy. Luego vino el apartado de las reses que se hace siempre en primavera - el primero que se efectuaba en el rancho de Yellow Jacket -, *y* durante muchos días sólo se oyeron en aquellos inmensos campos los gritos

Librodot

salvajes de los *cowboys* y el dulce mugir de las reses marcadas. El aire estaba cargado con el olor acre de la piel chamuscada de los animales. Jim se había convertido en un ranchero desde aquel momento.

Curly decía al jefe del equipo que el ganado en el nuevo rancho se duplicaría en dos años.

-Las tierras de Yellow Jacket no sólo son inmensas, sino riquísimas en pastos y en agua. Y los pastos y el agua son la verdadera riqueza para el ranchero.

Aquella misma tarde, cuando hablaban cerca de la casa, Curly levantó de pronto la cabeza, diciendo:

-¿Eh?... ¿No han oído ustedes un tiro de rifle?... -¡Pues sí! -- corroboró Bud, escuchando asimismo -. ¡Yo también he oído algo!

-¿Y qué de extraño tiene? - preguntó Jim.

-¡Oh, por si acaso, vaya usted al porche de la casa! - ordenó cariñosamente Curly a Traft -. Ha sido un error construir esta casa aquí. Desde el acantilado puede llegar aquí muy bien una bala.

-¡Callen! ¡Miren a Hump, que debe haber oído también algo y viene corriendo hacia acá...!

Los dos, Jim y Curly, miraron hacia donde señalaba Bud, y vieron, en efecto, a Hump, que llegaba corriendo.

-El tiro se ha oído encima del acantilado - dijo Curly -. ¿No andará por allí Slinger?...

Esperaron a que llegara Hump, que dijo, sofocado y jadeante:

-¿Han oído ustedes, señores?... He oído un disparo de un cuarenta y cuatro allá en las rocas.

-A nosotros nos ha parecido un disparo de rifle, y pensamos si no habrá sido Slinger...

-Tal vez.. Quién sabe si no habrá tirado a algún ciervo, viniendo para acá...

-No es probable. Más bien me parece que ha ocurrido algo grave...

Todos quedaron esperando, anhelantes, la aparición del único miembro del equipo que faltaba del rancho. Y cuando Slinger apareció, a lo lejos, Curly lanzó una exclamación de sorpresa.

-¡Callad! -- dijo, de pronto, Curly, que tenía vista de águila -. ¡ Si trae dos rifles! ¿Y qué es lo que trae colgando?...

-¡Un cinturón de pistola! - repuso Bud.

-¡Pues es verdad! - añadió Curly. Y sentándose, se puso a liar un cigarrillo, diciendo a Jim luego, con su tono lento y calmoso-: ¡Me parece, mi amo, que tenemos un enemigo menos en el equipo del *Cuchillo!*

Slinger llegó al fin al porche de la casa. Su rostro aparecía sereno, pero sus ojos tenían un brillo metálico y siniestro. Dejó en el suelo una carabina vieja y lustrosa por el uso, de esas que acostumbran llevar a la grupa del caballo los jinetes del desierto.

¯¿Qué traes ahí? - preguntó Curly el primero.

-Mi amo: ¡si yo juraría que la carabina está montada!

-¡Está tal y como él la dejó! - explicó Slinger Dunn. - He querido que la vieran todos ustedes; así se darán cuenta de lo poco que ha faltado para que me quite de en medio...

No dijo más, sino que, acercándose al rifle que había dejado apuntando hacia el acantilado, apretó levemente el gatillo, haciendo salir el tiro con un ruido de trallazo seco. Luego dejó a los pies de Jim un cinturón lleno de balas, una gran canana, donde también aparecía, metido en una funda, un gran revólver con el puño de hueso.

-¿Y de quién es todo esto, Slinger? - preguntó Curly Prentiss.

-De Sonora, el mejicano ese del equipo del *Cuchillo* - repuso Slinger descubriéndose y secándose el sudor del rostro-. Esta mañana pude descubrir su rastro en el bosque. Lo seguí. Eran huellas recientes; pero no he logrado dar con él hasta hace poco, ahí, enfrente, en la montaña Cuando lo descubrí estaba echado de bruces, apuntando a Jim seguramente... Por

Librodot

suerte, yo llegué a tiempo...

Jira miró al acantilado de enfrente. Desde allí, un mediano tirador habría podido matar de un modo infalible a un hombre o a un ciervo, tan poca era la distancia. Y se estremeció. Comprendía que la mano de Dios o un milagro le habían salvado de nuevo la vida. Pero..., ¿podría ocurrir así siempre?...

De pronto oyó a Curly, que decía:

-Entonces... ¿té? - Y, volviéndose hacia Jim, añadió, en tono vehemente -: ¡ Ya se lo vengo diciendo yo a usted hace tiempo, mi amo, que no se siente usted ahí: ... ¡ Ya lleva usted mucho tiempo en Arizona, y no acaba de conocer el país! ... El canalla ese de Sonora podía haberlo dejado a usted ahí tieso...

XV

Jed Stone lanzó a su *cowboy* de Tejas una mirada sonriente de comprensión.

-¡Tenlo por seguro, Jed! - repitió Pecos -. Vas a tenerte que desembarazar de Croak uno de estos días, sin remedio... Ya lo habría hecho yo, si no fuera por el temor que ese hombre me inspira, la verdad... Si no, él se marchará, vendiéndonos a todos...

-¿Cómo lo sabes tu?... ¿Es por eso que te marchas de mi equipo?...

-No, no por eso, precisamente. Ya me habría marchado con Anderson, a no ser por ti. Y me habría marchado cuando Malloy mató a aquel pobre *boy*, Reed, que estaba con nosotros. Yo creí que Malloy había escupido todo su veneno... De todos modos, me marcho porque creo sinceramente que el equipo del *Cuchillo Fatídico* está perdido. ¿No lo crees tú así, Jed?

-Es que... si el equipo del *Cuchillo* está perdido, como tú dices, ¿cómo y quién lo ha perdido?...

-¡Oh! No creo que necesites preguntármelo. Tú lo sabes mejor que nadie. Malloy nos ha echado a perder el negocio con Bambridge, y tú sabes que Arizona no tendrá jamás un ladrón de ganado como Bambridge. Precisamente lo que sacaba de quicio a Jim Traft era que Bambridge, siendo un ladrón de ganado en realidad, se esforzara en aparecer como un hombre honrado ante todo el mundo. Acuérdate de lo que voy a decirte: Bambridge no verá el final del verano.

-¡Oh! - repuso Stone con énfasis -; ¡como no me pague los diez mil dólares que me debe, ten por seguro que no lo verá!

-Tú sabes que todos nuestros negocios últimamente realizados eran planeados y se hacían por instigación de Bambridge. El robo de los ganados de Yellow Jacket y el embarque en Winslow..., que, por cierto, fue una mala idea. Nosotros podíamos haber continuado como íbamos durante muchos años, quiero decir robando algunas cabezas aquí y allá... ; pero lo que hizo Malloy últimamente, me sacó de quicio. Él nos ha perdido, créelo.

¯¿Quieres decir el robo ese de ganado en Anril, sin que yo me enterara?...

-No, no ése precisamente. No me refiero a eso. Me refiero a su idea de construir esta cabaña aquí. Esto, ante sus ojos, es un fuerte. ¡Precisamente a veinte millas de Yellow Jacket!

-¡Oh! Croak decía que había construido aquí esta cabaña seducido por la hermosa vista de los prados y. del Mogollans que desde aquí se disfruta...

-¡No diga tonterías, Jed! ... Croak ha levantado aquí esta cabaña porque piensa quedarse aquí a vivir, quieras tú o no quieras.

-¡Quizá se quede..., pero será ahorcado de algún pino! - comentó Jed con sonrisa siniestra.

-¡No lo creas! ¡Malloy morirá de un tiro! ... Hazme caso a mí: ese hombre acabará de perder a nuestro equipo. Eso mismo que ha hecho hace poco, traernos a esos dos tipos nuevos al equipo, que son dos rufianes de la ciudad... que se beben todo lo que roban... ¡No son gente apropiada para el *Cuchillo!*

Librodot

-Eso mismo pensaba yo, Pecos.

-Ahí tienes a Madden y a Lang, los dos aterrados ante la matonería de Malloy, y que por él te traicionarán el día que menos te lo pienses. Y en cuanto a Sonora, tú sabes muy bien que es el brazo derecho y el compañero de Croak, inseparable... De modo que convendrás conmigo que nuestro equipo, quitándonos a ti y a mí, está perdido.

-Yo también lo pienso, Pecos. Eso me desvela muchas veces.

¯En este caso, manda el equipo a paseo y vente conmigo, Stone.

-¿Y dónde vas tú?

-¡Oh, voy hacia el Pequeño Colorado! ... Tengo allí un antiguo amigo tejano, que me espera.-¿Pero tienes dinero, Pecos?

-Y claro que sí. Malloy no me lo ha ganado todo. Stone se decidió, y dijo :

-Bien, entonces, Pecos. Mira, si cuando desaparezcan por completo las nieves yo no he ido a buscarte, ten por seguro que es que Malloy ha dado cuenta de mí, como la ha dado del equipo.

-¡No te fíes de Croak, Jed! - aconsejó el otro -. Ya sabes que es un traidor; aquel día si no es por t mata a Jim Traft.

-Ya me acuerdo, ya. Y, desde entonces, Croak odia a muerte por haberle tirado la pistola a tiempo, cuando iba a disparar. Precisamente lo único que me inducirá a mí a tener una riña con Croak será el amor propio de saber si ese hombre es capaz de vencerme con un arma de fuego y manejarla mejor que yo.

-Ya lo sé. Pero eso es una vanidad de buen tirador, Jed, y una locura, además. Hazme caso a mí y vente conmigo.

Stone tardó un rato en contestar, y al fin dijo:

-No, todavía no. Ahora estoy arruinado y necesito ese dinero que me debe Bambridge. De todos modos, yo te prometo que, salvo algún incidente inevitable que me lo impidiera, iré a juntarme contigo antes de que termine el verano.

-¡Muy bien, venga esa mano, entonces!

Pecos montó en su caballo, mientras Stone le decía:

Creo que harías mejor en ir a través del bosque, evitando las pistas, porque si te dieras un encontrón con Croak, le extrañaría verte marchar. Ya sabes que tomó la marcha de Anderson como una bofetada. ¡ Buena suerte!

-¡Y tú también, Jed! - repuso el jinete, picando espuelas -. ¡ Te esperaré allá impaciente!

Jed Stone le vio perderse poco después entre la espesura del bosque, con una sensación mezclada de tristeza y de alivio. Este hombre que se alejaba era, en realidad, el último vestigio de su equipo, a excepción de Stone mismo. Luego se sentó en el banco hecho por el mismo Malloy y desde donde se divisaba una vista soberbia. Pero Jed se decía que a Croak, que era un ladrón y criminal empedernido, no le habría importado la belleza que desde allí se divisaba. Si Malloy amaba tanto a Arizona era porque estos campos y estos desiertos le ofrecían un incomparable escenario para sus incesantes fechorías.

Malloy había escogido muy acertadamente el sitio para construir la cabaña, que ocupaba una eminencia en un tajo de la montaña. Sólo se podía llegar allí por delante, esto es, por la parte que miraba hacia el valle. Además, los troncos de que estaba hecha la casita eran verdes para que no ardieran en mucho tiempo, y en las paredes existían claros disimulados que hacían las veces de aspilleras. Un arroyo pasaba cantando ante la misma puerta de la cabaña y, para colmo de seguridades, el acantilado avanzaba por encima del tajo, formando una visera protectora. De todos modos, aunque Jed reconocía el ingenio de Malloy, se decía que había sido un trabajo casi inútil, ya que ni Croak ni sus dos nuevos compañeros paraban allí casi nunca. Desde que empezó la primavera, habían hecho ya tres robos importantes de ganado, uno de los cuales había sido una cosa tan descabellada y absurda como el cometido en terrenos del rancho de Yellow Jacket, el nuevo rancho de Traft. Bambridge con su nuevo asociado Darnell eran los que apoyaban a Croak y sus compinches en estas empresas.

Librodot

De todos modos, era el recuerdo de Malloy lo que atormentaba sobre todo a Jed. Hasta entonces nunca había pensado Jed en tener que matar alguna vez a Croak. La idea del crimen, poco a poco, primero en sueños, luego en ciertos momentos de irritación, en plena vigilia, se le imponía a su alma, aunque su conciencia tuviera todavía instantes de rebeldía en que se negaba a admitir el crimen. Malo y perverso como era Croak, todavía confiaba en Jed y habría sido capaz de dar la vida por el jefe, si llegaba el caso. Y esto era una cosa que pesaba dolorosamente en el ánimo del jefe del equipo.

Mirando desde allí el paisaje, verdaderamente bravío y grandioso, Jed se decía que, en efecto, Malloy no podía haber encontrado un sitio mejor para un hombre huido de la justicia. Nadie conocía aquel refugio, a no ser, quizá, Slinger Dunn y alguno que otro hijo de los bosques. Además, para llegar allí había que hacerlo por sendas inaccesibles, y se tardaba cuatro o cinco días en llegar desde los caminos más cercanos que conducían a Flag o a Winslow. Mirando el paisaje grandioso, Stone se dijo que si el viejo Jim Traft soltaba en los campos de su rancho de Yellow Jacket algunos miles de cabezas de ganado, cosa nada improbable, dada la testarudez y soberbia del viejo ranchero, Croak Malloy no podría resistir la tentación de robar ganado allí, lo cual quizá supusiera también la muerte de Croak, la muerte del granuja. De modo que Jed Stone rumiaba la idea como una salida inesperada que le desembarazaría de Croak para siempre, sin necesidad de tener él que matarle.

Era una hermosa mañana de mayo, y los bosques aparecían engalanados con hojas y ramas y flores nuevas, mientras por el aire revoloteaban cantando miríadas s pájaros. Stone había quedado solo en medio de aquella Naturaleza bravía; por suerte, en la cabaña había provisiones; además, tarde o temprano, Malloy volvería allí con sus dos nuevos compañeros: y Madden, que había ido a Winslow a llevar un mensaje a Stone, regresaría también. En cuanto a Sonora, espiaba por sendas y pistas del bosque, obedeciendo órdenes de Malloy, que, por una vez, coincidían con el criterio de Jed Stone.

Aquella región de Arizona resultaba inolvidable para los que la conocían, que no podían marcharse de ella, sujetos por su belleza y sus encantos. Jed no conocía las fuentes del Pequeño Colorado, sabiendo sólo que era una región aún más salvaje, llena de bosques intrincadísimos, y donde sólo vivían los indios *Apaches* y algunos tramperos y cazadores furtivos.

De todos modos, Stone amaba apasionadamente esta parte del Mogollans, llena de valles, de bosques, de cañones, de riachuelos y arroyos cristalinos, donde hasta el ganado salvaje aparecía como dócil y domesticado y los hombres de su especie encontraban el mejor refugio día y noche.

Mirando el océano incomparable de verdura, de rocas, de espejos rotos que eran los ríos y lagos donde se retrataba el azul del cielo, Jed se decía que, hicieran lo que hicieran los hombres, nada podría alterar la hermosura incomparable de aquel país. Ni siquiera el fuego podría destruirla, ya que había demasiada verdura y demasiados cursos de agua. Y si el viejo Traft se obstinaba en echar allí miles de cabezas de ganado, muchas de ellas se perderían en estas soledades. Eso sería todo. Quizá por esta maravillosa hermosura, él, Stone, se resistía a marcharse de aquellos sitios que le eran tan amados.

-¡Sí! - se repitió mentalmente -; ¡esta parte, este rincón del Tonto incomparable, siempre estará igual! ... Y es por eso que yo me resisto a marcharme de aquí.

Jed Stone había sido durante veinte años un fugitivo, un criminal ante los ojos de la Ley. Pero él sabía en lo íntimo de su conciencia que el crimen que le dejara fuera de la Ley no lo había realizado él. No sentía, sin embargo, amargura ni rencor ni arrepentimiento alguno. Nada, en todos aquellos años, habría sido capaz de hacerle renunciar a su sacrificio. De todos modos, ahora se decía que quizás había llegado el tiempo en que su sacrificio se acabara.

Los ojos penetrantes de Stone descubrieron, de pronto, algo que se movía a lo lejos entre el follaje de los árboles. Al principio creyó que era un ciervo; pero luego vio que se trataba de un jinete. ¡Venían caballos! ... Quizás eran Malloy y sus hombres.

Librodot

Pero Stone no quería nunca correr el albur de un peligro y echó mano en seguida a su rifle, que estaba apoyado en el banco.

Al fin reconoció a Madden, aunque tardó un rato en darse cuenta de que el segundo de los jinetes era Bambridge. Esto le extrañó. ¡Bambridge yendo allí, a Black Brakes! ... La visita le olía a algo desagradable.

Los jinetes hicieron alto, al fin, ante la puerta de la cabaña, y los dos hombres desmontaron. Venían cubiertos de polvo v con rostros donde se leía una gran fatiga, sobre todo en el de Bambridge, que estaba, además, lívido.

Madden murmuró:

-¡Te traigo una visita, Jef!

- ¡Ya lo veo, ya! ¿Cómo va, míster Bambridge?

-Buenos días, Stone. Supongo que le sorprende verme por aquí.

-Sí, señor, sí. Pero me alegro que haya venido, por varias razones.

Bambridge, con mirada y aspecto duros, subió los peldaños de la cabaña, yendo a sentarse en el banco donde había estado Stone, y quitándose el sombrero y el abrigo. Se veía que no había dormido, y era evidente que no se había desnudado tampoco en varios días. Al cinto llevaba una pistola, que Stone había descubierto desde el primer momento.

-Malloy no ha acudido a mi cita - comentó al fin Bambridge.

-¡Oh, acostumbra hacerlo! -repuso Jim-. Sin perjuicio de que cuando menos lo espere y menos falta haga, aparezca. ¿Dónde tenían ustedes que encontrarse?

-En casa de Tanner, ese que vive en las afueras de Winslow.

-¡Ah! ¿Allí se ven ustedes?... ¿Y por qué no habrían de verse en Flag o en Winslow mismo?...

-Eso digo yo : porque ochenta millas de cabalgata sin dormir y casi sin comer, son capaces de matar a un hombre.

Bambridge no sabía el terreno que pisaba allí; pero Stone por el tono en que el otro le hablaba, comprendió que no le creía el jefe del equipo, ni mucho menos.

-¿Y para qué tenía usted que verse con Malloy? - preguntó luego Jed.

-¡Oh, es asunto suyo y mío! - repuso el otro dura y evasivamente.

-Es que todos los asuntos de Malloy me interesan a mí y me conciernen. Yo soy el jefe de este equipo del *Cuchillo Fatídico*

-¡Ah, no lo sabía, ni nadie lo dice! - repuso Bambirdge en tono más cortés, sin mostrar gran sorpresa, por lo demás.

-Quizá Malloy le haya dicho que él es el jefe del equipo... Hasta cierto punto, no le ha mentido, ya que él tiene ahora asuntos por su cuenta, sin contar para nada conmigo... El embarque aquel de ganado del Diamante, no; aquel negocio fue la excepción... A propósito: yo creo que debía usted pagarme los diez mil dólares que me debe de aquel negocio. Enviaríamos a Madden a que me trajera el dinero.

-¿Qué dice usted? - murmuró Bambridge con sincera sorpresa-. ¡Yo le di el dinero a Darnell, con instrucciones de que lo entregara a Malloy para que se lo diera a usted a su vez!

-¿De veras?... ¿Y cuándo ha sido eso?

-¡Oh, hace varias semanas! ... ¡Espere que recuerde! ... ¡Sí! Fue el 9 de abril cuando saqué esa suma del Banco, los diez mil dólares. Al día siguiente, Darnell fue a casa de Tanner, donde encontró a Malloy, a quien entregó el dinero.

-Pues a mí no me ha entregado Malloy nada - repuso Stone.

-¿Qué dice usted?... ¡Pues vaya un hombre de confianza! ... ¿Está usted seguro de que no le ha entregado el dinero?.. ¿Ha visto usted a Malloy después de esa fecha?

-Varias veces, y nunca me ha dicho nada del dinero. Yo le notaba como violento en mi presencia... ¡Y muchas gracias por la idea que tiene usted de mi honradez!

Bambridge no quiso pedir perdón al otro por sus palabras, y dijo, al contrario, acentuándolas:

-¡Oh, sus negocios de usted, Stone, no son honrados! De todos modos, tengo que reconocer que usted ha cumplido la palabra que me dio a mí, lo cual ya es mucho más de lo que ha hecho Malloy... ¿O es que usted sospecha de ese nuevo amigo mío con el que yo tengo negocios, ese Darnell?...

-No, no sospecho; yo sé positivamente que ese hombre es un jugador del Mississippi, que ha venido de San Luis según ha dicho él mismo. Conozco la clase. He conocido a varios tipos de esos del Este... Darnell lo ha traicionado a usted, míster Bambridge, y ahora le echa la culpa a Croak Malloy; pero no sabe dónde se mete.

-Pero... ¡vamos a ver: déme una prueba de que Darnell me ha traicionado! dijo impaciente Bambridge.

-¡Oh, es muy sencillo! Mire: yo vi a Darnell aquí, después del 10 de abril; debía ser por el 20, porque fue después que Malloy había hecho un robo de ganado a Blodgett, que fue por el 10 ó el 12..., y Darnell no me dio a mí dinero alguno. En cambio sé que llevaba encima mucho dinero, porque lo vi cuando jugaba con mis hombres. Aquel día fue cuando Croak Malloy mató a Reed.

-¡Oh, si no me da usted más pruebas de éso! - opuso Bambridge con ironía -. Usted podía estar borracho cuando Darnell le dio el dinero.

-¡Le advierto, Bambridge, que yo no me emborracho nunca! Yo soy más honrado que muchos que se llaman ganaderos o traficantes honrados de ganado... Y en todo caso, sepa que le hago responsable a usted, como a ese Darnell, de la entrega de esos diez mil dólares. ¡Usted verá!

-¿A mí?... ¡Oh, a mí no! ... Ni a Darnell tampoco. En todo caso a Malloy, que ahora parece que ha traición a su equipo. Es evidente que él se ha quedado con el dinero.

-¡No! - opuso Stone reflexivamente -; Malloy es honrado en cosas de dinero.

-¡Bah, bah! - murmuró ahora Bambridge en un tono de ironía cortante-; ¡usted habla un lenguaje que resulta extraño en un ladrón de ganado! ... ¡No hace usted más que hablar de honradez y rectitud... cuando precisamente viven ustedes en este desierto porque no pueden entrar en ninguna ciudad y la Ley les tiene puesto precio a sus cabezas! ... ¡Tiene gracia! ... ¡Los ladrones hablando de honradez!

-Bien, no discutamos eso. Yo le he servido a usted lealmente... Y ahora, lo que haya hecho Malloy no le da a usted derecho a hablar como habla... Lo que verdaderamente me interesa a mí es saber a qué ha venido usted aquí, vamos a ver.

Bambridge contestó, sonrojándose hasta las orejas y hablando en tono descompuesto, casi a gritos:

-¡Necesitaba venir! ... Malloy me ha plantado dos veces, y las dos por no haberle pagado ya por adelantado... Ahora tengo necesidad de comprar diez mil cabezas de ganado para el agente del Gobierno en Kansas City, y no tengo ganado... Lo necesito.

-¡Ya! Se le presenta a usted ocasión de hacer un buen negocio y largarse de Arizona, ¿eh?...

-¡En efecto, Stone! Eso provecto hacer y por eso he venido. Yo necesito ganado. El viejo Jim Traft ha enviado hace poco mucho ganado al rancho de Yellow Jacket. Y yo he pensado en ese ganado. Malloy se comprometió a robarlo para mí. Yo tenía construidos unos corrales junto a la vía férrea, entre las estaciones de Winslow y Holbroock. Malloy también aceptó mi plan y se comprometió a matar a ese petimetre de Jim Traft, el sobrino del viejo ranchero; y cogió el dinero.

-¿Qué dinero? - preguntó Jed Stone aparentando indiferencia.

-El que yo ofrecí por el trabajo... Pero después que lo había cogido se volvió atrás y dijo que esa clase de trabajos no los hacía Malloy. Y encargó que matara al joven Traft a un compañero suyo, un tal Sonora. Un mejicano.

-¿De modo que usted ha pagado para que maten al joven Traft? - repitió Stone con aire pensativo-. ¡Muy buena idea... para ser suya! ¡Pero déjeme que le diga, míster Bambridge, que Sonora no hará eso nunca!

-¿Cómo?... ¿Otra traición, no?...

-No, no. Sonora es honrado desde ese punto de vista. Pero Sonora no conseguirá nunca matar a Jim Traft, por la sencilla razón de que antes lo mataría a él Slinger Dunn. Yo no me atrevería a merodear por el rancho de Yellow Jacket por nada de este mundo, y tenga usted por seguro que Malloy tampoco lo hará, sabiendo como él sabe también que Slinger Dunn es el espía del otro equipo.

-¡Ah, vamos! ... Entonces, ¿es por eso por lo que Malloy no ha querido aceptar el negocio este que yo le proponía de robar el ganado en Yellow, verdad?... ¡Maldito sea el cobarde! ... Escuche, Stone: ¿usted está enterado de que Malloy ha estado con el equipo de Tanner y ha ayudado en los trabajos del ganado de Bladgett?

-¡No! ¿Quién se lo ha dicho a usted?

-Darnell. Él ha sido el que ha hecho el negocio. Esto se hizo contra mis órdenes. Estoy ofendido con Darnell por esto. De todos modos, en ese asunto, no tengo queja alguna de Malloy.

-Es que Darnell tiene dos caras, como suele decirse, por lo visto. Se ve que quiere utilizar a Malloy para hacer un negocio en grande, como usted, y luego largarse de Arizona. Pues bien: mi consejo es que se den ustedes prisa y se marchen. Nosotros, los ladrones honrados, nunca hacemos negocios de esa clase. Nunca robamos a un mismo ganadera tantas reses como para arruinarle por completo. Ésta es la razón de que mi equipo del *Cuchillo Fatídico* haya durado veinte años.

-Bien, escuche, Stone. Mi hija se casó con un *cowboy* en Flag el invierno pasado; y como yo voy a marcharme rápidamente del país, sin necesidad de su consejo, ¿quiere usted hablar a Malloy para que se encargue de ese asunto?...

-Muy bien, sí, señor. Malloy se encarga de cualquier trabajo que sea, con tal que se le dé la parte del león.

Bambridge carecía de sutileza para luchar contra Stone. Éste había averiguado, con astucia, cuál era el asunto que Bambridge tenía pendiente con Malloy. Ahora, todo lo que Stone quería saber era si Bambridge había traído encima el dinero.

-Malloy quería veinte mil dólares - siguió luego diciendo Bambridge -. Eso era una cosa fuera de toda razón. No puede robar ganado que valga esa cifra. Discutimos, y al fin, se avino a cobrar quince mil. Así, yo, he traído encima diez mil. De modo que yo quería rogar a usted intentara convencer a Malloy para que lleve el ganado a mis corrales; y en cuanto esté el ganado allí, yo le entregaré los otros cinco mil dólares.

-¿Cuánto ganado hay que llevar? - preguntó Stone va inmensamente interesado en el asunto, aunque fingiendo indiferencia.

-¡Ah, no hemos hablado del número de reses! Tantas como puedan llevarse y embarcarse lo antes posible.

-Muy bien. Entonces, ¿por qué no me enseña usted esos diez mil dólares?

Bambridge sacó un enorme fajo de billetes nuevos, y dijo:

-¡Usted tiene tanto derecho a desconfiar de mí, como yo de usted! Aquí los tiene. ¡Billetes novísimos, por cierto!

-Al fin y al cabo, no es muy grande la cantidad - murmuró Stone lentamente -. Y si el negocio ha de ser muy grande...

-He traído, además, otros quinientos dólares en oro - añadió entonces Bambridge, un tanto angustiado ante la idea de que Malloy no quisiera aceptar el trato.

Jed Stone tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el otro no advirtiera su emoción. Todas sus palabras con Bambridge no habían tenido otro fin que cerciorarse de que este hombre llevaba en efecto el dinero encima.

-¡Déjeme usted ver el oro, míster Bambridge! - dijo en tono un tanto festivo-. ¡Ah, la dulce música del oro! ...

El canalla, que para convencer a Stone había empezado a sonar las monedas en su

Librodot

bolsillo, reaccionó ante estas palabras del jefe del equipo, y en vez de complacerle se guardó los billetes también y se abotonó la americana.

-¡Saque usted todo el dinero! - gritó, de pronto, Stone, transformándose en un segundo, hasta el punto de que Bambridge se puso lívido, mirándole con ojos asombrados.

-¿Qué-é-é? - preguntó, atónito.

- ¡Que me *dé* usted el dinero! - exigió el otro.- ¡No! No pago por adelantado, Malloy...

-¡Qué tiene eso que ver! Yo no traeré ni un novillo para usted... Pero me tiene usted que dar esos diez mil dólares. Usted me los debe.

-¡Antes me matarían! - rugió Bambridge, colérico. Y en seguida dio un paso adelante como para marcharse.

Pero Stone le dio un terrible empujón, que hizo al otra ir dando traspiés varios metros.

-¡Idiota! - rugió el jefe del equipo -. ¿Se atreve usted a venir a desafiarme aquí, en mi propia casa?... ¡Déme usted ahora mismo ese dinero, o...!

-¡Ah, usted es un canalla, un ladrón! ... No me extraña que Malloy quiera marcharse de su equipo... Y si quiere usted saber la verdad, circulan rumores de que se quieren repartir el precio que se ha puesto a la cabeza de usted.

La cólera de Stone se despertó terrible en el fondo de su pecho al escuchar aquellas palabras. Pero no dio muestras de ello. Durante muchos años, el precio puesto a su cabeza había sido y era la pesadilla de Jed Stone. Él tenía padre y madre, sin hablar de la dulce novia abandonada... Y el pensamiento de que sus seres amados pudieran llegar a saber esto tan terrible, le sacaba de sí.

Entonces, sacando su pistola, descargó un terrible golpe en la frente de su enemigo. Bambridge cayó sobre el banco, quedando apoyado en la pared, mientras la sangre corría por su faz.

-¡ Déme usted el dinero, si no quiere...! Y no saque usted...

Pero Bambridge, loco de furor y de miedo, se llevó la diestra al bolsillo de la cadera, buscando un arma. -¿Ah, sí?... ¿Pues tome esto!

El tiro de Stone cortó el movimiento de su enemigo. La pistola se le escapó de la mano, al tiempo que lanzaba un horrible gemido de agonía. Y su rostro tomó la lividez de la muerte.

El cuerpo quedó apoyado trágicamente contra el muro.

Stone esperó un momento. Luego, tras recoger del suelo el arma de su enemigo, la disparó contra el muro.

El ganadero se vino al suelo. Jed entonces se inclinó sobre el muerto, le sacó el dinero del bolsillo y se lo guardó. En seguida se dirigió a las escaleras del porche de la cabaña y encendió un cigarro. Su pistola humeaba todavía. La cerilla estaba en sus manos tan inmóvil como si estuviera apoyada en una roca. En seguida, guardándose el arma, miró hacia el camino del acantilado y pudo ver a Madden, que volvía corriendo hacia la cabaña.

XVI

Madden llegó a la cabaña jadeante y alarmado. Y al ver Bambridge muerto, preguntó, atónito:

-¿Qué ha ocurrido, Jed? ¡He oído un tiro! ... ¿Te ha agredido Bambridge?...

-Sí. Ya lo ves. Ahora puedes ir registrándole.

Madden obedeció, y fue sacando de los bolsillos del muerto el reloj, cartas y papeles, y por último un buen puñado de monedas de oro, que dejó sobre el banco, donde ya había puesto antes la pistola del muerto.

-¡Caramba, pues si no llevaba más que esto! - comentó Madden al fin con disgusto y desilusión -. Y es que ahora recuerdo que Bambridge y Croak habían estado jugando en casa

Librodot

de Tanner, y Bambridge perdió...

-Mira, puedes quedarte con ese dinero - dijo entonces Stone -. Yo no lo necesito.

-Gracias, jefe. ¿Y qué hacemos de estos papeles? -Oh, puedes guardártelos para entregarlos a Malloy. A propósito, Madden: ¿cuándo lo esperas tú?

-Hoy seguramente vendrá. Por eso había traído yo aquí a Bambridge. ¿Por qué habéis reñido?

-Espérate a que venga Croak y hablaremos. -¿Y qué hacemos del muerto? ¿Lo enterramos?

-No, tampoco. Esperemos. Deja la pistola de Bambridge en el suelo, donde estaba.

-¿Para qué?... ¿Para justificarse ante los ojos de Malloy? ¡Bah, no te preocupes! Te advierto que Croak tampoco sentía un gran cariño por Bambridge, y se encogerá de hombros cuando vea que lo has matado.

Stone se sentó en las escaleras del porche y se puso

a fumar, mientras Madden tapaba al muerto con un lienzo. Stone estaba sereno. Sabía que Croak iba a sentir cierto rencor al ver muerto a Bambridge, pero no le importaba. Ni siquiera quería molestarse e inventar una excusa para justificar su crimen. Antes que nada quería ver cómo tomaba la situación Malloy.

Luego Madden dijo que iba por leña, porque la lumbre se apagaba, y volvió cargado de troncos. Stone se decía que quizá volvieran con Malloy sus nuevos compañeros, aquel rufián a quien Malloy llamaba Black Reeves, y el otro.

Pero pasó la tarde, sin que Malloy ni los otros regresaran a la cabaña. Las tintas del crepúsculo fueron extendiéndose por el paisaje majestuoso; comenzaron a volar las primeras aves nocturnas, y al fin cayó la noche, imponente y negra sobre el inmenso desierto de los bosques. Era evidente que Malloy no podría ya volver hasta mañana.

Al fin, Madden, que hacía de cocinero del equipo, le llamó para cenar.

-No viene Croak, ¿verdad? - preguntó luego Madden. -No. Y quizás haya sido para bien que no venga esta tarde.

-Sí, mejor. Mañana estarás ya más sereno... Croak debe de haber tenido alguna reyerta cuando no ha venido, porque hoy hace exactamente ocho días que nos vimos en casa de Tanner y quedamos que yo vendría hoy aquí con Bambridge y él vendría también... Quizá el tipo ese de Darnell haya hecho alguna...

-Madden, me gusta mucho como guisas, mucho más que tu compañía - dijo Stone, comiendo con apetito.

-¡Gracias por el favor! -repuso Madden con sarcasmo -. De todos modos, cuando tengas la pelea final con Croak, no comas nada de mis manos. Croak y yo fuimos los mejores amigos antes de venir al equipo, y esas cosas no se olvidan.

-Ya lo tendré en cuenta, hombre, aunque me extraña oírte hablar así.

Luego de la cena, Madden murmuró:

-¡Ya podíamos haber enterrado a Bambridge, Jed! ... ¡Eso de dormir aquí con un muerto!...

-¡Bah! ...Como si fuera la primera vez en tu vida que vas a hacerlo... ¡Vamos a dormir!

Extendieron sus camastros, y el de Jed cayó precisamente en el rincón donde estaba el cadáver de Bambridge. Tan cerca le caía, que Jed percibía el olor de la sangre. Luego, viendo que no conciliaba el sueño, Stone tuvo que pasarse a dormir a otra habitación de la cabaña.

A la mañana siguiente, Stone se levantó con el alba, y fue dando un paseo hasta una concavidad del *cañón,* donde ellos tenían una especie de corral rústico en que encerraban los caballos. Y ya volvía hacia la cabaña, cuando vio que se acercaban tres jinetes, trayendo con ellos caballos cargados de fardos.

Madden, desde la puerta, le dijo:

-¡Es Croak, que vuelve con Black y otro al que no conozco!

Librodot

-Ben, no te apresures a decir nada a Malloy de esto, ¿eh?

Y Stone señaló el cadáver de Bambridge.

El otro asintió, y ambos entraron en la cabaña, Madden acercándose al fuego nuevamente, y Stone mirando hacia el exterior a través de una de las estrechas aspilleras que dejaban los troncos. Los tres jinetes llegaron al fin ante al cabaña. El desconocido, un hombre delgado y moreno, parecía sostenerse con dificultad sobre la silla. Llevaba vendada la cabeza, y la venda aparecía manchada de sangre. Él fue el último que echó pie a tierra, penosamente.

Malloy murmuró:

- ¡Si hay alguien en la casa, no parece que se alegren mucho de vernos, caramba! ...

-¡Ah , Croak! Buenos días. Ya os hemos visto venir...

-¿No hay nadie aquí contigo?

-Nada más que el jefe.

Stone salió a su vez en este instante, experimentando, con gran asombro suyo, casi una gran alegría al ver a Malloy. Era que aquel hombre personificaba toda la fuerza y la pujanza irresistible del desierto. Por otra parte, Stone acariciaba un plan que quizá ahora pudiera poner en práctica.

-¡Buenos días, Croak! -dijo alegremente-. ¿Cómo va?...

-¡Hola, hombre! -repuso el otro-. ¿Estás aquí?... Me alegro. Te traigo noticias... y algo más.

Llegaba cubierto de polvo y de sudor, y el ojo avizor de Stone descubrió en seguida un agujero de bala en la pelliza. Traía un rifle al hombro y una pistola al cinto. Todo él aparecía lleno de barro seco. Y su rostro tenía un gesto siniestro, que una sonrisa aún más siniestra intentaba en vano alegrar.

-¡Hola, cocinero! - saludó alegremente a Madden.

- ¿Así, aquel negocio del robo del ganado no llegó a hacerse, no es cierto?

-¡Croak, tengo malas noticias! Pero será mejor que, descanses un poco y comas algo antes de que te diga de lo que se trata.

-Buena idea, porque venimos hambrientos... Bambridge veo que no acudió a nuestra cita, ¿no es así?... Mejor que no haya venido... No quiero tener más tratos con ese...

-Me alegra oírte hablar así - repuso Stone con aire satisfecho -. Yo creo que tengo una razón poderosa para que no vuelvas a tener tratos con Bambridge... Pero es una mala noticia, y antes debes echar un trago.

Malloy bebió en la misma botella que Stone le brindaba. Jed preguntó luego:

-¿Dónde está Lang?

-¡Oh, ya se lo habrán comido los buitres! - repuso Malloy con sonrisa siniestra.

-¿Qué dices? - preguntó Stone, muy impresionado, aunque sin que se trasluciera su emoción.

¡Otro *gangster* del *Cuchillo* que desaparecía!

En este momento entraron en la cabaña Reeves y el desconocido, que se apoyaba en aquél y avanzaba penosamente.

Malloy le dijo al jefe:

-¡Jed, dale la mano a este hombre, que es Sam Tanner, el primo de Joe, ese del Pequeño Colorado!

Stone, viendo que el herido, al quitarse el sombrero, mostraba la cabeza llena de sangre, lo mismo que la frente y las orejas, preguntó, sin moverse:

¿Cómo va, Tanner?... ¿Es que te has caído del caballo?...

-¡Nada de eso, Stone! - contestó el herido con voz ronca -. ¡Me han largado un balazo!

Jed Stone miró alternativamente al herido y a Malloy. Luego dijo a este último:

-¡Bueno, Croak: cuéntame lo que os ha pasado! Porlo visto habéis tenido alguna pequeña pelea con alguien, ¿no es así?

-¡Ja, ja! ... ¡Pequeña pelea! - rió el bruto -. Dadnos de comer y ya os lo contaré luego.

Librodot

¡Verás la pequeña pelea! ...

Madden sirvió la comida a los recién llegados, que estaban hambrientos, aunque sólo Malloy comía con verdadero apetito.

- j No hay como un buen trago y una cosa caliente, para templar los nervios de un cristiano! - comentó luego Croak -. Pero te advierto, Stone, que en cuanto os cuente lo que ha pasado, voy a dormir dieciséis horas de un tirón. ¡ Más que Lang! :.. ¡ Ja, ja! .. .

Stone no dijo nada. Su instinto de hombre de la selva le hacía adivinar que habían ocurrido cosas graves. Y sólo cuando Malloy, muy lentamente, se echó mano a un bolsillo y extrajo de él un gran fajo de billetes, que echó sobre la mesa, Stone no pudo evitar un leve estremecimiento.

-¡Bambridge te manda este dinero que te debía! - dijo Malloy con sencillez -. El muy estúpido se lo entregó a Darnell. Y te advierto, que si no llega a ser por mí no lo ves.

-¡Gracias, Croak! - repuso Stone, cogiendo el dinero. Ésta era una de las cualidades desconcertantes de Malloy: siendo como era un bandido y un asesino, jamás engañaba a su jefe en cuestiones de dinero.

Malloy se quitó la zamarra, y entonces Jed y los otros pudieron ver una gran mancha de sangre en su pantalón. Croak dijo:

-¡Madden, agua caliente y trapos limpios, para curarme!

-?¸Qué le has hecho al que te ha largado el tiro? - preguntó Stone, adivinando que Malloy venía herido de un balazo.

Oh, no puedo decírtelo! Creí que había llegado mi última hora, y no lo pude ver... Sam, deja que Madden te cure la herida también. Madden es muy hábil en estas cosas.

Luego que Madden los hubo curado a los dos, Malloy pidió otro vaso de *whisky,* y cuando se lo hubieron dado, dijo:

-Vamos al porche, Jed, y allí hablaremos!

Pasaron al porche, y Croak fue a sentarse en su banco, en su asiento favorito. El porche estaba lleno de sacos y de fardos y Malloy apoyó su pie herido en uno de aquellos bultos; pero dio la casualidad que el tal bulto era el cadáver de Bambridge, tapado con la lona de los caballos... Croak había puesto el pie encima de la cabeza del muerto, y empezó a hablar lentamente:

-Jed, ¿te acuerdas tú de la cabaña esa del trampero que está allá en los acantilados del Mogollans, a unas tres horas en línea recta de aquí?... Esa cabaña que está al lado de un arroyo que nace junto a un sicómoro muy grande...

-¡Sí, hombre, sí! - repuso Stone en seguida -. Ya sé de cuál hablas. He dormido allí muchas veces; un nido de ratas.

-¡Sí, ésa! Bueno, pues ya no existe. Ha ardido toda y ahora es un montón de cenizas.

-¿Cómo?... ¿Le has pegado fuego a todo aquello?

-¡Oh, no, yo no! ... ¡Ca! ... ¡Ha sido el bandido ese de Slinger Dunn!

-¿Ah, Slinger?... ¡Es mala persona Slinger Dunn! ... Peligroso como un *apache* de los que viven en lo alto del Mogollans... Pero, ¿es que habéis tenido alguna agarrada con el equipo del Diamante?... ¡Espero que no sea eso!

-¡Pues te equivocas, hijo mío! Con el Diamante hemos luchado. Tú y yo y Madden somos los únicos supervivientes del equipo del *Cuchillo Fatídico* a estas horas, ¿sabes?... La culpa la tiene ese canalla de Slinger Dunn, al que tú debiste matar hace mucho tiempo...

-¡Oh, eso se dice muy fácilmente! - repuso Stone sonriendo -. Pero no es tan fácil de hacer como parece... De todos modos, espero que la cosa no haya sido por ese robo de ganado que proyectaba Bambridge en Yellow Jacket, ¿eh?...

-No, no ha sido por eso - contestó Malloy vivamente -. No hemos llegado a robar el ganado nosotros. Yo ya sé que tú estabas contra esa hazaña, pero iba dispuesto a hacerla, y la hubiera hecho a no ser porque me enteré de lo que proyectaban Bambridge y el jugador ese, Darnell, que le ayudaba ahora en sus asuntos. Entonces cambié de opinión. ¡No es que yo quiera decir que no hagamos el robo más adelante! Quizá lo hagamos; pero si Bambridge

Librodot

hubiese venido aquí a encontrarse conmigo, como habíamos convenido, y me hubiera propuesto el negocio, yo habría tomado el dinero, pero no habría hecho nada... por ahora.

-¡Bien, hombre, me tienes en ascuas! ¡Cuenta ya lo que ha pasado! - dijo Stone, impaciente.

-Verás. La cosa empezó por lo del dinero ese que Bambridge envío con Darnell para que te lo entregara a ti. Darnell iba a casa de Tanner a jugar y perdía de lo lindo. Joe Tanner es también muy hábil en las cartas. Yo fui allí varias veces, y perdí hasta el último céntimo. Pero a los pocos días me enteré de la canallada que estaba haciendo Darnell. Darnell, no *sé* si lo sabes, era el agente de unión entre Bambridge y yo, pero al mismo tiempo estaba planeando un negocio por su cuenta: hacer un robo en el rancho de Bladgett, sin que Bambridge se enterara. Joe Tanner, que nunca fue muy honrado y era, además, un avaro, nos traicionó a todos. Sam me lo contó todo luego. No sé cómo no maté a Darnell. Pero le cogí, y entonces el cobarde juró que el dinero que llevaba encima era para ti, y se lo había entregado Bambridge. Yo comprobé que era verdad... Bien: dos o tres días después, Darnell y su gente hicieron un robo de ganado del Diamante, cogiendo las reses algo más abajo de la casa de Tanner. Cuando yo me enteré, me puse loco de rabia, pero desde entonces ni Darnell ni Joe Tanner volvieron a la casa de este último, que yo rondaba sin cesar. Sam es novio de la hija del dueño del aserradero, y por eso no asistió a lo que ahora voy a contaros. Sam me dijo poco después de aquello, que su primo Joe, Darnell, Lang y algunos otros *cowboys* que él no conocía, proyectaban otro golpe de mano contra el ganado del Diamante. Entonces yo juré cogerlos. Supe también que Bambridge proyectaba dar un golpe en grande y largarse de Arizona y que Darnell, traicionando a Bambridge, como os digo, proyectaba hacer otro tanto, para lo cual habían llegado a sobornar a Joe Tanner.

»Bien. Pronto Sam y yo encontramos el rastro de Darnell y su gente. Anteanoche, poco antes de oscurecer, estuvimos a punto de ser arrollados por una gran manada de reses que huían locamente a campo traviesa. Entonces huímos hacia la cabaña esa del trampero que tú sabes, cuando apenas dejamos nuestros caballos, aparecieron allí, ¿quién diréis?...: pues Joe, Lang, Darnell y todo el resto del equipo. La mayoría tuvieron sentido común suficiente para escapar; pero Darnell y Tanner llegaban heridos, y no pudieron hacerlo. Por ellos supimos quién les perseguía: era el equipo del Diamante dirigido por Slinger Dunn y Curly Prentiss. Yo no he visto en mi vida un hombre más furioso que Tanner ni más cobarde y lleno de miedo que Darnell... ¡Con las ganas que yo tenía de verme frente a frente de Slinger y Curly!... ¡Bueno! Estábamos, pues, sitiados, *y* comprenderéis que aquella no che no dormimos. A la mañana siguiente, apenas apuntó el alba, yo salí de la cabaña, a ver si había alguien, y me recibió una salva de tiros. ¡Todos los *cowboys* del Diamante disponían de rifles magníficos! En cambio, nosotros no llevábamos más que pistolas y poseíamos escasas municiones. No teníamos tampoco víveres ni agua apenas. Los enemigos rompieron el fuego contra nosotros, que no podíamos contestar y mucho menos intentar una huida, ya que como tú recordarás esa cabaña está situada a media altura del acantilado y no tiene acceso más que por el valle que se extiende ante ella. Comprendiendo nuestra situación, Prentiss nos gritó : « ¡ Eh, Malloy : tirad las armas, salid con los brazos en alto y poneos en fila ante la cabaña! ¡Rendíos! » Entonces yo contesté: « ¿Y qué nos haréis si nos rendimos?...» «¡Oh!», contestó Prentiss; «ahorcaron, por lo pronto, a ti y a ese canalla de Darnell! » « ¡Entonces, mirad a ver si podéis cogernos! », le grité yo a mi vez.

»Pero poco después me percaté de que olía a humo. Slinger Dunn le había pegado fuego al techo de la cabaña, que ardía como la yesca. El fuego comenzó a rodearnos y a caer sobre nosotros. Entonces pude darme cuenta de que el humo, muy espeso, se arrastraba muy bajo, a ras de tierra, y pensé que aquello podía ser una salvación providencial. Entonces grité a mis hombres: « ¡Señores, sólo tenernos una probabilidad de salvarnos, y yo voy a utilizarla! Haced vosotros lo que queráis: yo voy a salir de la cabaña, al amparo del humo. ¡Al fin y al cabo, lo mismo da morir de un balazo que achicharrado, y saliendo hay la probabilidad de

Librodot

salvar el pellejo! ¿Quién viene conmigo?»

»Al fin, cuando creí llegado el momento oportuno, porque el humo aún se espesaba más, grité: « ¡ Vamos con ellos! »... Y me lancé fuera, llevando una pistola en cada mano. He de hacer honor a todos, *y* decir que todos me siguieron. Entonces sentí que me herían en la pierna, y caí; pero pude levantarme, y continué corriendo lo mejor que pude. Las balas silbaban a nuestro alrededor como un enjambre de abejas, y a no haber sido por el humo, ninguno hubiéramos escapado con vida. Yo vi caer a dos *cowboys* enemigos, el segundo de los cuales estaba muerto antes de dar en el suelo seguramente... Yo conseguí arrastrarme hasta el bosque, donde caí, escondiéndome. Allí me vendé, y esperé. Al cabo de un rato, me sentí mejor, y a través de la maleza, miré. Había cesado el tiroteo, y los gritos, y... ¿qué diréis que vieron mis ojos?...

-¡Oh!, algún *cowboy* del Diamante que se te venía encima, ¿no? - preguntó Jed Stone.

-¡Ca! Vi a Darnell, que había caído en manos del enemigo, que se disponía a ahorcarlo. Yo le oí llorar y suplicar; pero los otros le ataron una soga al cuello y le colgaron de un árbol, donde Darnell pataleaba de lo lindo... Pude ver luego cómo sacaba la lengua y cómo su rostro se ponía negro... Luego ahorcaron a Lang y luego a Joe Tanner... Yo me arrastré hasta llegar debajo de un abeto cuyas ramas tocaban al suelo, y allí estuve escondido todo el día, hasta que tuve la certeza de que el enemigo se había marchado. Entonces salí, y me dirigí al sitio donde Blacky y yo habíamos dejado los caballos: el suyo se había marchado, pero el mío estaba allí. Lo cogí, monté y durante toda la noche erré por los bosques, hasta que esta mañana encontré a Blacky, que había podido salir de la refriega sin recibir ni un arañazo. Luego encontramos a Sam, que ya os digo que no estaba en la cabaña cuando la batalla. ¡Y aquí estamos!

-¡Buena pelea! -comentó Stone-. De todos modos, no es la primera de éstas en que tú te has encontrado, Malloy.

- ¡Oh, no, desde luego! Pero ésta ha sido de las de primera... Yo he perdido todo el dinero que había ganado últimamente, que era mucho. Todo por culpa del canalla aquel de Darnell. Suerte que siquiera tuve el consuelo de ver que lo ahorcaban.

-¡Lo creo! A mí también me habría gustado verlo -repuso Stone-. De modo que mi equipo del *Cuchillo* se acabó, ¿no es eso?... ¿Y qué piensas hacer tú, Croak?

-¿Yo?... ¡Pues esperar a ver lo que pasa! Podremos rehacer el equipo.

-¡No, nunca, si habéis matado al joven Jim Traft en esa batalla! - repuso vivamente Jed -. Su tío llenará esto de fuerzas y de vallas, *y* nos hará imposible la vida en el Tonto.

-¡No sé quiénes han sido los muertos del Diamante en la batalla, aparte los dos *cowboys* que vi caer! Pero ninguno de ellos era Jim Traft, ni Slinger, ni Prentiss tampoco... A propósito, Stone: ¿has visto a Sonora?

-No. Hace ya varios días que no anda por aquí.

Malloy, que durante su relato había fumado tranquilamente su pipa, llenándola varias veces, se la quitó ahora de la boca, levantó la cabeza en el aire, olfateó, como hacen los perros de caza, y dijo frunciendo el ceño:

- ¡Juraría que huelo a sangre! ...

-¡Y tanto! - repuso Jed, sonriendo.

Entonces su ceño se frunció aún más, y una sombra de desconfianza cruzó por su rostro. Sus ojillos pequeños y vivos se fijaron en el fardo que tenía a los pies. Y con un movimiento rápido y rudo se agachó y tiró del lienzo que cubría a Bambridge. La vista del cadáver resultaba horrible, incluso para hombres tan endurecidos como estos nómadas del desierto. La pistola del muerto estaba a su lado, caída también en el suelo.

-Bambridge? ... - exclamó, en el colmo del asombro -. ¿Tú lo has matado, Jed?...

-Yo. Mira esto... Disparó contra mí...

Y Jed señaló un agujero hecho por la bala de la pistola del muerto, cuando él mismo, Jed, la disparó en el instante de la tragedia.

Librodot

-¡Bien! - comentó al fin Malloy -. Me has ahorrado el trabajo... Supongo que esto fue ayer, ¿no?... ¿Qué llevaba encima?

-Pregúntaselo a Madden. Él lo registró.

Malloy llamó a gritos a Madden, y cuando el cocinero acudió presuroso, le dijo :

-Madden! Ésta era la mala noticia que me tenías que dar, ¿eh?...

-¡Oh, no! - opuso Madden, sonriendo -. ¡No creo que esto sea una mala noticia para nadie! La mala noticia es que Bambridge sólo llevaba encima unos quinientos dólares y algunos papeles.

-¿Qué dices? - murmuró con inmenso sarcasmo Malloy -. ¿Y el canalla éste se creía que me iba a sobornar a mí con esa suma?... ¡Bueno! Mira, Madden, dame uno de esos dólares como recuerdo, para que me traiga buena suerte, y quédate tú con lo demás. Te lo regalo. A propósito: ¿quién va a enterrar al canalla este? Tú, Madden, y Blacky podéis hacerlo... Enterradlo ahí mismo, en la puerta, y poned encima una piedra o algo para que siempre que la vea pueda recordar lo bruto que he sido al tratar con este hombre.

-Yo creo que sería mejor que lo registraras tú otra vez, Madden - apuntó Jed Stone Bambridge era de los hombres que se hacen coser los billetes entre las ropas.

Madden y Blacky se pusieron a la tarea; Jed Stone se apartó un poco para evitar el horrendo espectáculo; pero Malloy lo contempló con una sonrisa siniestra.

Jed Stone tenía que reconocer que Malloy ejercía un inexplicable dominio sobre todos los hombres. Era la influencia del miedo. Pero el caso era que él, Stone, sin sentir miedo alguno hacia Malloy, experimentaba por el bruto un sentimiento admirativo, casi de respeto... Era éste un sentimiento que había intrigado más de una vez a Stone, sin llegar a explicárselo nunca.

Jed odiaba a Malloy, por otra parte, a causa de la traición de Croak al equipo, que había traído por consecuencia la disolución del *Cuchillo*. Sin embargo, su propósito de matar a Malloy comenzaba a perder relieve e intensidad.

Malloy se acostó, al fin, aunque por cansado que estuviese, despertaba al más ligero ruido.

Pasó aquel día y la noche siguiente. A Jed no le sorprendió ver luego a Tanner coger su caballo y marcharse, dejando dormido todavía a Malloy.

Jed se marchó hacia el bosque, pensativo. Estaba inquieto y nervioso. El equipo del Diamante podía aparecer allí en cualquier momento. Jed adivinaba que Malloy lo sabía, y Stone tenía la certeza de que Croak acabaría también por marcharse en cuanto despertara. Tanner ya lo había hecho. Él, Jed, debía irse asimismo; pero, por otra parte, no quería renunciar a vengarse de Malloy.

Se echó en el pinar, y empezó a reflexionar sobre ello.

Era evidente que Malloy, a pesar de ser un bandido, en el fondo tenía cualidades dignas de respeto. No estando conforme con Stone en la manera de conducir éste el equipo, había tomado la decisión de obrar por su cuenta. Pero, a pesar de ello, no era Malloy un enemigo personal de Stone. Al contrario, Malloy no habría traicionado nunca a Jed. Así es que Jed rechazaba la voz que le aconsejaba en lo íntimo de su ser que matara a Malloy. Debía dejarlo a su estrella, que Malloy formara otro equipo y viviera como quisiese, hasta que encontrara la muerte de un tiro, cosa inevitable. Malloy no viviría mucho, porque Slinger Dunn y Prentiss se encargarían de suprimirlo. Y él, Jed Stone, podría desaparecer y nunca más se volvería a saber de él.

Stone experimentó ahora una especie de alivio al renunciar a la idea de matar a Malloy y decidirse a desaparecer él a su vez y para siempre del Tonto. Su pena ante la idea de abandonar para siempre estos bosques tan amados, se mitigaba un tanto al pensar que quizá encontrara otros parajes solitarios y llenos de hermosura como éstos.

Un nuevo consuelo surgía en su alma al pensar en marcharse de allí : y era la idea de

que, en adelante, no tendría que robar para vivir, no tendría que luchar como una fiera para defender su existencia. Por suerte tenía en su bolsillo una suma como nunca había tenido y con ella podía convertirse en un ranchero honrado, como soñara hacer veinte años atrás. Y se sentía ya como aligerado de un horrible peso. ¿Dónde estaban ya los miedos del vagabundo que vivía escondido en los bosques, vigilante y huyendo de la justicia?... ¡Se habían desvanecido como el humo! ... Era estúpido pensar que nadie hubiera pensado en cogerlo ahora por aquel remoto crimen, cuyo estigma llevaba Stone encima. Y una vez fuera de Arizona, ¿quién podía conocerlo ni tener interés en hurgar en su pasado?... Muchos rancheros *honrados* habían empezado así su carrera.

-¡Nada, nada, decidido! Cuando tomó esta decisión, experimentó un inmenso consuelo, una honda alegría. Era que, al renunciar a matar a Malloy, renunciaba también a mandar en adelante un equino de ladrones y asesinos.

Pecos le estaría esperando allá en el Pequeño Colorado. Stone se dijo que cuanto más pronto se marchara de allí, mejor sería. Esta cabaña resultaba ahora peligrosa y, además, Stone no estaba seguro de que permaneciendo allí y viendo a Malloy sin cesar, no le asaltara un mal pensamiento...

Pero al regresar a la cabaña, a la caída de la tarde, Stone la encontró vacía. Malloy y sus dos camaradas se habían marchado precipitadamente, dejando el interior y los alrededores de la morada en una espantosa confusión. Jed no se sorprendió lo más mínimo. No era la primera vez que pasaba esto. De todos modos, se dijo que debía haber habido alguna razón poderosa para aquella huida precipitada. Quizá Sonora había vuelto o quién sabe lo que habría ocurrido.

Stone cogió rápidamente unas pocas provisiones y una manta, y yendo luego al corral, donde había aún varios caballos, cogió el suyo y se marchó bosque adelante.

XVII

Tres días después, al amanecer, Jed Stone encontró un camino recién trazado en el bosque, deduciendo que debía de ser el que había construido el equipo del Diamante a través de los campos de Yellow Jacket.

Stone se dirigía ahora hacia Clear Creek y Cottonwood Canyon, desde donde cogería el camino del Pequeño Colorado. Por suerte llevaba con él provisiones para varios días.

De pronto, sus ojos se fruncieron, porque acababa de descubrir en el camino huellas recientes de caballos.

Intrigado, siguió la pista, y poco después, en el sitio preciso en que el nuevo camino desembocaba en el viejo. Stone pudo ver las huellas de muchos caballos y de unas ruedas, todo muy reciente.

Cada vez más intrigado, echó pie a tierra y pronto sus ojos penetrantes y vivos descubrieron en el suelo un guante ensangrentado.

Aquello le hizo fruncir el ceño. Cogió el guante, lo metió en el bolsillo de la silla y picó espuelas, camino adelante, ahora siguiendo las huellas del carruaje.

Menos de una hora después, encontró una galera, que marchaba en su misma dirección, y cuyo conductor veía Stone de espaldas. El cochero iba descubierto y se veía su cabeza blanca. Debía ser un viejo. Casi en seguida, Jed descubrió algunas manchas de sangre en las piedras del camino. Entonces picó espuelas, puso el caballo al galope, y a los pocos momentos veía cómo el conductor de la galera volvía la cabeza, atraída su atención por el ruido del galope del caballo. Precisamente en el momento en que Stone refrenaba su caballo, pudo ver en el interior de la galera a un hombre de tez morena, un mejicano.

Jed había visto a muchos mejicanos, para no darse cuenta en seguida de que el mejicano estaba muerto también.

Librodot

-¡Eh, buen hombre! - exclamó a gritos Jed, llegando ya junto al carruaje. Pero en aquel momento experimentó una hondísima impresión. Estaba ante un hombre al que no había visto desde veinte años atrás, pero al que reconoció inmediatamente -. ¡Dios! - murmuró entonces Jed -; ¡Juraría que usted es Jim Traft!

-¡Hola, Jed, yo soy! - repuso el viejo ranchero -. ¿Cómo va?... ¿Y qué es lo que quieres?

Su voz tenía una nota de dureza y de altivez, y Jed contestó, encogiéndose levemente de hombros:

- ¡Oh, nada! He encontrado su rastro hace un par de horas, *y* luego me ha parecido descubrir en la unión de los dos caminos algo así como un alto sospechoso de la galera, como si le hubieran detenido a usted unos jinetes; después he encontrado este guante manchado de sangre... y he venido a ver lo que pasaba.

El viejo asintió, contestando:

-Ese guante es de mi cochero, Pedro, que llevo muerto en la galera. Por lo demás, tú debes estar enterado de lo que ha ocurrido.

-¿Yo? Yo no sé nada. Hace tres días que voy errante por los bosques y solo.

Traft sonrió, respondiendo:

-¡Supongo que no me creerás tan simple como para creerte!

-Pues se lo juro a usted - y le miró fríamente de forma que pudiera leer la verdad en sus pupilas.

Jim Traft entonces se decidió a decir:

-¿No sabes, de veras, que me han asaltado y robado Malloy y otros *cowboys?*

-¿Cómo?... ¿Qué dice usted?... ¿Croak Malloy?... ¡No, no sabía nada! ...

-¿Ni sabes que Malloy ha matado a mi cochero?...

-¡No, míster Traft, se lo juro a usted! ...

-¡Jed! - dijo el viejo ahora en tono solemne y de reproche-; ¡no veo ninguna razón para que me mientas! Ya hace muchos años me mentiste, y aquella mentira te arruinó a ti y me salvó a mí... Pero ahora no debes mentirme...

-¡Míster Traft, no le miento a usted! ¡ Se lo juro por Dios! ... He dejado para siempre el equipo del *Cuchillo Fatídico.* Y hace tres días que salí de nuestra cabaña en pleno bosque. Mi equipo se ha disuelto. Malloy lo perdió y nos perdió a todos. Yo me marcho de Arizona para siempre. . y abandono la vida que he llevado hasta aquí.

El viejo le miró fijamente. Y luego de un detenido estudio del rostro de Jed, dijo en otro tono:

- ¡Pues mira, hombre, me alegro por ti! ... Este encuentro nuestro es providencial, tal vez, y ahora escucha: yo iba hacia el rancho de Yellow Jacket, a dar una sorpresa a mi sobrino Jim. Conmigo venían la novia de mi sobrino, Molly Dunn, y mi sobrina Gloriana. Habíamos dormido la noche pasada en el rancho de Miller. Y esta mañana, cuando ya llegábamos al camino nuevo que ha hecho mi sobrino, nos vimos asaltados por tres hombres. Yo no reconocí a Malloy hasta que uno de los otros le llamó Croak... Bien; yo ordené al cochero que siguiera adelante, y entonces Malloy mató a Pedro de un tiro, y yo creo que me habría matado a mí también, a no ser por una idea que asaltó al bandido. Me robaron y obligaron a las muchachas a bajar de la galera, teniendo que atar a Molly, porque la chica se defendía como una fiera. Bueno; Malloy me dijo luego: « ¡Traft, le doy a usted tres días de plazo para que venga a Tobe Well con diez mil dólares! Ponga usted el dinero en la cocina, al lado de la chimenea. Nosotros le veremos a usted llegar, o a quien usted mande en su nombre. Y entonces daremos la libertad a las chicas.» El rufián me hizo esa proposición, y yo acepté. Y entonces me ha dejado marchar.

-¡Oh, míster Traft! ... Me extraña que Malloy le haya dejado marchar a usted... De todos modos, yo le prometo que daré con ellos, estén donde estén, y que le traeré a usted a las muchachas.

-¡Jed Stone! - preguntó el viejo desconfiadamente; - ¿quieres tú ganarte acaso los diez mil dólares?

-¡De ninguna manera, míster Traft! Yo no quiero que usted me dé un dólar. Yo hago esto... porque siento simpatía hacia su sobrino, lo primero, y porque antes me dejaría matar que cometer una nueva mala acción en mi vida. Ese Malloy y Bambridge me empujaban a hacer la última. Y para no hacerla, he matado a Bambridge.

-¿Cómo?... ¿Tú has matado a Bambridge? - preguntó el ranchero, absorto.

-Sí, señor. Y Malloy me ha dicho que ha visto ahorcar al jugador ese, Darnell. Pero, bueno, ya lo sabrá usted todo pronto. Ahora he de marcharme a buscar la pista de Malloy y los fugitivos. Una última palabra: pudiera ser que Malloy me matara a mí. De todos modos, mi consejo es que, para estar usted seguro, envíe a una persona de confianza con el dinero a Tobe Well *y* luego vaya directamente a Yellow Jacket. Porque es allí donde yo llevaré a las muchachas.

-¡Jed, por Dios! - murmuró el viejo, emocionado. Pero Stone había picado ya espuelas, y gritó, partiendo al galope de su caballo:

-¡Hasta luego, míster Traft, querido amigo! ...

Jed Stone volvió a recorrer ahora el camino que hiciera antes, y pronto encontró el rastro de Malloy y sus compañeros, a campo traviesa. Mientras seguía la pista, se decía que había sido milagroso aquel encuentro suyo con el viejo ranchero, y que debía estar dispuesto por Dios o por el azar que había de matar a Malloy. Porque ahora estaba seguro de que lo mataría. A él y quizás a los dos hombres que lo acompañaban. Tenía que dar con ellos antes de llegar la noche, ya que de otro modo los brutos ultrajarían a las pobres muchachas... Malloy era un sátiro, porque, debido quizá a su figura repugnante, le huían todas las mujeres, incluso las más perdidas de la ciudad...

Jed Stone siguió la pista de los fugitivos durante toda la mañana. Atravesaba bosques y más bosques, prados, llanuras sin fin, salvaba ríos y arroyos, torrentes y pistas, o se hundía en la maraña intrincada de una selva que habría hecho extraviar a un hombre menos conocedor del terreno que Jed. Al fin, ya cerca de mediodía, se encontró en las proximidades de Tobe Well, un vallecito maravilloso de hermosura, que tenía su salida mirando hacia las alturas del Cibeque. Stone dio un rodeo y, abandonando el rastro de los caballos, se internó por la espesura, subiendo poco después al lindero del bosque en la montaña. Desde allí dio vista al pequeño rancho de Tobe Well. Entonces su corazón le dio un vuelco en el pecho : varios caballos estaban pastando en el prado, y de la chimenea de la cabaña se elevaba hasta el cielo una leve columna de humo blanquecino.

Jed guió su caballo hacia la cabaña, evitando seguir la senda. Y nunca, en sus veinte años de vida en los bosques, se había sentido más seguro ni más duro y entero.

Nadie se dio cuenta de que él se acercaba. Cruzó un arroyo que corría entre piedras muy blancas y se encontró en el centro del vallecito. La soledad del sitio invitaba al olvido de toda desconfianza y prudencia. ¿Cómo iban a imaginarse los *gangsters* que alguien iba a ir allí y tan pronto...?

La puerta estaba abierta, y Stone entró. En aquel momento ovó un grito ahogado y ronco de mujer. El rancho, la estancia esta, al menos, era muy espaciosa. Entonces pudo ver a una muchacha cuya cabellera morena estaba deshecha sobre sus hombros. Era Molly Dunn. La infeliz, atada de pies y manos, estaba apoyada contra una pila de sacos. Jed la reconoció inmediatamente.

Madden, de rodillas, tenía las manos llenas de harina; y Reeves estaba de espaldas, mirando e inclinado sobre Malloy, que se inclinaba a su vez sobre una hermosa muchacha, lívida, cuya blusa acababa de rasgar el bruto, e que tenía los brazos y los hombros al aire.

Jed apretó los dientes. El momento parecía hecho para él, para que pudiera vengar todas las ofensas y las canalladas de Malloy. Entonces, avanzando unos pasos, gritó:

-¿Qué diablos pasa aquí?...

Librodot

Malloy- volvió la cabeza, y su rostro denotó una intensa ira. Stone comprendió que su presencia había sido evidentemente inoportuna para su antiguo camarada y sus dos cómplices.

-¿Quién te persigue a ti, Stone? - gritó Malloy con voz inquietante y apartándose de la pobre muchacha que aparecía caída sobre unos sacos.

-¡Oh, Jed Stone! - gritó entonces Molly Dunn, haciendo estremecer con su acento a Jed. La muchacha acababa de reconocerle, y él recordó las veces en que siendo Molly una niña, la acariciaba o la cogía en brazos en el almacén de West Fork, o le compraba bombones, o la subía a la grupa de su caballo. Y luego, cuando la muchacha se hizo una mujercita, él se paraba a hablar con ella, siempre que pasaba por el pueblo o sus cercanías, en sus constantes viajes del Cibeque al Tonto o viceversa.

-Es que, ¿sabes?...?, hemos tenido otro mal encuentro en el bosque - repuso Malloy -. Por suerte, esta vez hemos podido sortear a nuestros enemigos. Y viniendo hacia acá, nos hemos encontrado con el viejo Jim Traft y estas muchachas. Entonces yo tuve una gran idea, y me he traído aquí a las dos chicas, mientras el viejo Traft volvía hacia Flag.

-¿Qué dices, Malloy? - murmuró Jed Stone fingiéndose consternado -; ¿quieres decir míster Traft, el ranchero? ...

-Sí, míster Traft, hombre.

-¿Y estas muchachas son amigas o parientes de él?

-Sí; ésta es Molly Dunn, a la que tú conoces seguramente. Y ésta es sobrina del viejo Traft.

-Y... tú proyectas obtener dinero por medio de las muchachas, ¿no es así?...

-Claro que sí.

-Y divertirte con ellas mientras no llega el dinero, ¿no es verdad? -- siguió preguntando Stone, ahora con voz cortante.

-¡Mira, Jed, eso es cuenta mía! - repuso el otro, en tono airado.

-Pero, ¿estás loco, Malloy?... El viejo Traft enviará cien *cowboys* contra vosotros; os encontrarán, te cogerán y te ahorcarán.

-¡Qué van a ahorcar a nadie! ... Tú eres el que estás loco... O es que te haces viejo, o que has perdido el nervio y el valor que antes tenías...

-Mira, Malloy; tú has perdido a mi equipo, y no contento con ello, ahora te metes en este asunto, que hará que hasta las piedras se levanten contra ti...

Malloy levantó la cabeza, mirando a Stone frente a frente. Jed escogió el momento. Se puso a pasear arriba y abajo, fingiendo desesperación, y moviendo los brazos hacia atrás. Pero, de pronto, con la rapidez de la luz, brilló en su diestra un arma, que escupió un chorro de fuego. Malloy quedó muerto en el acto, de pie todavía, sin un movimiento, sin un grito, y cayó de bruces, mostrando el agujero que el proyectil le había hecho cerca de la nuca, al salirle por detrás, luego de perforar su cabeza.

Madden, lanzando una maldición ahogada, se llevó la diestra a la cadera; pero ya era tarde, porque Stone disparó sobre él, dejándolo muerto en el acto, inmóvil como si hubiera sido un leño.

Reeves corrió hacia la puerta, esquivando por milagro el tiro que le disparó Stone. Luego éste le vio correr alocado en dirección al sitio donde habían dejado los caballos. Stone opté por dejarle marchar y, al fin, volvió su atención a la estancia. Malloy y Madden estaban muertos, desde luego. La muchacha a la que el bruto de Malloy sujetaba, había rodado al suelo desmayada, con el pelo y los brazos caídos, inertes; Molly Dunn abrió los ojos en este instante, dilatados y brillantes por el terror.

-¿Qué tal, Molly? -saludó entonces Stone sonriendo y acercándose a la muchacha. Luego cortó sus ligaduras, y añadió -: ¡Espero que, si no he llegado demasiado pronto, no sea tampoco demasiado tarde! ...

-Pero, ¿vienes a salvarnos tú, Stone? - casi gritó Molly, asombradísima.

-¡Y claro que sí, mujer! Por eso digo que espero no haber llegado demasiado tarde...

- ¡Oh, gracias a Dios, acabábamos de llegar! ... Pero yo estaba aterrada... Ese diablo de hombre... ¿Está muerto, Stone?...

-Sí, Molly... Yo me encontré al viejo Traft en el camino. Por eso he venido aquí, a salvaros... ¡Vamos, Molly, ánimo!

-¡Ah, gracias, Stone, gracias! ... ¡Cuánto te agradezco que hayas llegado a tiempo! ... ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! ... Yo estaba ya resignada a morir; antes había luchado con Malloy, hasta que el bruto consiguió atarme... ¿Cómo te podremos pagar, Jim y yo, esto?...

Y el tono de su voz, lleno de gratitud, sus palabras elocuentes, la caricia de sus ojos dulces llenos de lágrimas. y la dulcísima presión de las manos de Molly, que parecían querer hundirse en las de Stone, hicieron experimentar a éste la mayor y más honda alegría de su vida, algo así como la verdadera recompensa a tantos años de soledad y de lucha feroz en medio de los bosques.

-Bien, Molly. ¡No tienes que darme las gracias, mujer! - opuso dulcemente Stone, acariciando la cabeza de la muchacha -. ¡Ahora, escucha ; mira, va cayendo la tarde : esta noche nos quedaremos aquí, *y* mañana saldremos hacia Yellow Jacket. Y ahora déjame que me lleve los cadáveres de estos canallas.

Madden era grueso y corpulento, pero Malloy pesaba menos. Stone los llevó a un matorral, dejándolos caer allí. Luego le quitó al cadáver de Malloy la pistola y la canana llena de municiones, y, finalmente, los registró, quitándoles bastante dinero, incluso el dólar de oro, la doble águila que Malloy había pedido a Madden para que le trajera buena suerte.

Al volver a la cabaña, Stone encontró a Molly atendiendo a la otra muchacha y procurando que volviera en sí.

-Deja que la Naturaleza haga su obra, Molly -aconsejó Stone-. ¡Dios mío, qué muchacha más hermosa! ... ¿Y dices que es la hermana de Jim Traft?

-Sí. ¿Verdad que es muy guapa?

-¡Oh, sí! ... Bueno, mira, aquí hay un camastro de ramas de abeto. Alguien las ha renovado hace poco, y aquí podréis dormir las dos.

-¡Jed, tráeme agua fresca, por favor! - pidió Molly entonces -. ¡Estoy muerta de sed! El canalla ese de Malloy quería hacernos beber *whisky. ¡*Oh, qué asco! ...

Stone encontró pronto un cubo, y, fue por agua al arroyo. Sentía una felicidad vaga y como sin forma todavía, que le inundaba de resplandores el pecho y la conciencia. Al volver a la cabaña, ofreció agua en una taza a Molly, viéndola beber con avidez. Era un tipo moreno, diferente de la otra, que era rubia. ¡Una del Oeste y otra del Este! ... Stone, mirándolas, comprendía la inmensa importancia que él había adquirido en la vida de ambas.

-¿Gloria dices que se llama?

-Sí; pero la llamamos Gloriana.

-Es una chica de una ciudad del Este, ¿verdad?

-Sí; pero ha venido aquí a quedarse para siempre entre nosotros.

-Muy bien. De todos modos, ¿no crees tú que esta aventura le haga aborrecer el Oeste para siempre?...

-¡Oh, no sé! Quizá eso fuera una gran suerte para ella... Esta muchacha, Jed, era antes la chica más orgullosa y altiva que yo he conocido. Cuando yo la conocí, sufría mucho, porque yo veía que era una muchacha aristocrática, la verdadera familia de Jim. Me hice un lío, la verdad. Por eso llegué a pensar que sería preferible apartarme de Jim, viéndome poca cosa para él... Pero él me secuestró, a Dios gracias... Yo creo que es que estaba también celosa de su hermana...

-¡Oh Molly, ha sido una cosa extraña que tú vayas a encontrarte con los Traft, unas gentes tan ricas, tú que eres, en realidad, una linda flor del Cibeque! Pero, por lo demás, tú eres buena para cualquier hombre y digna de no importa quién. Ya verás como todo se arregla, mujer.

Librodot

-¡Oh! Yo también lo espero así, porque Gloriana tiene un corazón de oro, y su tío Jim dice que acabaremos por entendernos y por querernos como hermanas, cuando ella conozca a fondo el Oeste. Yo ya la adoro.

-¡El Oeste, el verdadero Oeste! ... ¿Tú sabes lo que significa, Molly, y lo que el viejo Traft entiende por ello?... ¡Pues el verdadero Oeste significa ir vestida de telas bastas y no de telas finas, como las que ahora lleva esa muchacha; *cowboys y* ganado, trabajar cuando uno está rendido, y tener que estar en pie cuando uno se muere de sueño; y resistir el frío, el calor, el viento y la lluvia! ¡Y pasar hambre, y mil calamidades más que tú conoces!

-Ya lo *sé,* Jed. Por eso quieren que Jim y yo nos casemos pronto... Ellos quieren que sea en la primavera - añadió Molly sonrojándose -; pero yo quiero que esperemos hasta que pase el verano. Quisiera que Gloriana se acostumbre al país con su hermano y conmigo. ¿comprendes?....

-Se ve que quieres mucho a Jim, ¿eh, Molly?...

-¡Oh, no puedo decirte! Yo no me conozco. Voy a la escuela por él... y sólo falta a mi dicha que Gloria me quiera como yo la quiero.

-Bien, Molly: yo te ayudaré a que Gloriana te conozca - dijo Stone, acariciando una mano de la muchacha dulcemente -. Y ahora, yo voy a salir, mientras tú la atiendes, hasta que vuelva en sí. Si me ve a mí al despertar, luego de lo que ha ocurrido hace un rato aquí, pudiera tener una impresión muy fuerte.

-No lo creo, Jed; porque Gloriana tenía una ilusión loca por conocer a un verdadero bandido del desierto. Si quieres que te diga la verdad, yo creo que casi se alegró cuando Malloy y los otros nos asaltaron. Y se mostró alegre y contenta hasta el momento en que Malloy la sujetó, cayendo sobre ella como una fiera. ¡El bruto!

-¡Bien, mira, si es así...! De todos modos, yo voy a salir a echar una ojeada a mi caballo. Tú, si Gloriana vuelve en sí, no le digas nada de mí hasta que se tranquilice, ¿sabes?... Y cuando esté bien, sales y me avisas. Quizá para entonces, yo tenga ya formado un plan.

-¡Jed! - dijo entonces la muchacha emocionada y mirando a Stone fijamente -; ¡nunca en mi vida (y tú sabes que yo te conozco desde que era pequeña), nunca, nunca, he pensado que tú pudieras ser un ladrón de ganado, un asesino… ni un mal hombre! ¡Y ahora ya estoy cierta de que no me equivocaba al juzgarte!

-Gracias, Molly, gracias! ¡Eso será para mí siempre muy dulce de recordar! Mira cómo va esa chica, y hasta luego. Y no le digas nada.

Stone salió, quitó la silla a su caballo y lo dejó al pasto en el prado. Luego comenzó a pasearse, según su costumbre, cuando estaba pensativo y preocupado. Más tarde vio venir corriendo hacia él a Molly, alegre y sonriente.

-¡Ya ha vuelto en sí, Jed! -dijo la muchacha-. Y, por cierto, parece mucho más tranquila de lo que yo pensé que iba a estar. Yo no sé cómo no he estallado, al no poder comunicarle nuestro secreto... que tú nos has salvado, que ahora ya estamos seguras y que mañana vamos a salir para el rancho de Yellow Jacket.

-Bien, bien, ahora escucha, Molly -dijo Stone sonriendo-. Ya tengo un plan: vamos a hacer creer a Gloriana que yo he matado a Croak y a uno de sus compañeros y he puesto en fuga al otro, para apoderarme de vosotras, ¿comprendes?... Hemos de tardar tres días en llegar a Yellow Jacket; en ese tiempo, creo que Gloriana se curará de su romanticismo por los bandidos del desierto. Yo haré el papel de un bandido perfecto, claro está que hasta cierto punto. ¿Entiendes?...

-¡Oh Jed! - exclamó Molly, emocionada -. ¡ Yo no sé si me atreveré a representar la comedia! Piensa que Gloriana ha de sufrir mucho.

-Quizá; pero es la única manera de curarla de su manía. Si tú te atreves a ayudarme en esto, no te arrepentirás.

-Pero... bueno, Jed, ¿no querrás decir que no piensas decir nunca la verdad a Gloriana, y que ella te crea siempre un hombre malo en vez de lo que eres en realidad?...

-¡Oh, mujer, Gloriana podrá darse cuenta pronto de que yo no soy tan malo en realidad

Librodot

como pretenderé aparecer! De todos modos, yo te aconsejo que pongas en autos de la verdad al viejo Jim Traft y guardes el secreto con Gloriana por algún tiempo. Me darías un desengaño si no me ayudaras en esto, Molly. Y te advierto que el mismo Jim, tu novio, aprobará mi plan y lo secundará.

-¡Seguramente! - dijo Molly, asintiendo-. ¡Bien, no se hable más! ¡Acepto mi papel! ... Yo te ayudaré, y que Dios me perdone.

-¡Ahora eres Molly Dunn del Cibeque! -dijo entonces Jed, sonriendo-. ¡Vuelve al rancho y dile a esa muchacha que habéis saltado de la sartén al fuego!…

XVIII

La vida guarda extrañas sorpresas, incluso para los nómadas del desierto, se decía Jed Stone encaminándose hacia el rancho, sintiéndose como un alma nueva. Cuando era joven, Jed había echado sobre sus hombros el pecado cometido por un amigo suyo, para salvar la honra de la mujer a la que los dos amaban, y aquella noble hazaña le había valido veinte años de soledad, miserias e infamias. Ahora acababa de cometer un doble crimen, había matado a uno de sus mejores compañeros, que, aun siendo vil, tenía, sin embargo, cierto rasgo de lealtad y honradez. Y, sin embargo, Stone presentía que, por este hecho, realizado también a causa de una mujer, iba a elevarse del infierno en que hasta ahora viviera.

Stone penetró en el rancho tal y como él había visto en una ocasión entrar en escena al villano de un melodrama. La sobrina de Traft estaba sentada, mientras Molly mariposeaba a su alrededor, y Jed no pudo evitarse una emoción profunda a la vista de Gloriana. Le parecía que antes no la había visto. Jamás viera unos ojos más bellos en su vida, grandes, rasgados, expresivos, de un dulce y suave color de violeta. El terror, el horror y una especie de ansiedad se retrataban en aquellas pupilas de terciopelo, y su hermosura era tanta que Jed Stone dudó si podría representar su papel con serenidad.

-¡Bueno, vamos a ver! -preguntó Stone al fin, lanzando a Gloria una mirada furibunda-. ¿Qué le ha dicho a usted esa chica, Dunn?

-¡Oh..., señor..., me ha dicho que usted es Jed Stone, el bandido! -repuso Gloriana hablando muy de prisa y con acento de terror-. Que hemos saltado de la sartén al fuego... y que usted ha matado a esos hombres para apoderarse de nosotras.

-Perfectamente. ¿Y qué le parece a usted? -preguntó aún Stone, estudiando el rostro de la chica.

Gloriana aparecía llena de miedo, pero no hasta el grado que pudiera pensarse en estas circunstancias.

-¿Qué me parece... el qué?

-¿Cómo?... ¡Su nuevo dueño, quiero decir!... Yo estaba celoso de Croak Malloy..., de su brutalidad y de su modo de comportarse con las mujeres.

-Míster Stone..., cuando usted entró aquí en el momento en que el bruto aquel intentaba desgarrar mis vestidos... yo comprendí que usted venía a salvarnos.

-¡Es usted muy lista, muchacha! -repuso Stone, teniendo que hacer un esfuerzo de voluntad para no vacilar en su papel ante el brillo dulcísimo de aquellos ojos-. ¡Pues sí!... ¡A eso he venido!... Pero...

Y, acercándose más a la muchacha, la cogió de un brazo y la llevó cerca de la puerta. Allí acercó su rostro al de Gloriana, hasta que casi se tocaban, y luego dijo:

-¡Es usted una muchacha muy bella! Pero, ¿es usted buena, acaso?

-¿Cómo buena? -preguntó Gloriana sin comprender-. ¡Yo creo que sí!...

-¡Muy bien, muy bien!... Yo hace mucho tiempo que estaba hambriento por encontrar una muchacha así como usted... Esta chica, Molly Dunn, es una hija del Oeste y del desierto, como yo, que no siente miedo alguno por los bandidos. Cazará para nosotros... Pero usted es diferente. Usted pertenece a una clase elevada, a la clase que me empujó a mí a esta vida

Librodot

andariega de forajido. Y ahora voy a vengar veinte años de dolor, de sufrimientos y miserias, en usted... ¡Voy a hacer de usted mi esclava!... ¡Le haré que me quiera, le pegaré, la arrastraré a mis pies!...

Gloriana vacilaba, hasta el punto de que habría caído al suelo si él no la hubiera sostenido. Y, lívida, con labios temblorosos, murmuró, encogiéndose:

-¡Estoy a su merced!... Pero puesto que ha tenido valor para matar a esos brutos, ¿no será usted capaz de perdonarnos a nosotras?...

Stone la lanzó de un impulso sobre el camastro. A pesar de su papel de forajido, Gloriana había adivinado, quizá por instinto, la verdadera naturaleza de este hombre. Era preciso, pues, que él se mostrara con ella rudo, áspero y brutal.

-Si cada vez que yo me acerque a usted, o que la hable, va usted a desmayarse y a hacerme una escena como ésta, estoy divertido -murmuró Stone con sarcasmo-. ¿Dónde está su valor de hija de los Traft?... Su hermano de usted, Jim, ése sí que es valeroso y decidido. Vino a mi rancho y nos desafió a mí y a todo el equipo, él solo. Y vino sin un arma siquiera. Fue el día aquel en que le quiso matar Croak Malloy... ¡No, Gloriana, usted no tiene el nervio de los Traft!

Ella se sonrojó, y contestó rencorosamente:

-¡No he tenido ocasión de demostrarlo todavía!...

-Bien, aquí en el Oeste hay una dura escuela, y es preciso que usted la aprenda... ¡Venga usted aquí! Ahora mismo va usted a arrodillarse ahí y a hacer galleta para mí y freír carne y hacernos café. Y, ¡ojo!, porque si no sale todo bueno, la apalearé, ¿lo oye?

La llevó casi arrastrando hasta la chimenea, ante la cual Madden había abierto fardos y paquetes y comestibles, y Gloriana, temblando, se remangó las mangas y comenzó a batir la harina que Madden había ya dejado echada en la sartén. Stone se volvió entonces a Molly diciendo en tono de mando:

-¡Y tú, morenita, mientras Gloriana hace las faenas de la casa, me vas a divertir!...

-¿Yo? -gritó Molly, revolviéndose como un puerco espín-. ¡De ninguna manera! ¡Quítese!

Stone intentó cogerla; pero ella, agarrando una cacerola, la arrojó a la cabeza del hombre, que se ladeó un poco, volviendo la espalda. De todos modos, recibió el golpe de refilón, en la nuca, y la cazuela cayó al suelo con gran estrépito.

-¡Te va a costar caro esto! -rugió él, corriendo detrás de la muchacha.

Entonces empezó una caza que a una persona que no hubiera estado ciega por el miedo, como le pasaba a Gloriana, le habría hecho reír de buena gana. Molly y Stone representaban su papel a las mil maravillas; ella le arrojaba cazuelas, sillas, banquetas, todo cuanto le venía a la mano, y él esquivaba los golpes, o los recibía adrede, lanzando gritos de falso dolor. Los dos rugían, y al fin, Molly se dejó acorralar junto a una puerta que comunicaba con otro departamento del rancho lleno de leña. Allí él fingió que la acogotaba, haciéndola caer sobre un montón de pinocha seca, en la inmediata estancia. Entonces Stone le dijo al oído;

-¡Grita, muchacha, grita más!...

Y Molly lanzó una serie de alaridos espantosos.

A través de un pingajo que hacía de cortinilla, Jed Stone observaba a Gloriana. La muchacha, lívida, miraba hacia allí con sus ojos soberbios dilatados por el espanto. Tenía un aspecto magnífico. Luego la vio mirar en torno. Stone comprendió que buscaba un arma.

-¡Y ahora, Molly Dunn... así aprenderás a no reírte de Jed Stone!... ¡Bésame!...

Tuvo que zarandear a la muchacha rudamente, para recordarle su papel. Luego imitó con sus labios tremendos besos.

-¡Oh, canalla, miserable... bandido! -rugió Molly, imitando perfectamente el tono de la desesperación y la impotencia-. ¡Jim Traft le matará a usted... por esto!...

-¡Ja, ja!... ¡Tiene gracia!... ¡Ya veremos luego!...

La arrastró fuera otra vez, y la arrojó sobre el camastro como si fuera un saco de patatas. Allí, Molly, que fingía llorar maravillosamente, pateé y rugió como una fierecilla, mientras

Librodot

llenaba de insultos a Stone.

Éste hizo de pronto un descubrimiento que le hizo fruncir el ceño: acababa de ver que Gloriana se escondía el gran cuchillo de la cocina. Entonces se acercó a ella con paso siniestro, preguntándole:-¿Qué va usted a hacer con ese cuchillo?

-¡Oh, usted no es un bandido del desierto! -contestó con rabia inmensa Gloriana-; ¡usted es un perro! ¡Si se atreve usted a tocar otra vez a Molly, lo mato!

Esto era una de las cosas que habían querido obtener de ella Stone y Molly: despertar los instintos primitivos en Gloriana...

-¿Qué dice usted? -rugió Stone avanzando hacia ella en tono amenazador-. ¿Que va usted a matarme, pantera?... ¡Suelte usted ese cuchillo ahora mismo, si no quiere que...!

Y, esgrimiendo su pistola, disparó aparentemente dirigiéndola a ella, aunque en realidad apuntando al cubo del agua. El disparo sonó dentro de la cabaña de modo terrorífico y Gloriana no sólo -soltó el cuchillo, sino que ella misma se vino al suelo. No se desmayó, sin embargo, esta vez, y Stone la levantó del suelo, fingiendo tremenda cólera, y luego fue recogiendo todo lo que podía servir de arma a la muchacha. Y al fin le ordenó de mal talante:

-¡Siga usted trabajando!

Gloriana tenía un aspecto lamentable, y parecía próxima a un nuevo colapso. Molly sentía inmensa compasión por ella, según pudo adivinar Stone al mirar a la hermana de Slinger. De todos modos, aunque la comedia iba pasando los límites de lo prudente, Jed se decía que el resultado de todo ello sería de incalculables beneficios para Gloriana, ya que ésta se creía colocada en una situación espantosamente trágica, en la que los instintos y las pasiones habrían de reaccionar de un modo formidable... Al fin, la chica, aliñándose un poco el pelo desordenado, que manchó de harina su mano, continuó haciendo la galleta.

Oiga, amiga mía, ¿quiere usted lavarse las manos? preguntó luego Stone a Gloriana.

-No, gracias. No hace falta.

-Pues. yo se lo mando. Aquí tiene usted la palangana. Ha de saber que yo soy un bandido muy limpio, y exijo que las mujeres que me sirven sean limpias también como el oro...

De pronto, Molly, lanzando un grito inarticulado, salió del rancho yendo a ocultarse en el bosquecillo de abetos inmediato a la casa.

Jed la encontró allí a los pocos instantes y le preguntó:

-¿Qué te pasa, Molly?... ¡La cosa marcha muy bien! Tú eres una gran actriz.

-Es que, Stone... ¡compréndelo!... yo no puedo soportar esto... Se va a poner enferma, la infeliz... ¡Anda, Jed, déjame que le diga la verdad a Gloriana!...

-¡Eso es! Y echar a perderlo todo, tan bien como marcha ahora... ¡No, no!... ¿No comprendes que esto, a fin de cuentas, será de gran beneficio para Gloriana?... ¡Ya has visto que intentaba matarme de una puñalada!... ¡Por favor, Molly, sigamos adelante!... ¡Haremos de ella una mujer valerosa!...

-¡Pero esto es demasiado, Jed!...

-No es demasiado, Molly. No seas simple, mujer. ¡Estemos en guardia, no sea que todavía nos dé un disgusto!...

-Es que esto resulta una cosa terrible... Cuando yo vi que Gloriana cogía el cuchillo, sentí como si me clavaran al suelo... Piensa en lo que ha pasado esta tarde en el rancho... Tú has matado a dos hombres, delante de Gloriana... El piso del rancho está todavía lleno de sangre... Luego has fingido que me pegabas, que me besabas... y finalmente has disparado contra ella... Jed, piensa que hay personas que se mueren de miedo... ¡Y yo empiezo a estar horrorizada, porque me imagino si tú no estarás engañándome a mí en todo esto y representas un papel verdadero al obrar como obras!...

-¡Molly, te juro por Dios que no pienso tocar al pelo de la ropa ni hacer el menor daño a la muchacha esa que está en el rancho! Pero yo tengo una idea. Esto le es conveniente a esa muchacha... Molly: si yo te conozco desde que naciste, y cuando eras una niña acostumbraba

Librodot

llamarte «ratoncito de campo». Tu hermano Slinger te llama así porque me lo oyó a mí muchas veces. Pues bien: por tantos años que me conoces, confía en mí y cree en mi palabra. Es una cosa dura y brutal, si quieres, pero yo creo que esto es un milagro que ha hecho Dios en beneficio de ella, de ti... y de mí.

-¿De ti? -preguntó Molly vivamente-. ¿Por qué dices eso, Jed?...

-¡Oh, no puedo decírtelo todo en un momento, mujer!... Sólo te diré que será siempre algo grande y maravilloso para mí poder recordar esto como el suceso que me ha ayudado a cambiar el rumbo de mi vida.

-¿Qué dices?... ¿Es que no vas a seguir siendo jefe de un equipo?...

-No, Molly, no. Dejo esta vida de nómada del desierto.

-¡Oh, cuánto me alegro, Jed!... Más aún que cuando mi hermano deje esta vida... ¡Sí, Jed, sí, llevemos adelante esta comedia!... Yo sabré representar mi papel..., pero, ¡por favor, no le hagas daño alguno a la pobre Gloriana!

-¡Ahora eres una verdadera hija de Arizona, Molly!... ¡Vuelve al rancho! Antes que sea de noche tengo que hacer algo...

-Mejor será que tú me lleves al rancho a la fuerza...

Entonces él llevó a Molly hacia la cabaña, mientras la muchacha gritaba y pateaba, fingiendo maravillosamente que se resistía. Él la empujó brutalmente al interior, del rancho, y luego le ordenó con voz ruda que atizara el fuego de pino. Después cogió una pala corta y, saliendo al campo, se puso a cavar la fosa de Malloy. La cosa resultaba algo monstruosa. ¡Jed Stone cavando la fosa de Croak Malloy!... Cuando pasara el tiempo, todos los jinetes del desierto se contarían, cada vez más agrandado, entre exclamaciones de asombro y maravilla, este suceso que marcaba el fin del equipo del *Cuchillo Fatídico.*

Stone escogió un sitio intensamente dramático para cavar la fosa de su enemigo: al pie de un enorme y majestuoso abeto real que dominaba todo el valle, y donde venían a descansar y a disfrutar del panorama los *cowboys,* tramperos, cazadores furtivos, vagabundos y nómadas del desierto que pasaban por Tobe Well. Y luego de enterrar a Madden y a Malloy en fosas diferentes, fue a lavarse las manos en el arroyo, porque al tocar el cadáver de Croak se había manchado de sangre, y aquella sangre le quemaba.

Terminada la tarea, puso una gran piedra encima de la fosa de Malloy, pensando que Croak y Madden, que habían sido inseparables en vida, iban a pudrirse también juntos.

En seguida volvió hacia el rancho, y cuando ya llegaba cerca, cogió una gran piedra y se la guardó en un bolsillo de la americana.

Al entrar en el rancho, vio que en la chimenea ardía un alegre fuego de piña, mientras las dos muchachas iban

preparando la cena. Y pudo oír las últimas palabras de la conversación que sostenían. Molly estaba diciendo:

-...es inútil mentir, Gloriana: yo tengo tanto o más miedo que tú...

-¡Qué falsos *y* qué hipócritas son! -contestó Gloriana-. Cuando este bandido entró en el rancho, yo le tomé por un verdadero héroe.

-¡Eh! -gritó Stone de mal talante-. ¡No hablen de mí! Me molesta mucho.

Un silencio absoluto siguió a estas palabras. Las muchachas no se atrevían a levantar la cabeza, y Stone entonces echó algunos sacos vacíos sobre las manchas de sangre que había en el suelo. Después colocó la gran piedra que había cogido momentos antes, en el cajón donde iba a sentarse, al lado de la mesa. Al fin se sentó, poniéndose a observar a las dos chicas. Stone se decía que estaba en la situación más deliciosa y amable que había tenido en toda su vida, y se dispuso a no perder el más leve detalle de lo que ocurriera allí aquella noche para grabarlo en su memoria. Por último, las dos muchachas trajeron la cena a la mesa.

-¡Muy bien! -dijo entonces Stone-. Ve tú comiendo, Molly... Y usted, Gloriana, déme una de esas terribles galletas... ¡Oh, me quema!

La tuvo que soltar y la tiró al suelo. En el mismo instante, empujó con disimulo la

Librodot

piedra que había puesto sobre el cajón, y que cayó a tierra con un ruido sordo y pesado. Gloriana abrió muchos los ojos, asombradísima.

-¡Caramba: -murmuró Stone -; ¿han oído ustedes el golpe que ha dado la galleta?...

Molly contesto, con una sombra de sonrisa:

-¡Yo he oído caer algo pesado, pero no sé lo que pueda ser!...

-¡Escuche, Gloriana! -siguió diciendo entonces Jed-; ¿es que pretende usted envenenarme, acaso?...

Pero Gloriana, cada vez más asombrada, se agachó y dijo:

-¡Oh, ha sido una piedra! ¡Mire!

Entonces Jed se excusó, sonriendo levemente.

En seguida, Stone se puso a comer con gran apetito, pues la cena preparada por Gloriana le resultaba excelente. Hacía tiempo que vivía comiendo fiambres, galletas y café.

Cuando ya no pudo comer más, dijo mirando a Gloriana con ojos de fuego:

-¡Muy bien, Gloriana! Si sabe usted amar como guisa, puedo decir que soy un bandido con suerte... Y ahora déjenme que quite la mesa. Ninguna novia mía ha tenido nunca que ocuparse de estas cosas.

Y mientras las dos muchachas se levantaban, él quitó la mesa. Luego oyó que Molly y Gloria hablaban en voz baja, y pudo coger al desgaire estas palabras:

-...ahora no. ¡Nos perderíamos en esos bosques sin fin, Gloriana, y nos comerían los osos y otras fieras!...

Cuando Stone acabó de quitar la mesa, ordenó con voz ruda a Gloriana:

-¡Ande, eche usted piñas y leños al fuego! Déme una brasa para encender la pipa... ¡Así! Usted aprenderá en seguida a servirme.

Gloriana obedeció, como aterrada. Molly se había sentado junto al fuego, fingiendo una actitud desesperada, muy propia de las circunstancias.

Jed ordenó luego a Gloriana que extendiera algunas mantas sobre el camastro, y mientras la pobre muchacha cumplía la orden, Stone, con el rabillo del ojo, veía a Molly que le miraba fijamente; la chica había vivido demasiado tiempo entre los *cowboys* de Arizona, para confiar por entero en sus palabras. ¿No sería ella, Molly, la engañada?... Al fin el hombre se puso en pie, acercándose a inspeccionar el lecho y dijo brutalmente:

-¡Es muy estrecho para tres personas! Yo duermo con las polainas y las espuelas puestas, para poder huir en caso de verme sorprendido, y pateo y coceo de lo lindo cuando tengo pesadillas. Ahora, Molly, tú y Gloriana echad suertes a ver cuál ha de dormir conmigo esta primera noche.

-¡Oh Jed, antes tendría que verle en el infierno, que dormir con usted! -gritó Molly airadamente-. ¡Me tendría que atar!

-¡Bueno, no me saquéis de quicio, Molly! Convence a Gloriana para que sea ella la escogida.

Gloriana miró al hombre con ojos donde se leía el horror y la desconfianza, y gimió:

-¿Yo?... ¿Yo?... ¡Antes me tendría usted que matar, monstruo!

-¡Esas tenemos, eh! -murmuró entonces Stone, sonriendo y encogiéndose de hombros, como resignado a aceptar la naturaleza de las mujeres -; las dos os burláis de mí, ¿no es eso?... Bien, renuncio a ello, entonces. No quiero tener que atar a ninguna mujer para que duerma conmigo, ni exponerme a matar a otra... Duerman ustedes ahí en la cama esa, y yo, como un *gentleman*, me iré a dormir fuera del rancho. Pero antes tienen que divertirme un rato. ¡Vamos a ver, Molly! Canta algo.

-¿Yo?... ¡No quiero cantar! ¡Ni puedo ni quiero!

-Entonces usted, Gloriana, paloma mía, ¿cantará usted?...

-Yo acostumbraba cantar los salmos los domingos en la iglesia, pero eso no le gustaría a usted míster Stone.

-¿Y quién le ha dicho a usted eso?... ¿Usted sabe cómo me eduqué yo?... -opuso Stone,

como si hubiera sido insultado-. ¡Yo iba a la iglesia todos los domingos también! ¡Tenía una novia, con la que iba a misa y cantaba los salmos!...

-¿Usted?... ¡Imposible creerlo!... ¡Ahora quisiera que estuviera aquí su novia, para rezar por nosotras!...

-¡Ya lo haré yo..., porque mi novia murió hace muchos años! -repuso Stone, quedando como perdido en lejanos pensamientos. Con los &os de la imaginación, vio el pueblecito, la iglesia humilde y la puerta donde se despedía siempre de su novia... Al fin dijo -: ¡De todos modos, debe usted bailar! Debe usted saber bailar muy bien, porque tiene los pies y las piernas muy bonitos, si usted me perdona por mostrarme tan franco.

-¡Bien, bailaré! -aceptó entonces Gloriana, contenta de salir del atolladero a tan poca costa.

Y se puso a bailar graciosamente, aunque se la veía muy nerviosa e inquieta.

-¡Basta! -gritó de pronto Stone -; ¡se fatiga usted! Necesita usted beber algo que la reanime.

Y, acercándose al vasar, cogió una botella negra y llenó con el líquido que contenía, una taza. En seguida se la brindó a Gloriana, diciendo:

-¡Beba!

-¡No!

-¡Beba, le digo!... Es un licor viejo, que la hará bien. Y cuando sea usted abuela, podrá contar a sus nietos que en cierta ocasión tuvo usted el honor de beber el licor de Jed Stone, el terrible bandido del desierto.

-¡No me tienta el honor! -opuso Gloriana con sutil sonrisa de sarcasmo.

-¡Gloriana: -murmuró entonces Molly -; no lo desesperes... Me da miedo... ¡Bebe! Eso no te hará daño...

-¡No, no quiero! -dijo la muchacha, retrocediendo. Entonces Stone, descompuesto, gritó, mientras en su diestra relucía su pistola:

-Ahora mismo bebe usted... y luego vuelve a bailar, o la mato de un tiro!

Diciendo esto, disparó, y la bala se hundió en la tierra, a medio paso de los pies de Gloriana. El rancho retumbó. Gloria, más muerta que viva, acabó por coger la taza con manos temblorosas, y bebió el contenido.

-¡Oooh! -rugió la pobre chica, sintiendo que se abrasaba su garganta. Sus ojos se dilataron enormemente, y se llevó ambas manos al pecho, que le ardía-. ¡*Oh* Molly, qué cosa más horrible me ha hecho beber!... ¿No hay manera de escapar de esta pesadilla?...

-¡Baile usted! -rugió Stone brutalmente, amenazándola otra vez con la pistola.

Entonces hubo que ver a la pobre muchacha, lívida, desencajada, con los ojos llorosos y casi fuera de las órbitas, bailar y bailar para divertir al canalla, bajo la amenaza del arma de fuego... El martirio duraba, duraba... hasta que, al fin, la infeliz, incapaz de resistir tanto tormento, cayó desvanecida sobre el camastro de hojuelas de pino y abeto.

-¡Muy bien! -exclamó entonces el bárbaro, en tono complacido-. Ahora las dejo a ustedes. Acuéstense y duerman, que mañana tenemos que emprender un largo viaje.

Cogió uno de los rollos de mantas que servían de lecho a los hombres en el desierto, y salió, yendo a echarse sobre el césped.

Desde allí vele el interior del rancho, iluminado por los resplandores del fuego. Poco después oyó las voces de las dos muchachas que hablaban en tono de susurro... Las estuvo oyendo mucho tiempo.

-No se durmió, de todos modos. ¿Cuándo había sentido él esta dulzura?... ¿Cuándo había experimentado esta dulcísima sensación de alivio, de descanso, de alegría y de seguridad?... ¿Era que descansaba, al fin?... ¿Qué

le había ocurrido?... Y permaneció inmóvil, fijos los ojos muy abiertos en las estrellas brillantes, intentando analizar sus sentimientos, intentando descubrir el secreto misterioso de este cambio operado en él... No era a causa del pequeño servicio que él había prestado a estas

dos muchachas, ni la terrible prueba a que sometía a Gloriana Traft... ¡No, no era esto!... Era que se sentía libre. Era que se decía que el *Cuchillo Fatídico* había muerto para siempre, que todos sus *gangsters* habían muerto, incluso él mismo, Jed Stone, que ya no era, ni sería jamás, un forajido perseguido por la justicia. Ya no tenía enemigos en la tierra. Podía dormir y descansar sin miedo, sin continua zozobra, sin temor a la traición de los camaradas, sin temor al horrible mañana, al porvenir... ¡Sin la certeza de una muerte inevitable bajo el estampido de una bala o al extremo de una cuerda que pendiera de un árbol!. . Durante años y años, Malloy había sido la sombra de su vida, la pesadilla que le seguía los pasos. Y Malloy ya no le atormentaría a él ni a nadie, ya no robaría a los rancheros, ya no despertaría en el alma de Jed y de todos los hombres honrados el deseo irresistible del asesinato.

Poco a poco, el resplandor del fuego se fue apagando, y luego cesó también el leve susurro de las voces de las dos muchachas, de aquellas hermosas muchachas destinadas a hacer felices a dos *cowboys* afortunados de Arizona, de esta hermosa región de Arizona, que ahora ganaría en méritos a causa de la hermosura de ellas... ¡Arizona!... El nombre dulce quedó como flotando en el cerebro y la conciencia de Jed Stone largo rato. Él había nacido y habíase criado en esta hermosísima región de *áridas zonas* -árida-zona, ari-zona -, de *cañones* grandiosos, de bosques infinitos, de ríos y riachuelos y arroyos, que bajaban cantando de las montañas, entre piedras muy blancas, bordeados de blancas franjas de espuma... ¿Qué hijo de Arizona podía amar a esta hermosa región como él la amaba?...

Y Jed Stone se sintió ahora envuelto en el aire frío y fuerte, oliendo a sierra y a pinar, que bajaba de las alturas silbando dulcemente entre el follaje de los árboles.

XIX

Jed Stone despertó con el primer destello de la aurora, al siguiente día. Y, acercándose a la puerta del rancho, gritó:

-¡Eh, hijas del bosque, arriba, y en marcha! Oyó como un leve gemido soñoliento, y entonces, sin entrar, se dirigió al sitio donde estaban los caballos. La noche anterior había nueve; ahora sólo pudo ver seis, incluyendo el suyo. Había una hermosa yegua, que escogió para Gloriana. Luego escogió cuatro caballos, incluida la yegua, y los ensilló. Uno de los animales iba a llevar la carga y las provisiones.

De pronto vio que de la chimenea del rancho salía una leve columna de humo blanquecino. Amanecía. ¡Qué dulces y serenos amaneceres los de esta región de bravía belleza de los cañones! En adelante, Tobe Well sería famoso en toda Arizona, por ser el sitio donde reposaba para siempre el temible bandido de los bosques y los ranchos, Croak Malloy.

Stone penetró al fin en la cabaña, saludando amablemente:

-¡Buenos días, muchachas!

Gloriana se peinaba sus hermosos cabellos, mientras Molly iba haciendo el desayuno.

-¡Vaya, vaya! -exclamó Stone, con sarcasmo-; conque poniéndose guapa, ¿eh?... ¿Y no le da a usted vergüenza dejar a Molly todo el trabajo?

-Yo he encendido el fuego y hecho las galletas -re -puso Gloriana, en tono hosco y ofendido.

Stone se había dado cuenta de que la muchacha tenía mucho amor propio, y decidió humillarla y rebajarla más y más a cada momento.

-¡Bien, bien, de todos modos, no es usted la mujer que necesita el equipo del *Cuchillo Fatídico!* Yo, como ¡efe de ese equipo, sé lo que le conviene. Bien, y ahora hablemos del viaje. No podemos llevar mucha impedimenta. Cojan ustedes lo que sea suyo, y en marcha. Molly señaló dos paquetes y un pequeño maletín, que Stone llevó fuera. Luego, volviendo a entrar en la cabaña, cogió varias mantas, arrollándolas. También puso, a escondidas de las muchachas, otras pocas provisiones en un paquete. Pensaba fingir que les faltaban provisiones

Librodot

durante el viaje. Luego acabó de cargar el caballo que iba a llevar la impedimenta, y le dijo a Molly, cuando los dos estaban fuera de la cabaña:

-Muéstrate dura con ella, ¿sabes?... De vez en cuando, que te vea amable, pero es preciso hacer bien la comedia...

-¡Eres un diablo, Jed! -murmuró la muchacha penetrando en el rancho.

Jed entró detrás, diciendo en voz alta:

-¡Y ahora, amiguitas mías, denme ustedes el desayuno, y en marcha! Yo soy, como usted sabe, Gloriana, un bandido y fugitivo de la justicia, a quien buscan los hombres. En cuanto su tío de usted llegue a Flag, enviará por acá un regimiento, y mañana mismo tal vez estarán todos estos bosques llenos de *cowboys, sheriffs,* agentes del Gobierno y mozos que se disputarán el honor de redimir a mis cautivas para ganar su corazón. ¡Ja, ja!...

El desayuno era aún más sabroso que la cena de la noche anterior. Stone comió con un apetito de indio. Luego, dirigiéndose a Gloriana, le dijo:

-Usted no come apenas!

-No tengo gana.

-Pues es preciso que coma usted o, de lo contrario, le haré beber otra taza de licor. ¿Entiende?

La terrible amenaza tuvo el efecto deseado por el bruto; y la pobre Gloriana tuvo que comer a la fuerza.

Jed recogió luego algunas cosas y los víveres que sobraron del desayuno. Su último tributo a Croak Malloy fue patear largo rato encima de la fosa.

Al fin aparecieron las muchachas. Molly se había puesto una blusa de montar y polainas; pero la pobre Gloriana llevaba todavía la blusa que había roto a medias el bruto de Malloy.

-¿Y su sombrero?

-Lo perdí ayer... Me lo llevó el aire... Si usted me permitiera buscar otro en mi equipaje...

-Lo siento, Gloriana, pero no tenemos tiempo. ¿No le he dicho a usted que yo soy un hombre huido de la justicia?... Tiene usted que venirse tal y como está... Le advierto que aquí en Arizona va usted a endurecerse y a volverse una verdadera hija del Oeste... ¡Mire, tenga, póngase el sombrero de Croak Malloy! ¡Ja, ja, ja!... ¡Si la viera a usted su madre!

Le ayudó a subir a la yegua, que tenía el genio hosco y montaraz, y que la derribó en seguida sobre la hierba. Pero ella no sintió el golpe, sino el insulto y la burla del canalla. Se quitó el sombrero de Malloy y lo tiró al suelo; pero Stone lo cogió, volviendo a ponérselo, al tiempo que decía:

-¿Cómo es eso?... ¿Es que no va usted a montar?... -¿Se cree usted que yo he nacido en un establo? -repuso ella, ofendida.

-¡Oh, qué más da! -rió el miserable-. El Señor nació en un establo, según tengo entendido. De modo que no sería ninguna desgracia... ¡Yo tengo curiosidad por saber por qué vino usted a Arizona.

-¡Oh, fue una locura!

-Bien, suba usted a la yegua otra vez. El animal no tiene mal carácter, le ha cogido así, pero, de todos modos, que la yegua no se dé cuenta que tiene usted miedo... Y procure no golpearla en el ijar, porque se espantaría.

-¡Yo no monto así! -rehusó Gloriana, sofocándose hasta las orejas.

-¿De veras?... ¡Vamos, mujer!... ¡Se pone usted muy guapa para decirlo!... Además, si la viera a usted la gente como va ahora... No gana usted premios en un *rodeo,* porque no se presenta.

-¡Molly -gimió ahora Gloriana, casi llorando -, no puedo montar! Fíjate que no voy vestida para ello, y las ropas se me suben al cuello...

-¡Y qué remedio te queda, Gloriana! -repuso Molly fingiendo sincera tristeza.

Librodot

-¡Pues arrégleselas usted como pueda, y monte, si no quiere vérselas conmigo! -dijo Stone subiendo a su caballo.

Molly subió al suyo, con gracia y soltura que no escapó a los ojos de Gloriana. Ésta pudo montar al fin en la indómita yegua, y partieron.

Jed iba delante. La caravana llegó poco después al cañón, donde la senda áspera que seguían bordeaba un abismo en el límite del acantilado, y Jed gritó a Gloriana:

-¡Cójase a la crin!...

El canalla guiaba a la caravana a través de una senda apenas transitada, que bordeaba los abismos o se borraba entre matorrales espinosos. Era un refinamiento de crueldad de Jed hacia. Gloriana. Molly tenía que ayudar a aquélla a salir de pasos difíciles a cada momento, y la pobre hermana de Jim gritaba, aterrada, a menudo.

Stone, según su costumbre, no hablaba durante el viaje,. y apenas se ocupaba de las muchachas, sino para esperarlas de tarde en tarde cuando su caballo se adelantaba largo trecho. El traje y el aspecto lamentable de Gloriana parecían aumentar la satisfacción del canalla. Una de las mangas de la blusa había sido arrancada de cuajo en su lucha contra Malloy, y el brazo blanco y desnudo de Gloriana mostrábase rojo y negro de los arañazos y los golpes a través de la selva hostil y bárbara. ¡Ah, qué aspecto lamentable y ridículo tenía, con aquella blusa casi en jirones, al aire sus carnes blanquísimas, y luciendo en la rubia cabeza el sombrero lleno de polvo, de sudor y de manchas del forajido Malloy!... Se lo había bajado sobre el rostro para protegerse del sol, lo que daba a su cara un aspecto más extraño todavía. ¿Dónde estaban ya su disgusto y su horror?... ¡Nada podía haber demostrado más palpablemente el poder maravilloso de estas selvas bravías!...

Poco antes del mediodía, la pequeña caravana llegaba a la meseta del Diamante. Jed hizo alto. Y cuando las muchachas le alcanzaron, ambas miraron maravilladas el paisaje grandioso e inimitable.

-¡Oooh! -exclamó Gloriana, sonriendo extasiada de belleza.

-¡El Tonto! -murmuró a su vez Molly, emocionada-. Jed, ¿por qué no me dijo usted que íbamos a venir por aquí?... ¡Mira, Gloriana! ¡Es mi patria chica!... ¡Mi casa!

-¿Tu casa?

-Sí... ¡Ah, cómo quiero yo esto!... ¿Ves aquella montaña llena de nieve?... Es el Cibeque, que baja suavemente hacia el valle... Y mira allá, Gloriana: ¿ves aquel prado, allá, y aquel puntito en medio...? Pues aquello es mi casa, mi cabaña, ¡la casita donde yo he nacido!

-¡Ya! ¡Parece increíble, Molly!... ¡Oh, qué hermosura!...

-Ahora estamos en la meseta del Diamante, a una milla por encima del valle, aunque parece tocarse con las manos, ¿verdad?... Desde mi casa, yo miraba siempre hacia aquí, aunque no había estado aquí nunca. ¡Mira, mira, fíjate qué hermoso es todo esto!... No podrás olvidarlo nunca.

Gloriana se quedó contemplando el paisaje con ojos que parecían reflejar algo de su inmensa grandeza. Stone, algo apartado, la contemplaba, experimentando intensa alegría al decirse que la chica no había tenido más remedio que obedecerle. Luego miró en derredor, para contemplar por última vez el paisaje del Tonto.

Era la comarca bravía, el desierto inacabable formado por montañas, valles, cañones y bosques infinitos, llenos de osos, de ciervos y de pavos silvestres, que Jed conocía tanto. Los ojos de Stone fueron atraídos ahora y quedaron fijos largo rato en el cañón de Doubtful, donde mucho tiempo atrás él había matado a un *cowboy* durante una discusión originada con motivo del reparto de un botín...

-¡Molly -dijo luego, acercándose a las muchachas -, no olvides señalan otros sitios a Gloriana! Aquella aldea es West Fork, tu pueblo, donde yo te encontraba a veces en el almacén de Summer cuando eras pequeña y te compraba caramelos... Ya hace muchos años que yo no he ido por allí... y ya no iré nunca más... Allí está Bear Flat, y allí, Green Valley... y el rancho de Haverly... y el cañón de Gordon... Y más allá, aquello del fondo, es Pleasant

Librodot

Valley, donde hubo la guerra de los pastores que arruinó a tu padre... ¡Miss Traft, usted es la primera muchacha del Este que ha contemplado este paisaje!...

Y dio la voz de reanudar la marcha.

Atravesaron ahora una serie de bosques de pinos, de abetos, separados por grandes matorrales, donde los cactos y otras plantas adquirían proporciones gigantescas. El paisaje cambiaba de aspecto a cada instante. Luego, cuando cruzaron la famosa *cerca trágica* de Jim Traft, Stone detuvo su caballo, precisamente en el sitio en que el equipo del *Cuchillo* la había cortado tiempo atrás.

-¡Ésta es la cerca de su tío! -dijo Stone a Gloriana la gran obra que el viejo Jim Traft encargó a su hermano Jim. Hay nueve millas de valla derribada, lo que su tío y su hermano deben agradecer a la memoria de Croak Malloy. Para mí, la construcción de esta valla fue una gran cosa. Era el sueño de su tío de usted. Yo soy un ladrón de ganado, *y* para mí lo mismo me da que haya valla como que no; pero Malloy no podía verlas... Tengo la seguridad de que cuando los rancheros y pastores sepan que Malloy ha muerto, sentirán una gran alegría.

-¡Jed Stone! -murmuró ahora Gloriana, muy asombrada-; ¡usted parece ser dos hombres a la vez!...

-Es verdad -repuso el bandido-. Dos y tal vez más hay en mí. Hay uno humano... Pero no se fíe usted de los otros...

Molly Duna *se* había quedado atrás contemplando aquella cerca famosa por la cual ella había conocido y amado a Jim, y que ya había originado tanto derramamiento de sangre. Stone tuvo que gritarle para que se uniera a ellos.

-¿Qué bicho te ha picado, chica?... -murmuró burlonamente -; la valla te recuerda a Jim, ¿no es así?... Bien: pues yo creo que aún tardarás en verle, si es que lo vuelves a ver alguna vez!... ¡Vamos para adelante! .. .

Picó espuelas, dejando intrigada a la muchacha con sus palabras. El camino se hacía cada vez más abrupto y montaraz y más largo. En realidad, Jed Stone podía haber conducido a las muchachas al rancho de Yellow aquel mismo día; pero éste no era su plan. Su propósito era llevar a las muchachas a través de montañas, cañones y valles, hasta que las dos o una de ellas al menos no pudieran tenerse en la silla. Así es que el bruto experimentó una honda alegría cuando se dio cuenta de que Gloriana comenzaba a dar muestras de cansancio.

Al caer la tarde de aquel día, se encontraron en las estribaciones de una alta montaña, llena de nieve aún donde tuvieron que echar pie a tierra y avanzar despacio. Las muchachas se escurrían, y Molly tenía que ayudar a la otra con frecuencia. Gloriana lanzaba agudos chillidos histéricos... Al fin salieron del mal paso, y fueron a acampar en un vallecito de la cordillera, por donde se deslizaba un riachuelo de cristal.

Gloriana llegó al sitio escogido por Stone para acampar, en un estado lamentable. Llevaba el sombrero en una mano, y con la otra sujetaba las riendas del caballo. Su faz estaba lívida, sucia a manchones, y llena de arañazos y de sangre por otros, lo mismo que sus brazos y sus manos. Iba despeinada, y el cabello le caía lamentablemente sobre el rostro y los hombros desnudos. Su blusa y su falda aparecían casi en jirones y una media le colgaba sobre él zapato, dejando al descubierto una pierna blanca y admirable, llena también de sangre y arañazos.

-¡Agua! -murmuró Gloriana, lanzando un suspiro de alivio.

Stone quiso que Gloriana bebiera su terrible licor; pero ella rechazó la idea con un gesto de horror, y apuró el tanque de agua que Molly le había traído del arroyo.

-¡Bueno, Gloriana, usted irá aprendiendo poco a poco aquí el verdadero valor de las cosas! -dijo Stone sonriendo abyectamente-. La vida es demasiado fácil para muchas gentes. Usted misma estoy seguro de que no podía imaginarse el valor que puede tener un vaso de agua, ¿eh?... Pues ya ve usted que a veces supone la vida o la muerte.

-Gracias, Molly! -murmuró Gloriana-. ¿No tienes tú sed?

-No mucha. Nosotros los del país estamos acostumbrados a caminar días y días sin

Librodot

comer ni beber. Como los indios.

Stone, sacando un hacha, fue luego hacia un abeto a cortar leña, después de imponer silencio a las dos muchachas. Pero las observaba con el rabillo del ojo, y una vez pudo oír este diálogo en tono de susurro:

-¡El muy bruuto!... ¡El canalla! -decía Gloriana-. ¡No hay más que verlo cortar leña!... ¡Y con esa fuerza de animal, te obliga a ti a cargar paquetes y fardos, Molly!...

-¡Oh! -contestaba Molly Dunn -; ¡esto no es nada!... ¡Si tú fueras de este país, estarían acostumbrada a esto!... No te resistas a nada de lo que nos mande, Gloriana, porque lo desesperarías y sería peor.

El bruto les obligó luego a quitar la silla a los caballos, cosa que Molly ejecutó con relativa facilidad, pero que originó una grave caída y muchos golpes a Gloriana. Ésta, calculando mal el peso de la silla del caballo, intentó levantarla, *y* la silla se le vino encima, derribándola al suelo. Molly acudió en su ayuda, levantándola medio llorando de la hierba.

Stone, sonriendo brutalmente, ordenó luego a Gloriana que extendiera las mantas e hiciera las camas.

Gloriana no podía desatar el pesado fardo, y se quejó de ello. Entonces Stone, avanzando a pasos lentos, se acercó a ella y murmuró con profundo sarcasmo:

-¿Y qué quiere usted que haga yo...? ¿Que la ayude?... ¿O le parece mejor que toque la sonatina mientras usted desata los nudos? ¡Ah, hija mía, eso queda reservado a algún *cowboy* estúpido que yo conozco, y al que yo habré librado, cogiéndola a usted, del horror de casarse con usted!

Molly intervino, luego de ver por la mirada de Gloriana que ésta se había tragado la píldora, a juzgar por su aire consternado. Llamó Molly a Stone entonces, y dijo:

-¡Pero, Stone, por Dios, sea usted racional! ¿Cómo quiere usted que Gloriana pueda desatar estos nudos?... ¡Ella ha sido educada en otro ambiente! ¡Todo el mundo no ha podido nacer en Arizona!

-Una desgracia llamo yo a eso -repuso el bruto-. Y no te metas tú a proteger a esta imbécil, que será peor, Molly, ¿has entendido?... Haz fuego y hacedme la cena, que tengo hambre y estoy cansado.

-¡Pues si no ha traído usted más víveres que éstos -murmuró Molly, abriendo el paquete que le tendía Stone -, no habrá más que para esta noche!

-Bien, enciende y calla. Yo tenía prisa por escapar de Tobe Well, y no pudimos traer más carga.

-¡Molly, yo te ayudaré! -se brindó amablemente y en voz baja Gloriana, acercándose a la otra-. Aunque si me repite el dolor que me ha dado antes..., ¡adiós!...

-¿Qué dolor dice usted, palomita? -preguntó Stone, que la había oído-. ¡A lo mejor será apendicitis!...

-¡Oh, era un dolor aquí, en el costado! -contestó Gloriana a Molly-. ¡Pero era terrible!

-¡Oh, eso da cuando uno no está acostumbrado a montar, pero no tiene importancia!

¡Ya lo creo que la tiene, y me matará si sigo montando esa maldita yegua!... Oye, Molly -añadió ahora bajando mucho la voz -; yo creía que Darnell era un canalla y un villano, pero ahora veo que era un ángel comparado con este bandido.

-¡Oh, Gloria, te equivocas! -opuso dulcemente Molly Dunn-; Jed Stone es uno de los forajidos más buenos y honrados de Arizona.

¿Qué se habla aquí de Darnell y de mí? -preguntó Stone acercándose con aire siniestro.

-¡Oh, Gloriana dice que Darnell ha vuelto al Missouri! -explicó Molly sonriendo.

-¿De veras?... ¡Vaya, vaya, eso es interesante!... ¡Un tipo que era un gran jugador antes de venir a Arizona, y al llegar aquí se hizo tratante de ganado... y luego dio un *golpe* de los que hacen época!... ¡Y ese hombre quería enseñarnos a robar a los del Oeste!...

-¿Qué quiere usted decir, Stone? -preguntó Molly sin comprenderle y muy intrigada, porque ella adivinaba cuándo este hombre mentía y cuándo decía la verdad.

Librodot

-¡Oh! Verás. Malloy estaba en el equipo que el hermano de Gloriana y sus hombres sitiaron en una cabaña cerca de Yellow Jacket, hace pocos días. Los de Malloy habían hecho un robo en el ganado de Jim Traft, y Malloy dice que los sitiaron allí, y luego pegaron fuego a la cabaña. Al huir, a Malloy le largaron un balazo en la pierna y, herido, tuvo que esconderse entre la maleza; y desde su escondite vio como el equipo de Jim Traft cogía prisioneros a Darnell y a otros cuantos, y los ahorcaban. Malloy decía que jamás vio a un hombre que pateara y se agitara tanto como Darnell, cuando lo colgaron de un árbol.

Los ojos de Gloriana se dilataron ahora con espanto y horror; pero la chica reaccionó, y dijo:

-¡Míster Stone, para que nada le falte, es usted hasta embustero!

-¿Ah, sí? --repuso el canalla, sorprendido, aunque en el fondo sin ofenderse lo más mínimo-. ¡Ya lo verá usted luego!

-¡Eso lo dice usted para asustarme! -siguió diciendo Gloriana, mirando al otro con rencor y odio-. Yo fui prometida de Darnell en un tiempo... y él me siguió aquí, él vino aquí a Arizona por mí... ¡Usted no tiene corazón ni piedad!

-¿Cómo es eso...? ¿Y para qué vino aquí?...

-¡Oh, porque había estafado dinero a mi padre, y se creería que iba a poder hacer otro tanto con mi tío Jim Traft!

-¡Oh, lo que es a su tío de usted no le hubiera estafado, no! Y fue una suerte que Darnell se hiciera enemigo de Curly Prentiss y éste le expulsara de Flag. ¿No sabe usted la historia?... Madden estaba en la sala de juego de Snell la tarde aquella de Navidad en que Curly Prentiss sorprendió a Darnell haciendo trampas. Entonces Curly lo descubrió ante todo el mundo, y le dijo que si no salía pronto de Flag, iba a morir ahorcado. ¡Y ya ve usted! *¡Aquí* terminó sus días, ahorcado, en efecto!

-¡No le creo a usted! -murmuró Gloriana sin poder dar crédito a las palabras del forajido.

-Aún le queremos, ¿eh...?

-No; yo le desprecio con toda mi alma; ningún castigo, ni siquiera el morir ahorcado, sería bastante para ese hombre; pero no le creo a usted.

Cuando Jed y Molly quedaron solos, poco después, Molly preguntó a Stone, muy intrigada:

-¿Es verdad que ha habido una pelea entre el equipo de Jim y Malloy?

-Ya lo creo. Malloy me dijo que vio caer a dos *cowboys* del equipo de Traft, uno de ellos de un disparo de Malloy mismo; pero que no pudo reconocer a ninguno... De modo que lo mismo podían ser Jim Traft, que Curly Prentiss, que tu hermano Slinger...

-¡Oh Dios mío! -gimió Molly, llevándose ambas manos al pecho. Y el tono de su voz y su actitud atrajeron a Gloriana, que, al enterarse de lo que ocurría, sintió que se venía al suelo, como si le abandonaran las fuerzas.

Molly preguntó luego, llena de angustia:

-¿Cómo lo sabremos, Jed?...

El bruto contestó, sonriendo:

-¿Y qué os puede importar a vosotras... sean quienes sean los muertos?... ¡Pensad que una de vosotras se ha de venir para siempre conmigo, y no volverá a ver ya nunca más a los *cowboys!* ¡Ja, ja, ja!...

-*¡Jed!* ¡Cuidado! -dijo ahora Molly, blandiendo el terrible cuchillo de cocina y mirando al hombre torvamente-. ¡Yo soy muy capaz de matarte!...

Gloriana, mientras tanto, se había venido al suelo de la impresión. No estaba desvanecida, de todos modos, y Stone se abalanzó a ella, y abrazándola furiosamente, mientras hacía señas y guiños a Molly, que le miraba lívida, levantó a la otra, diciendo:

-¡Eh, ánimo, arriba, palomita!... ¡Hay que ser fuerte!... ¡Caramba. y lo que pesa la niña!... ¡Hace falta un buen forajido para que te abrace y te sostenga!...

Librodot

Ya las tuteaba a las dos, pensando que de este modo humillaba más a Gloriana.

Gloriana, cuando el hombre la soltó, consiguió sostenerse con un esfuerzo de voluntad. Stone no había visto jamás unos ojos ni una mirada como los de Gloriana en este momento. Entonces dijo a Molly:

-¡Bueno! Llamadme cuando esté lista la cena, ¿eh?... Voy a ver si cazo algo... Me da el olor de una alimaña que ronda por aquí... Debe de ser una ardilla de esas que llaman *rabiosas*...

Se-alejó algo del campamento, y las muchachas oyeron poco después dos tiros. Cuando volvió, con las manos vacías, dijo:

-Se me ha escapado... Pero esta noche tendréis que dormir conmigo las dos, porque las ardillas rabiosas muerden precisamente la nariz a las personas que están durmiendo. Y te advierto que prefieren a las personas que tienen la nariz larga.

-No me importará que me devoren las ardillas o los leones, con tal de no obedecer sus órdenes -repuso Gloriana con entereza.

-¡Ja, ja!... ¡Ya lo veremos!... Espera a que sea de noche del todo y te dé el olor de esas ardillas... y veas que se acercan...

Mientras cenaron, Stone no cesó de atormentar y humillar en todos los sentidos a Gloriana, aunque ello no le impidió comer su mezquina parte de la humilde pitanza. Jed se alegró de esto. Era la prueba palpable de que la muchacha comenzaba a adaptarse a las privaciones y miserias y a la vida horrible del desierto.

La noche cavó al fin, la noche imponente y negra del bosque infinito, y Gloriana se adormiló dos veces ante el fuego. Luego, rogó a Molly:

-Molly, ¡quedémonos aquí toda la noche! No dormiremos...

-No puede ser... Gloriana -opuso Molly, sonriendo tristemente-. Nos quedaríamos dormidas aquí, lo primero; y además, suponiendo que pudiéramos estar despiertas toda la noche, mañana no nos tendríamos en pie. ¡No tenemos más remedio que dormir con Stone!.., Ya ves que ha puesto en el camastro todas las mantas... Por lo demás, yo dormiré en medio, y así Jed no podrá ponerte la mano encima.

-¡Tú no podrás evitarlo, Molly! -dijo Gloriana, en tono desesperado.

Y cuando ambas llegaron al lado del lecho, de aquel lecho rústico que Stone había improvisado debajo de un inmenso roble, Gloriana se sentó en el centro del camastro, y luego se dejó caer cuan larga era, como si no le importara ya nada en este mundo.

Molly se echó a su lado, y el canalla fue a sentarse en el otro extremo, murmurando con satisfacción:

-¡Esto ya me gusta más!... ¡Tened en cuenta, palomitas, que yo suelo tener pesadillas cuando estoy fatigado o nervioso, y que en estos casos me vuelvo extremadamente peligroso! Una vez maté a un compañero de cama durante una pesadilla. De modo que si veis que sueño alto o que me agito mucho, despertadme en seguida ¿eh?...

No le chocó a Stone ver que antes de terminar él de hablar, Gloriana se había quedado dormida. Stone esperó largo rato; y luego, seguro de que Molly no dormía aún, comenzó a agitarse en el lecho con movimientos capaces de despertar a un muerto. Después de lo cual se puso a imitar los ronquidos y las exclamaciones de una persona que está bajo la angustia de una pesadilla.

-¡Molly, Molly! -gimió Gloriana en voz baja, despertando -; ¡tiene una pesadilla!... ¡Despiértalo!...

-¡Oh, no, déjalo dormir!... -opuso la hermana de Slinger -; así es menos peligroso que despierto...

Stone, imitando la voz y los aullidos del bruto de Malloy, rugió ahora de un modo incoherente:

-¡Canalla..., miserable!... ¡No te llevarás la chica, no! ¡La chica es mía!... ¡Es mía, Croak, no te canses, es mía!... ¡He de beberte la sangre!... ¡Canalla!...

Librodot

Y abrazó a las dos muchachas, roncando como un fuelle de órgano.

Entonces pudo oír el susurro de la voz de Gloriana, que decía al oído de la otra:

-¡Molly, Molly!... ¡Vamos!... ¡Ahora podemos matarlo!...

Molly, fingiéndose horrorizada, contestó:

-¡Oh, ya me gustaría poderlo matar; pero no somos bastante fuertes, Gloriana!... ¡Calla, por Dios, y no te muevas!

Stone tuvo que contenerse para no gritar de alegría. -¡Resultaba que su comedia tenía tal fuerza y poderío, que había logrado hacer nacer en la conciencia de Gloriana la idea del asesinato y del crimen!... Él no pedía más... Gloriana respondía a sus instintos primitivos, los cuales, felizmente para ella y para todos los que la querían de verdad, eran exactamente iguales a los de los rudos habitantes del Oeste.

Las dos muchachas acabaron por quedarse dormidas abrazadas, y Jed refugiado en el otro extremo del lecho, se quedó también dormido a su vez. A la mañana siguiente despertó con el primer resplandor del alba, y se echó al suelo, procurando no hacer ruido. Las dos muchachas dormían abrazadas estrechamente, y sus cabelleras, negra la de Molly y rubia como el ámbar la de Gloriana, se mezclaban, dando a sus rostros una expresión angélica que Stone no podría olvidar jamás. El cuadro era de los que se graban para siempre en la memoria.

Luego despertó a las muchachas, ordenándoles que hicieran el desayuno y se dispusieran a partir, mientras él iba ensillando los caballos.

Cuando volvió, las chicas acababan de desayunarse y Molly le dijo que se había perdido la maletita donde iban los vestidos y las ropas de Gloriana. Jed le hizo saber que lo había hecho desaparecer para que miss Traft no pudiera cambiarse de ropa ni hermosearse nunca.

Después ordenó que ensillaran los caballos. Molly lo hizo pronta y hábilmente, lo mismo que un *cowboy*. Pero Gloriana, al intentar ensillar su yegua, por poco cae al suelo. El animal la mordió y luego le largó una coz. La chica entonces la golpeó con una vara; pero Jed acudió escandalizado:

-¿Cómo?... ¿Te atreves a apalear a un animal tan noble e indefenso?

-¡No es el único animal que merece ser apaleado!-repuso ella con ironía.

Poco después, Stone le decía a Molly:

-La verdad, chica, no se puede decir lo que es una persona ni de lo ^que es capaz hasta que no se la ve aquí, en medio de los bosques y de la Naturaleza. ¡Gloriana habría sido capaz de matar a sangre fría al mismo

Malloy si él la hubiera robado y traído a un sitio de éstos!

Reanudaron al fin la marcha, atravesando, durante toda la mañana, bosques y valles sin fin. Por último, al mediodía, Jed dio la voz de alto cerca de Black Brakes. Por cierto que poco antes, Jed había llevado a las dos muchachas a través *de* un sendero que bordeaba un verdadero abismo, y donde, por suerte, Gloriana, aferrándose a las crines y las ancas de la yegua, no rodó para siempre al fondo del valle.

-¡Ya veo que te vuelves una gran amazona! -comentó el canalla con disgusto-. No pensé que salieras viva del tajo ese...

-¡Qué mas da! -repuso Gloriana, encogiéndose *de* hombros-. Yo voy a morir pronto: ¿qué importa morir de una manera o de otra?...

Toda aquella tarde avanzaron nuevamente a través de pasajes de infinita grandeza. Jed calculaba, cuando se acercó el crepúsculo, que debían estar a doce o quince millas de Yellow Jacket. Su plan era dar al día siguiente un nuevo rodeo, y luego acercar a las muchachas al rancho, y dejarlas marchar. Pero antes proyectaba una especie de apoteosis triunfal a su hazaña, por lo cual le molestaba la idea, de darse un encontrón inesperado con cualquiera de los *cowboys* del equipo de Jim.

Stone había conducido a^uella tarde a las muchachas bordeando la ladera de una alta

Librodot

meseta, que bajaba hacia el valle, y al caer la tarde llegaban a los famosos acantilados que él tanto conocía. Los caballos cruzaron el arroyo, que era, como todo este paisaje, ya completamente familiar a Jed, y luego salieron a un claro del bosque. Jed detuvo su caballo, mientras Molly lanzaba un grito de horror, señalando a cierto punto del paisaje grandioso:

-¡Oh Dios mío, mira, Gloriana!...

En aquel mismo instante, y simultáneamente, el olfato de Stone percibió un olor de madera quemada y sus ojos vieron el montón de cenizas a que había quedado reducida la famosa cabaña donde se refugiaran Malloy y los otros, que había incendiado Slinger Dunn; y, enfrente de ellos, pendientes de un gran árbol, tres horribles figuras de hombres ahorcados.

Inmediatamente, Stone oyó un gran grito y pudo ver que Gloriana caía de la silla, lívida como una muerta, quedando inmóvil en el suelo. Se había desmayado.

Jed bajó del caballo rápidamente, y cogió a la muchacha entre sus brazos.

Molly se le unió en seguida, diciendo

-¡Jed!..., esto es demasiado, la verdad!

La hermana de Slinger parecía también a punto de desmayarse.

El hombre la miró con ojos coléricos, y contestó:

-¡Te juro que ha sido una casualidad! ¡Yo no sabía que estábamos tan cerca de esta cabaña, ni sospechaba que estos muertos estuvieran aquí! ¡Lo siento, porque comprendo que ha sido una impresión terrible para Gloriana!

-¡Terrible, sí! Porque si yo he reconocido en seguida a Darnell, ¡figúrate tú si lo habrá reconocido Gloriana!

-¡Sí, claro! ¡Yo no lo había visto más que una vez y lo he reconocido también!... Y el que está a su lado es mi *gangster* Lang, el ex *sheriff,* y el otro ahorcado, Joe Tanner. ¡Vaya faena la de los *cowboys!*... ¡Ésta ha sido una verdadera hazaña al estilo del Oeste!

-¡Bien, llevémonos a Gloriana, Jed! -rogó Molly, con voz que temblaba-. ¡Te advierto que nunca te perdonaría si Gloriana se muriera por tu culpa, Stone!... ¡Pensar que este hombre estuvo a punto de seducirme a mí, Dios mío!... ¡Qué horrible fin! ¡Y mi hermano Slinger es responsable de esto!... ¡Qué horror!...

-¡No lo creas! -murmuró Stone, encogiéndose de hombros-. Esto es una hazaña de los *cowboys* del país. Prentiss y sus compañeros son los que tienen la culpa de esto... ¡Ellos los han ahorcado!... Calla, ¿ves esto?... ¡Tumbas!...

En efecto, a un lado del arroyo se veían dos cuadros que revelaban que la tierra había sido removida allí recientemente. Eran tumbas.

-Pues yo te juro que aquí no hay enterrados *cowboys* -comentó Stone luego-. ¡Vámonos!

Subieron de nuevo en los caballos, llevando Jed a Gloriana en sus brazos, y dos horas después hacían alto en un sitio que el bandido creyó a propósito para acampar. Gloriana volvió en sí cuando echaban pie a tierra.

Stone dejó .i la muchacha al cuidado de Molly, y luego dispuso dos lechos de hojas secas de pino y ramaje.

-¡No hay nada que cenar! -dijo luego a Molly. -¡Oh, no importa! -repuso la muchacha-. Ni Gloriana ni yo tenemos apetito.

Gloriana le miró fijamente y murmuró:

-¡Me arrepiento de haberle llamado a usted embustero!

-Gracias, mujer.

-¿Quién ha hecho eso?... -preguntó aún Gloriana, señalando hacia *el* valle donde estaban los ahorcados, a lo lejos.

-¡Oh! Yo creo que deben haber sido Curly Prentiss y sus colegas; su hermano Jim debe también haber intervenido quizás en el asunto, a menos que lo hayan matado Malloy y los suyos. Y Curly Prentiss también puede haber muerto en la batalla. Lo que sí sé positivamente es que varios *cowboys* del equipo de tu hermano murieron en la refriega.

-¡Dios mío!... ¿Qué dice usted?...

Librodot

-Puedes estar segura. Aunque no creo que hayan sido Jim ni Curly... Más bien Bud o Lonestar..., o tal vez Slinger...

Poco después, se acostaban las pobres muchachas, aplastadas de dolor y en un estado de inquietud y nerviosidad cercano a la locura. Stone se dijo que, puesto que al día siguiente iba a dar por terminada su terrible hazaña, era preciso que no flaqueara su voluntad.

A la mañana siguiente, Molly había reaccionado y era de nuevo dueña de sí; en cambio, la pobre Gloriana tenía un aspecto lamentable y apenas podía tenerse en pie. Tuvo que contentarse viendo a los otros ensillar los caballos y hacer los paquetes, y luego comentó tristemente:

-¡Yo estoy hecha de paja y agua, como suele decirse! ¡Perdóname, querida Molly, que no pueda ayudarte! Stone repuso galantemente:

-¡Una mujer bella es el mejor tesoro, Gloriana, y lo que más alegra la vida en todo momento!

De nuevo montaron a caballo y partieron. Jed guió ahora la caravana por una serie de bosques y parajes escondidos, apenas conocidos por los *cowboys* del país. Subieron una cuesta empinada, y luego tuvieron que avanzar más de una hora a pie, porque la selva se hacía inextricable. Cuando pudieron montar de nuevo en los caballos, Molly tenía que sostener a Gloriana, cuyas fuerzas vacilaban. Al fin, sin que Gloriana volviera a desmayarse, cosa que parecía inminente a cada momento, pudieron llegar a la altura donde empezaban los campos del rancho de Yellow Jacket. Allí terminaba el nuevo camino hecho por Jim, y que llegaba hasta el viejo camino que iba a Flag.

-Bueno, palomitas -dijo de pronto Jed, deteniendo su caballo-; ¡alto aquí! Hemos llegado al sitio que yo buscaba. Esto es ya el campo de Yellow Jacket. Bajando por este camino está el rancho. Una de vosotras tiene que ir allá y decir a los *cowboys* lo que ocurre. Yo no os puedo llevar a las dos más tiempo conmigo, ni puedo bajar al rancho, porque sabéis que yo soy un fugitivo y no puedo ver a nadie... Pero una de vosotras tiene que quedarse conmigo.

-¡Llévanos a las dos, Jed! -murmuró Molly en voz baja, en un tono que daba a entender al hombre que ésta era su última intervención en la horrible comedia jugada a costa de la pobre Gloriana. Luego repitió el ruego en voz alta; y Gloriana, antes de que Jed pudiera decidir, murmuró:

-¡No, Molly, no! Yo me iré con él. Tú quieres a mi hermano, y él te adora a su vez... Y ¿qué le importo a nadie?... Además, ya habrás visto durante este viaje que no soy fuerte. No viviré mucho. ¿Qué me importa y a nada?...

Molly sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y miró al suelo. Stone miró a Gloriana con una expresión radiante de emoción y alegría.

-¿Cómo?... ¿Tú te vienes conmigo voluntariamente, Gloriana?

-¡Oh, en vista de que usted me fuerza a ello!... Pero pongo una condición.

-¿Qué condición, a ver?...

-Que usted... se case conmigo como Dios manda. Yo soy cristiana y tengo religión.

-¡Oh, muy bien! ¡Ya buscaríamos un sacerdote que viniera a casarnos al desierto!... Pero, tú, Gloriana Traft... ¿vas a querer casarte conmigo..., con Jed Stone..., el jefe del equipo del *Cuchillo Fatídico,* ladrón, asesino, vagabundo del desierto y forajido?... ¿Y todo por salvar a tu amiga Molly Dunn?

De repente, Jed Stone se apartó, sintiendo que le cogía un torbellino de extrañas pasiones que se despertaban en su alma. Toda la amargura y todas las angustias y las miserias de veinte años de vida vagabunda en el desierto le asaltaron en este instante... ¿Y él iba a vengar su rencor, y los daños recibidos de la civilización y de la sociedad, en esta pobre muchacha indefensa?... ¡Ah, no!... Él sabría rechazar la horrible tentación, con el valor y la energía con que había sabido vivir durante veinte años, sin vileza y sin claudicar ante nada. ¡Porque esta clase de crímenes sólo podía realizarlos un Croak Malloy! ¡Nunca un Jed

Librodot

Stone!...

Entonces miro hacia el valle que tanto y tanto conocía, y del que ahora le llegaba la respiración inmensa del cañón, de los bosques, y sus ojos contemplaron con inmenso amor *y* ternura el paisaje de grandiosa soledad bravía.

Ahora le pareció despertar. Había conseguido de sobra su propósito con la comedia terrible jugada con esta muchacha del Este. Y ahora comprendía que Gloriana le había vencido. ¿Qué cosa podía haber más grande en una vida que sacrificar la virtud y la existencia misma por una amiga?... Stone asintió en silencio. Gloriana Traft sentía el amor y la abnegación, sentimientos que eran más grandes que todos los instintos de lucha y de combate que él había intentado despertar en ella. Habría sido un error de la Naturaleza haber creado una muchacha tan hermosa como ésta y no dotarla de un espíritu y unos sentimientos nobles y elevados. Su belleza no engañaba. Y así, Jed Stone se dijo que debía aprovechar la lección que le daban el valor v la abnegación de una pobre muchacha.

Entonces, haciendo una seña a las dos muchachas para que se acercaran, murmuró, señalando hacia el valle:

-Escucha, Molly: allá, en el centro de ese valle, está el rancho de Yellow Jacket. ¡Y aquella casa nueva que surge entre los árboles es la de Jim Traft!

Mientras las dos muchachas miraban hacia el valle, él retrocedió unos pasos y montó en su caballo. Luego les dijo:

-Por este camino podéis bajar hacia el rancho, ¿sabes, Molly?... -Luego, acercando el caballo a la hermana de Slinger, le acarició con ternura la negra cabeza, murmurando en tono paternal-: ¡Adiós, ratoncito de campo! Que seas buena, ¿eh?...

-¡Oh Jed! -repuso Molly, comprendiendo, *y* con lágrimas en los ojos-; ¡recuerda que me has prometido, Jed, no volver a ser lo que has sido en estos bosques tantos años!

Stone se volvió hacia Gloriana, murmurando:

-¡Ojos *grandes!* -y al darle este dulce y galante sobrenombre, el antiguo forajido resumía todas las bellezas de la muchacha en este instante -: ¡adiós, también! ¡Cásate con Bud o con Curly, y así tendrás hijos que sean verdaderos hijos del Oeste!... ¡Pero, de todos modos, no te olvides por completo de tu bandido de Arizona!

Picó espuelas y el caballo partió al galope. Ya se alejaba, cuando oyó la voz de Gloriana, que le llamaba, con acento desesperado:

-¡Espere, espere!...

Pero él se alejaba ahora a todo el galope de su caballo, como nunca jamás corrieran a través de estos bosques caballo y jinete, ni cuando lo perseguían los policías de los *sheriffs* o los *cowboys* armados de pistolas y de lazos...

XX

-¡Maldita suerte! -exclamó, de pronto, Jim Traft dando un golpe con el lápiz sobre la mesa y estrujando entre sus manos el papel en que pretendía escribir, que luego arrojó al fuego.

Curly Prentiss, que jugaba a las damas con Bud, malherido, se volvió a preguntar:

-¿Qué le pasa, mi amo?...

-¡Oh, esta carta!... ¡Esta maldita carta!... Y no me dejáis...

Jackson Way, que, como siempre ahora en sus ratos de ocio, le estaba escribiendo a su mujer, comentó, encogiéndose de hombros:

-¡La verdad es que no dejáis escribir a nadie!

Era un domingo por la noche, en el nuevo rancho de Jim, en Yellow Jacket. La gran sala

Librodot

de la casa estaba iluminada con la lámpara nueva y con el resplandor de un alegre fuego. Jim intentaba escribir a su tío, comunicándole la pérdida de dos mil cabezas de ganado robadas en Yellow Jacket y la batalla famosa de la cabaña en pleno bosque, que había tenido consecuencias muy graves para el equipo del Diamante. Pero la carta era muy difícil de escribir, por varias razones: en primer lugar, Molly y Gloriana podían verla, y como Gloriana estaba precisamente encargada del correo de su tío, quizá la leyera antes que nadie; y, por otra parte, Jim tenía que comunicar muchas y muy malas noticias. No podía ocultar la muerte de Uphill Frost y de Hump Stevens, ni las graves heridas recibidas por Slinger Dunn y Bud Chalfack. Y mucho menos, podía ocultar su parte en la batalla.

En estos momentos Curly se esforzaba en mantener la quietud de Bud, para que no se volvieran a abrir sus heridas; Lonestar Holliday leía en la mesa, enfrente de Jim, quejándose cada vez que movía el pie herido y vendado. Solamente Jack Way sonreía con la eterna sonrisa que dilataba su rostro, siempre que le escribía a su mujercita.

-Venga hombre, salta! -dijo, de pronto, Curly a Bud.

-¡Pues es verdad! -repuso el otro, saltando una *dama.*

Pero entonces, Curly saltó tres seguidas y ganó el juego.

-¡No se puede jugar contigo! -rugió Bud, dándole un empellón al tablero y esparciendo las fichas sobre la cama -; ¡eres el tío de la suerte! En todo: en las batallas, en el juego, en las casas de trabajo..., ¡hasta en las mujeres!...

Curly rió, encogiéndose de hombros, mientras Jim les rogaba por Dios que se callaran:

-¡No me dejáis escribir, idiotas!... ¡Quiero escribir al tío Jim y ya be roto tres veces la carta!... Os advierto que si no viene dentro de unos días, yo iré a Flag.

-¡Eso es! Y se llevará usted a Jack consigo, ¿no es eso? -rugió con voz terrible Bud.

-¡Claro que sí, hombre! Jack tiene su mujer en Flag, como todos sabéis, y es justo que vaya a verla.

-¡Eso es! -gritó aún más fuerte y con más sarcasmo todavía, Bud-. ¿Y nos dejará usted aquí a nosotros, todos malheridos, a merced de Croak Malloy, que pronto daría cuenta del equipo?... ¡Tiene gracia!...

-¡Mire, Jim! -intervino Curly en tono frío y sereno -; a mi modo de ver, yo no iría a Flag. Más vale esperar. Hasta ahora nos hemos arreglado para prescindir de un médico; igual nos arreglaremos en adelante, sin que su tío se tenga que enterar de nada... La noticia volaría por todo Flag como la pólvora... y, la verdad, la batalla no ha sido muy gloriosa para nosotros, que se diga...

-Bien, entendidos. Acepto la idea y renuncio a escribir a mi tío. Pero vosotros sabéis que una de las razones por las que quería escribirle era rogarle que no deje venir aquí a Molly ni a mi hermana.

-¡Bah! -repuso Curly, encogiéndose de hombros -; ¡deje usted a su tío que traiga a las muchachas!

-¡Curly! ¡Ya puedes decir que tienes la sangre fría de los hijos de Arizona! -murmuró Jim en tono admirativo y de reproche al mismo tiempo-. Ya sabéis todos lo que ha pasado. Hemos tenido que llevar a Slinger Dunn cosido a balazos a West Fork; Bud está en esa cama, con varios balazos también; y ahí fuera, bajo los pinos, duermen para siempre dos de nuestros *cowboys.*

-De todos modos, aunque esto sea triste -repuso Curly en el mismo tono que antes -, hemos tenido suerte, en medio de todo; además, no se debe nunca juzgar el porvenir por el pasado. Yo creo que la batalla ha deshecho para siempre el equipo del *Cuchillo Fatídico.* Estoy seguro de haber herido a Malloy. Le vi caer, a pesar del humo, y aunque no le encontramos luego, habrá huido. Así el *Cuchillo* no tiene hoy más que a Madden y a Jed Stone; pero éstos no son ladrones de ganado al estilo de Croak, como tampoco lo son Bambridge y sus amigos; en cuanto a Joe Tanner y a Darnell, ya no darán más guerra... De modo que podríamos responder de la seguridad de las muchachas si su tío las trae aquí.

Librodot

Cherry Winters penetró en este instante en la casa, llevando un rifle en bandolera y casi medio vendado el hombro. La fragancia de la noche y de los pinos le acompañaba.

-¡Buenas noches a todos! -saludó-. ¿Cómo van los heridos?...

-¿Cómo vienes tan tarde? -preguntó Curly.

-¡Oh, por nada! Me alejé mucho... He estado viendo los castores, muy lejos...

-Jeff te ha guardado la cena -dijo Jim-. Ve cenando.

Jim se acercó a la puerta de la hermosa casa. La noche era siempre muy, oscura en Yellow Jacket, a causa de los bosques y de la cuenca que formaba el terreno, cerrado por los acantilados en tres sitios. Era una noche serena, casi sin brisa, y los árboles tenían una dulce quietud. La floresta exhalaba sus perfumes fragantes. A lo lejos, se oía el murmullo del arroyo corriendo entre las piedras. Y en el cielo, de un negro intenso también, parpadeaban estrellas y luceros, con un brillo refulgente.

Jim se decía que su mal venía de que no se había educado en este país desde la infancia. Había tomado una excesiva *dosis de Arizona* en poco tiempo. Desde la emboscada de Sonora, al que mató de un tiro certero Slinger Dunn, una serie de acontecimientos terribles habían puesto a prueba el temple del joven Traft. Sobre todo, la batalla de la cabaña le había impresionado hasta tal punto, que no podía olvidarla ni día ni noche. ¡*Era* inútil intentar engañarse a sí mismo ni negar los hechos!... ¡A sangre fría, con toda calma, durante aquella batalla, él, Jim, había apuntado a un pobre diablo enemigo, a uno de aquellos *cowboys* que vivían de robar ganado, y tenía la certeza de que lo había derribado como se derriba a un pavo silvestre o a un gamo que pasta en pleno bosque! Luego lo vio muerto... Esto ya era horrible. Pero aún era peor todavía el haberse mostrado feroz, lo mismo que sus *cowboys*, y sordo a las lamentaciones y a las súplicas del jugador Darnell, y había ayudado con sus propias manos a preparar aquella cuerda, haciendo el nudo vengador, y arrojándolo sobre la cabeza del infeliz, para que fuera ahorcado por sus hombres... ¡Ah, la conciencia le gritaba que era un asesino, que era culpable de algo espantoso!... Todos los razonamientos sobre la vida feroz del desierto, los ladrones de ganado, el instinto de conservación... no eran bastantes para excusarle ante sus ojos ni devolverle la serenidad. Cuando luchaban con el equipo del Cibeque, mientras construían la famosa cerca de su tío, él, Jim, no había podido tomar parte alguna en la lucha. Y así, el asesinato de Jocelyn y los Haverly por Slinger Dunn no había pesado apenas sobre su conciencia. ¡Ahora, en cambio, era un hijo del desierto, un verdadero hijo de Arizona, con sangre en sus manos!...

Curly salió, uniéndose a él y comentando.

-Hermosa noche, ¿eh, mi amo?... ¡Y qué alegría poder salir aquí a respirar el aire sin miedo a las balas! .. . De todos modos, esto no durará mucho, porque antes de que pase el verano nos visitará Croak Malloy.

-¡Sí, es una hermosa noche!... De todos modos, yo preferiría estar en el Missouri.

¿Cómo? -se asombró el *cowboy*-. ¿Y no haber conocido Arizona ni a Molly?...

-¡Incluso as¡, ya ves!

-¿Y... no haber matado a un hombre tampoco?...

-¡Curly!...

-¡Oh Jim, a mí no va usted a engañarme, querido!... Yo estaba cerca cuando usted mató a aquel *cowboy*. Precisamente, yo le estaba apuntando cuando usted disparó, derribándole.

-¡Oh, yo me creía que: nadie me había visto! -repuso Jim penosamente-. ¡No digas nada, Curly!

-¡Oh, por mí!... Pero el caso es que Bud lo vio también, como vio que aquel enemigo a quien mató usted, había matado antes a Hump.

-¿Ah, sí? -exclamó Jim, como consolado ante la noticia.

-¡Sí, señor! Y yo creo que Lonestar también lo vio todo. El *cowboy* aquel era Ham Beard. Lo registramos antes de enterrarlo. Era dependiente de una tienda en Winslow, antes de hacerse ladrón de ganado. Parece que mató a uno... Si no le pegamos fuego a la cabaña, él y

Librodot

Croak acaban con nosotros, porque también era un lobo... Por suerte, el fuego de la cabaña y nuestros magníficos rifles los tuvieron a raya... ¡Fue un lío, y usted no debe preocuparse por ello! Al fin y al cabo, son las cosas del desierto.

Jim sintió un gran alivio ante las palabras del noble y amable Curly, y murmuró:

-¡Si Molly y mi hermana no llegaran a saber nunca nada... me tranquilizaría!...

-¡Oh,, pues puede usted apostarse el último par de calcetines de seda que tenga, a que Bud se lo larga a las chicas en cuanto se las eche a la cara!

-¡No!

-¡Oh! Delo usted por seguro. ¡Bueno es para callar nada!...

-¡Y yo lo mato!

Ya hacía días, desde la batalla, que los *cowboys* no se ocupaban del desierto ni del ganado, que había huido hacia la parte sur del rancho. Jim estaba intentando ir hacia allá, siquiera hasta la cabaña quemada, y enterrar a los tres ahorcados, cuyos cadáveres seguían colgados del gran sicómoro; pero Curly opinó que era una locura abandonar a los otros *boys*, todos ellos más o menos heridos, excepto Cherry y Jack, en medio del bosque. Y añadió:

-¡Deje usted que se pudran al sol los ahorcados y que se balanceen hasta que se los coman los buitres!

De todos modos, también Curly estaba inquieto y nervioso, según observaba el sutil Jim. Y cuando Jim le preguntó la causa de ello, el otro le dijo misteriosamente:

-¡No diga usted nada, Jim, porque Bud y Lonestar, los pobres, ya tienen bastante con sus heridas; pero esta misma tarde, mientras ustedes comían, he visto un sombrero negro avanzando por allá, por cerca del límite de Yellow! Por allá arriba...

-¿Qué dices?... ¿Un sombrero negro?... ¿Estás seguro?...

-¡Ya lo creo! Yo tengo buena vista. No era una alimaña, era un sombrero. Alguien anda por aquí cerca.

Jim quedó muy inquieto desde este instante; pero como pasaba el tiempo y nada ocurría, el joven Traft se fue tranquilizando. Al fin volvió a la gran sala del rancho, poniéndose a revisar el libro de cuentas.

De pronto, Bud dijo, distrayéndole:

-Mi amo, hace un momento me ha parecido oír una voz fuera..., pero no he querido decirle nada por no molestarle. Pero ahora oigo caballos.

-¿Qué dices? -preguntó Jim, tendiendo el oído y escuchando durante un momento, mientras paseaba la vista por todos los presentes. Lonestar se había quedado dormido, Cherry también y Jack continuaba escribiendo, sin ver ni oír nada de lo que pasaba a su alrededor. Pero Jim, en efecto, percibió ahora el leve y lejano ruido de unos cascos de caballos que se acercaban.

-¡Curly! -dijo con voz vibrante, llamando al buen amigo.

La voz de Jim despertó a los durmientes, pero Curly no apareció.

-¡Muchachos, algo ocurre! ¡Oímos caballos que se acercan a la casa!... ¡Y Curly no contesta! ¡Coged los rifles!...

Bud se incorporó, diciendo:

-¡Calle, calle!... ¿Oyen?...

Entonces una voz femenina gritó, ya cerca de la casa:

-¡Jim, Jim!...

-¡Molly! -gritó con todas sus fuerzas Jim, poniéndose en pie de un impulso y lanzándose fuera de la casa, como loco. Los otros *boys* que no estaban heridos se lanzaron también tras él. Entonces pudieron ver a Molly, que se acercaba en un hermoso caballo bayo. Venía descubierta, y su hermoso pelo negro le caía deshecho sobre los hombros. Y la pobre muchacha repitió, con voz más vibrante todavía

-¡Jim, oh Jim!...

Librodot

-¡Molly 1, ¿cómo es que vienes aquí? -rugió Jim, avanzando hacia el caballo de ella, mientras Molly tiraba de las riendas, deteniendo al animal. Conducía de la brida a otro caballo, con la carga. El muchacho pudo ver que traía el pelo lleno de hojillas secas de pino y el rostro lamentablemente sucio y lleno de polvo. Ya la iba a abrazar, cuando su alegría se oscureció al distinguir a Gloriana, que venía cabalgando en un tercer caballo. Curly la sostenía. Su hermana se mostraba con un aspecto lamentable.

-¡Dios mío!, ¿qué ha pasado?...

-¡Oh, algo terrible!... Pero no te asustes... Por suerte venimos bien... ¡Ayúdame a bajar!...

La bajaron, y Gloriana cayó en los brazos de su hermano. Se abrazaron con loca efusión mientras se besaban.

-Pero, bueno, Molly, por Dios, ¿qué os ha pasado?... Al volver la cabeza, pudo ver a su hermana, a la que ahora sostenía amablemente Curly. Jim y Molly se abrazaron largamente también, y todos entraron en la casa, Gloriana sostenida por Prentiss.

-¡Déjeme sentar, Curly! -decía Gloriana con voz desfalleciente.

Pero Curly no la oía, o no obedecía, al menos. Y murmuró:

-¡Querida, querida mía!... ¡Dígame, al menos, por Dios, que no viene herida..., que no le ha ocurrido nada!...

Al fin la sentó en el gran sillón de la sala, y se quedó mirándola como el que contempla un tesoro largo tiempo perdido.

-¡Gloria, por Dios!... ¿Qué es esto? -preguntó Jim, acercándose, llevando todavía a Molly enlazada por el talle.

Y miraba a su hermana como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Su vestido, descolorido y roto, le colgaba en pingajos sobre el cuerpo y aparecía sucio y lleno de polvo y de agujas de pino, lo mismo que su pelo, deshecho sobre sus hombros desnudos; una manga de la blusa había sido arrancada de cuajo, y el brazo desnudo aparecía lleno de lodo, de arañazos y de golpes; una de las medias se le había caído sobre el zapato roto, *y* la pierna aparecía desnuda hasta más arriba de la rodilla, llena también de arañazos y de cicatrices; su rostro, lívido y sucio, tenía una expresión de cansancio y angustia supremos; sólo sus ojos, muy abiertos y dilatados, reflejaban una inmensa alegría.

-¡Oh Jim! -dijo, tendiendo una mano débil a su hermano, que la cogió amorosamente. Y en seguida, recostándose en el sillón, añadió, con supremo desfallecimiento-. ¡Ya estamos aquí.., contigo..., con vosotros..., sanas y salvas!... ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!...

-¡Gloriana, pero..., por Dios!, ¿qué os ha pasado?...

Curly sostenía el otro brazo de la muchacha, cuya mano agarraba con fuerza un sombrero negro y sucio, lleno de agujeros hechos por las balas.

Jim -dijo Curly -, éste era el sombrero que yo veía esta tarde andar por allá arriba, por el bosque. ¿De quién es este sombrero?... ¡Juraría que yo lo conozco! Gloriana no lo soltaba; y Molly contestó por la otra muchacha:

-¡Este sombrero era el de Croak Malloy!

-¿Verdad que sí? -murmuró Curly, atónito -; ¡ya decía yo que lo conocía!... Entonces... ¡juraría que Croak Malloy ha muerto!...

-¡Y tan muerto como está! -repuso Molly-. ¡Muerto como un clavo!

Al oír estas palabras, que nadie puso en duda, se hizo un silencio trágico y profundo. Ni Curly pudo decir nada.

Molly, contenta de la sensación que causaban sus palabras, añadió:

-¡Jed Stone mató a Malloy y a Madden también!

Bud, desde su cama, que estaba en el suelo en un rincón, gimió:

-¡Molly, ye soy un *cowboy* moribundo, y si no me dices pronto lo que ha pasado, me iré al otro barrio sin enterarme!...

Gloriana paseó sus ojos por todos los presentes, fijándolos luego en Curly, cuya

Librodot

adoración por ella era indudable y manifiesta.

-Díselo todo, Molly -rogó luego la hermana de Jim-; yo no tengo fuerzas.

Entonces Molly empezó a relatar la tragedia, desde un principio:

-Pensábamos darte una sorpresa, Jim, a ti y a todos; a mí me costó mucho trabajo convencer a tu tío para que nos dejara venir con él, pero al fin lo conseguimos. Y una mañana, hace cinco días, salimos muy temprano de Flag, en la galera que guiaba Pedro el mejicano. Aquella noche dormimos en el rancho de Miller; pero a la mañana siguiente, cuando llegábamos al sitio donde el nuevo camino que habéis hecho hace poco se une al de Flag, nos vimos asaltados por Croak Malloy y dos de sus compañeros, Madden y Reeves. El tío Jim no sabía que era Malloy, hasta que éste mató a Pedro de un tiro. Malloy robó al tío, nos robó el equipaje y luego se apoderó de Gloriana y de mí, haciéndonos montar a caballo, y diciéndole al tío que volviera a Flag y le enviara diez mil dólares a Tobe Well. Malloy nos llevó entonces a Tobe Well, donde llegamos a primeras horas de la tarde. Apenas habíamos llegado, y a mí acababan de atarme, y Malloy estaba rasgando los vestidos de la pobre Gloriana, cuando se presentó Jed Stone. Éste, al enterarse de lo que había ocurrido, puso el grito en el cielo, insultó a Malloy, diciéndole que estaba loco, y comenzó a pasearse por el rancho diciendo que el tío mandaría mucha gente al campo para que los cogieran *y* que aquello sería la perdición del equipo. Malloy, que gruñía al verse interrumpido en su proyectada infamia, se burló de su jefe, encogiéndose de hombros, y contestando que Jed Stone hacía una montaña de un grano de arena y que aquello no tenía importancia. Jed se llevó las manos a la cabeza, se agitó después, y al fin, con un movimiento rápido como un relámpago, se volvió, esgrimiendo una pistola en la diestra. Yo cerré los ojos, atada e impotente como estaba. Sonaron tres disparos..., y cuando yo abrí los ojos vi a Malloy y a Madden muertos, mientras Reeves escapaba como un loco del rancho.

»Pero resultó que nosotras habíamos saltado de la sartén al fuego, como suele decirse. Íbamos de mal en peor. Porque nos enteramos entonces que Jed Stone se había encontrado al tio, y al saber lo que pasó, decidió seguir nuestro rastro y había matado a Malloy y al otro para apoderarse de nosotras, ¿comprendéis?... Y entonces comenzó para nosotras otro martirio... ¡Qué bandido!... A mí me pegó, me golpeó, me besó..., y cuando me estaba besando, Gloriana cogió un cuchillo y quiso matarlo. Pero el bruto la amenazó con la pistola, llegó a disparar contra ella, y entonces la pobre Gloriana se desvaneció... Luego el bárbaro le mandó que prepara nuestra cena, le hizo beber *whisky* y bailar para divertirse a nuestra costa... A la mañana siguiente, sin llevar apenas provisiones, Jed nos hizo montar a caballo y nos llevó todo el día a través de los bosques, hacia lo alto del Diamante. Dijo que se había extraviado... Aún cabalgamos dos días más, atravesando bosques sin fin, subiendo y bajando montañas y valles, y durante todo el viaje, el canalla me hacía trabajar a mí rudamente y humillaba y desesperaba a la pobre Gloriana hasta un grado increíble... Una noche llegó a hacernos dormir con él, dejándonos que escogiéramos cuál de las dos había de quedar en medio. Gloria no consintió que fuera yo la que durmiera en medio, y lo hizo ella... Al fin, ayer por la tarde, llegamos, luego de atravesar el cañón de Yellow Jacket, al valle ese donde ahorcasteis a Darnell y a sus dos compañeros... y el espectáculo por poco nos mata a las dos... ¡En fin, basta de esto tan terrible!... Acampamos otra vez, ya cerca de aquí, y esta mañana continuamos cabalgando. Gloria, la pobre, a consecuencia de la impresión de los ahorcados, no se tenía en la silla, y yo debía sostenerla. Al fin llegamos al cruce de los dos caminos, y allí Jed nos dijo que tenía que marcharse y que pensaba llevarse a una de nosotras con él, mientras la otra venía aquí a contarlo todo... Yo le rogué que no nos separara a Gloriana *y* a mí. Y entonces Gloriana dijo que ella se marcharía con Jed Stone... ¡*para salvarme a mí!*... Esto emocionó a Jed, como ya veis, pues por lo visto no conocía bien a Gloriana. Había pensado hacer su amante de Gloria, pero al ver el sacrificio de la muchacha, ¿qué diréis que hizo Jed?

Todo el mundo, sin hablar, miraba ahora a Molly con los ojos muy abiertos.

Y Molly, luego de pasear una mirada de triunfo en torno, murmuró:

Librodot

-Pues... Stone, acariciándome la cabeza con suaves golpecitos, dijo: ¡Adiós, *ratoncito de campo!*» Luego llamó « ¡*Ojos grandes! »* a Gloriana, y añadió: « ¡Cásate con Bud o con Curly y así tendrás hijos que serán verdaderos hijos del Oeste!... ¡Pero, de todos modos, no te olvides por completo de tu bandido de Arizona!...» Y picó espuelas, lanzando el caballo al galope, y alejándose de nosotras. Entonces nosotras empezamos a bajar el camino... y ¡aquí estamos!

-¡Qué horror! -exclamó Jim, el primero-. ¡Y qué increíble aventura!

Los *cowboys* se habían quedado mudos y espantados. Curly preguntó al fin:

-Oye, Mollay ¿estaba Jed borracho?

-No. Tenía una botella de *whisky* e hizo beber a Gloriana, como os digo; pero no estaba borracho.

Bud maldijo e Stone, diciendo que todo había sido por ver a Gloriana tan hermosa, y entonces Molly se acercó al rincón donde estaba el lecho, y al ver al infeliz lívido y lleno de vendas, cayó de rodillas, murmurando piadosamente:

-¡Oh Bud, pobrecito!... Estás herido, ¿verdad?... ¿Te duele algo?... ¡Cuánto lo siento!...

-¡Me duele todo el cuerpo! -gimió el otro sonriendo -; pero Gloriana podría darme un consuelo.

Molly le beso en las mejillas, echándole el pelo para atrás, mientras Bud acentuaba su sonrisa.

-¡Gloriana -preguntó luego levantando la voz-. ¿No quiere usted venir a besarme también, como Molly?...

-¡Sí, hombre, sí! -repuso Gloriana dulcemente -: ya le besaré cuando pueda moverme... Y espero que no esté usted muy malherido..., ni sea en serio eso de morirse que ha dicho usted... Molly y yo le curaremos...

Curly, frunciendo el ceño, musitó una maldición entre dientes, y en seguida Jim se puso a dar órdenes a todos:

-¡Pronto, muchachos! ¡Con la emoción y la alegría, nos hemos olvidado de atenderlas!... Curly, trae agua caliente y di a Jeff que vaya preparando una buena cena... Cherry, atiza el fuego... y prepáralo todo.... Yo voy a llevan a mi hermana arriba... Molly, ven con nosotros...

-¡Oh, qué hermosa casa! -murmuró Gloriana cuando Jim y Molly la llevaban a través de varias estancias y el vestíbulo, todo lleno de grandes ventanales abiertos a la hermosura de los bosques.

Arriba la entraron en una alcoba, donde no había más que un gran lecho de madera de sicómoro, sobre el cual se veían extendidas ramas de pino y de abeto. Jim echó allí a su hermana, mientras ella le abrazaba dulcemente.

-Jim -murmuró la muchacha -, ¡mi mundo anterior ha muerto hoy! ¡Ya soy otra mujer!

-Sí, querida; pero ya me lo contarás todo cuando te encuentres bien. La besó en la frente, y se volvió hacia Molly, diciendo-: Molly, aquí podéis estar las dos. Atiéndela. Haz que se acueste... Ahora os traerán la cena... ¡Qué horror!... ¡Qué locura habéis hecho!... ¡Tener que atravesar los bosques en este estado!... ¡Ah, ese canalla de Jed Stone!... ¡Y pensar que aún tengo que bendecirlo!... ¡No acabo de entenderlo!...

Curly y los otros llegaron trayendo cosas y provisiones, y Curly, cuando se hubieron marchado los otros, murmuró, en tono humilde:

-Gloriana..., tengo que pedirle perdón por haberla llamado antes «querida *mía...»* delante de los otros... ¡Estaba loco!... ¡Suerte que ellos me conocen!...

Ella le miró con ojos de terror y contestó:

-¡Curly..., debería sentir espanto y odio por usted..., y no es así!... ¡No puedo, no puedo!...

-¡Escucha, Gloriana! -medió Jim, comprendiendo el sentido de las palabras de su hermana -; no hablemos de nada hasta después... Ya estáis instaladas... ¡Vamos, Curly!

Y se lo llevó de la alcoba.

-¿Qué ha querido decir su hermana, mi amo? -preguntó luego Curly.

Librodot

-¡No sé en realidad! -disimuló Jim -; pero me lo figuro...

Curly bajó las escaleras y luego salió de la casa como un hombre que no sabe dónde pisa. Estuvo ausente mucho tiempo; *y* luego apenas comió, mostrándose silencioso y pensativo. Y más tarde, buscando a solas a Jim, le dijo:

-¡Mi amo, he estado pensando mucho en lo que nos ha contado Molly, y encuentro la cosa muy extraña!...Eso de que Jed Stone se perdiera en estos bosques, por ejemplo... Y verá usted lo que yo he deducido, si usted me jura no decir jamás palabra a nadie.

-¡Yo te lo prometo, hombre! -repuso Jim.

-Bien! Verá usted: ¿recuerda la ilusión que tenía su hermana Gloriana por conocer a un bandido del desierto?... Pues bueno; su hermana tomó a Jed seguramente por uno de ellos, y él probablemente se dio cuenta y no quiso desengañarla. Jed Stone debe haberse puesto de acuerdo con Molly para fingir una comedia, engañando a Gloriana, proponiéndose asustarla, para ver si tenía realmente madera de mujer capaz de vivir en Arizona. ¡Eso es lo único que me explicaría a mí lo que ha hecho Jed y lo que nos ha contado Molly!...

-Pero, Curly, ¿podía ser esa razón motivo suficiente? -preguntó Jim en tono incrédulo.

-No, tal vez no -admitió el *cowboy*-. Quizás hay otro motivo más profundo y grave, que no conocemos. Pero el caso es que Jed Stone conoce a Molly Dunn desde que ella era niña, y siempre había mostrado por ella un gran cariño, una gran ternura. Molly es una verdadera hija de Arizona. Jed, no digamos si es el tipo del hombre de nuestros campos. Usted no puede comprender estas cosas porque ha nacido en el Este; pero yo podría jurar que todo lo que Jed hizo con Gloriana, lo ha hecho instigado por Molly, para que su hermana de usted se endurezca en nuestro ambiente y en nuestra vida, ¿comprende?... Hasta llegar en el momento culminante de la historia a brindarse a sacrificar su honor para salvar el honor de Molly. Le repito que todo esto me parece una comedia preparada por Molly y Jed para engañar a su hermana, que se ha tragado el anzuelo completamente. De todos modos, la acción de su hermana no por eso pierde nada de su grandeza ni de su generosidad, ya que ella no sabe nada, y por eso, si yo no hubiera estado enamorado de Gloria antes, me habría enamorado ahora al saber lo que ha hecho.

¡Es que si tus sospechas son ciertas, Curly -comentó Jim muy serio -, Molly es una embustera y una mala muchacha!...

-¡Sí... y no, mi amo! Depende del punto de vista. Molly adora a Gloriana, y ella ha obrado creyendo que lo que hacía iba a ser bueno y útil para su hermana de usted. Y yo creo que ha sido útil y bueno, porque su hermana de usted es otra mujer ahora.

-¡Ya!... ¡Yo también empiezo a comprenderlo, Curly!... Ya le noté antes algo... que yo puse a cuenta de su fatiga *y* su cansancio... y de la alegría al verse libre y salvada entre nosotros...

-Algo habría de eso; pero algo más también. Y si no me equivoco, Gloriana no se ha dado cuenta de la comedia que le han jugado Molly y Jed Stone. Su hermana es una muchacha fuerte, y cuando se tranquilice verá las cosas tal como son y podrá soportar bien esta vida ruda del desierto.

A la mañana siguiente, Molly, transformada, ya con un vestido nuevo, bajó a la sala del rancho, radiante de alegría. Los *cowboys* la miraban boquiabiertos y se veía que la sitiaban. Jim la invitó a dar un paseo, y los dos novios salieron de la casa, dirigiéndose hacia el arroyo. Y Jim le dijo:

-Molly, la desaparición del equipo del *Cuchillo Fatídico* cambia el aspecto de las cosas, ¿sabes?... Ahora podremos vivir aquí tranquilos; así tú podrás hacer frecuentes visitas a Flag... Supongo que no habrás olvidado tu promesa de casarte conmigo este otoño, ¿eh?

-¿Yo te prometí eso? -preguntó la chica con deliciosa coquetería.

-Y tanto.

-Bien, entonces, nos casaremos a últimos de noviembre.

Librodot

-¡Mujer! ¡Pero eso es ya el invierno!

¿Noviembre?... ¡No! ¡Es al final del otoño!

-¡Qué horror, esperar tanto! En fin, te quiero tanto y eres tan hermosa, que yo sabré esperar.

-Quizá sea... a mediados de noviembre -se ablandó la muchacha mientras Jim la abrazaba, poniéndolos a los dos en el trance de caer en el arroyo.

Un día después, Gloriana, muy pálida y débil, pudo bajar a la gran sala de la casa. Iba vestida de blanco y Bud y Curly podían tomarla por un verdadero ángel.

La muchacha atendía cariñosamente a los *cowboys,* que la miraban asombrados y sonrientes, y luego se acercó a Bud, estrechándole largamente ambas manos, mientras el herido retenía las de la muchacha cariñosamente. Curly no pudo resistirlo, y salió jadeando de la sala, pero a los pocos instantes volvía; y Jim, que se dio cuenta, le dijo, cuando lo encontró a solas, poco después:

-¡No seas tonto, hombre, ni des importancia a la cosa!...

-¡Oh, eso ha de acabarse! -contestó el *cowboy,* impaciente y nervioso-. Y yo voy a poner las cartas boca arriba pronto..

Luego los otros *boys* salieron de la casa a hacer sus trabajos o a-entretener a Lonestar, al que llevaban en una silla al porche. Allí se quedaron Jim y Molly en la mesa. Gloriana estaba sentada en la orilla de la cama de Bud. Y Curly, que había. estado errante hasta entonces cerca de la casa, entró en la sala, y miraba con ojos tristes y furiosos a la vez a Gloriana y a Bud, sin ver a los otros.

-¡Oh Gloriana I -decía Bud, en tono admirativo -; ¡es usted la muchacha más hermosa del mundo!...

-¡Tonto! --le acariciaba ella, rechazando la flor, aunque halagada en el fondo, y echando hacia atrás las guedejas rubias de su pelo -; ¡no habrá visto usted pocas muchachas más guapas que yo!...

-¡Ninguna!...

-¡Bien, bien. dejémoslo!... Por suerte para usted, entonces, yo pienso estar aquí todo el verano; ¡esto es tan hermoso!... Usted se pondrá pronto bueno, y entonces me enseñará a montar bien a caballo, y haremos excursiones y daremos largos paseos... ¡Yo manejo muy mal los caballos!... ¡Mire, con decirle que me ha tirado la yegua que me ha traído!...

-¿Le ha tirado a usted la yegua? -preguntó Bud, indignado-. ¡Ah, pues cuando me ponga bueno le daré una paliza!

-¡No, no! ¡Yo quiero a ese animal!

-¿A un animal tan malo?...

-Sí; yo quiero a todos los caballos... ¡y a todo lo que hay en Arizona y es de aquí!

Molly le dio un codazo a Jim, al tiempo que señalaba a Curly, que entraba en este instante nuevamente en la sala:

-¡Mira a Curly!

Jim le miró. Parecía transformado. Era otra vez el *cowboy* frío *y* sereno que tanto admiraba siempre el joven Traft. Sin embargo, éste sabía que la presente actitud de Curly era en él la prueba de la mayor desesperación.

-¡Gloriana! -dijo Curly, yendo a sentarse frente a la muchacha-; escúcheme lo que voy a decirle: Bud y yo hemos sido como hermanos durante seis años. Y en la última batalla, creo que hemos saldado una antigua deuda: cuando Bud cayó herido, lo habrían rematado a no ser por mí.

-¿Qué dices, Curly? -murmuró Bud, asombrado -; ¿y adónde vas a parar?... ¿Por qué no me habías dicho nada de eso antes?...

-¡No había por qué, hombre!

Gloriana les miraba a uno y otro, algo turbada, presintiendo lo que iba a ocurrir ahora.

-¡Ya, ya!... Entonces... por eso se te escapó Croak Malloy, ¿verdad?... Ya tenía yo una

Librodot

idea...

-Sí, por eso... Bien: yo quería que ustedes dos lo supieran, para el caso en que yo tenga que marcharme...

-¿Qué dices, bárbaro?... -preguntó Bud -; ¿marcharte tú?... ¿Y eso?...

-¿Marcharse usted? -preguntó Gloriana, adivinando. Curly, en vez de contestar, siguió diciendo:

-Lo que yo necesito saber ahora, viéndoles a ustedes aquí como hermanos..., es cuál de los dos, Bud y yo, podemos llamarla a usted hermana en adelante y cuál no...

-¡Curly! -murmuró Gloriana, asombrada.

-¡Muchacho! -murmuró Bud.

Sí, mire, Gloriana: el bruto este no está herido de gravedad, aunque lo parezca; se hace el enfermo para captarse sus simpatías, Gloria; pero yo quiero poner las cartas boca arriba ahora mismo. Usted sabe, Gloriana, que yo la quiero... y ahora la quiero más que antes... Yo le había rogado a usted hace tiempo que se casara conmigo... Eso fue por Navidad y usted me prometió escribirme su decisión; pero no lo ha hecho. Y ahora quiero que me diga usted lo que piensa.

-¡Pero, por favor..., Curly, sea usted razonable! ¡Razonable!... ¡Ésta no es la ocasión!... Yo estoy todavía emocionada y débil por la terrible aventura que acabamos de correr Molly y yo... Ahora mismo no podría decir... ¡No sé!...

-¡Oh, usted sabe si me quiere o no! ¡Conteste usted ahora mismo!

Ella bajó la cabeza, y luego, levantándola de nuevo, murmuró lentamente:

-¡Curly, no se diferencia usted mucho de Jed Stone!... -Creo que ese me lo dice usted como un elogio, ¿no?... -Pero, escúcheme... Aún no estoy cierta de la clase de sentimiento que usted me inspira..., excepto en el sentido de que yo no soy digna de usted... Pero ya que usted insiste... le digo que ¡sí, que le quiero!

Y le tendió la mano que tenía libre, que Curly cogió apasionadamente con las dos suyas, llevándosela al pecho.

Al día -siguiente, el tío Jim llegó al rancho de Yellow Jacket.

Llegaba, como siempre, alegre y contento, deseoso de enterarse de todo, con una misteriosa y sospechosa animación. Cuando su sobrino le informó del robo de las dos mil cabezas de ganado, se encogió de hombros, sonriendo, y contestó:

-¡Bah, bah!... ¡Eso es un pequeño incidente en la vida de un ranchero, hombre!...

Pero miraba hacia el sitio donde estaban las tumbas de los dos *cowboys,* pensando, quizá, que tal vez no fueran los últimos muertos del equipo del Diamante...

Curly le contó la batalla de la cabaña, y Molly su aventura terrible con Jed Stone y Malloy. Y Bud, con su orgullo infantil, le mostró el trozo de madera de álamo tallado que pensaba colocar en la tumba de Croak.

-¡Bien, bien! -comentó luego el viejo Jim Traft -; nosotros tenemos nuestros altibajos, como todos los oficios del mundo; aún podían haberos pasado cosas peores... Yo os traigo buenas noticias ahora... Bladgett ha podido recoger el ganado que le huía de su rancho y parte del que había aquí; todo el país sabe que Malloy ha muerto y que el equipo del *Cuchillo Fatídico* ya no existe. Yellow Jacket, por tanto, podrá prosperar ahora y subir como la espuma. Y tú, Jim, podrás vivir aquí con tu mujercita, en este paraíso. Allen Bladgett se ha hecho cargo del rancho de su padre y va a establecerse también aquí cerca; el padre de la mujer de Jackson Way va a hacerse ranchero también, y Miller piensa venir a vivir más cerca de donde ahora tiene su rancho. Dentro de poco, todo este valle estará poblado de ranchos, y seréis felices. ¡Ah, se me olvidaba: el doctor ha vuelto de West Fork, diciendo que Slinger Dunn está ya fuera de peligro!

De todas las noticias, ésta fue la que más alegró a Jim y a los otros. Molly le miró con ojos brillantes de alegría.

-Los robos de ganado seguirán, desde luego -continuó el viejo Traft -; pero ya no con el

carácter ni en la forma en que los hacían los del equipo del *Cuchillo.* Serán robos pequeños, que no nos importan a los rancheros.

Después de cenar, cuando el viejo Traft se quedó solo con su sobrino, Gloriana, Molly y Curly, sacó un papel sucio de un bolsillo, con aire misterioso e importante. Luego dijo, a media voz:

-¡Es preciso que me prometáis no decir nunca nada de lo que ahorca voy a leeros! ¿Lo prometéis?...

Sorprendidos ante la palidez y el tono solemne del viejo, todos lo prometieron. Entonces el tío de Jim, poniéndose los lentes, leyó las siguientes líneas:

»En Tobe Well:

»Querido Mistes Jim: He cambiado de idea acerca del dinero que ha enviado usted aquí. Me quedo con él, y le dejo, a cambio, esta carta. Usted me debe a mí este dinero, para que yo pueda empezar a regenerarme.

»Su sobrina Gloriana se prestaba a sacrificar su honor y su vida... Lo mismo que hice yo, veinte años atrás, para salvar el honor y la vida de mi amigo. Todo por la mujer a la que ambos amábamos, y con la que él tampoco llegó a casarse nunca. Esto me hace volver la cabeza atrás, y recordar el camino andado. ¡Amigo Jim, nunca es demasiado tarde!

»Dígale a su sobrina que si alguna vez tiene un hijo, le ponga mi mismo nombre:

» JED. »

Librodot